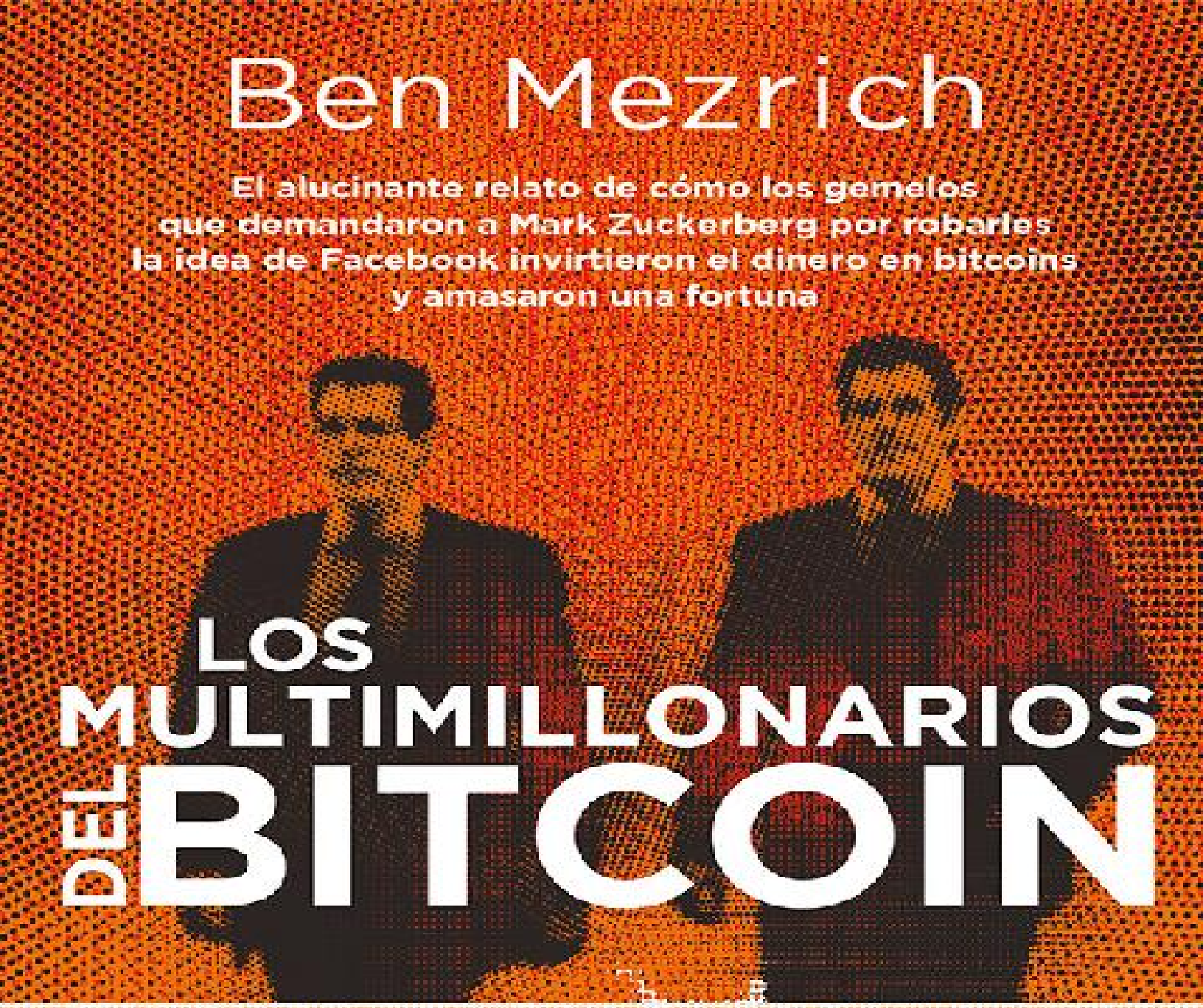
Ben Mezrich

El alucinante relato de cómo los gemelos que demandaron a Mark Zuckerberg por robarles la idea de Facebook invirtieron el dinero en bitcoins y amasaron una fortuna



LOS MULTIMILLONARIOS DEL BITCOIN

UNA HISTORIA DE DINERO, TRAICIÓN Y REDENCIÓN



alienta EDITORIAL

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Nota del autor
PRIMER ACTO
1. EN LA JAULA DEL TIGRE
2. MUERTOS EN EL AGUA
3. BIENES DAÑADOS
4. EN EL PRINCIPIO EXISTÍA LA ESPUMA
5. EL SÓTANO
6. ENCONTRAR EL AMOR EN UN LUGAR SIN ESPERANZA
7. 30 DE AGOSTO DE 2012
8. CHARLIE
9. STEPFORD, CONNECTICUT
10. MERCADO DE COMPRADORES
11. EL GOLPE A LA INVERSA
SEGUNDO ACTO
12. LA CHISPA
13. BAYFRONT PARK, CENTRO DE MIAMI
14. DE NUEVO EN LA CARRETERA
15. EN EL AIRE
16. EL REY DE BITCOIN
17. A LA MAÑANA SIGUIENTE
18. LUCES DE NEÓN
19. A ESTE LADO DEL PARAÍSO
20. EL FRENTE UNIDO

21. DETRÁS DE LA PUERTA
22. BITCOIN 2013
23. LA POPULARIZACIÓN DE BITCOIN
TERCER ACTO
24. LA HISTORIA DE UN PIRATA
25. EL DÍA DESPUÉS
26. LA CAÍDA
27. EN LA CIUDAD
28. HOMBRES DE HARVARD
29. EL DÍA DEL JUICIO FINAL
30. LANZAMIENTO
31. DE DUMAS A BALZAC
Epílogo. ¿Dónde están ahora...?
Agradecimientos
Bibliografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Los hermanos Tyler y Cameron Winklevoss son gemelos, estudiantes de Harvard, remeros olímpicos, perfectos representantes del establishment estadounidense y archienemigos de Mark Zuckerberg, quien consideran que les robó la idea de Facebook y a quien se enfrentaron en una épica batalla legal de la que salieron vencedores.

Tras el juicio pensaron dedicarse al capital riesgo, financiando y ayudando a crecer a startups, pero nadie quiso su dinero después del enfrentamiento con el creador de Facebook. Mientras pensaban en qué iban a invertir la indemnización que les había tenido que pagar Zuckerberg, viajaron a Ibiza, donde se toparon por accidente con un personaje excéntrico que les habló de las criptomonedas. Como cuenta magistralmente este libro con una narración endiablada y cargada de suspense, los Winklevoss pensaron que aquello podía ser o bien la siguiente maravilla tecnológica o bien un engaño colosal. Para solventar esa duda sólo había una opción: hacer una apuesta.

Ben Mezrich describe el apasionante mundo de las startups y el ambiente en ocasiones siniestro de las criptomonedas, y disecciona las venganzas, redenciones y el triunfo de estos dos personajes singulares, iluminando uno de los rincones más atractivos del nuevo mundo tecnológico y económico.

LOS MULTIMILLONARIOS DE BITCOIN

Una historia de dinero, traición y redención

Ben Mezrich

Traducción de Mercedes Vaquero Granados

alienta
EDITORIAL

A Asher, Arya, Tonya y Bugsy: HODL. [1]
Todo es una aventura, y cada día es más divertida

NOTA DEL AUTOR

L*os multimillonarios del bitcoin* es un relato narrativo y dramático basado en decenas de entrevistas, cientos de fuentes y miles de hojas de escritos, incluidos registros de varios procedimientos judiciales. Existe una serie de opiniones diferentes y a menudo polémicas sobre algunos de los acontecimientos de esta historia; en la medida de mis posibilidades, recreé las escenas del libro a partir de la información que descubrí en documentos y entrevistas. Otras están escritas de modo que se ajustan a percepciones individuales sin respaldar. En algunos casos, he modificado o imaginado los detalles del entorno y las descripciones.

En 2010, publiqué el libro *Multimillonarios por accidente: El nacimiento de Facebook*, que no tardó en ser adaptado a la película *La red social*. Nunca podría haber imaginado que algún día recuperaría a dos de los personajes de aquella historia: Tyler y Cameron Winklevoss, los gemelos idénticos que desafiaron a Mark Zuckerberg sobre los orígenes de lo que no tardó en convertirse en una de las compañías más poderosas de la Tierra.

Multimillonarios por accidente se publicó en todo el mundo, Facebook supuso toda una revolución, y Mark Zuckerberg se convirtió en el revolucionario que intentaba cambiar el orden social: cómo interactúa la sociedad y cómo la gente se conoce, se comunica, se enamora y vive. Los gemelos Winklevoss fueron sus complementos perfectos: privilegiados «hombres de Harvard»,

deportistas que, fácil de apreciar en muchos sentidos, representaban al *establishment*.

Hoy las cosas parecen diferentes. Mark Zuckerberg es un nombre muy conocido. Facebook es omnipresente y domina gran parte de internet (aunque parece estar siempre envuelto en escándalos que van desde el pirateo de datos de sus usuarios hasta las noticias falsas, así como el hecho de proporcionar una plataforma para las perturbaciones políticas). Mientras tanto, Tyler y Cameron Winklevoss han reaparecido en las noticias —de forma inesperada— como líderes de una revolución digital completamente nueva.

No se me escapa la ironía de la situación; no sólo que los papeles de Zuckerberg y los gemelos en tanto que rebeldes y representantes del Imperio del Mal parecen haberse invertido, sino también que mi libro y la película que le siguió ayudaron a consagrar una imagen de los gemelos que necesita una revisión. Soy de la opinión de que Tyler y Cameron Winklevoss no estaban simplemente en el lugar exacto en el momento exacto, dos veces, por casualidad.

Los segundos actos, tanto en la literatura como en la vida, son raros. Y como espero mostrar, hay muchas posibilidades de que el segundo acto de los gemelos Winklevoss acabe por eclipsar al primero. Bitcoin y la tecnología en que se basa tienen la capacidad de cambiar drásticamente internet. Así como Facebook se creó para permitir que las redes sociales pasaran del mundo físico a la red, las criptomonedas como el bitcoin se desarrollaron para un mundo financiero que en la actualidad funciona en gran medida online. La tecnología detrás de Bitcoin no es una moda, ni una burbuja, ni un fraude. Se trata de un cambio de paradigma fundamental, que con el tiempo lo transformará todo.

PRIMER ACTO

Las heridas morales tienen esta peculiaridad: pueden estar ocultas, pero nunca se cierran; siempre son dolorosas, siempre dispuestas a sangrar cuando se tocan, permanecen frescas y abiertas en el corazón.

ALEXANDRE DUMAS,
El conde de Montecristo

1
EN LA JAULA DEL TIGRE

Veintidós de febrero de 2008.

Vigésimo tercer piso de una torre de oficinas en las afueras del Distrito Financiero de San Francisco.

El habitual edificio de vidrio, acero y hormigón dividido en cubos con el aire acondicionado demasiado alto, y muy bien iluminado. Paredes de color cáscara de huevo y alfombras de un beis industrial. Tubos fluorescentes que segmentan los techos en forma de tres en raya. Dispensadores de agua fría, mesas de conferencia con los bordes cromados, sillas ajustables de imitación piel.

Pasaba un poco de las tres de la tarde de un viernes, y Tyler Winklevoss permanecía de pie junto a un gran ventanal que daba a un alfiletero de edificios de oficinas similares y que perforaban la niebla del mediodía. Hacía todo lo posible por dar pequeños sorbos de agua filtrada de un vaso desechable fino como el papel sin derramar demasiada sobre su corbata. Después de tantos días, meses, maldita sea, años, la corbata apenas era necesaria. Cuanto más se prolongara ese calvario, más probable era que tarde o temprano se presentara a la siguiente interminable sesión con su chaqueta de remo olímpica.

Se las arregló para saborear un poco de agua antes de que el vaso se doblara hacia dentro entre sus dedos, riachuelos que no alcanzaron la corbata pero que empaparon la manga de su camisa

de vestir. Arrojó el vaso en un cubo de basura situado bajo la ventana y se sacudió la muñeca húmeda.

—Otra cosa que añadir a la lista. Vasos de papel con forma de cono de helado. ¿A qué clase de sádico se le ocurre algo así?

—Tal vez al mismo tipo que inventó las luces. Estoy dos tonos más moreno desde que nos trasladaron a esta planta. Olvídate de los pozos de fuego, me apuesto lo que quieras a que el purgatorio está revestido de tubos fluorescentes.

El hermano de Tyler, Cameron, estaba estirado sobre dos de las sillas de falso cuero al otro lado de la habitación, sus largas piernas apoyadas en la esquina de una mesa de conferencias rectangular. Llevaba una americana, pero sin corbata. Uno de sus zapatos de piel del número cuarenta y ocho descansaba peligrosamente cerca de la pantalla del portátil abierto de Tyler, pero éste lo dejó pasar. Había sido un día muy largo.

Tyler sabía que el tedio era intencionado. La mediación era diferente a la litigación. Esta última se parecía más a una batalla campal, dos interlocutores tratando de abrirse camino hacia la victoria, lo que los matemáticos y economistas denominarían «juego de suma cero». Los procedimientos judiciales tenían altibajos, pero bajo la superficie se escondía una energía primaria; en el fondo, era la guerra. No obstante, la mediación era diferente. Cuando se llevaba a cabo de forma adecuada, no había ganadores ni perdedores, sólo dos partes que se comprometían a llegar a una resolución, que «dividían el bebé». La mediación no se parecía a la guerra. Era más como un largo viaje en autobús que terminaba sólo cuando todo el mundo a bordo se cansaba lo bastante del paisaje para convenir un destino.

—Para ser exactos —dijo Tyler, volviendo junto a la ventana y al gris sobre gris de otra tarde del norte de California—, no somos

nosotros los que estamos en el purgatorio.

Siempre que los abogados abandonaban la sala, Tyler y Cameron hacían todo lo posible para no pensar en el caso en sí mismo, lo que solían hacer al principio. Habían estado tan indignados y les había embargado tal sensación de traición que apenas podían pensar en otra cosa. Pero cuando las semanas se convirtieron en meses, decidieron que la ira no le hacía ningún bien a su cordura. Como les aseguraban sus abogados, tenían que confiar en el sistema. Así que, cuando se encontraban a solas, trataban de hablar de cualquier cosa excepto de lo que los había llevado hasta allí.

El hecho de que ahora tocaran el tema de la literatura medieval, en concreto la concepción de Dante de los muchos círculos del infierno, mostraba que la estrategia de evasión empezaba a agotarse; confiar en el sistema los había dejado atrapados en uno de los inventos del humanista. Aun así, les daba algo en lo que concentrarse. Durante su adolescencia en Connecticut, Tyler y Cameron se habían obsesionado con el latín. Como no había ningún curso de la asignatura en el último año de secundaria, pidieron al director de su instituto que les permitiera formar un Seminario de Latín Medieval con el sacerdote jesuita que era el director del programa de esta lengua. Juntos, los gemelos y el sacerdote tradujeron las *Confesiones* de San Agustín de Hipona y otras eruditas obras medievales. Aunque Dante no escribió su libro más famoso en latín, ambos también habían estudiado suficiente italiano para jugar al juego de actualizar el decorado en su infierno: dispensadores de agua fría, luces fluorescentes, pizarras blancas..., abogados.

—Técnicamente —dijo Tyler—, estamos en el limbo. Él es el que está en el purgatorio. Nosotros no hicimos nada malo.

Alguien llamó a la puerta de repente. Uno de sus abogados, Peter Calamari, entró primero. Sus entradas, cada vez más acusadas, enmarcaban una frente prominente y un mentón pequeño con papada. Llevaba la camisa estampada de palmeras de la marca Tommy Bahama mal metida en la cintura de un par de tejanos azules tan grandes para él que le hacían andar raro; a Tyler no le habría sorprendido que todavía tuvieran la etiqueta puesta. Peor aún, Calamari llevaba sandalias. Lo más probable es que las hubiera comprado en el mismo lugar que los pantalones.

Detrás de su abogado entró el mediador, Antonio «Tony» Piazza, que lucía una figura mucho más impresionante. Esbelto hasta el punto de tener el rostro demacrado, iba impecablemente vestido de traje y corbata. Llevaba el pelo entrecano bien cortado, las mejillas bronceadas. Piazza era conocido en los medios de comunicación como «el maestro de la mediación»: había resuelto con éxito más de cuatro mil complejas disputas, al parecer tenía memoria fotográfica y era experto en artes marciales y creía que su formación en aikido le había enseñado a canalizar la agresión hacia algo productivo. Piazza era infatigable. En teoría, era el conductor perfecto para este viaje al parecer interminable.

Antes incluso de que ambos abogados cerraran la puerta tras de sí, Cameron quitó los pies de la mesa.

—¿Ha aceptado?

Dirigió la pregunta a Piazza. En las últimas semanas, habían empezado a pensar en Calamari, socio de la siempre jactanciosa firma de abogados Quinn Emanuel, como en poco más que un mensajero entre el maestro de aikido y ellos. Si sus amplios vaqueros y sus sandalias eran un intento de conectar con la atmósfera de Silicon Valley, Cameron creía que lo definían más como artificio que como abogado.

De hecho, ni siquiera debía estar allí. Calamari sustituía a Rick Werder Jr, el abogado principal de su caso, que en el último minuto no había podido representarlos porque había decidido ser el intermediario de una compañía en una acción de bancarrota de 2.000 millones de dólares. A pesar de que la suerte del caso de los gemelos descansaba sobre sus hombros, Werder no se había presentado a la mediación, el momento decisivo del proceso. Los gemelos entendieron que estaba ocupado persiguiendo lo que él creía que era el trato más grande y mejor.

Los hermanos Winklevoss habían contratado a la firma Quinn Emanuel en un intento de reforzar su equipo legal, ya que la proposición de pruebas estaba llegando a su fin y se avecinaba el juicio. Fundado en 1986 por John B. Quinn, el bufete tenía la reputación de ser un litigante duro dedicado en exclusiva al litigio comercial y al arbitraje. La firma también había sido pionera en la falta de un código de vestimenta formal, algo inaudito en el mundo de los selectos bufetes de lujo. Esta innovación era la culpable de la desastrosa forma de vestir de Calamari.

—No ha dicho que no —anunció Piazza—. Pero le preocupan un par de cosas.

Tyler miró a su hermano. La petición que habían presentado había sido en su origen idea de Cameron. Habían pasado tanto tiempo yendo y viniendo a través de sus abogados —Piazza siempre en medio, una esfinge plateada continuamente en busca de un término medio— que Cameron se había preguntado si no habría algún modo más sencillo de solucionar todo aquel teatro. Demonios, eran tres personas que se habían conocido no hacía mucho en un comedor universitario. Quizá podrían volver a sentarse, sólo ellos tres, sin abogados, y hablar del tema.

—¿Qué es lo que le preocupa? —preguntó Cameron.

Piazza hizo una pausa.

—La cuestión de la seguridad.

Tyler tardó un momento en darse cuenta de lo que el mediador quería decir.

Su hermano se puso en pie.

—¿Cree que vamos a ir a por él? —barruntó Cameron—. ¿En serio?

Tyler sintió cómo se ponía rojo.

—Está de coña, ¿no?

Su abogado se adelantó, aplacando.

—Lo importante es que, aparte del tema de la seguridad, mantiene una actitud positiva al respecto.

—En serio, déjame entenderlo —pidió Tyler—. ¿Cree que vamos a darle una paliza? ¿Durante la mediación? ¿En las oficinas corporativas de un mediador?

La expresión de Piazza permaneció inmutable, pero su voz descendió una octava, tan relajante que podría hacerte dormir.

—Intentemos mantener la concentración. Está de acuerdo con la reunión, en teoría. Sólo hay que concretar los detalles.

—¿Quieres esposarnos al dispensador de agua? —ironizó Cameron—. ¿Eso hará que se sienta más cómodo?

—No será necesario. Hay una sala de conferencias con paredes acristaladas al final del pasillo. Podemos celebrar la reunión allí. Sólo uno de vosotros participará en el cara a cara. El resto nos quedaremos fuera y observaremos.

Era totalmente absurdo. Tyler pensaba que les estaban tratando como si fueran animales salvajes. *La cuestión de la seguridad*. Estaba seguro de que dichas palabras procedían de *él*. Sonaban exactamente como algo que solamente *él* diría, o incluso pensaría. Tal vez se trataba de una especie de estratagema; la idea de que

estaría físicamente más seguro frente a sólo uno de ellos era casi tan absurda como la de que le dieran una paliza, pero quizá creía que hablar con únicamente uno de ellos le concedería cierta ventaja intelectual. Los gemelos pensaban que les había juzgado desde el principio por su aspecto. Para él, no habían sido más que los chicos *cool* del campus. Deportistas tontos que ni siquiera sabían codificar, y que necesitaban contratar a un friki para que les creara su página web, un sitio web que sólo él, el niño prodigio, podría, o, mejor dicho, debería, haber inventado. *Porque si ellos fueran los inventores, lo habrían inventado*. Por supuesto, siguiendo esta lógica, querrían noquearlo si pudieran pillarlo a solas en una habitación.

Tyler cerró los ojos, se tomó un momento. Luego se encogió de hombros.

—Entrará Cameron.

Su hermano siempre había sido de trato más fácil que él, menos macho alfa, un poco más dispuesto a ceder cuando ésa era la única opción disponible. Sin duda aquélla sería una de esas situaciones.

—Como un tigre en una jaula —dijo Cameron mientras seguían a Piazza y a su abogado hasta el pasillo—. Ten a mano la pistola tranquilizante. Si ves que me dirijo directo a su garganta, hazme un favor y apunta a la chaqueta. Es de mi hermano.

Ni el abogado ni el mediador esbozaron la mínima sonrisa.

La entrada cuarenta minutos después en la sala acristalada fue uno de los momentos más surrealistas en la vida de Cameron Winklevoss.

Mark Zuckerberg ya estaba sentado a la mesa larga y rectangular situada en el centro. A Cameron le pareció que su metro setenta de

estatura estaba asentado sobre un grueso cojín extra colocado en su silla, el elevador del asiento de un multimillonario. Cameron se sintió vagamente cohibido mientras cerraba tras de sí la puerta de cristal; podía ver cómo Tyler y su abogado tomaban asiento justo detrás de él, al otro lado del cristal. Más abajo, en el pasillo, reparó en Piazza, y luego en los abogados de Zuckerberg, un ejército de hombres trajeados. Reconoció a la mayoría; era imposible olvidar a Neel Chatterjee, de la firma Orrick Herrington & Sutcliffe LLP, un hombre tan protector con su preciado cliente (y con lo que los gemelos podrían decir sobre él) que, cuando éstos fueron invitados a participar en una charla informal en una conferencia vía internet en 2008, Chatterjee apareció entre el público, presumiblemente para estar al tanto de lo que dijeran. Chatterjee y el resto de los letrados llevaban cuadernos amarillos, aunque Cameron no tenía idea de lo que iban a escribir en ellos. Por lo que sabía, la sala de conferencias de cristal estaba insonorizada, y, según tenía entendido, ninguno de ellos sabía leer los labios. La conversación sería entre él y Zuckerberg: sin mediador, sin abogados, sin nadie escuchando, sin nadie que se interpusiera en su camino.

Zuckerberg no levantó la vista cuando Cameron se acercó al otro extremo de la mesa de conferencias. El extraño escalofrío que recorrió su columna vertebral no tuvo nada que ver con el exceso de celo en el aire acondicionado. Era la primera vez que él y su excompañero de clase de Harvard se veían las caras en cuatro años.

Cameron había conocido a Zuckerberg en el comedor de Kirkland en octubre de 2003, cuando él, Tyler y su amigo Divya Narendra se sentaron junto a él para hablar sobre la red social que habían estado construyendo a lo largo del año anterior. Durante los tres meses siguientes, los cuatro se reunieron varias veces en el dormitorio de Zuckerberg e intercambiaron más de cincuenta correos electrónicos

sobre el sitio web. Sin embargo, sin que los gemelos y Narendra lo supieran en ese momento, Zuckerberg había empezado a trabajar en secreto en otra red social. De hecho, registró el nombre de dominio thefacebook.com el 11 de enero de 2004, cuatro días antes de su tercera reunión, el 15 de enero de 2004.

Tres semanas más tarde, el 4 de febrero de 2004, lanzó thefacebook.com. Cameron, Tyler y Divya se enteraron sólo poco después, mientras leían el periódico del campus, el *Harvard Crimson.* Cameron no tardó en enfrentarse a Zuckerberg por correo electrónico. Zuckerberg respondió: «Si os queréis reunir para hablar sobre el tema, estoy dispuesto a hacerlo con vosotros a solas. Ya me diréis...». Pero Cameron pasó del tema ya que sentía que la confianza había sufrido daños irreparables. ¿De qué serviría razonar con alguien que era capaz de actuar de la manera en que él lo había hecho? Lo único que Cameron creyó que podían hacer en ese momento era confiar en el sistema —primero, pidiendo a la administración de Harvard y a su presidente, Larry Summers, que intervinieran y aplicaran los códigos de honor relativos a las interacciones estudiantiles claramente delineados en el manual del estudiante, y luego, cuando eso fracasó, recurriendo a regañadientes a los tribunales— y aquí estaban ahora, cuatro largos años después...

Cameron llegó al final de la mesa y dejó caer todo su gigantesco cuerpo sobre una de las sillas antes de por fin levantar la vista, con una mínima incómoda sonrisa asomando en los labios. Era increíblemente difícil leer a alguien que carecía de expresiones faciales discernibles, pero Cameron creyó detectar un indicio de nerviosismo en la forma en que Zuckerberg se balanceaba hacia delante, con las piernas cruzadas debajo de la mesa a la altura de los tobillos, un mero atisbo de emoción humana. Curiosamente, no

llevaba puesta la sudadera gris de su firma; puede que por fin se lo estuviese tomando en serio. Zuckerberg hizo una señal con la cabeza y murmuró algún tipo de saludo.

Durante los diez minutos siguientes, Cameron fue el que más habló. Comenzó haciendo una ofrenda de paz. Felicitó a Mark por todo lo que había logrado en los últimos años desde Harvard. Cómo había convertido thefacebook.com —una red social universitaria que había comenzado como un pequeño y exclusivo sitio web que conectaba a los jóvenes de Harvard entre sí— en Facebook, un fenómeno mundial que había pasado de universidad en universidad, y luego de país en país; que había atraído primero a millones de usuarios, luego a miles de millones, y que al final había arrastrado a más de una quinta parte de los habitantes del planeta Tierra, que ahora compartían de buena gana y de forma regular sus personalidades, imágenes, gustos, amores y vidas en una red que no mostraba signos de desaceleración.

Cameron se abstuvo de decir lo obvio: él, Tyler y Divya creían, profunda y firmemente, que Facebook había surgido de su idea, un sitio web llamado en un primer momento Harvard Connection, que más tarde pasó a ser rebautizado con el nombre de ConnectU, que era una red social propia cuyo objetivo era ayudar a los estudiantes universitarios a ponerse en contacto entre sí online. A Cameron, Tyler y Divya se les había ocurrido crear la Harvard Connection ante la frustración experimentada por lo limitada que se había vuelto su experiencia en el campus. El primer año de universidad era un gran crisol de culturas. ¡Qué narices! Divya había conocido a Cameron por casualidad en el Harvard Yard durante la semana de orientación y lo había invitado a su dormitorio a tocar la guitarra eléctrica. Fueron amigos desde aquel día. Con el tiempo, sin embargo, estas colisiones sociales fortuitas parecían desvanecerse en el campus a

medida que todos estaban cada vez más ocupados. Era difícil ampliar tu grupo de amigos más allá de tu dormitorio, tu deporte o tu especialización. Los gemelos y Divya se lamentaron de esto y se dispusieron a arreglarlo. El Harvard Connection —ConnectU—, un campus virtual, reestructuraría la vida del campus online sin ninguna de las barreras físicas y burbujas sociales rígidas e impermeables que existían en el mundo offline. El primer año podría volver a empezar, pero esta vez todo el mundo sería mucho más sabio: la juventud no se desperdiciaría en los jóvenes.

En la primavera de 2003, la base de código estaba casi terminada; sin embargo, su programador original, Sanjay Mavinkurve, se graduaba y se dirigía a Mountain View, California, para trabajar en Google. Esto forzó a los gemelos y a Divya a encontrar a otra persona que les ayudara a completarla. Victor Gao trabajó en la misma durante el verano, pero la tesis de licenciatura era demasiado exigente para poder continuar una vez comenzara el año escolar, así que les presentó a un estudiante de segundo año de informática que parecía tener interés en proyectos empresariales.

A esas alturas, el Harvard Connection, la base de código de ConnectU, se había construido para organizar a los usuarios de acuerdo con el nombre de dominio de su dirección de correo electrónico. Así, por ejemplo, si un usuario se registraba con una dirección de correo electrónico Harvard.edu, sería organizado y colocado de manera automática en la red de Harvard. Esto pondría orden en el caos de agrupar a todo el mundo en una gran red. Al igual que una matrioska rusa, ConnectU sería una red de redes más pequeñas, que a su vez serían redes de redes más pequeñas y así sucesivamente hasta llegar al usuario individual.

Divya y los gemelos habían diseñado de este modo ConnectU sobre la base de su epifanía de que la dirección de correo electrónico

de una persona no sólo era una buena manera de autentificar su identidad, sino también un buen indicador de su red social en la vida real: tu dirección de correo electrónico era tu pasaporte virtual. El registrador de Harvard sólo expedía direcciones de correo electrónico @harvard.edu a los estudiantes de Harvard. Goldman Sachs sólo emitía direcciones de correo electrónico @gold mansachs.com a los empleados de Goldman Sachs. Lo más probable es que, si tenías una de estas direcciones de correo electrónico, estuvieras de alguna forma o formaras parte de esas redes en la vida real. Este marco aseguraría a la red ConnectU una integridad de la que carecían otras redes sociales como Friendster y Myspace. Organizaría a los usuarios de forma tal que les permitiera encontrarse con mayor facilidad y ponerse en contacto de una manera más significativa. De hecho, se trataba de la misma estructura que pronto lanzaría la carrera del informático de segundo año al que contrataron, y que alcanzaría fama mundial y dominaría internet.

En opinión de los gemelos, las únicas redes con las que Mark Zuckerberg estaba familiarizado eran las informáticas. A partir de la propia interacción social de los hermanos Winklevoss con él, quedó claro que Mark se sentía mucho más cómodo hablando con las máquinas que con las personas. Visto de esta manera, en realidad tenía mucho más sentido que la mayor red social del mundo fuera de hecho fruto de una improbable unión entre los gemelos y Zuckerberg, en lugar de la creación sólo de Zuckerberg. La idea del genio solitario que inventa algo brillante él solito es cosa de películas, un mito de Hollywood. En realidad, las mayores empresas del mundo fueron iniciadas por dinámicos dúos: Jobs y Wozniak, Brin y Page, Gates y Allen, y la lista sigue. Según Cameron, debería haber incluido a Zuckerberg y Winklevoss. O Winklevoss y Zuckerberg.

Sentado a la mesa de conferencias, Cameron tuvo que reconocer que lo que Zuckerberg había logrado era realmente impresionante: lo que sea que les hubiera arrebatado lo había convertido en una verdadera revolución. De alguna manera, ese diminuto y pálido chaval con un peinado que parecía obra de alguna de las peluquerías de la franquicia Supercuts había cambiado el mundo. Así que se aseguró de decírselo. Habló de cómo lo que Zuckerberg había creado era increíble, el tipo de innovación que sucedía quizá una vez en cada generación.

Cuando Cameron hizo una pausa, Zuckerberg añadió sus propias felicitaciones. Parecía de verdad impresionado de que Cameron y Tyler se hubieran convertido en campeones nacionales de remo en Harvard y estuvieran ahora en condiciones de formar parte del equipo olímpico de Estados Unidos y competir por el oro en los Juegos Olímpicos de Pekín a finales de ese verano. A Cameron le recordó de manera peculiar al tímido chico que habían conocido en el comedor de Harvard, un fanático de la informática sin don de gentes entusiasmado por entrar en la órbita de los gemelos, aunque fuera por un momento.

Cameron hizo todo lo posible para ahuyentar los malos pensamientos mientras aceptaba los cumplidos: trató de no recordar cómo se había sentido al leer por primera vez un artículo sobre el sitio web de Zuckerberg en el *Harvard Crimson*. En un momento dado, la descripción del trabajo de Zuckerberg publicada en thefacebook.com fue «Fundador, amo y señor [y] enemigo del Estado». «¿Qué tal, ladrón?», pensó Cameron.

Pero ir por ese camino no les haría ningún bien.

Nada de eso importaba ahora.

Echó un vistazo a su hermano y a los hombres sentados fuera de la pecera de vidrio —todos esos abogados inclinados con furia sobre

sus libretas—, y mantuvo sus emociones bajo control.

—Mark, vamos a enterrar el hacha de guerra. Lo pasado, pasado está. Nosotros no estamos diciendo que creamos Facebook.

—Al menos estamos de acuerdo en algo.

¿Un toque de humor? Cameron no estaba del todo seguro, pero persistió de todas formas.

—No estamos diciendo que merezcamos el cien por cien, lo que afirmamos es que merecemos más del cero por ciento.

Zuckerberg asintió con la cabeza.

—¿De verdad puedes decir que estarías sentado donde estás si no nos hubiéramos acercado a ti?

—Estoy aquí sentado hoy porque me habéis demandado.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sé lo que crees que quieres decir.

—Nos acercamos a ti con nuestra idea. Te dimos acceso ilimitado a toda nuestra base de códigos. Vi cómo se encendía una bombilla dentro de tu cabeza.

—Friendster y Myspace existían antes de Facebook, y, la última vez que lo comprobé, Tom de Myspace no me había demandado.

Agotador, exasperante. Cameron apretó sus callosos dedos contra la mesa de la sala de juntas situada entre ellos. Se imaginó un remo siendo arrastrado por el agua, golpe tras golpe tras golpe.

—Esto podría durar para siempre, y no nos hace ningún bien a ninguno de los tres. Yo soy una persona, tú eres una persona. Tienes una empresa que dirigir, y nosotros un equipo olímpico en el que participar.

—De nuevo, algo en lo que estamos de acuerdo.

—La vida es demasiado corta para seguir yendo de acá para allá de este modo.

Zuckerberg hizo una pausa, y luego señaló a los abogados a través del cristal que había detrás de ellos.

—Podrían no estar de acuerdo.

—Encontremos algún punto en común, démonos la mano y sigamos con las grandes cosas que nos depara la vida.

Zuckerberg lo miró fijamente durante un rato. Pareció estar a punto de añadir algo, pero en vez de eso se limitó a parpadear e intentó esbozar de nuevo la más breve de las sonrisas.

Entonces, de una manera que sólo podía calificarse de robótica, Zuckerberg cruzó la mesa y ofreció lo que parecía ser una tentativa de apretón de manos.

Cameron sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca. ¿Esto era real? ¿Estaba pasando de verdad? La conversación no parecía estar llegando a ninguna parte y, sin embargo, pudo ver de reojo a los abogados de Zuckerberg poniéndose de pie detrás del vidrio.

Cameron extendió la mano y estrechó la de Mark Zuckerberg.

Y sin decir nada más, el consejero delegado de Facebook se bajó de la silla y se dirigió a la puerta. Cameron no tenía ni la menor idea de lo que estaba pasando por su inescrutable cabeza. Tal vez había conseguido llegar a él de alguna manera, y había decidido dar por fin a los gemelos Winklevoss lo que ellos creían merecer.

O tal vez Zuckerberg se retiraría a la sala de conferencias donde él y los abogados de Facebook habían acampado durante la mediación con otra idea.

—¿Cómo ha ido? —preguntaría Neel Chatterjee, abogado de Zuckerberg.

—Bien.

—Bien, ¿cómo?

—Como si fuera a follármelos vivos...

2
MUERTOS EN EL AGUA

Nueve de septiembre de 2011.

Las cinco de la madrugada.

Rayos de color marrón oscuro, ocre y oro que sólo aquellas personas que se despiertan impías ven cómo se cuelan a través de los árboles tecnicolor y brillan en la sinuosa cimitarra de agua cristalina.

—¡Rema, maldita sea! ¡Rema!

Cada célula del cuerpo de Tyler se tensó mientras cargaba todo su peso contra el remo. Gruñó mientras sus anchos hombros se abrían como las alas de un pájaro, su complexión elongándose en la palada con una precisión casi perfecta. Justo delante de él, Cameron se movía en paralelo, dos partes de una máquina coordinada y bien engrasada. Desde lejos, eran un dúo de movimiento suave y controlado, pero, de cerca, dentro de un bote de fibra de vidrio que cortaba el agua cristalina, todo eran tendones, sudor y suciedad, nudos de músculo que subían y descendían bajo la piel magullada, desgarrada y llena de ampollas.

Los remos mordisqueaban el agua, impulsando la embarcación hacia delante en oleadas repentinas. Los hermanos no sólo estaban sincronizados en la forma, en el movimiento mecánico de sus músculos contra los remos de fibra de carbono; eran físicamente idénticos. Nacidos para trabajar como dos mitades de un todo, una ventaja que les había ayudado a pasar de ser considerados una

curiosidad —gemelos idénticos que remaban juntos— a un equipo de categoría mundial capaz de competir a nivel olímpico.

Excepto que, ese día, la máquina no era perfecta. Algo no iba bien en los engranajes invisibles que los conectaban.

Sin ni siquiera levantar la vista, Tyler podía percibir las otras cinco barcas que estaban a su lado, deslizándose a la par como gaviotas en formación hacia la línea de meta, a pocos metros de distancia. Desde la orilla sería casi imperceptible, pero, desde su posición, podía ver que se encontraban a unos quince centímetros detrás de la pareja más cercana..., seis, tal vez a unos quince o diecisiete centímetros detrás de la que había ganado el oro en Atenas en el ocho con timonel. Esa pareja se intercambiaba con un par de exalumnos de la Universidad de Washington, que habían ganado los campeonatos nacionales tres años seguidos.

La armada rugió hacia la línea de llegada. Tyler entornó los ojos mientras remaba con toda la fuerza que le quedaba, aunque sabía que, en el fondo, no sería suficiente. Segundos después, sonó una sirena cuando la bola de proa de cada embarcación cruzó la meta.

La carrera había terminado.

Los gemelos eran los últimos.

Los centímetros que separaban a las seis embarcaciones bien podrían haber sido kilómetros.

Una carrera de remo era una batalla que casi siempre se decidía mucho antes de esos últimos metros. No era algo que se ganaba, sino algo que uno conseguía no perder; una guerra de puntos álgidos. Quienes son capaces de soportar más dolor suelen cruzar primero la línea de meta, y caer en el pozo una y otra vez era la única forma de aumentar la tolerancia al dolor.

Los gemelos se desplomaron sobre sus remos, totalmente exhaustos. El ácido láctico, consecuencia del esfuerzo intenso,

circulaba por sus músculos. Cada célula de sus organismos estaba en llamas, sus pulmones ardían. Los charcos dejados por los remos, el consumo de la energía vertida para mover su embarcación por la pista, se disiparon rápidamente en la superficie del lago Carnegie en Princeton, Nueva Jersey.

Sabían que debían empezar a enfriar y regresar al cobertizo para botes, pero, de momento, ni siquiera tenían energía para levantar los remos, mucho menos sus cuerpos, y comenzar a remar de regreso a casa.

—No es más que un entrenamiento —dijo Tyler—. La próxima vez lo haremos mejor.

Cameron no levantó la cabeza.

—Si subimos la velocidad de carrera unos cuantos golpes, estaremos en el lado correcto de esa meta.

Se dio cuenta, por el tono de Cameron, de que el hecho de haber perdido le pesaba mucho más a él (y puede que a los dos) de lo que debería. No era la primera vez que obtenían un mal resultado en una regata. La capacidad de compartimentar los malos entrenamientos, dejándolos en el agua, era una habilidad importante en la práctica del remo; una habilidad que había permitido a los gemelos litigar contra una de las compañías más grandes del mundo mientras se entrenaban simultáneamente para los Juegos Olímpicos. Al nivel en que remaban, el mínimo contratiempo que afectara al ritmo o la técnica podía traducirse en derrota, y, contra el tipo de competidores con los que entrenaban para el equipo olímpico, cada palada era importante. El impecable escenario del lago Carnegie, 6,4 kilómetros de agua uniforme en Princeton, Nueva Jersey, que hacía décadas que servía de centro nacional de entrenamiento para el equipo olímpico de remo, era para el remero la versión de un campo de juego parejo, lo que significaba que cada práctica se reducía a una

combinación de músculo, técnica, entrenamiento y fuerza de voluntad. La victoria dependía del caballo, no del carro.

El lago Carnegie fue literalmente creado para remar. Antes de 1902, el equipo de Princeton entrenaba en el cercano canal de Delaware, una vía fluvial llena de buques de carga y cruceros, pero los remeros se cansaron de esquivar a los cargueros y a los marineros de los domingos. En un fortuito y oportuno momento, encargaron un retrato del barón del acero Andrew Carnegie a un extimonel y exalumno, que utilizó el tiempo que se suponía que debía estar liado con los pinceles y las pinturas al óleo para proponerle al barón la idea de crear un lago para el uso del equipo de remo de la universidad de la Ivy League. El mecenas, encantado con la idea, donó más de 100.000 dólares —una fortuna en ese momento— para el proyecto de construcción. Con la ayuda de un puñado de antiguos alumnos que habían practicado remo, Carnegie compró en secreto todos los terrenos de la zona, levantó una presa en el río Millstone y removió tierra y agua para crear la perfecta pista de remo.

No pasó mucho tiempo antes de que la selección nacional olímpica reconociera el valor de la franja de agua privada y protegida situada junto a uno de los centros educativos más importantes del mundo; y no tardaron en invitar a los mejores remeros de todo el país a entrenar en el lago que se extendía más allá del centenario cobertizo para botes.

Tyler y Cameron habían pasado incontables mañanas deslizándose bajo los puentes de arco de piedra ubicados en los puntos más estrechos del lago, una reminiscencia de los contrafuertes de piedra que salpicaban el serpenteante río Charles en Cambridge, Massachusetts. Allí habían empezado a curtirse bajo la protección del legendario Harry Parker. Para el año 2000, cuando

los gemelos se matricularon en Harvard, Parker llevaba casi cuarenta años entrenando al equipo masculino de Harvard. Los remeros de esta universidad entrenados por Harry Parker habían competido en todos los Juegos Olímpicos desde 1964. Los gemelos continuarían esta tradición representando a Estados Unidos en la modalidad de dos sin timonel masculina en los Juegos Olímpicos de 2008 en Pekín, China.

Los hermanos Winklevoss habían sido campeones nacionales invictos en Harvard. Cameron, el gemelo zurdo, había remado a babor y se había sentado en el asiento seis de la tripulación del equipo universitario de pesos pesados, mientras que Tyler, el diestro, había remado a estribor y se sentaba detrás de él en el asiento cinco. En una embarcación de ocho tripulantes, los asientos de los gemelos estaban situados en la «sala de máquinas», que es el término para designar la parte central del bote, donde se sitúan los remeros más grandes y potentes. Los escritores deportivos de los periódicos universitarios se referían a Cameron y Tyler como las «Torres Gemelas» y apodaron a su tripulación God Squad o «escuadrón de Dios», porque algunos de ellos eran devotos cristianos que creían en Dios, mientras que el resto pretendían serlo.

El God Squad ha sido el equipo más famoso de Harvard desde el histórico equipo Rude and Smooth de mediados de la década de 1970, sobre el que David Halberstam escribió una crónica en su libro *The Amateurs*, y que se ganó su apodo por su suave forma de remar y sus groseras payasadas. Muchos de estos míticos remeros compitieron en las Olimpiadas y cosecharon grandes éxitos después de sus carreras en el deporte del remo. Dick Cashin, el tripulante que ocupaba el asiento seis, se convirtió en un magnate de capital privado en la ciudad de Nueva York y donó los fondos para construir el Harry Parker Boathouse, un cobertizo para botes comunitario y

abierto al público, ubicado en el río Charles, aguas arriba del Newell y del Weld, los cobertizos para botes de hombres y mujeres de Harvard.

El entrenador de remo de los gemelos en la escuela secundaria les regaló una copia de *The Amateurs* durante su primera temporada, cuando estaban en el primer año de secundaria, en 1997. No fue una coincidencia que terminaran solicitando su admisión en Harvard unos años más tarde. Cuando en el año 2000 llegaron a esta universidad como estudiantes de primero, habían esperado seguir los pasos de aquella legendaria tripulación.

Y los siguieron. El God Squash nunca perdió una carrera universitaria. De hecho, nunca tuvo una carrera muy reñida. Eran tan rápidos que acudieron a la Copa del Mundo de 2004 en Lucerna, Suiza, y quedaron sextos, superando los botes de ocho del equipo olímpico de Gran Bretaña y Francia. Después de Lucerna compitieron en la Real Regata de Henley, la cúspide de la temporada de remo británica, un acontecimiento al mismo nivel que el tenis en Wimbledon y las carreras de caballo en Ascot. En Henley, el God Squad derrotó a la Universidad de Cambridge en su camino hacia las finales de la Grand Challenge Cup, y luego compitió valientemente contra el equipo olímpico holandés, perdiendo por dos tercios de la eslora de la embarcación. Un mes más tarde, el mismo bote holandés de ocho ganó la plata olímpica en los Juegos de Atenas, Grecia, de 2004, lo que puso en perspectiva lo rápido que era el God Squash y los inmortalizó para siempre en el panteón de la historia del remo universitario.

Después de que los gemelos se graduaran en Harvard en 2004, pasaron de las orillas del río Charles a las del lago Carnegie, sede del equipo nacional de remo de Estados Unidos.

Carnegie era un escenario magnífico, puede que incluso más que el río Charles. Por desgracia, eso no hacía que el hecho de haber quedado últimos esa mañana fuera más fácil de soportar. Para Tyler, no se trataba simplemente de una carrera carente de significado durante un entrenamiento; se parecía más a un momento existencial.

Faltaban diez meses para los Juegos Olímpicos de Londres. Podían entrenar día y noche, presionar sus cuerpos a un extremo al que ya habían llegado antes, tal vez incluso ponerse en forma lo suficiente para ganar una medalla. Sería un honor increíble, una verdadera victoria, y nada cambiaría: ni quiénes eran, ni cómo los veía el mundo. Eran una portada de libro que ya había sido juzgada, y vuelto a juzgar. Primero por un sistema judicial que creían que había estado en su contra desde el principio, y luego por la opinión pública, una concepción popular y una conciencia social alimentada por una película que había contado lo bastante de la historia para retratarlos como caricaturas, agobiados por su aspecto y lo que se suponía que debían representar.

Sólo ellos sabían la verdadera historia y lo que realmente había pasado después de la reunión individual de Cameron en aquella jaula de cristal. Cómo, en un abrir y cerrar de ojos, de algún modo perdieron al ganar.

—¡Sesenta y cinco millones de dólares! —dijo casi gritando Calamari, su abogado. Tenía en una mano la oferta manuscrita de conciliación de una página y en la otra un trozo de pizza—. Es increíble. ¿No os dais cuenta de que esto es increíble?

Del extremo de la pizza caían gotas de queso derretido mientras la agitaba en dirección a los gemelos. Era evidente que el abogado,

con su vestimenta informal, estaba entusiasmado con la oferta de acuerdo.

Tyler miró fijamente la hoja que colgaba de la mano de Calamari. Sesenta y cinco millones de dólares sonaban genial hasta que lo yuxtaponías con la tajada del pastel de Zuckerberg valorada en 15.000 millones de dólares (y creciendo).

—Falta algo —comenzó a decir Tyler, cuando Calamari le cortó, el maldito trozo de pizza balanceándose tanto que amenazaba con desprenderse de los dedos del abogado y salir disparado hacia los gemelos.

—¿Estás de coña? ¡Chicos, es Navidad en febrero! Ha accedido a llegar a un acuerdo. ¡Y es una fortuna!

Tyler miró a Cameron, que parecía tan exasperado como él. Sí, Zuckerberg había aceptado llegar a un acuerdo. Por muy testarudo que fuera, lo más probable es que siempre llegase a un acuerdo. Podía esperar hasta la víspera del juicio y llegar a un acuerdo en los escalones del juzgado, pero iba a llegar a un acuerdo. Incluso si en el fondo el consejero delegado de Facebook no creía que las alegaciones de los hermanos Winklevoss fueran fundadas, siempre habían asumido que él sabía que estaban hartos —el entorno por sí solo era demasiado— y ahí estaban los correos electrónicos. Había muchos correos electrónicos, y los gemelos pensaban que eran lo bastante dañinos para destrozarlo en el estrado. Un juicio público tenía que ser demasiado arriesgado para considerarlo. El fraude no era algo que debiera dejarse en manos de doce miembros de un jurado. Peor aún, Zuckerberg sabía que la otra parte estaba presionando para llevar a cabo una investigación forense —imágenes electrónicas— del disco duro de su ordenador, el mismo que había usado en Harvard. Como los gemelos descubrirían más tarde, Zuckerberg tenía buenas razones para no dejar que eso ocurriera.

Facebook era un monstruo, un auténtico Unicornio[1] de Silicon Valley que ganaba millones de usuarios cada día. Zuckerberg se había hecho famoso a nivel internacional, el joven consejero delegado de una empresa que se estaba convirtiendo rápidamente en una de las mayores historias de éxito del mundo. Sin duda, no pasaría mucho tiempo antes de que Facebook saliera a bolsa, y lo último que Zuckerberg, o el consejo de administración de Facebook, necesitaba antes de ofrecer sus acciones al público era que salieran a la luz documentos potencialmente incriminatorios.

Zuckerberg tenía que saber adónde conduciría un proceso así. El disco duro del ordenador que había utilizado en la universidad contenía un montón de mensajes instantáneos (IM) que Zuckerberg había escrito mientras estudiaba en Harvard. Algunos de ellos iban dirigidos a Adam D'Angelo, un amigo y dotado programador informático que había estudiado en CalTech y que en ese momento era director de tecnología de Facebook. Esos mensajes se habían descubierto durante un análisis forense del disco duro de Zuckerberg llevado a cabo por orden judicial, pero su abogado, Neel Chatterjee, se había negado hasta ahora a proporcionárselos a la otra parte. Era un ejemplo clásico del gato de Schrödinger: los mensajes no existían si se llegaba a un acuerdo; existían si el consejero delegado de Facebook se empecinaba en mantener su terca postura. Incluso si se mostraban a la otra parte con una orden de protección, no había forma de garantizar que no acabaran en internet, un medio escrito con bolígrafo, no con lápiz.

Con el tiempo, por supuesto, los temores de Zuckerberg y su equipo se verían cumplidos, pero por suerte para él eso no sucedió hasta años después de llegar a un acuerdo con los gemelos. Un periodista particularmente intrépido del *Business Insider*, Nicholas Carlson, se apoderó de varios de estos mensajes instantáneos, más

tarde confirmados como propios por Zuckerberg cuando fueron reeditados en *The New Yorker*.

En uno de los mensajes, Zuckerberg le hablaba a D'Angelo sobre el sitio web Harvard Connection/ConnectU en el que estaba trabajando para Tyler, Cameron y Divya. Como informó Carlson en el *Business Insider*, Zuckerberg comentó a D'Angelo:

> Ya sabes que estoy haciendo esa página de contactos. Me pregunto cuánto se parece a lo de Facebook. Porque es probable que las dos se acaben lanzando más o menos al mismo tiempo. A menos que joda a los de la página de contactos y los deje tirados justo antes de decirles que la tendría hecha.

A partir de ahí, los pensamientos de Zuckerberg se volvieron más incriminatorios:

> También odio el hecho de que lo hago para otras personas, jaja. Cómo odio trabajar con otras personas. Siento que lo correcto es terminar Facebook y esperar hasta el último día, cuando se supone que debo tener terminado lo suyo y decirles «mirad, vuestra página no es tan buena como ésta, así que, si os queréis unir a la mía, podéis hacerlo, de lo contrario sólo os podré ayudar con la vuestra más adelante». ¿O crees que es ser demasiado capullo?

D'Angelo le preguntó más tarde a Zuckerberg qué camino iba a seguir para tratar con los gemelos. Zuckerberg respondió:

> Sí, me los voy a follar. Probablemente por delante y por detrás.

En términos legales, los mensajes estaban en una zona gris —no eran una prueba irrefutable—, pero seguían siendo peligrosos. Con respecto al carácter moral de Zuckerberg en ese momento de su vida, era menos gris que blanco y negro. Cuando en otro de los mensajes le dijo a su amigo: «Se puede ser poco ético y continuar siendo legal; así es como vivo mi vida», estaba expresando una filosofía que pondría nerviosos a los futuros accionistas de Facebook. Sin duda, Zuckerberg había cambiado en los años transcurridos

desde la universidad: ¿cómo podría alguien pasar por todo lo que había vivido y no cambiar desde todos los puntos de vista, la mayoría de los cuales seguirían siendo desconocidos para la mayor parte del mundo? Tal vez, como diría más tarde a *The New Yorker*, se arrepintiera de verdad de los sentimientos que reflejaban aquellos mensajes, pero éstos no eran más que una parte de la historia. Hubo también acciones que fueron de la mano con esas palabras.

Antes de que los gemelos Winklevoss se aproximaran a Zuckerberg, la audaz aventura del creador de Facebook en ese momento era facemash.com, una versión de Harvard del sitio web Hot or Not? Este sitio tomaba fotos de alumnas del directorio online de Harvard y, sin su consentimiento, las mostraba de dos en dos en facemash.com para que los visitantes de la página pudieran calificar quién era la que estaba «más buena». En un intercambio de mensajes, llegó a considerar la posibilidad de permitir que esas fotos de mujeres de Harvard fueran comparadas con imágenes de animales de granja, lo que dio lugar a varias inculpaciones por violar la seguridad de la red informática de la universidad, violar los derechos de autor y la privacidad individual de los estudiantes, y casi logró que la Junta Administrativa de Harvard expulsara a Zuckerberg.

Después de que Zuckerberg los dejara en la estacada y sorprendidos por el lanzamiento de Facebook el 4 de febrero de 2004, los gemelos y su amigo Divya se apresuraron a encontrar programadores para terminar ConnectU, que al final comenzó a funcionar el 21 de mayo de 2004. No contento con limitarse a tratar de forma injusta a sus compañeros de clase y con disponer de la enorme ventaja que le proporcionaba haber sido el primero en lanzar el sitio web, Zuckerberg parecía decidido a echar más leña al

fuego. Como se informó en el *Business Insider*, Zuckerberg señaló a D'Angelo por medio de mensajes:

> He explotado un fallo en su sistema [ConnectU] y he creado otra cuenta de Cameron Winklevoss. He copiado su cuenta, con su perfil y todo eso, excepto que he hecho que a través de sus respuestas parezca un supremacista blanco.

La cuenta falsa que Zuckerberg creó para hacerse pasar por Cameron no sólo era un ataque contra la personalidad de éste, sino también una reveladora visión de cómo Zuckerberg había visto —y juzgado— a los hermanos gemelos desde el momento en que los había conocido en el comedor de Kirkland.

> **CAMERON WINKLEVOSS**
>
> **Ciudad natal:** «Soy un maldito privilegiado. ¿De dónde crees que soy?».
>
> **Instituto:** Ni siquiera se te permite mencionar su nombre.
>
> **Grupo étnico:** Mejor que el tuyo.
>
> **Altura:** 2,20 metros.
>
> **Complexión:** Atlética.
>
> **Color de cabello:** Rubio ario.
>
> **Color de ojos:** Azul celeste.
>
> **Cita favorita:** «Los sin techo valen su peso en clips. Odio a los negros».
>
> **Idiomas:** Blanco, anglosajón y protestante.
>
> **Clubes:** Mi padre me metió en el Porcelain.
>
> **Intereses:** Desperdiciar el dinero de mi padre...

Si había hackeado el sitio web que se suponía que había ayudado a construir, a juicio de los gemelos, Zuckerberg había infringido potencialmente la ley federal. Y el perfil falso sólo fue el comienzo. En posteriores mensajes, se jactaba de seguir pirateando el código de ConnectU y desactivar las cuentas de usuario, sólo por diversión.

Y hubo más. En la primavera de 2004, Cameron envió un correo electrónico a la bandeja de entrada de «consejos» del *Harvard Crimson* para informar sobre el engañoso comportamiento de Zuckerberg. Asignaron la historia a un periodista llamado Tim McGinn, que comenzó a investigar. Tim se reunió con Cameron, Tyler y Divya para escuchar su historia y revisar los correos electrónicos enviados entre Cameron y Mark. Luego quedó con Zuckerberg para que le explicara su versión de la historia. Como Cameron fue informado más tarde, Zuckerberg se acercó a las oficinas del *Harvard Crimson* y trató de convencer a McGinn y a su editora, Elisabeth Theodore, de que no publicara la historia. Cuando McGinn y Theodore decidieron continuar la investigación, al parecer Zuckerberg hackeó la cuenta de correo electrónico de McGinn en Harvard para tratar de estar al tanto de la investigación y saber si se escribiría un artículo sobre el tema o no.

Como Cameron supo después, Zuckerberg pudo hackear el correo electrónico de McGinn aprovechando los datos de la base de datos de Facebook, violando la confianza y la privacidad de sus propios usuarios. Más concretamente, según parece, buscó en la base de datos de Facebook la contraseña de la cuenta de McGinn, con la esperanza de que usara la misma para su cuenta de correo electrónico de Harvard. También revisó los registros de Facebook de todos los intentos fallidos de inicio de sesión de McGinn, ya que pensó que en algún momento éste debía de haber introducido por error la contraseña de su cuenta de correo electrónico de Harvard en la red social al intentar iniciar sesión. Armado con la información privada del redactor extraída de las entrañas de Facebook, Zuckerberg pudo entrar en su correo electrónico y leer todos sus mensajes, incluidos los que había intercambiado con Cameron, Tyler y Divya. También accedió a un correo entre McGinn y Theodore, en

el que este último relataba su reunión con Zuckerberg en las oficinas del *Harvard Crimson*: «[Zuckerberg] Me pareció una persona ruin. Y me dio la impresión de que algunas de sus respuestas no eran muy directas o abiertas. También su reacción a la página web me pareció muy, muy extraña».

Si bien el pirateo de ConnectU por parte de Zuckerberg quedaba fuera de la jurisdicción de la universidad, el de la cuenta de correo electrónico de otro estudiante de Harvard no lo estaba. De hecho, violó la seguridad de la red informática de la universidad y la privacidad de un estudiante individual (sin mencionar la propia política actual de privacidad de Facebook); y Zuckerberg ya estaba metido en problemas por infracciones similares como resultado de la debacle de facemash.com a principios de ese mismo año escolar.

En ese momento, Harvard no estaba al tanto de las violaciones adicionales de Zuckerberg. Unos años después, sin embargo, se hizo público el segundo delito de éste. A pesar de que era, y sigue siendo, un estudiante de Harvard hasta el día de hoy, dejó la universidad de forma indefinida con un permiso voluntario para dirigir Facebook después de su segundo año. Harvard nunca tomó ninguna medida pública relacionada con ese pirateo.

En definitiva, la existencia del disco duro del ordenador de la universidad de Zuckerberg debía significar que nunca se arriesgaría a ir a juicio, y no sólo porque sus mensajes con respecto a los gemelos mancharían su excelente reputación en tanto que niño prodigio y consejero delegado, sino, lo que es más importante, porque pondrían en tela de juicio la base misma de la revolución que estaba creando:

> Si alguna vez necesitas información sobre alguien en Harvard, sólo tienes que pedírmela. Tengo más de 4.000 correos electrónicos, fotos y direcciones.
>
> La gente me las ha dado sin más. No sé por qué. «Confían en mí.»
>
> ¡Qué imbéciles!

Los mensajes privados entre otros estudiantes universitarios podrían quizá explicarse como el equivalente digital de una charla de «vestuario», pero, en el contexto de alguien que había abandonado la universidad con la misión de «conectar el mundo» y que al hacerlo tenía en sus manos la privacidad de millones de personas, podían destruirlo para siempre. Para los gemelos, los mensajes demostraban sin duda alguna lo que habían estado diciendo todo el tiempo: Zuckerberg les había perjudicado a sabiendas. La imagen del simpático empollón que llevaba una sudadera con capucha y hablaba de construir cosas «guais» no era el Mark Zuckerberg que ellos conocían. Esas duras palabras y acciones revivieron una ira que dificultó dejar pasar las cosas, incluso cuando a su equipo legal le parecía que habían ganado.

—Esto es una mierda —dijo Tyler, que todavía miraba el papel cubierto de garabatos—. Merecemos ser dueños legítimos.

Calamari aún sonreía con su pizza de celebración. Acababa de terminar una llamada con John Quinn, el Quinn del prestigioso bufete de abogados Quinn Emanuel, en teoría para presumir del posible resultado del acuerdo. No lo consiguió; de hecho, estos letrados no consiguieron muchas cosas. Calamari apenas pudo mostrar la presentación en PowerPoint que su abogado principal había preparado para el argumento de la mediación inicial. La ironía de que una persona que casi no sabía manejar un ordenador fuera uno de los letrados directores en la lucha contra una de las mayores empresas de tecnología del mundo era demasiado. Calamari había pronunciado mal varias veces el nombre de Zuckerberg, llamándolo «Zuckerberger», y ahora estaba bailando en la zona de anotación con John Quinn antes de aplicar la tinta en la hoja de la oferta, y mucho menos de que se hubiera secado.

Para Tyler, esto no tenía nada que ver con el dinero; nunca había tenido que ver con el dinero. Como Zuckerberg había señalado tan delicadamente en el perfil falso que había hecho de Cameron, los hermanos Winklevoss pertenecían a una familia adinerada, pero lo que Zuckerberg no sabía era que su padre había construido para ellos una infancia privilegiada mediante sudor, cerebro y carácter. Se había hecho a sí mismo a partir de una herencia de trabajadores inmigrantes alemanes, una familia de mineros del carbón, y había convertido en su misión inculcar en los hermanos un sentido del bien y del mal tan estricto que a menudo podía resultar cegador. Ganar no importaba si no sucedía de la manera correcta, y por las razones adecuadas.

Tyler simplemente no podía dejarlo sin más, ni siquiera por 65 millones de dólares en efectivo.

—Lo aceptaremos en forma de acciones —anunció de repente. Cameron asintió con la cabeza. La cara de Calamari palideció. Su grasiento trozo de pizza provocó un ruido sordo en la mesa.

—¿Estáis locos? ¿Queréis invertir en ese imbécil? —exclamó Calamari con incredulidad, mirando luego a sus asociados para que asintieran con la cabeza en señal de desaprobación.

De inmediato, él y su equipo se embarcaron en una campaña para convencer a Tyler y Cameron de que estaban siendo idiotas, locos de remate, de que debían aceptar el dinero y largarse. Todo parecía indicar que a los abogados no les gustaba que les pagaran en acciones, cuyo precio podía subir o bajar. Para ellos, el dinero era el rey. De pronto, el porcentaje del 20 por ciento de Quinn Emanuel, unos 13 millones de dólares por seis meses de trabajo, parecía mucho más incierto.

Los cinco letrados de Quinn Emanuel suplicaron a los gemelos, pero no les pudieron convencer. En la mente de Cameron y Tyler,

cobrar en acciones era una forma de retroceder en el tiempo y corregir un error. En tanto que fundadores, de no haber sido eliminados por Zuckerberg, habrían tenido acciones. Y allí, después de todos estos años, estaba su oportunidad de volver, al menos en parte, donde deberían haber empezado. Ni un centenar de abogados vestidos con camisas hawaianas y sandalias podrían convencerlos de lo contrario.

Al final, los gemelos y sus letrados llegaron a un acuerdo: aceptarían 20 millones de dólares en efectivo, y el resto de los 65 millones del acuerdo (unos 45 millones) en acciones. Para los gemelos tontos y locos de remate, ésta resultó ser una de las inversiones más cuantiosas de todos los tiempos. No así para sus abogados.

Después de la salida a bolsa de Facebook, los 45 millones de dólares en acciones de los hermanos Winklevoss se dispararon: se apreciaron quince veces y llegaron a tener un valor de más de 500 millones de dólares. Si Quinn Emanuel hubiera aceptado cobrar su comisión en acciones, la firma habría ganado más de 300 millones por seis meses de trabajo.

Sentado en ese bote, a la deriva y prácticamente en silencio, en el centro del lago artificial de Nueva Jersey, mientras observaba cómo otras embarcaciones se dirigían al cobertizo, Tyler fue plenamente consciente de que la lucha había hecho mella en ellos. Cuanto más pública se había vuelto —culminando en la película que los había convertido en nombres conocidos—, más les habían atacado, tanto legalmente como ante la opinión pública.

Poco después de llegar a un acuerdo con Zuckerberg se supo que Facebook había retenido información crítica relacionada con el valor

de las acciones que los gemelos recibieron: la empresa no pudo presentar un documento interno, conocido como «tasación 409A», realizada por una compañía independiente. Esta valoración, que Facebook utilizó para cumplir con las reglas de la Hacienda pública y el código fiscal de Estados Unidos, valoró las acciones de la compañía de los gemelos a un cuarto del precio que la oferta del acuerdo de Zuckerberg señalaba que valían. ¿Se los estaba follando otra vez?

Desde luego, a los hermanos Winklevoss, la no divulgación de una valoración material e independiente durante un acuerdo conciliatorio que implicaba una transacción sobre títulos les sonaba a fraude bursátil.

Armados tanto con la valoración ocultada como con los mensajes filtrados que habían salido a través de *Business Insider*, los gemelos habían tratado de reabrir el caso, esfuerzo rechazado por un juez federal de California, un veredicto que fue posteriormente confirmado por la Corte de Apelaciones del Noveno Circuito de California. El resultado no era ninguna sorpresa: los gemelos estaban luchando contra Facebook, ahora un monstruo de 100.000 millones de dólares, en su propia casa. Era muchísimo lo que estaba en juego, y los hermanos Winklevoss y Zuckerberg no eran los únicos interesados en el tema. Obama había visitado la sede de Facebook después de ser elegido presidente en 2008, una victoria atribuida en parte a la web de Zuckerberg, que su campaña había utilizado para conectar con millones de votantes conocidos como la «Generación Facebook» y que le valió el título de «Presidente de Facebook». Y tampoco importó que uno de los gurús de la campaña de Obama fuera Chris Hughes, uno de los compañeros de habitación de Zuckerberg, que había dirigido el marketing y la comunicación de la compañía antes de unirse a la campaña de Obama. Todo esto

culminó con Zuckerberg en la portada de la revista *Time* en 2010 en tanto que persona del año «Por poner en contacto a más de 500 millones de individuos y mapear las relaciones sociales entre ellos, por crear un nuevo sistema de intercambio de información y por cambiar la forma en que vivimos nuestras vidas». Luchar contra un coloso de la tecnología en California no te auspiciaba exactamente buenas probabilidades. Las circunstancias fueron del todo desfavorables para los gemelos Winklevoss, y Zuckerberg había contado con las cartas ganadoras.

Creían que Zuckerberg les había tratado de manera injusta en 2004 al robarles su idea de lo que acabó por convertirse en Facebook, les perjudicó por segunda vez al esconder los dañinos mensajes durante el litigio, y una tercera vez al mentir sobre la valoración de las acciones de la empresa; en efecto, habían perdido, al ganar.

A pesar de recibir acciones que podían llegar a valer cientos de millones de dólares, una suma enorme desde cualquier punto de vista, los gemelos se sentían unos perdedores: Zuckerberg se las había arreglado para joderles vivos una y otra vez. Y no sólo eso, el hecho de haberse enfrentado a Zuckerberg de forma tan notoria había repercutido en su imagen ante el tribunal de la opinión pública. Los medios de comunicación los despedazaron y la blogosfera los ridiculizó como mocosos malcriados con un grave caso de frustración. A su vez, cuando se hacía público otro ejemplo de traición shakespeariana de Zuckerberg, los medios de comunicación parecían mirar hacia otro lado.

Incluso Larry Summers, el antiguo presidente de Harvard, les disparó, llamándolos públicamente «imbéciles» sobre el escenario de la Brainstorm Tech de *Fortune*, celebrado en el Instituto Aspen. ¿El delito de los hermanos Winklevoss? Habían llevado chaqueta y

corbata al acudir en horario de oficina al despacho del presidente Summers, en abril de 2004, para hablar sobre el comportamiento engañoso de Zuckerberg; conducta que ellos creían que suponía una vulneración directa del *Manual del estudiante de Harvard*, en concreto de la parte que decía: «Todos los estudiantes serán sinceros y directos en sus interacciones con los miembros de la comunidad de Harvard».

El ataque público de Summers parecía tan injusto, tan vergonzoso para un miembro de la comunidad educativa, por no hablar de un catedrático de Harvard, que los gemelos escribieron una carta abierta al entonces presidente de la universidad, Drew Faust, en la que manifestaban su preocupación por la conducta de Summers:

> [...] En horario de oficina [en marzo], [Cameron, Tyler y Divya] esperamos en la zona de recepción [del presidente Summers], pero nos dijeron que tendríamos que volver al mes siguiente porque había más estudiantes en la cola que el tiempo disponible. En abril de 2004, volvimos a su despacho en horas de oficina y pudimos reunirnos con el presidente Summers. Sus modales dejaron mucho que desear, a la par que su reputación. Lo más alarmante no fue que no nos diera la mano a los tres al entrar en su oficina (para ello debería haber bajado los pies de la mesa y levantarse de la silla), ni su tono, sino su desprecio hacia un auténtico debate sobre cuestiones éticas más profundas, el Código de Honor de Harvard, y su aplicabilidad o falta de ella.
>
> Ahora entendemos mejor por qué nuestra reunión fue tan poco productiva; es probable que alguien que no valora la ética con respecto a su propia conducta muestre poco interés en un tema en concreto cuando esté relacionado con la conducta de otras personas. Tal vez haya una «variabilidad de aptitud» para la decencia y la profesionalidad entre el profesorado universitario.
>
> Sin embargo, resulta muy inquietante que un profesor de esta universidad admita abiertamente que hace juicios de carácter de los estudiantes basándose en su apariencia. No hace falta decir que cada estudiante debe sentirse libre de presentar sus asuntos, vestirse como crea conveniente o expresarse sin temor al prejuicio o al desprecio público por parte de un miembro de la comunidad, y mucho menos de un miembro del profesorado.
>
> Irónicamente, nuestra elección del atuendo que llevamos aquel día fue hecha por respeto y deferencia a la oficina del presidente. Como actual presidente, le pedimos con todo respeto que se ocupe de esta traición sin

precedentes de la relación única entre profesor y estudiante. Esperamos con sumo interés su respuesta.

A pesar de que Summers admitió públicamente haber juzgado a los gemelos, sus estudiantes, por su apariencia, los medios de comunicación se rieron y el presidente Faust sorteó la carta de los hermanos y se negó a amonestarlo.

Tal vez no fue ninguna sorpresa que el mandato de Summers como presidente de Harvard resultara breve y que muchos lo consideraran un fracaso. En enero de 2005, en una conferencia académica sobre la diversidad en las ciencias y la ingeniería, Summers provocó un gran alboroto cuando cuestionó la aptitud innata de las mujeres —en comparación con los hombres— para las ciencias. Tres meses más tarde, el cuerpo docente de Harvard aprobó un voto de «no confianza» en su capacidad de liderazgo, y, menos de un año después, el 21 de febrero de 2006, Summers dimitió. Nadie desde la guerra de Secesión había cumplido un período tan breve como presidente de Harvard.

Después de Harvard, Summers aterrizó en la administración de Obama, aunque éste no tardaría en presentarlo como candidato a la presidencia de la Reserva Federal, en lugar de elegir a Janet Yellen, una mujer. Resulta paradójico que, a pesar de no apreciar el enorme potencial de Facebook en sus primeros días, cuando lo tenía delante de las narices en Harvard Yard —desestimándolo durante su reunión con los gemelos como un insignificante proyecto estudiantil—, Summers se las arregló para abrirse camino en algunas juntas de compañías tecnológicas de Silicon Valley, entre ellas Square. Esto fue gracias a la ayuda de Sheryl Sandberg, que se unió a Facebook como directora de operaciones en 2008. Había sido alumna de Summers, y más tarde trabajó para él cuando ocupó el cargo de secretario de Hacienda bajo la presidencia de Bill Clinton. Puede que

la amistad de Summers con Sandberg le inspirara para posicionarse en contra de los gemelos y tratara de igualar el marcador. ¿Quién sabe?

—Da igual las veces que ganemos esta regata —dijo Cameron, desde la popa del bote—, no va a importar.

Tenía razón. Habían acabado con una gran cantidad de dinero; pero, para el mundo, eran unos perdedores. No iban a hacer cambiar de opinión a nadie compitiendo en otras Olimpiadas. Ni siquiera subirse a un podio les proporcionaría cierta sensación de justicia. Sólo serían un par de atletas tontos que remaban hacia el ocaso.

«No es nada personal —les había dicho uno de sus abogados—, sólo son negocios.» Fue entonces cuando comenzaron a cuestionar el número de acciones de Facebook que Zuckerberg les había dado. Para Tyler, eso era tan malo como el mensaje de Zuckerberg: «Se puede ser poco ético y continuar siendo legal».

Nunca había sido sólo una cuestión de negocios. Lo suyo con Zuckerberg siempre había sido algo personal. Y habían perdido. Si querían modificar esta narrativa, no podrían hacerlo con un remo.

Necesitaban volver a meterse en faena, donde todo había empezado, y comenzar a pelear desde cero.

3
BIENES DAÑADOS

Cuatro semanas más tarde, los pensamientos de Cameron iban a mil revoluciones por minuto al bajar del taxi que los había llevado directamente al corazón de Silicon Valley desde el aeropuerto internacional de San Francisco. Era «un trayecto de treinta minutos» que nunca duraba menos de una hora, pero que al menos resultaba bastante placentero si tomabas la interestatal 280 en lugar de arriesgarte a coger la autopista 101. Por otra parte, Cameron apenas había percibido el paisaje sentado al lado de su hermano en el asiento trasero del taxi, ya que iba revisando la pesada carpeta llena de presentaciones para inversores de varias empresas que habían traído consigo desde Nueva York.

Después de colgar sus remos y retirarse oficialmente del equipo olímpico de Estados Unidos, se habían sumergido de lleno en la escena empresarial de alta tecnología que tenía su epicentro en Silicon Valley. Pero a diferencia de Zuckerberg años antes, no se habían mudado al oeste. Manhattan había sido la opción más fácil para su base de operaciones: no sólo se trataba de un lugar más familiar para ellos (habían crecido en las afueras de la ciudad), sino que su padre había hecho fortuna mediante la creación de una empresa de consultoría que contaba como clientes con muchas compañías de la lista de 500 de la revista *Fortune* con sede en Nueva York. Para ellos, no importaba de dónde procediesen las ideas

ni el lugar en el que las empresas construyeran sus lujosos campus, la ciudad de Nueva York era el motor financiero del mundo.

Como todo lo que hacían en estos días parecía ser noticia, cuando alquilaron locales de oficina en el distrito de Flatiron —el centro de la floreciente escena tecnológica de Nueva York, coloquialmente conocido como Silicon Alley— para su empresa de capital de riesgo Winklevoss Capital, el acuerdo se publicó en la portada de la sección de bienes raíces del *New York Post*. Con más de 450 metros cuadrados de oficinas de primera clase a pocas calles del Empire State Building, los gemelos buscaban sin duda dejar su huella.

Convertirse en inversores ángeles —el nombre dado a los inversores que proveen capital inicial sin condiciones a emprendedores— les pareció la manera más rápida de volver a entrar en el juego de las *startups*, que les proporcionaba la mejor oportunidad de cambiar el final de la historia que se les había impuesto.

Su colega y codemandante en su batalla con Zuckerberg, Divya Narendra, ya había comenzado su siguiente capítulo. Después de recibir el título de abogado y sacarse un MBA en la Northeastern University, se había dedicado por completo a su nuevo proyecto, SumZero, una red social para profesionales de la inversión. En lugar de compartir fotos, los usuarios compartían ideas de inversión. SumZero no tenía miles de millones de usuarios; y éstos tenían miles de millones de dólares. La compañía se estaba convirtiendo rápidamente en la red más grande del mundo en su tipo, y a los gemelos les entusiasmó la idea de invertir en ella. Se preguntaron: ¿cuántos Divyas más habría por ahí escondidos a plena vista? Como emprendedor, uno tenía una oportunidad, tal vez dos, pero por lo general no más de tres de atrapar un rayo en una botella; sin

embargo, como inversor de capital de riesgo, se podía perseguir el rayo siempre y cuando se tuviera dinero en efectivo para invertir.

Cameron y Tyler habían crecido rodeados de financieros. Comprendían que el dinero era el alma de cualquier empresa. Sin los 1.000 dólares de Eduardo Saverin, en un primer momento, y los 500.000 dólares después del multimillonario cofundador de PayPal, Peter Thiel, Facebook nunca habría llegado a ser algo más que unos cuantos chavales en un dormitorio dándose toques en Facebook entre sí. Fue el dinero lo que permitió a Zuckerberg alimentar el voraz apetito de su compañía por ingenieros y servidores, lo que dio lugar a su dominio mundial.

Los pies de Cameron tocaron la acera frente a un edificio de varios pisos con estructura de madera situado entre un pequeño aparcamiento asfaltado y una cervecería al aire libre semicerrada. Un poco más adelante, un letrero de colores brillantes ocupaba una esquina del edificio, decorado con una imagen de una palmera que declaraba su destino en letras protuberantes anaranjadas: *OASIS,* y debajo de eso, puede que de forma un poco menos dramática, *BURGERS & PIZZA.*

Aunque en tanto que inversores de capital de riesgo en el sector tecnológico ni a su hermano ni a él se les iba a ocurrir el siguiente Facebook, tal vez podrían dar con él, incluso encontrarlo aquí. Cameron sintió una emoción familiar que crecía en su interior: estaban abriendo un nuevo capítulo en sus vidas, y él no podía pensar en un mejor punto de partida que el Oasis, la hamburguesería situada en el centro de Menlo Park.

Sabía que Tyler, que salía del taxi detrás de él, con la carpeta llena de planes de negocios de las compañías que buscaban capital de riesgo, le habría dicho que se tomara un respiro, que moderara su optimismo. Aunque la mayoría de la gente pensaba que los

hermanos Winklevoss eran completamente idénticos; de hecho, eran gemelos en espejo, consecuencia de un óvulo fertilizado que se divide más tarde de lo habitual en el proceso, alrededor del noveno día, y que luego se desarrolla como dos embriones separados. Mientras que los gemelos fraternos son dicigóticos —se desarrollan a partir de dos óvulos diferentes fertilizados por dos espermatozoides diferentes—, los gemelos idénticos son monocigóticos —un solo óvulo fertilizado por un solo espermatozoide que se separa en dos embriones viables—. Los gemelos en espejo empiezan de manera similar —un solo óvulo fertilizado por un solo espermatozoide—, pero permanecen intactos durante mucho más tiempo; los gemelos idénticos normales se separan entre el segundo y el quinto día. Así pues, se podría decir que los gemelos en espejo son dos individuos que han permanecido como una sola entidad el mayor tiempo biológicamente posible. Lo más probable es que, más allá del décimo día, un monocigoto que se divida termine siendo gemelos siameses, unidos para siempre.

Como los gemelos idénticos, los gemelos en espejo tienen los mismos rasgos físicos, pero con carácter perfectamente opuesto, como si se estuvieran mirando en un espejo. Si un gemelo tiene una marca de nacimiento en el muslo izquierdo, el otro tendrá exactamente la misma marca en el muslo derecho.

Como dos páginas de un libro desgarrado por las costuras: Tyler era diestro y más racional y calculador, analítico, comedido y con mentalidad estratégica; Cameron era zurdo y más visual e intuitivo, más táctico, operativo, bobalicón, artístico, algunas veces más empático, y otras más optimista.

A menudo, Tyler se concentraba en las escaleras, no en los escalones, y Cameron estaba más dispuesto a dejar que su imaginación pasara por alto los datos que tenían a mano. Ninguno

de los dos se habría descrito a sí mismo como poeta; pero allí donde Tyler se centraba en el blanco y negro, Cameron intentaba ver más colores. Ambos eran creativos a su propia manera intuitiva, y sabían que juntas sus mentes tenían el potencial de crear algo grande.

Ahora que eran multimillonarios gracias a su acuerdo con Facebook, pocas personas entenderían por qué se molestaban en tratar de empezar de nuevo. La respuesta era sencilla: en su esencia, juntos como uno solo, Tyler y Cameron eran constructores. De niños construían LEGO; de adolescentes, construyeron páginas web.

A pesar de lo que Zuckerberg pensaba de ellos —su interpretación errónea de que no eran más que unos simples y tontos atletas—, a la edad de trece años habían aprendido por sí mismos a codificar en HTML y ganado dinero durante el verano construyendo páginas web para pequeñas empresas. En aquel momento, su instituto no ofrecía la asignatura de informática, así que en su lugar se inscribieron en todos los cursos preuniversitarios posibles. Habían planeado estudiar informática en Harvard, pero el tiempo que les exigía el equipo de remo lo había hecho imposible, así que se habían especializado en economía. Zuckerberg había tenido suerte: en otro mundo, los gemelos nunca habrían necesitado acercarse a él para pedirle ayuda con la codificación. En cualquier caso, Tyler y Cameron no creían que estuvieran en la Tierra para existir sin más; estaban aquí para crear, para construir.

Y no había mejor lugar para construir el futuro que Silicon Valley, más que un sitio lleno de emprendedores que echaban mano de las plataformas de lanzamiento: Silicon Valley era un organismo vivo y respirable.

Tenía un sistema circulatorio, representado por los grandes inversores de capital de riesgo en sus complejos de oficinas de poca

altura, estilo rancho, en California, alineados a lo largo de la cercana Sand Hill Road. El primero en establecerse allí en 1972 fue Kleiner Perkins; el proverbial «Sand Hill» era ahora el hogar de gente como Sequoia, Accel, Founders Fund y Andreessen Horowitz, por nombrar algunos. Sand Hill bombeaba dinero en las venas de empresas emergentes embrionarias, ayudándolas a desenroscar sus pequeños dedos de las manos y de los pies.

Tenía sus órganos vitales, las megacompañías que habían tomado esa savia y se habían vuelto viables y fuertes: Google, en Mountain View, con su enorme campus llamado Googleplex, sesenta edificios repletos de ingenieros, desarrolladores de software y expertos en inteligencia artificial; Apple, en Cupertino, de camino a convertirse en la empresa más valiosa del mundo, en medio de la construcción de una nueva sede edificada para parecer una enorme nave espacial que se ha estrellado contra la Tierra; Facebook, por supuesto, que al principio había abierto sus puertas a unas calles de donde estaba Cameron, y que ahora se ubicaba en el número 1 de Hacker Way, escupiendo millonarios recién salidos de la universidad cada semana, inflando el mercado local de la vivienda a la cima de las listas nacionales y haciendo que los códigos postales alrededor de Sand Hill fueran los más ricos de Estados Unidos; Intel, Tesla y Twitter, y así sucesivamente, cada uno de ellos tan importante para el sistema como un hígado, un riñón o un pulmón. Luego estaban los órganos vestigiales, como los famosos garajes de HP y Apple, lugares turísticos donde los visitantes podían imaginarse a sí mismos como jóvenes y geniales ingenieros a punto de cambiar el mundo.

El organismo incluso tenía un cerebro: la Universidad de Stanford, en Palo Alto, que cada año produce decenas de brillantes jóvenes informáticos e ingenieros como neurotransmisores que se mueven a

lo largo de las neuronas del sistema nervioso del valle, uniéndose para saltar a través de las diversas sinapsis en su camino.

Y, por supuesto, un sistema digestivo: los restaurantes, los locales para desayunar y las cafeterías donde se reunía la realeza del valle para compartir innovaciones delante de unos huevos revueltos, un té con leche o unas patatas fritas.

Puede que el Oasis no fuera tan famoso como el cercano Buck's de Woodside, donde se hizo una demostración de PayPal por primera vez, y donde otrora un inversor de capital de riesgo pujó por una cosa llamada Yahoo!, pero la hamburguesería y cervecería al aire libre situada a la vuelta de la esquina de las oficinas originales de Facebook había acogido a emprendedores, inversores y cándidos y entusiastas soñadores de Silicon Valley durante décadas. Abierto justo después de que terminara la ley seca, el lugar se había convertido en uno de los locales favoritos de Cameron y Tyler para celebrar reuniones. De hecho, originalmente había sido uno de los preferidos por sus padres cuando vivían en Palo Alto antes de trasladar a su joven familia a la Costa Este después de que su padre vendiera su primera compañía a Johnson & Higgins, una de las firmas de correduría de seguros más grandes del mundo. Aunque al principio parecía extraño celebrar reuniones a la sombra del cercano reino de Zuckerberg, ellos sabían muy bien que todos en el valle los identificaban con el consejero delegado, así que no había razón para tratar de esconderse. Y, además, Oasis servía unas hamburguesas buenísimas.

Tyler llegó primero a la puerta, pero dejó que Cameron se le adelantara cuando entraron en el restaurante, que recibió el impacto del olor a patatas fritas, carne a la brasa y cerveza derramada; el lugar estaba lleno a pesar de ser más de las dos de la tarde. Todos parecían increíblemente jóvenes; Cameron adivinó que al menos la

mitad todavía eran estudiantes de Stanford, y el resto apenas se acababa de graduar. No pudo evitar preguntarse cuántas de las mesas que dejaba atrás estaban ocupadas por empleados de Facebook. Mientras él y Tyler se movían entre la multitud, la gente los señaló, y luego fingió que miraba hacia otro lado. No había nada realmente inusual en aquello, estaban acostumbrados a que pasara dondequiera que fueran. Incluso antes de la película, antes de Harvard, los gemelos siempre parecían llamar la atención de la gente. Pero aquí era diferente.

Cameron empezaba a sentir una ligera fisura en el optimismo que lo había inundado fuera; no era sólo la precaución habitual de Tyler reflejada dentro de su mente, sino algo que se había permitido a sí mismo apartar de su cabeza durante el largo vuelo desde Nueva York y el trayecto desde el aeropuerto. Aunque unos meses antes habían creado Winklevoss Capital y habían corrido la voz de que querían invertir en nuevas empresas de tecnología, todavía tenían que cerrar algún trato. A pesar de que la carpeta en las manos de Tyler era grande, muchas de las compañías que contenía ya habían pasado de ser posibles inversiones a oportunidades perdidas.

Debido a que sólo eran ellos dos, podían moverse rápidamente cuando algo les gustaba, haciendo llamadas y atravesando el país cuando alguna cosa despertaba su interés. Pero una y otra vez, sobre todo por lo que parecía ser un mal momento, habían estado a punto de firmar un cheque cuando habían recibido un mensaje del emprendedor en cuestión en el que les decía que, lamentablemente, la ronda de financiación se acababa de cerrar, o que «la demanda era superior a la oferta». No es algo tan inusual en un mundo donde las rondas multimillonarias podían reunirse en una tarde y había tanto dinero en busca de la última novedad; con todo, resultaba

increíblemente frustrante. Tenían el dinero listo para ser transferido, pero nunca parecían conectar con nadie.

Cameron se había negado a permitir que su optimismo se desvaneciera, pero mientras seguía a Tyler entre la multitud, pasando junto a mesas repletas de jarras de cerveza, montañas de patatas fritas, hamburguesas carbonizadas y perritos calientes, se preguntaba si las miradas que recibía eran indicativas de algo nuevo.

Enterró sus dudas cuando, por encima del hombro de su hermano, vio a un chico de aspecto raro. Con pecas, delgado, su rostro parecía una daga bajo una explosión de pelo rojo, llevaba una camiseta color verde lima; el chaval estaba sentado solo a una de las mesas redondas, una jarra de cerveza medio vacía frente a él, tres vasos llenos preparados.

Tyler llegó a la mesa el primero, y el chico medio se levantó de la silla un segundo después, nervioso y sudoroso, y les estrechó la mano como si tratara de bombear agua de un pozo. Sonreía, pero incluso antes de que Cameron se sentara junto a su hermano, se percató de que algo no iba bien. Se deslizó a una de las mesas con banco de madera manchada cubierta con las firmas talladas de antiguos clientes. Incluso aquí, los emprendedores luchaban por la inmortalidad, la oportunidad de ser recordados para siempre: quedar inmortalizado en unos pocos centímetros de madera en el corazón de Silicon Valley era mejor que nada.

Apenas medio día atrás, durante una llamada de teléfono antes de subir al avión que les iba a llevar a California, este mismo chico —se llamaba Jake, había terminado sus estudios en Stanford hacía dos años, y su empresa acababa de pasar de la publicidad móvil al reino de la realidad virtual— reventaba de entusiasmo. Jake iba a ser la primera inversión real de Winklevoss Capital, por valor de 1 millón de dólares.

Pero en menos de un minuto de conversación, antes de que Cameron pudiera probar la cerveza que tenía delante, Jake lanzó un monólogo apologético, una especie de yoga verbal con tantos nudos que era difícil entender por qué demonios se estaba disculpando. Hasta el final, las últimas frases, que fueron muy claras.

—Veréis, chicos, me encantaría aceptar vuestro dinero. Pensé que íbamos a aceptarlo. Hablé con la junta acerca de aumentar el tamaño de nuestra ronda, y esto... dicen que la demanda es superior a la oferta, y como que os tenemos que rechazar.

Cameron pudo apreciar cómo las manchas rojas se extendían por las mejillas de su hermano. Decidió hablar primero, antes de que Tyler permitiera que su ira se les adelantara. Tal vez había una manera de salvar la situación.

—Pero hace un rato, cuando hablamos, la demanda no era superior. De eso hace unas ocho horas. Nos queríais en vuestra tabla de capital; si llegamos a hablar de darte espacio de oficina gratis cuando os expandierais a Nueva York. ¿Estás diciendo que algo ha cambiado mientras estábamos en el avión?

El chico se pasó una mano por el pelo.

—Sí, sí, demasiada demanda. Nos suscribimos en exceso.

—Sé sincero con nosotros. Hemos volado hasta aquí para firmar el acuerdo de compra de acciones. Por respeto, dinos qué narices está pasando.

El chaval hizo una pausa, y luego miró a su alrededor a las mesas cercanas. La gente los observaba, pero nadie parecía lo bastante cerca para oírlo. Luego se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Entre vosotros y yo, quiero aceptar vuestro dinero. Pero no puedo. Estamos sobresuscritos. Chicos, debo irme.

Empezó a levantarse de la silla. Tyler parecía a punto de alcanzarlo y agarrarlo, pero Cameron mantuvo la voz calma.

—Vamos, Jake, concédenos un minuto. ¿Sobresuscripción? Nuestros dólares son tan verdes como los de cualquiera. Por favor, explícanos qué sucede. Nos lo merecemos.

—Ha sido un vuelo muy largo hasta aquí —añadió Tyler.

El chico volvió a mirar a su alrededor, y se volvió a sentar. Tomó un trago de su jarra de cerveza, y luego se encogió de hombros.

—Veis dónde estamos, ¿no? Las primeras oficinas centrales de Facebook, uno podría lanzar un disco duro desde aquí y darle. Su nueva sede está a unos ocho kilómetros por esa carretera.

Cameron sintió cómo se hundía en su asiento. Tenía una ligera idea de hacia dónde se dirigía la conversación.

—¿Veis a esos chicos de la mesa de al lado? —continuó diciendo Jake—. Los conozco, estaban en mi clase, en Stanford. Están trabajando en una nueva empresa para hacer postales digitales. ¿Cuál creéis que es su objetivo final? ¿Esos tipos junto a las máquinas recreativas de la esquina? Trabajan en la compresión de vídeo. ¿Su estrategia de salida? Sólo les quedan seis semanas fuera de control antes de que su *startup* se vaya a pique.

El espíritu emprendedor era un juego con probabilidades históricamente malas: la mayoría de las nuevas empresas fracasaban de manera estrepitosa, lo que significaba que todos los emprendedores tenían que entrar en el negocio con un plan B, C, D, etc. Silicon Valley era una ciudad formada por ingenieros que pensaban en borradores, árboles de decisión y teoría de juegos. Todo el mundo necesitaba dinero, pero igual de importante era la opcionalidad. Cuando las cosas salían mal, como así sería para el 99 por ciento de las personas sentadas en ese restaurante, la adquisición de la *startup*, o adquisición del talento de su personal, por parte de una empresa más grande como Facebook, aseguraría la financiación futura de su próxima idea.

—Tal vez sean las apariencias —continuó—, pero las apariencias son importantes en una tierra de soñadores. Puede que quieran tu dinero, que no tengan nada en tu contra, de hecho, puede que les gustes mucho, pero quizá tampoco quieran cortar todas las ramas de su árbol. También tienen otros inversores, así como miembros de la junta directiva. ¿Creéis que los trajeados les permitirían aceptar un penique de los dos tipos que Zuckerberg odia más que a nadie en el mundo? Vuestros dólares pueden ser verdes, pero están marcados.

—Esto es una locura —se lamentó Cameron—. Haces que suene como si no pudiéramos dar nuestro dinero aunque queramos.

El chico ni siquiera sonrió un poquito.

—Aquí no. Ahora mismo, es como si estuviéramos sentados en la cafetería de Facebook. De lo único que se habla en todos los restaurantes del valle es de Facebook. ¿A quién van a comprar después? ¿A cuántos van a hacer millonarios mañana? ¿Cuándo van a salir a bolsa? Deberías alegraros de que este lugar os sirva una hamburguesa.

Silicon Valley podía ser un oasis para los emprendedores de alta tecnología, pero para los gemelos, incluso sentados literalmente en el Oasis, bien podría ser un desierto.

El chico dio otro trago a su cerveza. Tal vez no quería que salieran con tanta dureza, pero sus palabras golpearon a Cameron como una tonelada de ladrillos. Todo su optimismo desapareció de golpe. El fuego de la redención que había ido creciendo en su interior desde que habían dejado atrás el lago Carnegie y las Olimpiadas, la exuberancia de poder empezar de nuevo, cambiar la narrativa y seguir formando parte del mundo empresarial... eliminado, sofocado, dado por muerto.

También esto, de algún modo, se lo había arrebatado Zuckerberg.

Jake se levantó de nuevo, disculpándose con la mirada, y luego rebuscó en sus bolsillos y sacó un billete de veinte dólares arrugado. Y Cameron y su hermano observaron cómo aquel chaval, que probablemente no tenía suficiente dinero en su cuenta para comprarse una cartera, dejaba caer el billete arrugado sobre la mesa frente a ellos.

Porque en este sitio, ese joven empresario que perseguía sus sueños tenía miedo de que alguien viera cómo los gemelos Winklevoss le pagaban una cerveza.

4
EN EL PRINCIPIO EXISTÍA LA ESPUMA

Julio de 2012.

Las tres de la madrugada.

Ibiza.

Una isla sinónimo de fiesta en el Mediterráneo, situada a 144 kilómetros de la costa de España.

Cuando mides 1,95 metros, pesas 99 kilos y sois dos, no puedes acurrucarte y desaparecer...

Tyler utilizó sus hombros descomunales para abrirse paso a través de la atestada pista de baile, bajando la cabeza cada pocos minutos para esquivar a las acróbatas medio desnudas que se balanceaban de las cuerdas de goma sujetas al techo. La música estaba tan alta que podía sentirla en los huesos, una palpitación de electrónica que parecía emerger del suelo. Junto con las acróbatas, las gigantescas cerezas de neón flotaban sobre la multitud de gente guapa que lo rodeaba, y cada pocos minutos tenía que protegerse los ojos de los proyectores de luces láser de colores brillantes que giraban a gran velocidad y jugueteaban entre los ondulantes juerguistas. La multitud era joven, ágil y perfecta, pero Tyler no quería conocer a nadie esa noche y hacía todo lo posible para resistir el contacto visual cuando no se protegía de los láseres que le quemaban la retina. Por el momento, no deseaba nada más que ser anónimo. Como si eso fuera posible: a los treinta y un años, Tyler no había sido anónimo desde que tenía memoria.

Para ser justos, aquella pista de baile hedonista situada en la costa de una de las islas fiesteras más bellas del mundo no era el tipo de lugar al que uno iba a pasar desapercibido; la discoteca Pacha, una antigua «finca» —una especie de rancho español transformado en discoteca— se había convertido en el principal trillado punto de encuentro de la élite europea, así como en un decadente patio de recreo de la realeza de Hollywood. Jóvenes de todo el mundo acudían al club, famoso por sus múltiples pistas de baile, su sistema de sonido multimillonario, sus salas VIP y sus célebres DJ. De hecho, esa misma noche la fiesta se llamaba «F*** me I'm famous!». De camino a su mesa VIP, había pasado junto a Naomi Campbell, Kate Moss y Paris Hilton. E incluso esta última se lo había quedado mirando al pasar. Hizo lo que pudo para fingir no darse cuenta.

—Joder, esto es una locura.

Tyler caminó a trompicones entre los láseres y la multitud en dirección a la voz de su hermano, y casi se topó consigo mismo. Cameron sonrió, levantando con gracia un pulgar. Llevaba un collar ridículo hecho de flores y cerezas rojas brillantes alrededor del cuello, y tenía una mancha de espuma en la mejilla, los restos de otra fiesta que se celebraba allí al lado, donde, según Tyler, la pista de baile se inundaba periódicamente de burbujas blancas. «Maravilloso —pensó—. Supongo que podría ser peor. Podría sentirme miserable, y estar lleno de espuma.»

Ahora que estaba junto a Cameron, Tyler se sintió aún más expuesto: uno llamaba la atención cuando tenía un gemelo idéntico. En el instituto, la mayoría de las veces había sido curiosidad afable. No sólo eran físicamente iguales, sino que también habían sido remeros y habían entrenado juntos desde el primer año, y casi todos en Greenwich, Connecticut, sabían quiénes eran. En Harvard, había

sucedido más o menos lo mismo: eran grandes nombres en el campus, atletas del equipo de remo universitario y miembros prominentes del club Porcellian, el más elitista de los clubes exclusivamente masculinos, un lugar que había preparado a presidentes y reyes.

—¿Qué diablos estamos haciendo aquí? —preguntó por fin Tyler, mientras su hermano estudiaba a la multitud que los rodeaba.

—Divertirnos, creo.

Una pelota de playa que brillaba en la oscuridad rebotó peligrosamente cerca de la cabeza de Cameron, y continuó su aleatorio trayecto por encima de la gente.

—¿Te parece que me estoy divirtiendo?

—Podrías probar la fiesta de la espuma —sugirió Cameron—. Pero no te la tragues. Estoy seguro de que así es como se contrae la legionelosis.

Tyler señaló hacia una barra al final del pasillo, repleta de mujeres que llevaban bandoleras de brillantes chupitos en tubos de ensayo. Aunque el alcohol parecía casi redundante en un lugar construido sobre tal sobrecarga sensorial, Tyler pensó que era la manera apropiada de terminar la velada.

Estar de vacaciones resultaba extraño. Su hermano y él no se habían tomado unas de verdad en toda su vida. Por lo general, el tiempo libre significaba entrenar; después de graduarse en la universidad, habían entrenado seis horas al día, seis días a la semana, cincuenta semanas al año, con tan sólo dos semanas libres que empleaban para recargar las pilas después de cada temporada.

Pero eso se había acabado; ya no eran remeros de competición. Del mismo modo, al parecer, que tampoco eran inversores. Después de su reunión en el Oasis, después de que Jake se saliera del guion y les explicara la verdadera razón por la que no habían podido lograr

ningún avance en su afán por convertirse en capitalistas de riesgo de Silicon Valley, se habían retirado a Nueva York. Parecía completamente absurdo: nadie aceptaría su dinero, porque el objetivo final de todo el mundo era el mismo. Facebook se había convertido en este enorme vacío que succionaba todos los sueños empresariales de la zona, lo cual significaba que Tyler y Cameron eran tóxicos. Tenían un apellido que nadie se atrevía a poner en sus tablas de capitalización, sin importar lo mucho que necesitaran dinero en efectivo. El dinero de los Winklevoss era el beso de Judas.

Tyler ya había pensado antes que habían tocado fondo, pero esta vez cayeron aún más bajo. De vuelta en Nueva York y haciendo balance de la situación, trataron de averiguar qué hacer a continuación.

Aceptar el acuerdo al que habían llegado con Zuckerberg —sin importar a cuánto ascendiera—, y desaparecer no era una posibilidad. Tal vez, Eduardo Saverin, el otro náufrago de Facebook que logró resolver a su favor con gran éxito el litigio por mucho más dinero que Tyler y Cameron —al parecer miles de millones—, podía coger el dinero y salir corriendo, pero ellos no; simplemente no estaba en su ADN. Se rumoreaba que Saverin se estaba pegando la gran vida en Singapur, pero los hermanos Winklevoss creían que no estaban cortados por el mismo patrón que él.

Aun así, tuvieron que enfrentarse a la realidad. Se negaron a rendirse, pero tal vez necesitaban recargar las pilas, restablecerse y encontrar un nuevo camino. Había sido idea de Cameron tratar de hacerlo en Ibiza, y Tyler se arrepintió de la decisión en cuanto subieron al avión. Eran solteros, jóvenes y disfrutaban de una buena fiesta, pero siempre habían tenido un plan, y a Tyler le resultaba difícil adaptarse a vivir el momento.

Estaba a medio camino del bar, mirando aquellos tubos de ensayo de aspecto maléfico, pensando ya en subirse al primer vuelo de regreso a Estados Unidos, cuando un desconocido le agarró por el brazo, deteniéndolo con una sonrisa y un fuerte acento de Brooklyn.

—Oye, ¿tú eres el Winklevii?

Era un apodo que les habían puesto en el instituto, e inmortalizado por la película, un mote que había arraigado en la prensa.

—Ya nos íbamos —intentó excusarse Tyler, pero el tipo no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente.

Tyler lo miró: joven, tal vez treinta y pocos años, musculoso y macizo, los pectorales presionando contra una camisa de manga corta abierta. Tenía ojos de fiera y la cabeza afeitada, pero su sonrisa parecía bastante amistosa.

—Tengo que hablar contigo de una cosa. Algo importante. Revolucionario, en realidad.

Cameron se puso al día y pareció divertirle más que a Tyler el agresivo acercamiento del hombre. Cameron era así, a veces. Tyler no soportaba a los tontos, pero en ocasiones a Cameron le parecía que los tontos eran las personas más divertidas con las que pasar un rato. Y puede que, en Ibiza, eso fuera más cierto que en la mayoría de los lugares.

—Ya hemos formado parte de una revolución. No nos fue demasiado bien. Pero gracias de todos modos.

—¿Facebook? —dijo el tipo—. Facebook ha dejado de ser una revolución. Ahora Facebook es el *establishment*.

Parecía una locura, pero Tyler sabía que era cierto. Lo que había comenzado siendo una idea revolucionaria, llevando a internet las redes sociales de la vida real y acabando con el modo en que las personas se conocían, se comunicaban y compartían entre sí, había

sido una vez algo nuevo, casi alternativo y rebelde. Pero en los pocos años que habían pasado, incluso en los meses transcurridos desde aquella reunión en el Oasis, Facebook había llegado a dominar internet, chupando el oxígeno del valle, reuniendo enormes cantidades de datos y monetizando la información de tal manera que, para muchos, se parecía más a Gran Hermano que a Robin Hood.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Tyler—. ¿Otra red social?

El hombre volvió a sonreír, y luego hizo algo realmente confuso: se metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de dólar estadounidense.

—Claro que sí, tío. La red social más antigua del planeta.

5
EL SÓTANO

Charlie Shrem bajó los escalones de dos en dos, pasando una mano por la pared de bloques de hormigón sin adornos situada a su derecha mientras navegaba por las estrechas tablas de madera que se adentraban hasta el centro de mando de su sótano, su cuartel general de operaciones, su sala del trono corporativo, su batcueva.

Cada nervio en su frágil constitución de 1,67 metros de altura se movía en sintonía con la música electrónica extrañamente fuerte que surgía de los auriculares de plástico en sus oídos. Llevaba dos semanas de subidón con el techno, desde que un amigo de la universidad, que había aceptado un trabajo en uno de los equipos de inversión de Wall Street, lo había llevado a celebrar el inminente lanzamiento de la nueva compañía de Charlie. Su amigo le había hecho traspasar la línea en uno de los clubes sobre el puente en Manhattan, un lugar en Chelsea, creía Charlie, aunque la noche se había vuelto un tanto confusa hacia las dos de la madrugada y los detalles no estaban muy claros. Lo que sí recordaba era que el sitio estaba a tope, espectacular, lleno de chicas vestidas con tops y pantalones cortos, y tacones ridículamente altos. Por otra parte, Charlie estaba bastante seguro de que no habló con ninguna; era Nueva York, después de todo, así que la mayoría de ellas le sacaba una cabeza, y, además, su amigo tenía una mesa en la esquina llena de vodka, y no las cosas baratas que solía beber Charlie. Trabajar para un banco de inversión tenía sus ventajas, incluida una tarjeta

de crédito corporativa. Y, de momento, el plástico seguía siendo el rey.

Charlie llegó al último peldaño y se lanzó sobre un par de cajas de cartón llenas hasta los topes de teclados rotos y *routers* inalámbricos estropeados. Había cajas similares apiladas a su derecha e izquierda, lo que quedaba de uno de sus negocios anteriores, el que había comenzado en el instituto para ser exactos. Mientras los otros críos de la cercana yeshivá del barrio de Flatbush habían estado ocupados estudiando la torá —y sí, algunas de esas cajas contenían menorás, libros de oraciones, kipás—, Charlie se había escabullido del recinto urbano en su tiempo libre para hacer visitas a domicilio por todo el vecindario, recogiendo equipos electrónicos rotos, ordenadores, *routers*, reproductores de DVD, incluso grabadoras de casetes, que llevaba de vuelta a su batcueva para arreglarlos. Había llamado a la compañía Epiphany Design and Production, sobre todo porque le gustaba la palabra *epifanía*. Al final, en el año entre el instituto y la universidad, su primer negocio se transformó en otro, una empresa de venta online de ofertas diarias llamada Daily Checkout.

De ahí las cajas apiladas por todo el sótano en Brooklyn, que escalaban las paredes de bloques de hormigón en pirámides tan altas que hasta el mismo Ramsés se habría sentido orgulloso. Además de las cajas, había también estantes de metal corrugado llenos de las herramientas de su antiguo oficio: soldadores, placas de circuitos, alicates, tenazas y alargadores dispuestos en cualquier dirección, como criaturas vivientes.

Charlie se abrió paso a través del caos y se acercó a su escritorio, una pequeña tabla de madera en la que apenas cabía su equipo: un ordenador, tres monitores, uno al lado del otro, y el teclado. No le importaba que se tratara de la misma mesa que había utilizado en la escuela primaria, luego en secundaria de la yeshivá, y después

mientras iba a la Universidad de Brooklyn para obtener su licenciatura.

Sabía que un día aquel lugar saldría en la portada de las revistas, tal vez lo desmontaran con sumo cuidado y se lo llevaran al Smithsonian, para descansar justo al lado de los dientes de George Washington y el primer Mac de Steve Jobs.

Vale, no estaba seguro de que el Mac de Jobs estuviera en el Smithsonian, pero debería estarlo, y el escritorio de Charlie iba a acabar justo al lado. En California, las revoluciones se iniciaban desde un garaje: Jobs y Woz construyeron un ordenador personal junto a un estante lleno de llaves inglesas en un garaje en Los Altos; Bill Hewitt y Dave Packard idearon un oscilador detrás de unas puertas parecidas a las de un granero en un garaje en Palo Alto; y Larry Page y Sergey Brin inventaron Google siendo estudiantes de Stanford, en el garaje de Susan Wojcicki en Menlo Park. Pero, en Brooklyn, no había muchos garajes; había sótanos. Y en la parte de Brooklyn donde Charlie se crio, esos sótanos estaban llenos de cosas, eran oscuros y sucios y, por lo general, olían un poco a carne de ternera.

Desde arriba, el vecindario de calles estrechas que va de Primera Avenida a Quinta Avenida, de Nostrand a la calle Sexta Oeste, podía parecerse a cualquier otra parte del barrio, pero, en realidad, la casa de Charlie estaba situada en el centro de la comunidad judía ortodoxa siria de 75.000 miembros, una isla étnica, religiosa y cultural por sí sola. Aunque los «SY», como se llamaban a sí mismos, no vistieran con el traje negro de otras sectas judías ortodoxas —elección hecha en parte para poder prosperar empresarial y financieramente en la comunidad más amplia de otros judíos y gentiles—, los judíos sirios ortodoxos se mantenían unidos por estrictas tradiciones y códigos que se remontaban varias

generaciones atrás. El más draconiano de estos códigos —una ley conocida como el «Edicto», establecida por un grupo de rabinos sirios en 1935— aseguraba la insularidad de la secta: «Ningún hombre o mujer de nuestra comunidad tiene derecho a contraer matrimonio con personas no judías; esta ley comprende la conversión, que consideramos ficticia y sin valor». Pero, a pesar de aquellas exitosas estrategias rabínicas, que habían mantenido intacta la comunidad judía siria —todos los primos, tíos, abuelos y familiares de Charlie vivían a menos de 400 metros de su casa— y de estar bien asentados en el paisaje de Brooklyn, los judíos sirios se las habían arreglado para extenderse hacia fuera en imperios financieros, en áreas que incluían los bienes raíces, la venta al por menor, la electrónica y, más a menudo en la actualidad, la tecnología.

Charlie alcanzó el escritorio y se sentó en su silla, se quitó los auriculares y dejó el móvil junto al teclado. Encendió el ordenador, y se dirigió directamente a su cuenta de Skype.

Su socio tardó menos de un minuto en aparecer en la esquina inferior izquierda, minimizado para que Charlie pudiera hablar mientras monitoreaba el código informático que ahora fluía libremente como un río en el centro de la pantalla.

—Llegas tarde —reclamó su socio a través del micrófono del ordenador de Charlie—. ¿Se está convirtiendo en un hábito para ti?

Charlie mantuvo su atención en la cadena de códigos. Se había acostumbrado al estilo coloquial de Gareth Nelson: su habitual falta de convenciones sociales, sus abruptos patrones vocales y, por supuesto, su fuerte acento galés, que hacía que la mitad de lo que decía resultara bastante incomprensible. Eso explicaba en gran medida por qué la mayoría de sus interacciones se habían producido a través del correo electrónico o mediante mensajes. De hecho,

Charlie creía que, en total, debía de haber pasado menos de diecisiete minutos conversando con su socio desde que lo conocía. Por escrito, el acento de Gareth no se interponía en el camino, y su Asperger era una gran ventaja: el tipo no desperdiciaba ni una palabra, todo eran negocios, lo que lo convertía en el socio perfecto y contrapeso de Charlie.

—Esto tiene muy buena pinta —constantó Charlie, señalando el código—. Las transacciones se realizarán sin problemas, y parece que los servidores pueden lidiar con una base de clientes bastante grande. Es un gran punto de partida.

Casi rebotaba en su silla mientras realizaba cálculos mentales. Aunque era pequeño, estaba en constante movimiento, lo que hacía que a menudo pareciera que ocupaba mucho más espacio del que su constitución habría sugerido. También tenía cierta tendencia a hablar muy rápido; en realidad, todo en él se movía a gran velocidad: sus pies, su boca, su cerebro, incluso sus folículos capilares, pues sus mejillas y su mentón siempre estaban recubiertos de barba incipiente, incluso a mediodía, por lo que sólo podía describirse como algo que se encontraba varias horas más allá de la barba de un día.

Es probable que la celeridad a la que se movía su mente fuera el motivo por el que durante la universidad su interés pasó de experimentar con la electrónica a la codificación informática, que aprendió por su cuenta, convirtiéndose con el tiempo en un hacker de categoría mundial. Trabajar en el hardware era una tarea lenta, meticulosa, pero cuando se codifica o se hackea, uno viaja a la velocidad de la luz. Por supuesto, hackear tenía sus riesgos, y uno podía meterse en muchos problemas si no tenía cuidado.

Cuando Charlie hackeó la Universidad de Ghana, les envió después por privado un informe en el que detallaba sus

vulnerabilidades de seguridad. Era un acto de cortesía en los círculos de seguridad conocido como «revelación responsable». También se había metido en el sistema de seguridad de un aeropuerto en Alemania y se había granjeado un nombre en los foros de hacking bajo el avatar «Yankee», un guiño a sus raíces neoyorquinas.

Charlie no era un sombrero negro, un hacker malvado cuyo objetivo es obtener beneficios económicos; sino algo más parecido a un sombrero blanco, atraído por el rompecabezas y el desafío de encontrar fallos de seguridad. Fue la piratería lo que le llevó al nuevo negocio que estaba a punto de emprender con Gareth, su socio galés autista. Negocio que Charlie consideraba un momento verdaderamente revolucionario en la historia de la tecnología.

Su nueva aventura había comenzado casi tres años antes, cuando todavía estaba en el último curso de la universidad. Después de pasar un día como muchos otros, comentando una variedad de foros de hacking, Charlie vio de repente un extraño y breve correo electrónico enviado a una lista de correo de criptografía que provenía de alguien llamado Satoshi Nakamoto. En el mismo, Satoshi afirmaba haber desarrollado una nueva moneda virtual, que luego describía, de forma detallada, en un «libro blanco» adjunto.

Al principio, Charlie pensó que el correo electrónico no era más que una broma. «Gilipolleces», se había dicho a sí mismo. ¿Quién era ese Satoshi Nakamoto, de todos modos? Charlie buscó más información sobre el tal Satoshi en los foros de hackers, pero no pudo encontrar nada. Aún más extraño, Satoshi, que afirmaba ser un hombre japonés de unos treinta y tantos años, escribía sus correos electrónicos en perfecto inglés. Sin embargo, tras leer el libro blanco, a Charlie le resultó evidente que se trataba de un polímata, un genio multidisciplinario experto en criptografía, matemáticas, informática, redes *peer-to-peer* y economía, entre

otras disciplinas. ¿Cómo podía aquella persona ser tan inteligente y dotada y a la vez ser un fantasma en internet, un completo fantasma? ¿Cómo era posible que Charlie no supiera nada de él?

O ella.

O ellos.

Charlie habría seguido con su vida, e ignorado el correo electrónico y el libro blanco, si no fuera por el entusiasmo de su nuevo amigo online que había conocido mientras ojeaba los foros de criptografía bajo el seudónimo «Yankee»: el autista galés Gareth Nelson. De sus muchos intercambios de palabras, Charlie sabía que Gareth no era el tipo de persona que se emocionaba con facilidad; diablos, antes de Satoshi y su artículo, Charlie habría dicho que era físicamente incapaz de entusiasmarse.

Pero ahora Gareth estaba realmente emocionado: esto era algo grande, importante.

Revolucionario.

Con el paso de los años, Charlie se dio cuenta de que el galés tenía razón.

Acercó la cara a la pantalla mientras las últimas líneas de código fluían hacia arriba. Estaba concentrado, apenas si escuchaba a Gareth mientras formulaba observaciones desde su rincón de Skype, la música electrónica se filtraba por los auriculares situados en el escritorio, junto al móvil de Charlie, y las pisadas reverberaban a través del techo del sótano por encima de él: su madre, cocinando estofado de ternera.

Casi tres años después de leer el libro blanco de Satoshi, Charlie estaba convencido: todo iba a cambiar.

Y Charlie iba a conducir ese cambio desde el sótano de su madre hacia la historia.

6
ENCONTRAR EL AMOR EN UN LUGAR SIN ESPERANZA

El dinero como red social. Bueno, sin duda se trata de un enfoque interesante.» Tyler se apoyó sobre el codo y su cuerpo se estiró desgarbadamente en una lujosa tumbona de color blanco. Vestía una fresca camisa de lino blanca, un bañador de llamativos colores de la marca Vilebrequin y un sombrero de paja. Cameron estaba tendido en una tumbona similar a su izquierda, sin camisa y con un traje de baño igual de colorido. Un toldo les ofrecía un respiro del sol, que pegaba fuerte, mientras que la brisa mediterránea procedente del mar refrescaba la playa abrasadora.

—Vosotros sabéis un par de cosas sobre redes sociales y yo sobre dinero. El dinero conecta a la gente. Es una forma de comunicación. Y ya era hora de que se volviera virtual.

El tipo musculoso que habían conocido en Pacha la noche anterior —David Azar, un empresario de Brooklyn que resultó ser dueño de una cadena de tiendas de cobro de cheques— se encontraba justo delante de ellos, con una camisa blanca abierta hasta pasado el esternón y las piernas cruzadas sobre un mueble a mitad de camino entre un puf y una otomana. Justo al lado del diván, una mesa de madera descolorida por el sol sustentaba una metrópolis de botellas de vino rosado, copas de champán y bandejas llenas de fruta.

Los tres estaban justo en medio del Blue Marlin Ibiza, sin duda el club de playa VIP más famoso del mundo, un trozo de paraíso

multiusos, en parte restaurante de lujo y en parte fiesta de día europea. La tumbona costaba 400 euros, sólo por una tarde, y las situadas detrás del DJ valían tres veces más. Nadie iba al Blue Marlin un domingo por la tarde para hablar de trabajo; en aquel lugar, todo giraba en torno al sol, al alcohol de buena calidad, la música vibrante y las celebridades del hemisferio oriental, que estaban por doquier.

La multitud, ya sea recostada o sentada en tumbonas iguales a las suyas, cenando en el restaurante de cinco estrellas adjunto o balanceándose en pareos y alpargatas en la pista de baile acordonada, era en su mayoría europea y casi universalmente impresionante. Las mujeres brillaban en bikinis diminutos, algunas sin la parte de arriba. Los hombres, sin camisa o vestidos con muselina o lino blanco, parecían casi todos esculpidos y bronceados. Había modelos por todas partes, algunas con nombres y rostros que los monocigóticos reconocían. Una chica, a dos tumbonas de distancia, aparecía en la revista del avión, metida en la rejilla del asiento, del vuelo de Iberia que habían tomado en Barcelona dirección la isla española. Tal vez había llegado al Blue Marlin por la larga y moderna pasarela de madera que llevaba directamente desde el centro del club de playa hasta el mar, donde las lanchas y las motos acuáticas transportaban a los invitados de un lado a otro entre el club y los megayates atracados más lejos, en la protegida bahía. Cada recién llegado garantizaba susurros, pero nadie iba a por su móvil. En el Blue Marlin, incluso las personas más famosas del mundo eran simplemente parte del decorado.

—Si lo que sea que nos estás vendiendo puede hacer que nuestro depósito atraviese el Atlántico y llegue al propietario de nuestra residencia de vacaciones, soy todo oídos —dijo Tyler, desviando su atención a la pasarela de madera donde un par de estrellas de

Instagram italianas se paseaban sobre unos zapatos Louboutin imposiblemente altos.

De hecho, el problema con el depósito de su casa, que aún no había llegado después de dos días en Ibiza, ponía de relieve cómo funcionaba, o cómo no lo hacía, el dinero en el año 2012. Uno podía ponerse en contacto con cualquier persona en cualquier parte del mundo con Facebook; podía hablar con cualquier persona en cualquier parte del mundo por Skype; podía comunicarse con cualquier persona en cualquier parte del mundo a través del correo electrónico, y todo sin coste alguno. Pero buena suerte si lo que quería era enviar dinero. No era mucho más fácil enviar dinero alrededor del mundo en 2012 que cuando Pacha abrió sus puertas por primera vez en 1973. Todavía había que utilizar el balcanizado y heredado sistema bancario, erigido antes de que existiera internet, lleno de intermediarios y especuladores a lo largo de todo el camino. Y sólo si el poder central de aquella red lo permitía, tu dinero se movería a paso de tortuga del punto A al punto B. La verdad es que, incluso en 2012, si uno quería transferir dinero de Nueva York a Ibiza, la forma más rápida y segura era coger un avión en el aeropuerto JFK con una bolsa llena de billetes.

En cambio, los gemelos habían llegado a Ibiza mucho antes que el depósito de la villa que habían alquilado; por suerte, su casero, un siempre sonriente italiano llamado Simone, que al parecer también hacía las veces de chófer, recogiéndolos en el aeropuerto en un todoterreno ligero tuneado, un *smartphone* en cada mano y un auricular bluetooth alojado en el pelo, entendía cómo funcionaba la economía internacional, y cómo con frecuencia no lo hacía.

—De lo que estoy hablando —insistió Azar, dando un sorbito a su vino— es de algo completamente nuevo. Dinero digital de verdad, descentralizado, que se intercambia como un correo electrónico.

Nada de intermediarios. Nada de autoridades. Dinero que se mueve a la velocidad de la luz, a través de internet. Un sistema que hace por el dinero lo que Napster hizo por la música.

Tyler miró hacia la cabina del DJ, donde un joven francés rebotaba arriba y abajo detrás de su sistema informático. La muchedumbre se movía con él en la pista de baile, los cuerpos flexibles tan juntos que era difícil ver dónde terminaba una extremidad y dónde empezaba otra.

Hace menos de diez años, un DJ habría tenido que cargar con cientos de discos de vinilo en pesadas cajas metálicas en cada sesión. Hoy en día, el mismo DJ puede llevar toda su música en una memoria USB en el bolsillo. Si la música podía superar el mundo físico y pasar al digital, ¿por qué no el dinero?

De hecho, en muchos sentidos, el dinero ya se había vuelto digital. Cuando depositamos dinero —digamos, 100 dólares— en un banco, ese banco no guarda nuestro dinero en una caja fuerte en algún lugar, esperando que lo rescatemos. Esos 100 dólares se vuelven digitales de inmediato; es más, los bancos apenas almacenan dinero real. Según la ley bancaria federal, los bancos de Estados Unidos sólo necesitan tener el 10 por ciento del dinero depositado en reservas líquidas, lo que significa que, si depositamos 100 dólares en un banco, en realidad sólo tenemos 10 en espera en alguna caja fuerte. ¿Y los otros 90 dólares? Digitales, unos y ceros en el disco duro de algún ordenador, o en la nube.

El único dinero físico que tenemos en realidad es el que guardamos en la cartera. El resto ya ha sido convertido en datos, por los intermediarios, que cobran una comisión.

La nueva forma de dinero de la que hablaba Azar se saltaba este paso. Ya eran datos.

Digital, descentralizado, nada de autoridades. Era un discurso de venta, y, sin duda alguna, Azar era un vendedor convincente. De hecho, por la forma en que hablaba, su entusiasmo, parecía como si acabara de salir de un concesionario de coches en Brooklyn. Pero, al igual que el DJ francés, tocaba las notas justas.

El dinero, en su estado actual, circulaba a través de un sistema controlado por poderosos árbitros: Visa, MasterCard, Western Union, gobiernos cercanos y lejanos. Era un sistema que podía parecer arbitrario, con defectos obvios: retrasos, tasas inexplicables, atascos burocráticos.

Tyler y su hermano acababan de escaparse a Ibiza después de enfrentarse a otra clase de sistemas arbitrarios; primero los tribunales federales de California, donde la autoridad central era un juez llamado James Ware, que había decretado que los gemelos no podían reabrir su caso contra Facebook. (No importaba que Ware hubiera mentido durante años sobre que había tenido un hermano menor víctima de asesinato durante el movimiento de derechos civiles; una mentira que había conducido a una amonestación judicial.) Su caso pasó luego a la Corte de Apelaciones del Noveno Circuito, donde la autoridad central era el juez Alex Kozinski, que confirmó el fallo del juez Ware. (No importa que durante años Kozinski fuera acusado de acosar sexualmente a sus empleadas, mostrándoles fotos pornográficas en la pantalla de su ordenador mientras estaban en su despacho, y con anterioridad, según parece, manteniendo un servidor que contenía imágenes sexualmente explícitas, entre ellas una de mujeres desnudas a gatas pintadas para que parecieran vacas.)

Digital, descentralizado, ninguna autoridad arbitraria.

Ya fuera el entorno o el momento, a Tyler le atrajo la propuesta del vendedor de Brooklyn.

—Como Napster —continuó Azar—, es *peer-to-peer*. Y todo está abierto. Nada de que sólo unos pocos aficionados tengan acceso al mismo, ni de información privilegiada, todo es de código abierto y democrático. Y este nuevo sistema de dinero está basado en las matemáticas, no en los seres humanos.

Azar rellenó su vaso con una de las botellas que había sobre la mesa situada entre ellos.

—Se llama Bitcoin —concluyó, sosteniendo su vaso en alto hacia el sol—. Es una forma de criptomoneda.

—Criptomoneda —repitió Cameron, desde su tumbona—. Suena a algo delictivo. ¿Es legal?

—No creo que se le pueda aplicar la palabra. Es parte de la genialidad de Bitcoin. Funciona sin la aprobación del gobierno. No hay ninguna sede central que pueda hacerse con el control, y no se puede suspender sin detener internet.

¿Detener internet? Tyler se dio cuenta de que el musculoso vendedor daba vueltas sobre el mismo tema; no parecía tener una mentalidad técnica, ni tampoco contar con un profundo conocimiento de lo que vendía, más allá de su discurso. Pero, como dijo, sabía de dinero. No sobre el dinero de Wall Street, sino de la cantidad de dinero con la que uno se cruza al ser dueño de una cadena de tiendas de cambio de cheques que partía de la sección judía siria ortodoxa de Brooklyn. Comprendía la conexión emocional de la moneda, la desesperación de aquellos que tratan de cobrar un cheque y no pueden acceder al sistema bancario tradicional. Lo sabía todo acerca de la velocidad y la liquidez.

—El dinero tradicional se basa en la confianza —continuó Azar—. Hay que tener fe en la maquinaria del sistema y confiar en los intermediarios. Con Bitcoin, no hay que confiar en n-a-d-i-e. Porque, como os he dicho, todo se basa en las matemáticas.

Tyler miró a su hermano, que parecía tan concentrado en el vendedor y su discurso como él. Aquello era algo de lo que ninguno de los dos había oído hablar antes, en ninguna de las presentaciones de *startups* que les habían enviado, ni durante ninguna de las reuniones de Silicon Valley. Ni en el Oasis, ni en ninguna parte de Sand Hill Road. No estaba claro, todavía, cómo funcionaba esta... criptomoneda, ni en qué modo estaban involucradas las matemáticas. Pero un sistema que no dependía de la confianza, que no implicaba a ninguna autoridad... parecía demasiado bueno para ser verdad.

—¡Tyler! ¡Aquí! ¡Me pareció veros anoche en Pacha! ¡Venid a tomar algo con nosotros!

Tyler miró más allá de Azar, en la dirección de donde provenía la voz, y reconoció a un grupo de estadounidenses que los saludaban desde cuatro tumbonas más abajo. Identificó al menos a dos de ellos de Nueva York: un alto fanático del arte llamado Josh, o Jason, que dirigía una galería en el centro de la ciudad dedicada a los maestros del grafiti de principios de la década de 1970, o eso creía Tyler; y una morena que llevaba lo que parecía ser un bikini de macramé. El resto del grupo parecía igual de moderno, ninguno de ellos mayor de veinticinco años, ninguno de ellos ajeno a aquella isla fiestera situada al otro lado del mundo de donde habían crecido. Millennials ricos con abultadas cuentas bancarias y una decena de tarjetas de crédito entre todos ellos; sin duda, aquel grupo de *influencers* había ayudado a consolidar Facebook con sus pulgares. Tyler estaba seguro de que ninguna de estas personas había oído hablar de Bitcoin. El dinero que mejor conocían era el que se transmitía de generación en generación, que se llevaba en los dedos de las manos, alrededor del cuello y hasta en los pies.

—Ahora vamos —les gritó Tyler.

Cameron ya se había levantado de su asiento y cogido una de las botellas de rosado entre los dedos. Pensándolo bien, tal vez su hermano hubiese salido con la morena. Tyler no podía estar seguro, pero se apostaba algo a que Cameron no iba a tratar de entender la criptomoneda antes de servirle un trago a la chica guapa.

—¿Amigos tuyos? —preguntó Azar—. Lo entiendo, estáis de vacaciones. Pero me encantaría retomar el tema cuando volváis a Nueva York.

Tyler señaló la botella en la mano de su hermano.

—¿Cuántos bitcoins valdría esto?

—¿Ahora mismo? No estoy seguro. Tendría que revisar mi teléfono. Esta mañana, el bitcoin cotizaba a unos 7 dólares por moneda. Por el momento, es muy volátil, porque todavía no hay suficiente gente que lo conozca, y no se puede comprar nada con él. Es Facebook antes de que alguien estuviera realmente en Facebook.

Sin duda, Azar esperaba cierta conexión emocional al incluir la referencia de Facebook. Algo que, por supuesto, funcionó. La mente de Tyler volvió a Facebook, a la situación que les había conducido hasta Ibiza en primer lugar. Los hermanos Winklevoss habían confiado en el sistema judicial, sólo para ser abatidos. Un sistema que se había basado en la confianza en los seres humanos les había fallado.

Había algo en un sistema que dependía de las matemáticas, y no de la confianza, que resultaba muy atractivo. Las matemáticas se construyen sobre reglas que nadie, ni siquiera Zuckerberg, podía romper.

Aunque Tyler sabía que sólo estaban rascando la superficie —todavía no sabía nada sobre aquella nueva moneda más allá del discurso de Azar, nada acerca de lo que aquella tecnología era, o lo que podría venir a representar—, había llegado a la conclusión de

que: *o bien este Bitcoin era una completa estupidez, o bien se trataba de algo realmente importante.* Una nueva moneda, al parecer inventada de la nada. Bitcoin o bien no valía nada, o algún día tendría un valor insólito.

—Digamos que queremos involucrarnos —dijo Tyler mientras se levantaba de la tumbona, sintiendo el ritmo procedente de la cabina del DJ a través de los pies descalzos—. ¿Qué hacemos? ¿Comprar un poco de esos bitcoins?

—Podríais. O podríais ir un paso más allá. Como he dicho, en este momento, Bitcoin es volátil. Comprar es como apostar. Y todo el mundo sabe que uno no se hace rico jugando. Uno se hace muy rico —siguió diciendo con la sonrisa de un vendedor de coches de Brooklyn— si es la banca.

7
30 DE AGOSTO DE 2012

La analogía está cogida por los pelos: no es tanto la banca como el banco. O para seguir con la metáfora del casino, la ventanilla del cajero.

—Presta atención a la carretera, Cam. No vamos a ser ni la casa ni el banco si acabamos estampados contra un poste de teléfono.

Cameron levantó un poco el pie del acelerador mientras se colocaba en el carril lento. Tyler tenía razón, su hermano se había quedado tan pillado con la conferencia telefónica en la que habían participado desde que hacía cuarenta minutos habían llegado a la autopista de Long Island que había estado conduciendo sólo por acto reflejo. Lo que significaba conducir rápido, al estilo de un Gran Premio de Fórmula 1, en sintonía con los pensamientos que corrían veloces tras sus ojos.

—Creo que ya no hay postes telefónicos —dijo, con el pulgar sobre el botón de silencio de los altavoces del coche.

¿Quién demonios necesitaba postes de teléfono? El *smartphone* en el asiento de al lado estaba conectado por Bluetooth al ordenador instalado en el coche, que a su vez se conectaba de forma invisible a la torre de telefonía móvil más cercana. Presionó el botón, y anuló la función de silencio, que utilizaba de manera indiscriminada cada vez que él y su hermano necesitaban tiempo para digerir lo que las voces incorpóreas del otro lado de la línea les decían; cada palabra que pronunciaban se convertiría en información digital, unos y ceros

unidos en paquetes electrónicos que viajarían a través de esas torres de telefonía móvil hasta flujos de datos más grandes, rebotando desde los satélites a otra torre de telefonía móvil a kilómetros de distancia, rebotando de nuevo a otro *smartphone* localizado en una oficina de la calle Veintitrés Oeste en el centro de Manhattan, el destino de su viaje aquella mañana.

No hay duda de que hubiera sido más prudente esperar hasta llegar a la dirección, a una manzana de donde todavía estaban construyendo sus propias oficinas, la sede de Winklevoss Capital, antes de comenzar la reunión, pero Cameron estaba que se salía desde que habían vuelto a ponerse en contacto con Azar tras regresar de Ibiza.

Azar había contactado con Cameron a través de Twitter. Cameron no lograba recordar si le había dado al tipo su correo electrónico en el Blue Marlin: beber durante el día en una playa llena de modelos distraía, y no ayudaba el hecho de disponer de una casa en mitad del campo con piscina privada. Por suerte, Azar había sido ingenioso. Su primer mensaje directo en Twitter había hecho reír a Cameron a carcajadas:

> No estoy seguro de si hablé contigo en Ibiza, en el Blue Marlin, sobre dinero virtual, o con tu hermano. Veámonos en Nueva York...

Esto dio paso con rapidez a conversaciones más formales y por último a una reunión en persona. Aunque tanto Cameron como Tyler eran dueños de sendos apartamentos tipo loft en la ciudad, habían pasado la mayor parte del verano en la casa que sus padres tenían en los Hamptons. Si bien la zona contaba con una reputación de ser un destino de fiesta —no a la altura de Ibiza, sino salpicado de restaurantes exclusivos y de reductos veraniegos de importantes discotecas de Manhattan—, los gemelos habían pasado gran parte

de su tiempo relajándose en la playa y devorando todo lo que habían podido encontrar sobre Bitcoin. En ese momento, todavía no se había publicado ni un solo libro sobre el tema, pero, al sumergirse lo suficiente en internet, los hermanos fueron capaces de hallar entradas de blog, publicaciones de Reddit y artículos escritos por los primeros usuarios, conocidos como *bitcoiners*, así como el libro blanco original de Bitcoin de Satoshi Nakamoto. También contactaron por correo electrónico con antiguos profesores de Harvard y Oxford, donde habían obtenido su título de MBA, para lograr reunir más opiniones académicas sobre aquella nueva moneda virtual.

Ninguno de los profesores con los que se pusieron en contacto —varios de ellos entre los más importantes profesores de economía del mundo— había oído hablar de Bitcoin. Cuando los gemelos les explicaban lo que habían aprendido hasta el momento, algunos respondieron de forma irreflexiva, etiquetando a Bitcoin como una especie de estafa o esquema Ponzi. Pero cuando Cameron les insistía, los profesores no podían decir exactamente en qué consistía la estafa, ni por qué se trataba de un esquema Ponzi.

Cameron puso el SUV justo por debajo del límite de velocidad y apretó el botón para desactivar el silencio.

—La fiesta acaba de empezar —espetó una voz, con palabras que llegaban tan rápido que amenazaban con chocarse entre sí—. El valor de mercado de toda la economía Bitcoin es de sólo unos 140 millones. Eso es 1 millón, con *m*. El oro es 7 billones. Y el oro es bastante inútil. Entra en una tienda y trata de comprar un paquete de chicles con oro.

A veces era difícil distinguir las voces en una conferencia telefónica, y doblemente difícil en un coche que iba a 95 kilómetros por hora, con el estruendo de una sirena de un vehículo de

emergencia que pasaba a todo correr por el otro lado de la mediana que separaba los carriles, en dirección contraria. Pero Cameron no tuvo ningún problema para identificar la voz de Charlie Shrem, el miembro más joven del equipo que iban a conocer. No sólo porque Charlie tenía la costumbre de hablar rápido, sino también porque su nivel de energía estaba completamente a la par con su edad. El chaval apenas tenía veintidós años, y por lo que Cameron había deducido de los correos electrónicos que habían intercambiado, aún vivía en el sótano de su madre, en un barrio ortodoxo judío sirio del Brooklyn profundo. Pero era evidente que se trataba de una especie de niño prodigio. La empresa que había cofundado, el negocio en el que invertir para el que Azar intentaba montar un grupo, ya estaba causando sensación en la comunidad Bitcoin. Pero antes de que pudieran decidir si querían o no invertir en una empresa de aquel tipo, Cameron y su hermano iban a tener que entender mejor lo que era Bitcoin en primer lugar. ¿Qué lo hacía ser buen dinero, una moneda viable? ¿Qué lo hacía mejor que el oro? ¿Qué era el dinero de todos modos?

—Vale, pero el oro tiene valor intrínseco —indicó Tyler—. Se usa en joyería y en transistores.

—Pero ¿qué hay del dinero en efectivo? —preguntó Charlie—. No ha sido respaldado por el oro desde la década de 1970, y el gobierno puede imprimir todo el que quiera. Hablando de un esquema Ponzi... no tiene ningún valor intrínseco.

—El dinero metálico tiene valor intrínseco —respondió Cameron—. Si te estuvieras congelando en la cima de una montaña y sólo tuvieras dinero en efectivo, podrías quemarlo para mantener el calor.

—Ah, la maniobra de *Máximo riesgo* —la voz de Azar entró por los altavoces del coche—. Me encanta esa película.

—El valor intrínseco del oro está sobrevalorado —dijo otra voz a través de la línea.

Cameron miró a Tyler. La nueva voz pertenecía a Erik Voorhees, el director de marketing de Charlie. Voorhees era unos años mayor que Charlie, de voz suave, sin duda increíblemente inteligente, y muy versado en Bitcoin. Nacido en Colorado, era un libertario incondicional que había viajado por todo el mundo antes de emigrar a New Hampshire como parte del Free State Project, movimiento político cuyo objetivo era crear una comunidad basada en ideales libertarios. Voorhees, que se acababa de unir a Charlie en Nueva York para ayudarle a dirigir su joven compañía, era un acólito de la escuela austriaca de economía: filósofo y activista, había gravitado hacia Bitcoin en parte porque era una forma de dinero que no dependía de ningún actor estatal y carecía por completo de fronteras.

—Supongo que el oro no serviría de nada si uno naufragara en una isla —dijo Cameron en respuesta a Voorhees—. Cualquiera preferiría mil veces tener comida o agua antes que un lingote de oro, o una montaña de dinero.

—En una situación así —afirmó Voorhees—, Bitcoin tendría un valor intrínseco muy similar al oro o al dinero en efectivo. Pero la diferencia es que si estuvieras atrapado en esa isla con tu dinero, tu oro y tu bitcoin, y llevaras tu *smartphone* contigo, aún podrías utilizar tu bitcoin. Porque el bitcoin tiene un valor *tecnológico* intrínseco. Bitcoin tiene el potencial necesario para cambiar por completo las reglas del juego.

Hacía media hora, justo antes de que Cameron y Tyler llegaran a la autopista, se habían detenido en una gasolinera junto a una tienda de 7-Eleven. Ocho kilómetros más tarde, Tyler había caído en la cuenta de que se había dejado la cartera encima del surtidor de

gasolina, y tuvieron que dar media vuelta. Como el retraso del depósito de su villa en Ibiza, era otro recordatorio de los defectos inherentes del dinero físico que volvía a plantear la pregunta: ¿qué es el dinero, de todos modos?

¿Eran pedazos de papel verde, blasonados con las fotos de presidentes muertos y celebridades, dentro de una billetera de cuero sobre un surtidor de gasolina en la autopista de Long Island?

¿Era alguna roca brillante extraída de la tierra, moldeada en barras o monedas, y enterrada de nuevo en determinada caja fuerte en alguna parte?

¿O podía ser otra cosa, algo que se ajustara a un mundo en rápida transformación?

¿Algo nuevo, una forma de tecnología tan práctica y actual como la que había detrás del *smartphone* que estaba en el asiento junto a Cameron y del que brotaban voces que ya habían ido al espacio y habían vuelto?

«Bienvenidos a "la Bakery", caballeros. Si estas paredes pudieran hablar, sonarían bastante jodidas. Mucho fumador pasivo en esta habitación. Aquí es donde han tenido lugar la mayor parte de nuestras mejores ideas. Iluminando neuronas hoy, para un mañana mejor.»

Sin duda, Charlie Shrem encajaba en la imagen mental que Cameron y Tyler se habían hecho del niño prodigio y consejero delegado: de tamaño reducido, un poco de barba, pelo rizado peinado hacia atrás con una capa de gel tan gruesa que resplandecía. Pero por homúnculo que fuera —lo bastante pequeño para ser el timonel de los gemelos—, su presencia dominaba las oficinas de su *startup* de ocho meses de vida. Había jugado a ser el

dueño del cotarro desde que se habían encontrado en la puerta principal de la calle Veintitrés, con los brazos abiertos de par en par y una sonrisa de oreja a oreja. Luego había dado un abrazo incómodo y moderno a cada hermano. Cameron no pudo evitar sentir la nerviosa energía que exudaba del joven —en realidad Charlie estaba temblando— ni dejar de oler el indicio de marihuana que se filtraba a través de su camisa de manga corta y sus viejos pantalones caqui.

El nivel de energía sólo había aumentado a partir de ahí: Charlie prácticamente rebotaba sobre sus Converse Chuck Taylor cuando los llevó a la oficina principal, un montón de escritorios y ordenadores y cables que iban a todas partes a la vez. Se detuvo bajo una pantalla plana colgada de una pared de ladrillo visto que mostraba el precio actual del bitcoin —7 dólares y 43 centavos— e hizo algunos comentarios sobre cómo había llegado tan temprano, algo sobre la «raja del culo de los albores de Bitcoin». Luego los llevó directo a la estancia que había denominado «la Bakery», por razones obvias incluso antes de hacer el chiste de las paredes parlantes.

Pequeña, estrecha, con ventanas que daban a la calle Veintitrés, la parafernalia de lo que parecía ser el pasatiempo favorito de Charlie era visible en cada esquina y en cada estante. Cameron contó por lo menos tres pipas de cristal, así como ceniceros de cerámica esparcidos entre el equipo informático y las carpetas de archivos abiertos. También vio un dispositivo que no reconoció: Charlie le explicaría con el tiempo que se llamaba la Caja Mágica, un prototipo de lo que más tarde se conocería como «vaporizador». Era, básicamente, una caja de madera con un tubo de vidrio que salía de ella, dentro de la cual se podía quemar marihuana y convertirla en vapor, invento que estaba seguro que se pondría de moda en un año o dos, tal vez tres. Cameron siguió a su hermano y

a Charlie hasta la sala, donde se les unió Voorhees —delgado, altura media, pelo ralo rojizo y rasgos angulosos— y su viejo amigo de Ibiza, Azar. Cameron vio un par de botes que parecían barriles de petróleo en miniatura, y sólo al acercarse advirtió que estaban cubiertos de letras del alfabeto cirílico. Formaban palabras que él no podía leer, pero sabía lo suficiente tras haber cursado la asignatura de lingüística en Harvard para decir que era ruso.

—Oh, sí, son geniales —dijo Charlie, agarrando una de las latas y ofreciéndosela a Cameron—. Vodka en barriles de petróleo en miniatura. Mira lo que dice en el otro lado.

—NEFT, apoyamos la economía Bitcoin —leyó Cameron en voz alta.

—Puedes escanear el código de barras que hay en la parte de atrás, y comprarlo con bitcoins. Joder, es flipante.

Para Cameron, esta introducción a Charlie y su compañía fue en parte divertida, y en parte «¡pero qué cojones...!». El chico era algo fuera de lo común: sin duda resultaba inteligente y audaz, pero parecía un derviche girando sobre sí mismo. Una cosa era segura: no se trataba de una nueva *startup* en Silicon Valley en busca de financiación inicial por parte de la camarilla de pantalones chinos con pinzas de Sand Hill Road, aquello era diferente.

—Bitcoin, la moneda digital, con una *b* minúscula —dijo Voorhees, señalando el barril en miniatura—. Como Charlie ha querido decir, uno envía bitcoin con una *b* minúscula de su cartera digital a la dirección incorporada al código QR impreso en el lateral de la lata. Es así de simple, pero eso es sólo una pequeña parte de la historia.

Cameron sabía, por su investigación, que la primera vez documentada que alguien había utilizado bitcoins para comprar un producto ocurrió el 22 de mayo de 2010. En ese día histórico, a un programador de Florida llamado Laszlo Hanyecz se le antojó una

pizza y decidió que usaría parte de los bitcoins que había acumulado para saciar su hambre. Sólo había un problema: ningún comerciante aceptaba bitcoins como moneda de pago en ese momento. Sin dejarse intimidar, Hanyecz publicó un mensaje titulado «¿Pizza por bitcoins?» en el foro Bitcointalk, el principal punto de encuentro online para bitcoiners en ese momento:

> Pago 10.000 bitcoins por un par de pizzas, dos grandes, de modo que me sobre para el día siguiente. Me gusta que quede algo de pizza para picar después. Puedes hacer la pizza tú mismo y traerla a mi casa o pedirla en algún lugar de entrega, pero lo que quiero es que me la entreguen a cambio de bitcoins y no tener que pedirla o prepararla yo mismo, algo así como pedir el desayuno en un hotel, ¡te traen algo de comer y tan contentos!

Un joven de dieciocho años llamado Jeremy Sturdivant, que en la red se hacía llamar «jercos», decidió aceptar la oferta de Hanyecz. Concretaron los detalles a través de Internet Relay Chat (IRC), y luego Hanyecz procedió a pagar a jercos 10.000 bitcoins, con un valor aproximado de 30 dólares en ese momento, por dos pizzas Papa John. Hanyecz confirmó la transacción en el foro Bitcointalk:

> Sólo quiero informar de que he intercambiado 10.000 bitcoins por pizza. ¡Gracias, jercos!

Ese día sería conocido para siempre y conmemorado como el Día de la Pizza Bitcoin. Desde entonces, bitcoiners han creado numerosas cuentas de Twitter, como @bit coin_pizza, para hacer un seguimiento del valor actual en dólares estadounidenses de las dos pizzas que Hanyecz compró entonces. En el momento de escribir este libro, esas dos pizzas valen aproximadamente 36,6 millones de dólares.

—Pero Bitcoin con *B* mayúscula es donde ocurre la acción de verdad —aseguró Charlie.

Hablar parecía ser lo único que mantenía a raya la energía del chaval. En una de sus conversaciones anteriores, Azar había explicado a los gemelos algo sobre el pasado de Charlie como bicho raro de la comunidad judía siria de Brooklyn, que también era el hogar de Azar. Los dos habían crecido a pocas calles de distancia, y Charlie siempre había tenido un don para los ordenadores. Ahora el chaval al que nunca elegían para jugar al balón prisionero era de repente el centro de atención, y estaba aprovechando al máximo el momento. No era un tipo de persona totalmente desconocido para los hermanos Winklevoss.

—Bitcoin con *B* mayúscula hace referencia al *protocolo,* en otras palabras, a toda la Red Bitcoin —explicó Voorhees, su tono más medido contrastaba con el esprint verbal de Charlie—. Mientras que bitcoin con *b* minúscula se refiere al activo digital que viaja a través de la Red Bitcoin.

—La misma palabra, dos significados diferentes, dependiendo del caso —añadió Charlie.

—Los protocolos son la fontanería digital de internet —continuó Voorhees—. Son las tuberías por las que viajan tus correos electrónicos, los túneles que llevan tu voz a un interlocutor al otro lado del mundo. El protocolo Bitcoin permite que el bitcoin se mueva del punto A al punto B, y comprar este barril en miniatura de Vodka NEFT.

—La analogía parece peligrosa —dijo Cameron—. Si Bitcoin con *B* mayúscula es fontanería, ¿qué hace que bitcoin con *b* minúscula sea algo más que un alcantarillado digital?

—Las mismas propiedades que hacen valioso al oro hacen valioso a Bitcoin.

Voorhees sonrió. Puede que Cameron y su hermano acabaran de empezar a subir la curva de aprendizaje de aquella nueva moneda

digital, pero como licenciados en economía de Harvard, estaban bien versados en el mundo del dinero tradicional. En la universidad, habían estudiado con Martin Feldstein, principal exasesor económico del presidente Ronald Reagan e inspiración de la vida real para el personaje del señor Burns en *Los Simpson*. Los gemelos se habían empapado de las obras de Adam Smith, Milton Friedman y John Maynard Keynes. Entendían que el oro valía lo que la gente estaba dispuesta a pagar por él, un caso clásico de oferta y demanda. También qué era lo que impulsaba aquella demanda, lo que hacía que el oro fuera «buen» dinero. Incluso llegaron a hacer en clase una presentación en PowerPoint sobre esta cuestión.

En un principio, las propiedades químicas del oro lo convirtieron en la elección natural. Si bajamos por los elementos de la tabla periódica y analizamos sus propiedades, podemos tachar los gases desde el primer momento, puesto que cualquier sustancia que fuese a ser utilizada como dinero no podía ser altamente reactiva —de lo contrario podría explotar en las manos— y no podía ser corrosiva —de lo contrario se oxidaría—, algo que descalificó a otros treinta y ocho elementos. Y como el dinero tenía que ser raro, pero no demasiado —un metal como el cobre era demasiado abundante, mientras que el osmio era demasiado raro, ya que sólo se encontraba en meteoritos—, se descartaron otros veintiséis elementos.

Lo que sólo dejaba al rodio, el paladio, el platino, la plata y el oro, cinco de los ocho metales nobles. El rodio y el paladio no se descubrieron hasta la década de 1880, mucho después de que el dinero llevara utilizándose durante miles de años; y el punto de fusión del platino habría sido demasiado alto para los hornos preindustriales. Por eliminación, quedaba la plata y el oro. La plata se deslustraba con facilidad y tenía una aplicación industrial mucho

mayor: demasiado útil para ser buen dinero, lo que dejaba al oro como suficientemente útil.

—El oro es valioso por sus propiedades naturales: es escaso, duradero, transportable, divisible, canjeable, difícil de falsificar y fácil de autentificar —dijo Tyler.

—Exactamente —respondió Voorhees—, y Bitcoin también tiene todas esas propiedades...

—Pero Bitcoin es mejor siendo oro que el oro —interrumpió Charlie.

—Correcto. Bitcoin no sólo es escaso como el oro, sino que su oferta también es fija —dijo Voorhees—. Según el diseño establecido en el libro blanco original de Satoshi Nakamoto, nunca se crearán más de 21 millones de bitcoins, mientras que la oferta de oro aumenta a medida que se descubren nuevos yacimientos. Y Bitcoin es más divisible que el oro. Cada bitcoin puede ser subdividido en 100 millones de unidades, y una persona puede ser dueña de tan sólo 0,00000001 bitcoins. Y se puede enviar a alguien al instante, como un correo electrónico. Intenta mandarle a alguien un lingote de oro por correo electrónico.

—¡Es oro con alas, oro 2.0! —aseguró Charlie.

—Todo esto reforzado por el código fuente —agregó Tyler.

Charlie parecía estar tan contento de cómo iban las cosas que decidió recompensarse y tomó una pipa grande.

—El código es ley —manifestó Voorhees—. Ley matemática.

—¿Qué me impide gastar el mismo bitcoin dos veces? —preguntó Cameron—. Si puedo enviar la misma foto a más de una persona, ¿qué me impide hacer lo mismo con mi bitcoin?

—El problema del doble gasto —aclaró Voorhees.

Aquél era un tema exclusivo de la moneda digital, que no existía en el mundo físico del dinero en efectivo. Si le dabas a alguien un

billete de 20 dólares, no podías volverte y darle a otra persona el mismo billete de 20 dólares. En el mundo digital, sin embargo, donde abundan los 1 y los 0, no existen tales limitaciones físicas. Tradicionalmente, este problema siempre se había resuelto mediante la invocación a alguna autoridad central —la Reserva Federal, Visa, MasterCard— que supervisaba las transacciones y se aseguraba de que la misma persona no gastara dos veces el mismo dinero digital. Pero Bitcoin no tenía autoridad, ni árbitro. También era conocido en los círculos informáticos como el «problema de los generales bizantinos» y se creía irresoluble: ¿cómo crear consenso en un sistema completamente descentralizado?

—Aquí es donde la cosa se vuelve realmente genial. —Charlie levantó la vista de su pipa—. Satoshi resolvió el problema en su libro blanco, que lo inició todo. La respuesta es lo que hace que todo el sistema Bitcoin funcione: la *minería*.

Cameron sólo había contado con unas pocas horas de lectura en internet para hacerse una idea sobre el sistema de «minería», que actuaba como motor del ecosistema de Bitcoin. Todavía no entendía del todo bien cómo funcionaba, pero lo que sabía le fascinaba.

Voorhees explicó cómo los «mineros» de Bitcoin —personas con un ordenador con un software especializado— validan y auditan las transacciones de Bitcoin mediante la resolución de complejos problemas matemáticos generados por las propias transacciones. Una vez que un minero ha resuelto el rompecabezas matemático de un nuevo «bloque» de transacciones, el bloque se añade a la «cadena de bloques» de Bitcoin, o blockchain, un libro de contabilidad donde queda anotada cada transacción de bitcoin desde el inicio de los tiempos. Y por su esfuerzo, los mineros son recompensados por la red con bitcoins recién acuñados, lo que se denomina «recompensa de bloque». Y cuanta más capacidad

informática aporte un minero a la red, mayores son sus posibilidades de resolver los problemas matemáticos y ganar la recompensa de bloque. Cuanto más mines, más probable es que ganes.

—O en términos más técnicos —dijo Voorhees—: cuanto mayor sea el hashrate de un minero, mayores serán sus posibilidades.

Cameron había aprendido el término hacía unos años, en una clase de informática. Hashrate, o hashes por segundo, era una unidad de medida de la potencia de procesamiento: cuántos cálculos (es decir, hashes) puede un ordenador realizar por segundo. Los mineros compiten frenéticamente entre sí para resolver los problemas matemáticos que validan el bloque actual de transacciones de Bitcoin: cuanto más invierten en su hardware —ya sea mediante la compra de chips más rápidos, alojando sus ordenadores en centros de datos refrigerados, etc.—, mejores son sus posibilidades de ganar una recompensa de bitcoins recién creados. Y entonces la carrera comienza de nuevo.

Al intentar comprender el proceso, a Cameron se le había ocurrido su propia analogía, que decidió compartir con el resto:

—¿Os acordáis de *Charlie y la fábrica de chocolate*? —empezó.

Charlie eructó una nube de humo haciendo una pausa a medio camino.

—Nunca veas esa película colocado. Te cagarás de miedo con los Oompa Loompas.

—El niño de la película —continuó Cameron, tratando de no distraerse con el Charlie de la vida real que, a su lado, estaba cada vez más colocado—, buscando una entrada de oro dentro de los envoltorios de sus golosinas. Charlie es como un minero. Y la entrada de oro, que le permitirá visitar la fábrica de Willy Wonka, es como la recompensa de bloque. Supongamos que, al buscar el envoltorio dorado, Charlie valida al mismo tiempo las compras de

barras de caramelo y las registran en el libro de contabilidad de la fábrica: la blockchain Willy Wonka. Y supongamos que hay muchos Charlies en todo el mundo haciendo lo mismo, buscando la entrada de oro. A medida que abren las barras de Wonka, auditan la blockchain de Wonka y comprueban el trabajo de los demás. El concurso de Willy Wonka ha incentivado milagrosamente a los niños de todo el mundo a trabajar juntos para validar y registrar las transacciones de las barras de Wonka, ayudando a Willy a mantener un registro de quién pagó por qué, protegiendo así sus ganancias y asegurándose de que su fábrica permanezca en funcionamiento y pueda seguir produciendo chocolate para todos.

Voorhees sonrió.

—Eso es muy bueno. E ilustra a la perfección la magia de Bitcoin. En lugar de intermediarios, o guardianes, lo que hay es una competencia abierta de mineros, incentivados de forma individual para validar las transacciones. Ningún banco o gobierno las somete a juicio, ni se lleva un pedazo de cada porción del pastel. Los intermediarios son sustituidos por las matemáticas, o, en el caso de tu ejemplo, un ejército de Charlie Buckets, el niño protagonista.

—Y el Willy Wonka de Bitcoin —añadió Tyler—. Quien puso todo esto en marcha: Satoshi Nakamoto.

Cameron sabía por cuanto había leído que el creador de Bitcoin no era menos misterioso que el personaje de ficción de su analogía. El 31 de octubre de 2008, Satoshi Nakamoto publicó su famoso libro blanco titulado: *Bitcoin: A Peer-to-Peer Electronic Cash System,* en una lista de correo de criptografía, «una discreta lista de correo moderada dedicada a la tecnología criptográfica y su impacto político», que presentaba «un nuevo sistema de dinero electrónico que utiliza por completo una red *peer-to-peer* (P2P), sin un tercero

de confianza». El libro blanco detallaba las características específicas de Bitcoin:

- Se evita el doble gasto con una red *peer-to-peer*.
- Nada de acuñar monedas ni de intermediarios de confianza.
- Los participantes pueden ser anónimos.
- Las nuevas monedas están hechas a partir de pruebas de trabajo estilo Hashcash.
- La prueba de trabajo para la nueva generación de monedas también permite a la red evitar el doble gasto.

Y luego, tres meses más tarde, se lanzó en su hábitat natural la primera versión del software de Bitcoin. En 31.000 líneas de código, Satoshi fue capaz de conseguir lo que nadie más había logrado antes que él: la eliminación de la necesidad de terceros de confianza. El 3 de enero de 2009, Satoshi verificó el primer bloque Bitcoin, el bloque 0, el «bloque génesis». Integrado en el mismo el titular del londinense periódico *Times* de ese día:

MINISTRO DE HACIENDA AL BORDE DE UN SEGUNDO RESCATE PARA LOS BANCOS

El titular en sí mismo era un triste recordatorio de la falibilidad humana y del impacto que tenía en el sistema financiero.

Poco después, Satoshi desapareció, y nunca más se supo nada de él. A lo largo de los años, numerosos periodistas han intentado localizar al escurridizo fundador, pero tenían muy poco con lo que encontrarlo. Satoshi Nakamoto parecía ser un seudónimo. En japonés, *satoshi* significa «claridad de pensamiento» o «sabio», mientras que *naka* quiere decir «dentro» o «relación». *Moto* se utiliza para describir «un origen» o «un fundamento». Encadenado,

el nombre inventado se traduce como «pensar con claridad dentro de los fundamentos». ¿Era una pista? ¿Un mantra?

Entre su libro blanco, el código fuente, entradas en blogs y correos electrónicos enviados a los principales desarrolladores de Bitcoin, Satoshi había dejado atrás un total de 80.000 palabras en internet, alrededor de la extensión de una novela. Sin embargo, a pesar de todo esto, apenas dejó ninguna pista personal. Si era japonés, escribía en un inglés impecable que alternaba entre la ortografía estadounidense y la británica. Las marcas de tiempo de sus escritos no revelaban ninguna zona horaria en particular. Los periodistas de investigación han designado al menos quince personas como posibles *alter ego* del misterioso inventor, entre ellos a Elon Musk, el multimillonario de Tesla, y Hal Finney, el diseñador de juegos y criptógrafo que recibió la primera transacción de Bitcoin de Satoshi en 2009; pero ninguna de estas pistas ha llevado a ninguna parte.

—Personalmente creo que el misterio que rodea a Satoshi es una característica de Bitcoin, no un error —afirmó Voorhees—. La belleza de Bitcoin es que no está construido en torno a Satoshi, no está construido alrededor de nadie. Para entender Bitcoin, sólo hay que entender *Bitcoin*.

Charlie tosió detrás de un épico anillo de humo de marihuana, y luego sonrió.

—La gravedad no funciona porque uno crea en Isaac Newton.

Diez minutos más tarde, el grupo abandonó la Bakery y regresó a la oficina principal de la pequeña *startup* para que Charlie pudiera terminar su visita guiada.

Les mostró algunos de sus softwares en funcionamiento en un par de ordenadores de mesa.

—Nuestra empresa, BitInstant, forma parte de la gravedad de la economía Bitcoin. En concreto, nos dedicamos al negocio de ayudar a la gente a comprar bitcoins de una manera sencilla. Tomamos su dinero, lo convertimos en bitcoins y se lo enviamos de vuelta al instante.

—Por una pequeña cuota —aclaró Voorhees, desde detrás de Cameron y su hermano.

—Veréis —continuó Charlie—, si compráis bitcoins en una bolsa de valores, y en este momento hay una que lleva la mayor parte del negocio de Bitcoin, casi el 90 por ciento, tendréis que pasar por el calvario de abrir una cuenta, llenar formularios, transferir dinero al extranjero, y así sucesivamente, y esperar semanas para que os aprueben la cuenta, días de espera para que vuestro dinero llegue... Se trata de un trabajo muy pesado. En BitInstant, nos encargamos de todo eso por ti. Tú nos das dinero y nosotros hacemos el resto.

—Sois la ventanilla del cajero —dijo Cameron—. Os encargáis del intercambio.

—Exacto. Convertimos dinero en efectivo directamente en la moneda virtual. Nos das dinero, y podemos poner bitcoins en tu monedero virtual en menos de treinta minutos.

—Estos monederos «virtuales», ¿están a salvo? ¿De los hackers? Si uno pierde el móvil, o le roban su ordenador...

—Es como si alguien se llevara la caja fuerte de tu banco, al estilo del salvaje oeste —aseguró Charlie—. Tienes razón, Bitcoin suscita diferentes problemas de seguridad; la cuestión con Bitcoin es que es digital pero también físico.

Charlie levantó su mano izquierda y Cameron vio un destello de plata alrededor del meñique del joven empresario. Charlie se quitó el

anillo con cuidado y lo sostuvo en alto para que Cameron y su hermano pudieran ver cientos de diminutos caracteres alfanuméricos grabados a lo largo del interior del anillo.

—¿Es ésa tu llave privada? —preguntó Cameron.

Se refería a la «contraseña» que te daba el control de tus bitcoins. Cada clave privada de bitcoin era un número de 256 bits que podía ser cualquier combinación de 1 y 0. Era un número de 256 bits que permitía 2^{256} posibilidades; en perspectiva, había más posibilidades que átomos observables en el universo. La probabilidad de que alguien adivinara una clave privada era de 1 entre 115 cuatro vigintillones.

—Casi todos, excepto los últimos cinco caracteres alfanuméricos, que están en mi cabeza.

—¿Has grabado tú mismo tu llave privada en un anillo?

—En realidad, lo ha hecho mi padre. Se dedica a la joyería. Le pedí que me lo grabara. Tengo el 20 por ciento de mis bitcoins justo aquí, en mi dedo. Es lo que llamamos «almacenaje en frío», offline.

—¿Es práctico? —preguntó Tyler—. ¿No se puede guardar en una unidad USB? ¿En una caja fuerte en alguna parte?

—Claro. Pones un poco en una memoria USB. Otros en un monedero protegido con contraseña en el ordenador. Un montón en un anillo en el meñique. Joder, tatúatelo en el brazo. El tema es que a nosotros no nos importa lo que la gente haga con sus bitcoins. Sólo queremos ponérselo fácil y rápido. Una vez que los tengan, deberían ser libres de hacer lo que quieran con ellos.

Voorhees asintió con la cabeza, y Cameron supo que ahora estaban tocando cuestiones filosóficas. La idea de que la gente debiera poder hacer lo que quisiera con su propio dinero, con independencia de cualquier supervisión del gobierno, era una piedra angular de la ideología libertaria que alimentaba gran parte del

interés en Bitcoin hasta ese momento. Los primeros bitcoiners eran en su mayoría gente como Voorhees, personas que creían que nadie debería poder opinar sobre la forma en que los individuos decidían actuar, siempre y cuando no perjudicaran a nadie más. Era una filosofía que podía extenderse en direcciones peligrosas.

—El almacenamiento es una cosa —dijo Cameron—. El comercio es otra cosa. La gente no sólo compra vodka y pizzas con bitcoins.

Miró la pipa de tamaño industrial que había al otro lado de la habitación. Charlie se rio.

—¿Te refieres a Silk Road?

No era exactamente un tema tabú de Bitcoin. Silk Road era un famoso bazar online que permitía a los usuarios comprar y vender bienes y servicios ilegales. Su expansión en un negocio multimillonario, una especie de Amazon para las drogas ilícitas, había coincidido con el crecimiento de la moneda virtual, y para quienes conocían ambos, estaban interrelacionados de manera inextricable.

—No está sujeta a la debida diligencia —explicó Tyler—. Comprobamos Silk Road. No sólo hay drogas, sino también armas, asesinatos por encargo. Cosas bastante turbias.

No había sido tan fácil acceder a Silk Road como teclear una dirección web en el ordenador. Cameron y Tyler habían tenido que descargarse un software especial llamado Tor para hacer que su ordenador fuera anónimo, e incluso entonces les preocupó el hecho de navegar sólo por unas cuantas páginas del bazar online. Costaba creer lo que habían visto en el sitio, en su mayor parte, página tras página de todo tipo de drogas a la venta, con fotos. Se podía buscar cocaína, heroína, marihuana; cuando uno encontraba lo que quería, podía comprarlo con bitcoins —y sólo con bitcoins— y que te lo entregaran en la puerta de tu casa.

Aunque Voorhees, un recalcitrante libertario, lo considerara un simple lugar donde la gente compraba sin la intervención del gobierno, Tyler y Cameron lo veían desde otro punto de vista, como algo obviamente criminal. Incluso el término «red oscura», el mundo subterráneo online donde existían sitios como Silk Road, les daba escalofríos. El hecho de que se tratara de un primer caso potencial de uso de la moneda virtual era preocupante y un importante posible obstáculo si Bitcoin iba a volverse popular, una tendencia, algo que podría hacer que la innovación ingresara cadáver.

—También venden muy buenos *brownies* —aseguró Charlie.

—Silk Road no es más que una prueba de concepto —dijo Voorhees—. Se pueden comprar y vender productos del mundo real con bitcoins. Nuestro trabajo en BitInstant consiste en eliminar un paso. Ayudamos a la gente a conseguir bitcoins, ni más ni menos.

Cameron había leído las suficientes opiniones de Voorhees online para saber que sus opiniones eran mucho más profundas: estaba férreamente en contra de la criminalización de las drogas, de cualquier tipo de regulación gubernamental dirigida a controlar cómo se comportaba la gente. De hecho, cuando Charlie lo contrató como primer empleado real de BitInstant, vivía en New Hampshire, adonde se había mudado como parte del Free State Project, una cruzada política para poblar el estado con creyentes libertarios que luchaban por la libertad de un gobierno autoritario.

Voorhees parecía estar en contra de la mayoría de las formas de imposición, de gran parte de formas de acción militar y de muchas —si no la mayoría— leyes financieras. Y, sin embargo, aunque sólo era unos años mayor que Charlie, también parecía ser un hombre de negocios práctico y reflexivo.

—Ya movemos cerca de 2 millones de dólares al mes a través de nuestro sistema —continuó Voorhees—. Tres de cada diez bitcoins

en existencia se han adquirido a través de nosotros, y la cifra va en aumento.

—No damos abasto —explicó Charlie—. He contratado a diez empleados, pero necesito el doble, el tripe. Vamos a ser el Apple de Bitcoin.

Cameron ya había pasado por muchas presentaciones antes, así que no era ajeno a las hipérboles, pero podía darse cuenta de que Charlie no estaba interpretando un papel; aquel chico realmente creía que se estaba aferrando a un rayo. ¿Y por qué no debería hacerlo? Había comenzado la compañía en el sótano de su madre, con la ayuda de alguien que había conocido online, un socio silencioso llamado Gareth Nelson, que al parecer era autista y todavía se encargaba de los aspectos técnicos del negocio desde algún lugar en el extranjero. Charlie había empezado tomando prestados 10.000 dólares de su madre. Era el tipo de historia, de la pobreza a ganar miles de millones de dólares, por la que el mundo de la tecnología era famoso.

BitInstant era simple, y tal vez, como Charlie creía, un cohete. Cameron y su hermano habían esperado encontrar ese cohete en Silicon Valley, pero Silicon Valley había dejado de ser su amigo.

Charlie los recibía con los brazos abiertos, a través de Azar, que había crecido a la vuelta de la esquina de Charlie, en la misma comunidad cerrada, y que ahora esperaba reunir un equipo de inversión para financiar la compañía de Charlie; en concreto, un equipo de gemelos idénticos con mucha, mucha pasta.

Cameron miró a su alrededor. Si realmente BitInstant ya contaba con diez empleados, lo más probable es que compartieran escritorios e incluso sillas. Hasta ahora, Charlie Shrem había recaudado 130.000 dólares, 10.000 de su madre y el resto en un solo cheque de un pintoresco inversor que había conocido después de hacer una

transmisión en vivo en una conferencia en Nueva York. Charlie habló al público online acerca de BitInstant, sobre cómo ninguno de los inversores a los que se había aproximado había entendido Bitcoin ni había querido financiar su empresa, acerca de que lo único que necesitaba era un poco de financiación para que funcionara. Cuatro horas después, recibió una llamada por Skype de un famoso entusiasta de Bitcoin llamado Roger Ver.

Ver, conocido en la comunidad Bitcoin como el «Jesús de Bitcoin» por su proselitismo y las muchas inversiones que había realizado en la industria, había comenzado la breve conversación de Skype preguntándole a Charlie cuánto dinero necesitaba; cuando Charlie soltó una cifra, casi improvisada, Ver aceptó al instante. Y así de fácil, sin reunirse nunca en persona, llegaron a un acuerdo: Ver le había enviado a Charlie 120.000 dólares por una participación del 15 por ciento en BitInstant.

Por lo que Cameron había leído sobre Ver, tenía creencias filosóficas similares a las de Voorhees, pero parecía aún más radical, más fundamentalista si cabe. Ver incluso se había presentado una vez a la Asamblea Estatal de California bajo las siglas del Partido Libertario, pero luego emigró a Japón tras pasar diez meses en una prisión federal en 2006 por vender fuegos artificiales ilegales a través de internet.

Ver había comenzado a comprar bitcoins desde los primeros días y había capitalizado más de una decena de empresas incipientes como BitInstant. Cameron y Tyler no conocían a Ver, sólo habían sido puestos en copia en algunos correos electrónicos intercambiados con él; en la actualidad, no había forma de saber si seguiría siendo un inversor ángel silencioso, o si se involucraría más a medida que BitInstant creciera.

A Voorhees y Ver les guiaba la ideología, pero también eran expertos en la materia. Charlie no se movía tanto por ideología como por pasión, y estaba quizá un poco engañado: rasgos que comparten los buenos emprendedores. Todos ellos eran auténticos predicadores que hablaban de cambiar el mundo; y lo decían en serio.

A pesar de algunas preocupaciones obvias, Cameron sabía que los acuerdos iniciales con una empresa emergente tenían sus imperfecciones. Algo le decía que dar un primer paso en Bitcoin invirtiendo en BitInstant era lo correcto. Aquel chaval, Charlie Shrem, lleno de valentía, arrogancia y un toque de ilusa ingenuidad, podría ser el cohete que estaban buscando, aunque sólo fueran ellos, el Jesús de Bitcoin y la madre de Charlie en la tabla de capitalización.

En conversaciones previas, Azar había mencionado que BitInstant tenía otros pretendientes, en concreto inversores con experiencia en el espacio de la criptografía, que estaban considerando intentar conseguir la lista de condiciones de Charlie. Si Winklevoss Capital iba a competir por BitInstant, tenían que moverse rápido.

Cameron sabía qué pasos debía dar a continuación. Todavía no había cerrado nunca un acuerdo de negocio, pero no estaban en Silicon Valley, sino en Flatiron District. Aquello era Nueva York, una ciudad cuyos restaurantes y clubes no se mostraban tímidos a la hora de prohibir la entrada incluso a las estrellas de la tecnología de Silicon Valley. Era el centro de Manhattan, el patio de juegos de los gemelos Winklevoss.

Creyó tener una idea bastante buena para impresionar a un chico como Charlie Shrem.

8
CHARLIE

A veces uno pide y pide una señal, un pequeño indicio, un rayo que destelle desde el cielo iluminando el camino frente a ti, y no obtiene nada, ni un parpadeo, ni siquiera una luciérnaga.

Y otras se te aparece la maldita zarza ardiente.

Mejor aún, Charlie pensó para sí mismo al atravesar las enormes puertas dobles que conducían a una sala de estar rodeada de ventanales que desembocaban en una terraza lo bastante grande para albergar lo que parecía ser un auténtico manzanal, nada de plantas en macetas, no una mierda de terraza con enredaderas asomando a través de celosías de IKEA o de Pottery Barn, sino un verdadero huerto, con manzanas y todo. Olvídate de la zarza ardiente, por qué no un loft del SoHo repleto de modelos europeas fuera de control.

Por otra parte, llamar «loft» a aquel lugar era hacer un uso muy poco imaginativo de la lengua inglesa. Si no pudiera sentir a Voorhees un paso por detrás, prácticamente empujándolo a través del umbral y de los pocos escalones que conducían al nivel principal alfombrado, Charlie habría pensado que se había desmayado en el corto viaje en taxi desde el distrito de Flatiron, y que había entrado en alguna especie de trance. Se suponía que los sitios como éste no existían fuera de los tabloides. Joder, todo a su alrededor parecía salido de una maldita revista.

Desde las ridículas ventanas hasta los muebles, todos ellos modernos, curvilíneos, ondulantes, bajo una iluminación empotrada que deslumbraba desde un techo que debía de estar a seis metros sobre su cabeza. Y la gente, madre mía, la gente. Allí tenía que haber un centenar de personas y, sin embargo, no parecía concurrido, era algo más bien social. Era el SoHo, como se suponía que era el SoHo cuando uno leía sobre él en una guía de viajes o lo veía en la revista *Bravo*; todo el mundo era demasiado alto y demasiado delgado e iba engalanado con ropa de moda que no necesitaba lucir la etiqueta del diseñador para mostrar que procedía de *boutiques* donde se bebía champán mientras compraba.

—Esto sí que es una fiesta —exclamó Charlie mientras Voorhees se colocaba a su lado, asimilándolo todo.

—Ya lo creo que sí.

Charlie notó que Voorhees se estaba controlando; a decir verdad, siempre se estaba controlando. Era así de inteligente. A pesar de ser sólo cinco años mayor que Charlie, ya era un verdadero hombre de negocios, un orador y vendedor talentoso. Roger Ver le había presentado a Voorhees, y, poco después de transferir su inversión de seis cifras, Ver le había dicho que tenía al tipo perfecto para Charlie. Su primera respuesta había sido: «¡No pienso contratar a un tipo cualquiera de New Hampshire!», pero Charlie cedió en cuanto lo conoció en un evento de tecnología en Nueva York. Voorhees entendía las cuestiones de gran alcance, era uno de los teóricos económicos más inteligentes que Charlie había conocido nunca y tan elocuente como duro cuando era profesionalmente necesario.

Voorhees nunca iba a ver el mundo de la manera en que Charlie lo hacía, lo que probablemente era algo bueno. No procedía de donde provenía Charlie, que estaba mucho más lejos que New Hampshire. Alguien tenía que mantenerlos atados a la realidad.

Porque, en ese momento, Charlie estaba levantando el vuelo, y se sentía bien.

—Nuestros anfitriones —señaló Voorhees a través de la multitud.

Y allí estaban otra vez, como salidos de alguna historia de la mitología griega. Uno se encontraba en el bar, bien dotado de personal, hablando con un tipo con perilla y rastas, y a unos metros de distancia, Tyler, o tal vez Cameron —¿cómo demonios saberlo?—, sentado en una de las sillas de cuero, junto a una morena con un vestido de cóctel plateado que comenzaba por la mitad de sus muslos y terminaba mucho antes de lo que debería haber hecho. La piel de la mujer era tan pálida, suave y brillante, que no podía ser real, tenía que ser una especie de marioneta que se había escapado de las cuerdas.

Pero entonces Cameron, o Tyler, o Cameron, saludó a Charlie y dijo algo a la mujer en el oído; y ella sonrió, sonrió de verdad y dio unas palmaditas en la silla de al lado. La chica era real, y parecía querer hablar con Charlie.

Empezó a cruzar la alfombra, haciendo todo lo posible para no tropezar con ninguno de los obstáculos que de repente parecían surgir de la nada. Una enorme silla de plástico con forma de mano abierta, cuyos dedos se extendían en su dirección queriendo agarrarlo. Un par de camareras, vestidas con lo que parecían ser trajes de criada francesa en blanco y negro, con colgantes sorpresa ondeando sobre corsés de cuero, y amenazando con asfixiar a Charlie mientras se movía. Una estrella de segunda de la televisión por cable, ofreciéndole un cigarrillo de aspecto extraño, haciéndole señas para que parara, hiciera una pausa, para que disminuyera la velocidad.

La verdad sea dicha, Charlie ya estaba demasiado borracho. No mareado, hacía horas que había dejado de estarlo, en algún

momento entre la corta caminata desde las oficinas de BitInstant, donde él y los gemelos se habían reunido esa misma tarde, por segunda vez, antes de jugar en círculo a tomar chupitos de vodka NEFT, hasta el cuartel general de Tyler y Cameron, que aún estaba en construcción, donde los gemelos les habían ofrecido una visita guiada. Aunque todavía estaba en obras, lleno de vigas de madera y polvo de yeso por todas partes, la escala del lugar era difícil de ignorar. A Charlie, que había crecido en habitaciones donde lo normal era tocar dos paredes al mismo tiempo, 465 metros cuadrados le parecían el Taj Mahal. Sin duda, Winklevoss Capital iba a causar impresión. Se podía decir lo que se quisiera sobre los gemelos, pero, por encima de todo, Tyler y Cameron causaban una gran impresión.

—Charlie —dijo quienquiera que fuera el gemelo sentado en la silla de piel, estirándose hacia una elegante mesa de diseño nórdico y rescatando dos copas de champán—, te presento a Anya. Es de Bulgaria. Y quiere saberlo todo sobre Bitcoin.

Charlie tartamudeó una especie de saludo y tomó un gran sorbo de champán.

—Es el futuro del dinero —consiguió decir finalmente.

La chica se rio y comenzó a explicar una historia sobre la última vez que había estado en París, durante la semana de la moda, y quería un par de zapatos, pero todo lo que tenía era dinero en efectivo búlgaro, y, además, ¿quién quería calcular el tipo de cambio entre un lev y un euro? ¿Iba Charlie a hacer algo al respecto? Y luego se rio de nuevo, y Charlie comprendió que la chica estaba realmente interesada en él.

—Esto es increíble —profirió Charlie, dándose cuenta un segundo demasiado tarde de que no había pronunciado las palabras sólo en su cabeza. El gemelo se rio.

—No, esto es un sábado por la noche. Las fiestas realmente buenas son las que se celebran en mitad de semana. Pero creo que podemos rescatar algo. Aún no son las once, y tenemos que hacer un par de paradas más.

Se acercó a la elegante mesa y agarró una botella de Dom Perignon que inclinó sobre la copa de Charlie, rellenándola hasta arriba, e hizo lo mismo con la de la belleza búlgara sentada entre ellos.

—Abrochaos el cinturón, chicos. La noche acaba de empezar.

Tres horas más tarde, Charlie estaba apoyado contra la pared trasera de un bar clandestino en el East Village, concentrándose en el vaso de chupito lleno de ron que de alguna manera había ido a parar a su mano. Junto a él, Cameron —esta vez estaba seguro de que era Cameron, porque tenía que ser Tyler el que se encontraba junto a la gramola, hablando con una rubia de aspecto fenomenal que Charlie estaba bastante seguro de que era la novia actual de Tyler, su exnovia o la que pronto sería su novia— contaba una historia sobre la Villa Olímpica de Pekín, algo que tenía que ver con un equipo de remo sudamericano, un boxeador ruso y un episodio de intoxicación alimentaria; pero que Charlie estaba teniendo muchísimos problemas para entender. No sólo porque el chupito era por lo menos el tercero que se tomaba desde que habían llegado al bar clandestino, a través de una puerta en la parte trasera de un muelle de carga, sino también porque la modelo búlgara seguía con él, a sólo unos metros de distancia, bailando con dos de sus amigas que habían estado con ella en París en el momento en que no logró conseguir los malditos zapatos. Y cada tanto, cuando no restregaba el cuerpo contra el de alguno de sus amigas, sonreía a Charlie.

Voorhees jamás creería que las cosas fueran tan bien. Se había marchado hacía una hora, acorralando antes a Charlie y pidiéndole que no tomara ninguna decisión hasta que volvieran a la oficina el lunes. Charlie sabía que Voorhees tenía algunas reservas acerca de aceptar el dinero de los gemelos. Le habían impresionado, y los prefería al *establishment* de Silicon Valley, pero seguían sin ser bitcoiners, al menos todavía no. Una cosa era enseñarles qué era y cómo funcionaba Bitcoin y animarles a invertir en el ecosistema, y otra completamente distinta irse a la cama con ellos al aceptar su dinero.

Ver, por otro lado, se mostraba mucho más inflexible. Desde que Azar propuso que los gemelos Winklevoss se involucraran en la compañía, había expresado sus reservas: le había dicho a Charlie que los gemelos Winklevoss no compartían la misma visión que él, Charlie y Voorhees tenían de BitInstant. Como dijo Ver, eran tipos que adoraban demandar a la gente que no estaba de acuerdo con ellos. Además, BitInstant no necesitaba su dinero, el negocio iba bien, no precisaban más cocineros en la cocina.

Una reciente llamada de Skype con Ver sobre los gemelos había acabado siendo acalorada, el primer desacuerdo real que Charlie había tenido con su inversor inicial. Ver había argumentado que tratar con los gemelos sólo podía complicarles las cosas, pero Charlie se había mantenido en sus trece. Coincidía con Azar en que los gemelos Winklevoss eran justo el tipo de combustible que BitInstant, y también Bitcoin, necesitaba en ese momento. En última instancia, la empresa era de Charlie, y Ver no tuvo más remedio que ceder.

Charlie creía que Ver se mostraba instintivamente en contra de los gemelos Winklevoss debido a su procedencia, a lo que representaban o a lo que él creía que representaban: el *establishment*. Pero Charlie los había conocido en persona y había

pasado tiempo con ellos. A pesar de su apariencia, sentía cierto espíritu de desamparo en ellos similar al suyo. A pesar de lo que pudieran parecer, tenían algo que probar. A ellos mismos y al mundo.

Ver era inflexible con respecto a sus opiniones, casi combativo hacia cualquiera o cualquier cosa que entrara en conflicto con ellas. Erik Voorhees podía tener puntos de vista poco convencionales, pero el tipo de libertarismo de Ver estaba en otro nivel. Charlie creía que éste tenía buenas intenciones, realmente pensaba que el libre mercado conllevaría el más alto nivel de vida y la mayor felicidad al mayor número de personas, pero eso hacía que considerara, y en menor medida también Voorhees, a los gobiernos, estados, fronteras y regulaciones como algo contra lo que luchar. En opinión de Ver, los gemelos Winklevoss, «Hombres de Harvard», eran el sueño húmedo del *establishment*.

Charlie no era un ideólogo, sólo intentaba dejar el sótano de su madre atrás. Respetaba la forma de pensar de Ver y Voorhees, pero creía que la ideología era algo a lo que dedicarse después de haber hecho alguna cosa, no antes.

Le devolvió la sonrisa a la modelo búlgara. Mierda, debía de ser unos quince centímetros más alta que él, y tenía esa piel, y ese majestuoso y ondulado pelo negro azabache, y ese vestido plateado que abrazaba los ángulos de su cuerpo como las ceñidas escamas de algún tipo de pez mágico, y... maldita sea, estaba borracho, muy, muy, *muy* borracho.

De repente, salió corriendo, dejó atrás a Cameron (¿o era Tyler?) y luego a Tyler (¿o era Cameron?), atravesó un largo y estrecho pasillo que conducía a una puerta de madera con una foto de un sombrero. Casi había logrado pasar junto a los urinarios y alcanzar al váter cuando vomitó, justo en sus zapatillas deportivas.

Cuando por fin logró controlarse, recuperarse lo suficiente para llegar al par de lavabos de metal frente a los urinarios, se percató de que estaba sonriendo. Borracho como estaba, era más feliz que nunca. Voorhees podía tener cuantas reservas quisiera, y Ver podía estar en total desacuerdo, pero Charlie supo que había tomado una decisión.

Metió la cara bajo el grifo y dejó que el agua fría devolviera la vida a sus mejillas. Acababa de vomitar en sus zapatillas, pero no iba a permitir que eso lo demorara.

9
STEPFORD, CONNECTICUT

Aún recuerdo cuando sólo había una embarcación. Toda esa agua azul por doquier y sólo un bote con dos chicos alocados remando. Sonrío cada vez que lo pienso.»

Howard Winklevoss estaba apoyado en la cerca de madera blanca, con los codos en el listón superior. Lo que quedaba de su pelo blanco que le confería un porte distinguido se movía con la brisa, y sus gafas de aviador protegían sus ojos del resplandor del sol de media mañana. Aunque Tyler le pasaba una buena cabeza a su padre, a los sesenta y nueve años éste seguía siendo una gran presencia en su vida. Sintió como si volviera a tener quince años, mientras miraba hacia abajo hasta donde la serpenteante costa de Long Island Sound se cruzaba con el parque que los rodeaba.

La vista desde la cima de Tod's Point, una red de poco más de cuatro kilómetros de senderos de tierra, áreas de pícnic y zonas verdes, escenario original de la ciudad de Greenwich, Connecticut (comprada a los indios de Sinoway por la bonita suma de veinticinco abrigos de piel en 1640), era como la paleta de un pintor antes de que el pincel la tocara y desbaratara sus colores. Los amarillos, verdes y azules seguían intactos: arena brillante, hierba exuberante, agua cristalina. Tyler podía distinguir cómo por lo menos siete botes atravesaban la corriente, el blanco contra el azul, los jóvenes, hombres y mujeres, en su interior poco más que borrosos movimientos sincronizados.

—Es surrealista que todavía haya tantos barcos —dijo Tyler.

El hecho de que estuvieran en el agua —que el deporte de remo creciera y prosperara en Greenwich, atrayendo a cientos de personas cada año— significaba mucho para Tyler y su familia, porque era algo que habían ayudado a construir desde cero. Él y Cameron solían pensar que el remo había sido su primera empresa de verdad; esos chicos estaban en el agua porque Tyler y su hermano se habían arriesgado hacía años.

—Parece tan fácil desde aquí arriba, ¿no? —continuó diciendo su padre—. Toda la complejidad, el trabajo duro, el dolor, el aspecto físico, oculto bajo la tranquila superficie y toda esa belleza.

Tyler sonrió. Miró a Cameron —sabía que ambos pensaban lo mismo—; así era como su padre veía siempre el mundo. Todo en términos matemáticos. Howard Winklevoss no sólo veía los barcos en el agua, sino también los centros mecánicos de gravedad, el par de torsión, la palanca y el empuje frente a la resistencia, la fricción, todo ello combinado para crear equilibrio y armonía. Así funcionaba su mente, siempre buscando convertir la realidad en problemas matemáticos que pudieran resolverse. El caos en el orden, una especie de entropía inversa.

Howard Winklevoss no había nacido en un lugar como Greenwich, Connecticut. La suya era una auténtica historia de éxito estadounidense: lo había conseguido sin ayuda de nadie, y había superado a la dinastía Winklevoss hasta llegar a la clase alta por medio de esa mente matemática y privilegiada.

El bisabuelo de Howard Winklevoss, August Winklevoss, tatarabuelo de los gemelos, había sido minero, un inmigrante de Hannover, Alemania, que se había establecido en la Pensilvania

alemana y que murió rápidamente de neumoconiosis. Su hijo, el bisabuelo de los gemelos, comenzó a trabajar en la mina de carbón a la edad de ocho años. Durante sus últimos años, tenía la espalda en forma de «L» como resultado de haber pasado la vida doblado, cavando carbón en cuevas y pozos con un pesado pico equilibrado sobre un hombro. Su hermano, el tío abuelo de los gemelos, perdió una pierna en un accidente minero cuando un carrito de la mina lo atropelló. Un médico del condado le cortó la extremidad destrozada en la mesa de la cocina familiar.

Howard Winklevoss sénior, el abuelo de los gemelos, no fue minero durante toda su vida, pero empezó como tal. Mecánico autodidacta, ayudó a un hombre rico cuyo coche se había averiado por casualidad en una carretera cercana a la granja de su familia en Mercer, Pensilvania, donde vivía con sus padres y once hermanos: seis chicos y cinco chicas. Este acaudalado hombre le pagó tan generosamente por arreglar su automóvil que Howard sénior se sintió inspirado a dejar las minas de carbón y empezar a reparar coches a tiempo completo. Al final, con la ayuda del hombre, reunió dinero suficiente de sus días de minero para abrir un garaje improvisado junto con sus hermanos, granjeándose el apodo de «Garajista de corral». El padre de Howard sénior, el bisabuelo de los gemelos, se llevó un buen disgusto ya que pensaba que los caballos eran muy superiores al automóvil: se podía confiar en ellos, no se averiaban y los coches no podían trabajar en el campo. Pero al final Howard sénior acabaría por emprender múltiples negocios, incluyendo un almacén general.

Howard hijo, el padre de los gemelos, había heredado de su progenitor el amor por los coches y su espíritu emprendedor, y casi suspendió la escuela secundaria por pasar todo su tiempo libre construyendo desde cero un Ford Modelo A. Trabajaba cada día

después del colegio en la tienda de su padre, luego, después de la cena, se dedicaba a montar el coche en casa hasta altas horas de la noche. Todos a su alrededor le decían que estaba loco y que nunca pasaría los requisitos de inspección de Pensilvania. Buscó partes y piezas en chatarrerías, ventas de garaje y catálogos de venta por correo, obsesionado con que el Modelo A fuera perfecto, hasta el último tornillo y tuerca.

Terminó de montar el coche en dos años y logró pasar la inspección estatal, lo que lo hizo legal en la carretera. Pero apenas sobrevivió a sus exámenes de secundaria. Sin embargo, condujo su coche hasta la Universidad Estatal de Pensilvania y entró en la oficina de admisión en busca de un lugar para él. La señora mayor detrás del escritorio echó un vistazo a su expediente y lo envió de vuelta a casa. Sin dejarse intimidar, se dirigió al Grove City College, donde logró impresionar a su director de admisiones con lo que había construido.

Dos cosas sucedieron en Grove City College: continuó desarrollando las habilidades empresariales que había aprendido de su padre y conoció a su futura esposa, Carol Leonard.

Durante la semana de iniciación del primer año en 1961, Howard y sus padres hicieron fila para inscribirse en la universidad justo delante de Carol y sus padres. La madre de Carol, Mildred, le señaló a Carol medio en broma al guapo chico que tenían delante. Desconocidos entonces para Carol, los padres de Howard le habían indicado la atractiva chica rubia que había detrás de ellos. Un mes después, cuando Howard y Carol llamaron a casa, ambos tuvieron conversaciones del tipo «a que no sabes qué» con sus padres.

A partir de entonces, Howard y Carol fueron la pareja perfecta en la década de 1970: universitarios al modo de la posguerra. Carol, la hija de un detective del Departamento de Policía de Nueva York y de

una maestra de New Hyde Park, Long Island, era una reina del baile muy reservada que se sentía más cómoda siguiendo las reglas que rompiéndolas. Era buena estudiante y poseía la sabiduría de verdades universales del libro de Proverbios que, junto con la Biblia, su madre citaba a menudo. Howard era un hombre apuesto, atlético, seguro de sí mismo —rayando la arrogancia— y presuntuoso que se sentía cómodo asumiendo riesgos y siendo creativo con respecto a las reglas. Juntos formaban el equipo perfecto.

Cuando no pasaba el rato con Carol o con sus hermanos de fraternidad, Howard se dedicaba a sus actividades empresariales: se pagó su paso por Grove City vendiendo ollas y sartenes de puerta en puerta, y no tardó en contratar a sus amigos y dirigir un miniimperio de utensilios de cocina. Cuando se graduó, decidió que quería estudiar administración de empresas y mejorar en la vida, por lo que, al enterarse de que la Universidad Estatal de San José en California sólo cobraba 49,50 dólares por crédito y tenía pocos requisitos de ingreso, si es que tenía alguno, puso rumbo al oeste. En San José, el Máster de Administración de Empresas (MBA) ya estaba completo, así que Howard decidió estudiar uno en seguros, con la intención de entrar en el MBA al año siguiente.

En San José, y después más aún mientras continuaba sus estudios de doctorado en la Universidad de Oregón, su amor por la construcción de cosas mecánicas se transfirió a la nueva ciencia de la informática. Fue en Oregón donde un curso de verano en pensiones —un área de negocio matemáticamente compleja tan desconocida en ese momento que fue el único estudiante que se inscribió— cambiaría el rumbo de su vida. Una innovadora simulación por ordenador que creó para comparar diferentes formas de calcular las pensiones dio lugar a un puesto de profesor en la escuela de negocios Wharton School, así como a un pionero libro

titulado *Pension Mathematics: With numerical illustrations*. Mientras tanto, Carol estudió un máster y un doctorado en educación en la Universidad de Pensilvania, al tiempo que daba clases en una escuela primaria.

Con el tiempo, Howard dejó Wharton para poner en marcha una consultoría. Contrató a varios de sus estudiantes más brillantes para que se unieran a él, los que no malgastaban su tiempo construyendo coches ni vendiendo ollas y sartenes.

A pesar de que la firma consultora de Howard, Winklevoss Consultants, tenía su oficina en Filadelfia, pasaba tanto tiempo con sus argumentos de ventas e interactuando con los clientes que podría haber vivido en casi cualquier lugar de Estados Unidos siempre y cuando estuviera lo bastante cerca de un aeropuerto importante. Después de vivir en Filadelfia durante más de trece años, él y Carol, buscando un cambio, decidieron criar a su joven familia en Palo Alto, California.

En esa época, Palo Alto no era ampliamente conocido como parte de Silicon Valley. Su magnífico clima y el hecho de que muchos de los parientes de Howard hubieran dejado la deprimente Pensilvania para establecerse allí y formar sus propias familias lo convertía en el lugar ideal. Como joven familia, disfrutaban de la hermosa ciudad, de sus fantásticos parques y de la emoción de tener cerca la Universidad de Stanford. A Cameron y Tyler les gustaba tanto el parque que había al final de la calle donde vivían que todos los días, lloviera o hiciera sol, amontonaban sus juguetes en carretas y los transportaban por la calle hasta allí.

Mientras Howard trabajaba en la oficina sobre el garaje de su casa, o estaba en la carretera comenzando a construir su imperio, Carol se centró en la educación de los niños pequeños y en el voluntariado en la comunidad local. Howard solía comentar con

frecuencia a sus hijos que todo su éxito en la vida se lo debía a su mujer, y eso era especialmente cierto en lo que respecta a la instrucción de su familia.

Unos años después, Howard vendió su empresa a Johnson & Higgins, una de las compañías de seguros más grandes del mundo, ubicada en Nueva York, y él y Carol trasladaron la familia a Greenwich, Connecticut, a un suburbio cercano. Howard trabajó para Johnson & Higgins como vicepresidente sénior durante dos años, viajando entre Nueva York y Greenwich, pero al final decidió que era un emprendedor nato. Así que, en 1987, a la edad de cuarenta y cuatro años, comenzó de nuevo y fundó una nueva compañía llamada Winklevoss Technologies.

Esta sociedad sería diferente de la última: en lugar de ser contratados como consultores por una empresa para llevar a cabo un complejo estudio de pensiones y entregar después el producto terminado, Howard y su equipo crearían el software necesario para llevar a cabo dichos estudios y luego lo venderían a las empresas para que ellas mismas pudieran realizarlos. Winklevoss Technologies sería un proveedor de software en lugar de un consultor encadenado a las horas facturables. En ese momento, el ordenador personal de sobremesa era una idea totalmente nueva. La flamante compañía de Howard apostaría por la incipiente tecnología de los ordenadores personales en rápida expansión y mejora. Era el tipo de riesgo que no podría haber asumido sin el apoyo y el aliento inquebrantable de Carol.

Después de la escuela, los gemelos solían ir al despacho de su padre, donde hacían los deberes. Entretanto, exploraban la oficina, hablaban con los ingenieros de software, leían revistas de informática, jugaban en los ordenadores y observaban desde dentro cómo funcionaba una empresa tecnológica. Cameron y Tyler

crecieron literalmente dentro de una *startup*, antes de que éstas fueran alguna cosa.

El hogar Winklevoss no era una casa de deportistas en el sentido tradicional. Aunque todos eran activos y practicaban deportes, las conversaciones durante la cena no giraban en torno a temas como el resultado del partido de los Yankees. En vez de eso, Howard disfrutaba hablando de las cosas que más le apasionaban —negocios, tecnología, ordenadores, matemáticas, mercados financieros— mientras que Carol complementaba la conversación con tópicos como la literatura, el cine, cuestiones de interés humano, la cultura y el arte. Howard y Carol eran dos pesos pesados intelectuales a su propia manera, y juntos cubrían una enorme muestra de información y sabiduría. Los ejemplos a seguir de Cameron y Tyler no eran figuras del deporte, sino fundadores de empresas nuevas como Steve Jobs y Bill Gates, las personas que aparecían en las revistas de negocios que leían en la oficina de su padre y que, como él, trataban de cambiar el mundo a través de la tecnología.

Mientras Howard enseñaba a sus hijos todo lo que sabía sobre el mundo de los negocios, Carol se aseguraba de que recibieran una educación mucho más amplia en la vida. Estaba decidida a proporcionarles la oportunidad de encontrar su pasión, dondequiera que estuviera.

Aunque Tyler y su hermano se habían criado en una familia que ahora tenía dinero, sus padres nunca dejaron que perdieran el contacto con su historia familiar, y no sólo con los ancestros mineros de su padre. Los antepasados de Carol también habían sido inmigrantes alemanes llegados a Estados Unidos en el siglo XIX sin nada más que sus sueños. El abuelo de Carol fue bombero y hotelero en Rockaway Beach; su tío sirvió en el ejército de Estados

Unidos durante la Segunda Guerra Mundial y luchó en el océano Pacífico; y su padre era detective de homicidios. Al igual que la familia de Howard, la de Carol encarnaba la buena moral cristiana y creía que la palabra de una persona significaba algo. Howard y Carol habían crecido creyendo que el mundo era un lugar donde la honestidad y la capacidad de trabajar duro eran respetadas por encima de todo. Ganar no era lo importante: lo que importaba era que te esforzaras al máximo y te comportaras con la máxima integridad y de forma irreprochable. Como Howard sénior siempre había dicho a su hijo: «No me importa cuántos sigan mis pasos, sólo quiero ser la primera persona que deje huellas en la nieve».

—Recuerdo cuando tú y Cameron empezasteis —dijo el padre de Tyler—. Todos os miraban confundidos. Dejabais el campus y desaparecíais en el bosque para remar.

Tyler se rio. Él y su hermano no habían crecido en una zona minera —ni mucho menos—, pero eso no les había impedido labrarse su propio camino, o tratar de dejar esas primeras huellas en la metafórica nieve. Dos chavales demasiado altos e idénticos destacaban en la atmósfera del *Señor de las moscas* del instituto, y no siempre en el buen sentido. Y estar obsesionado con el latín, los ordenadores y la construcción de páginas web no ayudaba exactamente, tampoco estudiar piano clásico durante doce años, ni el hecho de aprender por su cuenta a codificar en HTML. Los gemelos de aquella época distaban mucho del estereotipo de atleta miembro del más importante club de Harvard en el que caería Mark Zuckerberg. Pero una peculiaridad de la geografía les llevó a la pasión que al final dominaría su juventud y cambió su posición en la comunidad local, centrada en el atletismo.

Todo comenzó con su vecino de al lado, un chico llamado Ethan Ayer, que medía 2,10 metros y era diez años mayor que los gemelos.

Había estudiado en un internado en Andover, que contaba con uno de los mejores programas de remo del país. Más tarde remaría en Harvard y luego en la Universidad de Cambridge. Cuando iba de visita a casa de los Winklevoss, explicaba historias geniales sobre el remo, sobre el hecho de estar en el agua, compitiendo con otros remeros de todo el mundo. Tyler y Cameron estaban intrigados. Su madre buscó algún programa de remo en las páginas amarillas locales y se dio cuenta de que no había ninguno en Greenwich. Aunque el agua estaba por todas partes, así como adultos en el pueblo que habían practicado remo en el internado y en la universidad, no había ningún programa local de remo al que Tyler y Cameron pudieran unirse. Su madre preguntó en varios puertos deportivos, donde le dijeron que el único remo que practicaban era cuando alguna lancha se quedaba sin gasolina.

Con todo, persistió y al final encontró un club de remo en Westport, Connecticut, casi a 50 kilómetros al norte.

Un día de verano, en agosto de 1996, metió a los gemelos en el coche y los llevó a lo que resultó ser un edificio de madera abandonado —la estación de tren original de Westport—, donde se alojaba el club de remo. Este humilde club, situado a orillas del río Saugatuck, había sido fundado por un irlandés llamado James Mangan unos años antes.

Los gemelos entraron en el largo cobertizo de madera y, al no encontrar a nadie dentro, bajaron por el sendero cubierto de vegetación hasta el agua; allí, en medio del camino, se cruzaron por primera vez con Mangan. Cuando los ojos del fundador se fijaron en los dos chicos —gemelos en espejo de quince años de edad, que ya medían más un metro ochenta de altura y seguían creciendo—, esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Hizo algún comentario con su fuerte acento irlandés acerca de que Dios los había dejado caer en

su porche: un diestro y un zurdo que eran exactamente iguales, creciendo cada día. Accedió de inmediato a entrenarlos.

Cuando empezaron, no estaban muy seguros en qué demonios se habían metido. La vieja estación de tren no tenía agua corriente, ni electricidad, ni calefacción, y había que tener cuidado con dónde pisabas o te caías al suelo; el vestuario más cercano era el baño de la estación de radio al otro lado de la calle.

En su primer día en el agua, en un viejo y desvencijado armazón de entrenamiento que se mantenía en parte unido con cinta adhesiva, Tyler y su hermano lograron dar un total de once golpes de remo. Mangan, sin dejar de sonreír, les dijo que algún día darían cientos, a veces más de mil, en una sola práctica. Y no importaba la cinta adhesiva ni el estado del casco: este deporte no dependía del carro, dependía del caballo. Más importante aún, al bote no le importaba quién eras, de dónde eras, ni el tamaño de tu cartera; sólo le importaba lo que uno hacía.

—Pensamos que estabais locos cuando dijisteis que no queríais uniros a ningún equipo universitario —confesó Howard—. Pensé que tu madre se había vuelto loca cuando me hizo colocar un ergómetro en el ático.

Tyler hizo una mueca de dolor, recordando el brutal dispositivo de entrenamiento, más parecido a una máquina de tortura medieval, y cuántos inviernos había pasado en ese ático, tirando de la cadena de ese monstruo mecánico. Pero fue el ergómetro el que los dirigió hacia las Olimpiadas. Cada mes, los adolescentes de todo el país enviaban los resultados de sus pruebas de ergometría de veinte minutos al US Rowing, el organismo rector nacional para el deporte de remo en Estados Unidos, que los publicaba en su página web. Cuando Tyler y Cameron descubrieron que sus resultados estaban

entre los diez mejores del país de su edad, se percataron de que tenían posibilidades de competir a un nivel completamente diferente.

Entonces decidieron presionar al director de su escuela privada para que creara un programa de remo, el primero en Greenwich. Con la ayuda de su padre, encontraron un atracadero en un muelle cercano en Long Island Sound y convencieron a algunos de sus compañeros de clase para que se inscribieran. Los gemelos eran dos chavales que no sabían nada sobre aquel deporte, que habían entrenado y sudado (parcialmente en su ático) hasta que fueron lo bastante buenos para competir a nivel nacional, formando parte del equipo nacional juvenil de remo de Estados Unidos y compitiendo en el campeonato mundial juvenil de 1999 en Bulgaria. Ésa fue su primera *startup*, un equipo de remo en la escuela secundaria, que levantaron desde cero.

Esa *startup* les ayudó a ingresar en Harvard mediante pronta admisión, ya que los gemelos no eran simplemente atletas, sino la definición de «atletas eruditos», polímatas que habían demostrado su valía tanto en el aula como en el agua. Y el hecho de haber puesto en marcha su *startup* los llevó por una extraña senda hacia otro mundo en el que también comenzarían desde cero. Para ellos, el arte de remar en equipo era en realidad un microcosmos de la vida en una *startup*: les había enseñado a trabajar en equipo y a tener éxito bajo presión, donde la línea entre ganar y perder podía ser muy delgada. Cameron suele decir que algunas de las mejores lecciones de vida las ha aprendido en el cobertizo, y que tenían muy poco, o nada que ver, con el deporte de remo.

Tyler dirigió la conversación hacia la razón por la que su hermano y él habían invitado a su padre a Tod’s Point.

—Ahora sabemos más acerca de Bitcoin de lo que sabíamos a los quince años, cuando dimos el salto al remo. Aquélla fue entonces una gran decisión, y esta de ahora también lo parece.

Tyler siempre había confiado en su padre en cuestiones de asesoramiento y orientación empresarial, no sólo porque fuera un justificado genio matemático que había creado una empresa de consultoría de éxito de la misma manera que había construido un Ford Modelo A en la escuela secundaria, desde cero, sino también porque seguía creyendo que su padre era la persona más ética y con mayor integridad que había conocido. Tal vez se debiera a haber crecido en una zona minera, pero Howard Winklevoss hijo era la persona que les había enseñado que lo correcto y lo incorrecto importaba, que un apretón de manos era más importante que cualquier contrato que un abogado pudiera redactar. Cuando todo el tema con Zuckerberg acabó tan mal, su padre había sido el más sorprendido de todos acerca de cómo se había comportado el joven consejero delegado de Facebook. No era un hombre ingenuo, pero no lograba procesar cómo alguien podía comportarse de manera tan engañosa y con tal falta de respeto. Había apoyado a Tyler y a Cameron en su esfuerzo por arreglar las cosas, incluso cuando rechazaron el acuerdo en efectivo en favor de las acciones de Facebook. Y para ellos, no había importado cuántos abogados les dijeran lo tontos que estaban siendo, pues el hecho de que su padre los apoyara les dio la confianza suficiente para comprender que estaban tomando la decisión correcta.

—Como dijo Cameron... o se trata de una total gilipollez o la próxima gran cosa —aclaró Tyler.

Su padre asintió con la cabeza, mirando hacia el agua. Ya habían hablado largo y tendido sobre Bitcoin por teléfono, y durante el desayuno esa misma mañana. Su padre había advertido de

inmediato la belleza matemática detrás de la criptomoneda de tres años de vida. La elegancia de la blockchain —el libro mayor abierto y descentralizado en el que se registraban de forma permanente las transacciones— enseguida tuvo sentido para él, así como la genialidad de Bitcoin en sí mismo. Una moneda respaldada por las matemáticas y la criptografía, con una oferta fija minada por ordenadores que ejecutaban complejas ecuaciones, sin duda entusiasmaron a su mente matemática. Pero compartía las reservas que Tyler y Cameron tenían hacia Silk Road, y el lado oscuro del mundo Bitcoin.

—Creo que Bitcoin bien vale un análisis más profundo, pero BitInstant es otro tema. Ese chico, Charlie, ¿crees que va a dar problemas?

—No es el único detrás de BitInstant —alegó Tyler—. Está su director de marketing, y su inversor de capital inicial.

—Un filósofo libertario y un anarquista.

—No creo que Roger Ver sea un anarquista. Creo que se autodenomina individualista.

—Ya leí todo lo que tenía que leer de Ayn Rand en la universidad. Tiene que haber alguien al mando, que agarre las riendas y se asegure de que el tema no empiece a desviarse hacia un lado que no convenga. Alguien tiene que encargarse del cumplimiento, de contratar gente, dirigir el día a día. Gestionar los riesgos, y lidiar con el lado legal de las cosas. Ahora mismo, todo eso recae en el tal Charlie, y es en él en quien en realidad estarías invirtiendo. No en un plan de negocios, ni en una filosofía, sino en un chaval, que dirige el espectáculo.

Tyler sabía que su padre tenía razón, que no estarían invirtiendo sólo en la idea, sino en la persona, el emprendedor. Eso era lo que significaba ser un inversor de capital de riesgo.

—Es inteligente. Es ambicioso. Tiene algo que demostrar —explicó Cameron.

Eran buenos puntos de partida, pero Charlie también parecía dejarse llevar por las filosofías de Voorhees y haber adoptado la aparente ideología de Ver. Había dicho algo motivo de preocupación: «No nos importa lo que la gente haga con sus bitcoins», un comentario sin importancia, pero se les había quedado grabado en la mente. Desde el punto de vista empresarial, tenía sentido: BitInstant era un complemento a un intercambio, sólo un modo de ayudar a las personas a hacerse con sus bitcoins a cambio de dinero, pero, desde una perspectiva filosófica, se trataba de una declaración bastante peligrosa. Los libertarios o individualistas creían que la gente debía ser libre de hacer lo que quisiera con su dinero, pero, en realidad, las personas nunca han sido libres de hacer lo que quieran con su dinero. Había leyes, normas, estatutos penales.

Bitcoin tenía pocos años y, por el momento, no estaba regulado. Pero sólo por un tiempo limitado: al final, a los gobiernos iba a importarles mucho lo que la gente hiciera con sus bitcoins.

Con BitInstant estarían en verdad apostando por Charlie. Sería un riesgo. ¿Pero no era eso exactamente de lo que iba el tema? ¿De arriesgarse? ¿No era eso precisamente lo que andaban buscando? ¿La oportunidad de arriesgarse en algo con un inmenso potencial? ¿Ser parte de una revolución, una vez más, sólo que esta vez sin Mark Zuckerberg?

Incluso su matemático padre tuvo que estar de acuerdo: un segundo acto con el enorme potencial de Bitcoin parecía valer la pena el riesgo. No era frecuente tener una segunda oportunidad de atrapar un rayo en una botella.

Una hora más tarde, Tyler iba sentado junto a su hermano en el SUV mientras Cameron buscaba un número de teléfono en el móvil. Tyler había bajado la ventanilla para poder sentir la brisa contra sus mejillas. Su padre seguía al final del camino, inclinado sobre Tod's Point, observando los barcos que pasaban remando. Él y su madre bajaban allí con frecuencia, y no sólo para rememorar a los gemelos y su remo.

The Point también había sido uno de los lugares preferidos de la hermana mayor de Tyler y Cameron, Amanda, quien en muchos sentidos había incorporado las mejores cualidades de ambos gemelos: era una estudiante brillante, una estrella del atletismo, una actriz carismática, con una energía casi ilimitada; mientras crecían, su talento eclipsaba el de los hermanos. Pero más importante aún: era la gracia personificada, una estrella emergente cuando se fue a estudiar al Williams College. No obstante, de repente comenzó a sufrir extenuantes episodios de depresión, y la familia estaba muy preocupada por su bienestar, por lo que trató de averiguar qué estaba pasando. Fue un viaje infernal de dos años en el universo de la psiquiatría, una tierra que la ciencia no entendía, donde sintonizar un diagnóstico con el tratamiento adecuado era como golpear una piñata con los ojos vendados mientras uno caminaba por el Gran Cañón. También fue una lucha profundamente privada —casi nadie fuera de la familia sabía lo que sucedía—, ya que la mayoría no lo entendería. No se trataba de un brazo roto, no era algo que pudieras señalar y procesar con facilidad, era lo desconocido, lleno de estigmas. A veces, en su camino hacia la recuperación, Amanda buscó alivio a su dolor en las drogas, lo que finalmente le costó la vida en Nueva York, en junio de 2002. Tenía veintitrés años. Nunca iba a tener la oportunidad de atrapar un rayo en una botella.

Debido a que su trágico final había ocurrido en un lugar público —una noche lluviosa, alrededor de la medianoche del 14 de junio, se resbaló y cayó por la escalera de un tráiler en el plató de una película de Robert De Niro que estaba siendo filmada en Chelsea—, el *New York Post* publicó de inmediato varias historias inventadas que llevaron la tragedia a la esfera de los tabloides. Fue una forma cruel de airear un problema privado que describía de forma errónea la lucha de la familia, y más importante aún, quién era su hija, una estrella que ardió brillantemente en la Tierra, pero que ahora volaba alto en el cielo.

En una de esas estrellas viviré. En una de ellas
estaré riendo. Y cuando contemples el cielo por la noche,
será como si todas las estrellas estuvieran riendo.

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY, *El Principito*

Inscribieron las palabras de su libro favorito en su lápida. Tyler y Cameron eran jóvenes, veinte años, estudiantes universitarios que pasaban la mayor parte del tiempo remando y pensando en ideas de negocio en su dormitorio. Fue una época devastadora para ellos y para sus padres. Amanda era la única persona en el mundo entero —incluyendo a sus padres— que nunca los confundía, y siempre diferenciaba a uno del otro. En las Olimpiadas, nombraron a su bote de remo en su honor. Mientras competían en los Juegos Olímpicos de Pekín, derrotando a medallistas en su camino hacia la gran final en su primera regata internacional, una hazaña casi desconocida, el espíritu de su hermana estaba con ellos. Y sólo habían transcurrido dos años desde el fallecimiento de Amanda cuando los gemelos se vieron impelidos a la tormentosa y tortuosa serie de acontecimientos que los había llevado a donde estaban hoy.

—¿Estás listo para hacer esto? —preguntó Cameron mientras su dedo revoloteaba sobre el contacto del teléfono.

Tyler asintió. Para el resto del mundo, parecía que las cosas siempre les habían resultado fáciles, pero Tyler sabía que eso no era cierto: lo que su padre, y su historia, y las dificultades de su propia familia les habían enseñado era que no se trataba de si las cosas se lograban con facilidad o no, sino de cómo las afrontabas. Si uno se caía, volvía a levantarse.

Y si tenías la oportunidad de hacer algo grande, la aprovechabas.

Cameron presionó sobre el número.

—¿Qué? —el acento de Brooklyn de David Azar reverberó por el coche—. ¿Lo hacemos?

—Redacta el contrato —pidió Tyler.

Lo que Azar no sabía era que la inversión de 800.000 dólares que estaban a punto de realizar en BitInstant no era nada comparado con lo que Tyler y Cameron tenían planeado.

—¡Genial! Y, chicos, tengo un nombre perfecto para nuestro grupo inversor. ¿Estáis preparados? Maguire Investments. ¿Lo pilláis? ¿Jerry Maguire? ¡Enséñame la pasta!

Cameron pulsó el botón de silencio y miró a Tyler.

—Todavía podemos cambiar de idea —dijo.

Tyler se rio.

En su mente, ya habían apretado el gatillo.

10
MERCADO DE COMPRADORES

Charlie dejó el móvil sobre el escritorio y se recostó en la silla. La atmósfera en su oficina era espesa y húmeda: el aire acondicionado se había apagado de nuevo, y Charlie había prometido a Voorhees y a Ira Miller, su ingeniero jefe de software, un pelirrojo que podía codificar como nadie, que haría que el encargado del edificio lo arreglara. Aunque qué narices, el aire acondicionado podía esperar. En ese momento, la cabeza le daba vueltas, estaba sonrojado, y no tenía nada que ver con el calor de finales de verano.

Acababa de hablar por teléfono con Cameron por tercera vez aquella tarde, la octava vez ese día, la decimoquinta vez aquella última semana, y adivinaba por la conversación que el gemelo todavía estaba lejos de dejar de hacer aquel particular tipo de llamada, lo que era una auténtica locura. Si alguien le hubiera dicho a Charlie hace un mes que pronto estaría sentado en su oficina, comprando bitcoins por cuenta de los gemelos Winklevoss —y la cantidad que le habían pedido que comprara—, se habría reído de ellos.

Porque era una locura, una locura impresionante. Charlie no sólo había empezado a comprar bitcoins para los gemelos, sino que él y Voorhees también les habían enseñado cómo crear un monedero bitcoin, sirviendo de guías y enseñándoles cómo funcionaba aquella economía. Con eso, los gemelos aprendieron también cómo

funcionaba BitInstant, y cómo Charlie estaba a punto de cambiar el maldito mundo.

Por el momento, Bitcoin aún estaba lejos de la corriente principal. Aunque tal vez Charlie no lo hubiera admitido en su reunión de lanzamiento en la Bakery, en su mayor parte los únicos que lo tenían en cantidad eran traficantes de drogas, compradores de drogas, los frikis que habían oído hablar de él en los foros online, y libertarios como Ver y Voorhees. Para que Bitcoin funcionara, y para que BitInstant se convirtiera en Apple, los estadounidenses corrientes tenían que entrar en el juego de la criptomoneda. Y para que eso ocurriera, Bitcoin necesitaba embajadores. ¿Qué mejor que los gemelos idénticos, que siempre parecían haber salido de la portada de un catálogo de polo?

Pero los hermanos no se contentaron con hacer una inversión en BitInstant, un total de 800.000 dólares por un 22 por ciento de la empresa. Mientras cerraban el trato, pidieron a Charlie que les ayudara a adquirir algunos bitcoins, así que éste los había llevado a través de los primeros pasos a esa primera compra virgen.

Desde el principio, los gemelos se mostraron hipercentrados en la seguridad. Charlie pensó que eran un poco paranoicos: la mayoría de la gente simplemente se descargaba un monedero digital y luego no volvían a pensar en ello. Pero era su dinero, y se habían ganado el derecho a ser cuidadosos.

A petición de ellos, había comprado dos portátiles «limpios» en Best Buy; uno «caliente» y otro «frío» y una decena de memorias USB. Luego les ayudó a configurar su monedero digital, para lo que hizo falta descargar el software de cliente Bitcoin al portátil caliente, que estaba conectado a internet, y transferirlo después mediante un USB al portátil frío, que nunca debía tocar la red. Una vez que el software estuvo instalado en el ordenador frío, crearon un monedero

digital y generaron su clave privada. A continuación, transfirieron una copia de la clave privada en cada memoria USB, que los gemelos podían conservar de forma segura.

Cameron había realizado su primera diligencia en BitInstant al tratar de comprar 100 dólares de bitcoin a través del servicio. Después de que Charlie le imprimiera el primer comprobante de depósito de BitInstant, por 100 dólares, Cameron tomó el recibo y se dirigió a la farmacia de la cadena Walgreens más cercana. En ese momento, BitInstant tenía un acuerdo tanto con MoneyGram como con SoftPay, lo que significaba que entre los dos contaban con una red de 10.000 tiendas donde operar. Con sólo generar un comprobante de depósito a través de la web de BitInstant, entrar en cualquier Walgreens, Duane Reade, CVS, o 7-Eleven, y entregar dinero en efectivo al cajero, uno podía comprar bitcoins. De hecho, se había convertido en una broma dentro de la comunidad criptográfica que si uno compraba su primer bitcoin con un «teléfono rojo», era de la vieja escuela. El «teléfono rojo» hacía referencia a los omnipresentes teléfonos siempre presentes en las sedes de MoneyGram.

Cameron llegó a ese Walgreens, levantó ese teléfono y proporcionó al operador el código en su recibo de depósito de BitInstant. El operador confirmó la transacción, y Cameron se dirigió a la caja y entregó un billete de 100 dólares nuevecito. Tomó el recibo, salió del local, llamó a Charlie, quien le comunicó que un valor de 100 dólares de bitcoin acababa de ser transferido a una de las direcciones Bitcoin en el monedero digital de Cameron y Tyler.

Esos primeros bitcoins habían salido de la reserva de BitInstant. Una transacción fácil y rápida: la prueba de concepto de BitInstant. Pero Cameron y su hermano no habían terminado, ni mucho menos.

Esa misma tarde, le dijeron a Charlie que querían que comprara más, y que estaban a punto de transferir más de 100.000 dólares de una de sus cuentas bancarias.

Cien mil dólares. Era una suma impresionante de dinero; los clientes con los que Charlie trabajaba a diario, comprando y vendiendo bitcoins, gastaban por norma general unos pocos cientos de dólares, como máximo. Claro, había algunos grandes jugadores, aunque nada que se acercara a los 100.000 pavos.

Pero para total sorpresa de Charlie, esa transferencia sólo fue el principio.

Las transferencias de dinero siguieron entrando. Los gemelos querían bitcoins, hasta tal punto, de hecho, que al final se hizo evidente que tendrían que ir directamente a la fuente, eludir a Charlie y BitInstant y comprar de la propia bolsa.

Por la cantidad de la que hablaban, eso significaba acudir directamente a Mt. Gox.

Charlie aún podía recordar las miradas en el rostro de Cameron y Tyler cuando les explicó con qué, exactamente, estarían lidiando: el 80 por ciento del comercio de bitcoins ocurría en realidad a través del gran kahuna en el mercado de divisas criptográficas del mundo, Mt. Gox*.* El extraño nombre tenía un origen aún más ridículo. Su propietario, Mark Karpeles, un emigrante francés de veintiocho años en Shibuya, Tokio, que se hacía llamar el rey de Bitcoin y que había pasado gran parte de su vida publicando vídeos de gatos en YouTube, le compró la compañía a un emprendedor que originalmente había construido el sitio web como centro de intercambio de cartas del juego Magic: The Gathering. De ahí el nombre de Mt. Gox, un acrónimo que significaba «Magic: The Gathering Online eXchange». Se trataba de un intercambio burdo, cutre y carecía de toda regulación. Aunque se negociaban a diario

millones de dólares en bitcoins en la bolsa, no había ningún tipo de supervisión regulatoria. Peor aún, el dinero podía llegar a tardar por término medio seis días en entrar y salir.

Sin embargo, con el tamaño de la posición de inversión que los gemelos querían adoptar en Bitcoin, Mt. Gox era la única opción con la que contaban. Charlie ya había invertido en Bitcoin 750.000 dólares del dinero de Cameron y Tyler, y el hambre de los gemelos por la moneda virtual no había disminuido. En todo caso, había aumentado.

Así que tendrían que ir directamente a la casa de cambio radicada en Japón, abrir su propia cuenta y convertirse en clientes, lo que significaba nuevos dolores de cabeza, pues para transferir esa cantidad de dinero a Mt. Gox, tuvieron que pasar por varios aros. Primero, escanear sus pasaportes y enviar por correo documentos legales físicos a Japón, en realidad, a un apartado de correos en Shibuya. Una vez que su información atravesó el océano, aún tuvieron que esperar semanas a que se procesara, tantas solicitudes había para incorporarse a Mt. Gox. Por suerte, como BitInstant era uno de los mayores clientes de Mt. Gox, Charlie tenía una relación personal con el emprendedor francés y pudo acelerar las cosas para los gemelos.

Karpeles era obeso, difícil y muy raro, el hombre podía desaparecer durante varios días seguidos, pero también era un maniático del control y llevaba una gestión minuciosa, y no permitía que nadie le ayudara, ni siquiera con las partes más mundanas del negocio. Seguía obsesionado con los gatos y tenía debilidad por los cómics manga. Charlie se lo imaginaba en su oficina a altas horas de la noche, el neón de Tokio parpadeando a través de las grietas de las persianas abiertas situadas detrás de él, un gato ronroneando en su regazo, un cruasán en su regordeta mano. Sin embargo, Charlie

nunca lo había visto en persona, sólo se había comunicado con él a través de Internet Relay Chat (IRC).

Una vez creadas sus cuentas, los gemelos pudieron transferir su dinero directamente a Mt. Gox y comenzar a comprar bitcoins por su cuenta. Y por lo que Charlie pudo ver, lo hacían a un ritmo vertiginoso. Enviaban medio millón de dólares a la semana, tal vez más. Colocaban órdenes de compra tan grandes que podían incrementar el precio del bitcoin, precio que ahora rondaba entre los 10 y 20 dólares por bitcoin, si no estaban repartidos en el tiempo. No había duda de que eran los mayores compradores de bitcoins del mundo. ¡Joder, los gemelos eran *ballenas*! [1]

Charlie miró el teléfono en su escritorio. Todavía tenía la cara roja, pero ahora le corría el sudor por la espalda formando riachuelos calientes. Se moría de ganas de entrar en la Bakery y encender su vaporizador improvisado. Podría usar algo para tranquilizar la mente. Hacía unos minutos, Cameron le había explicado por fin en qué consistía el juego de los gemelos. Su inversión en Charlie y BitInstant, incluso su compra inicial a través de Mt. Gox, no había sido más que sumergir un dedo del pie (dos dedos del pie, ahora que lo pienso) en el agua. Pero estaban a punto de meterse de lleno.

11
EL GOLPE A LA INVERSA

Por favor, saquen sus ordenadores portátiles, dispositivos electrónicos de gran tamaño, metales, líquidos, zapatos, chaquetas...»

La perorata del aburrido agente de seguridad, de pie al otro lado de la cinta transportadora, apenas se oía mientras Cameron se quitaba la mochila negra del hombro. Las órdenes del guardia eran, por supuesto, redundantes. Cameron volaba desde antes de dar sus primeros pasos. El mal coreografiado baile de la seguridad del aeropuerto después del 11 de septiembre era algo natural para él. Su portátil iba de camino a las fauces del escáner de rayos X. Sus zapatillas deportivas estaban en la siguiente bandeja, apiladas encima de su cartera de cuero y sus llaves. Sólo quedaba la mochila.

Parecía pesar cincuenta kilos, mientras Cameron la colocaba dentro de la tercera cubeta que había cogido de la torre situada al comienzo de la cinta transportadora, aunque, en realidad, era bastante ligera: cuando pasase por la máquina de rayos X, todo lo que los agentes de seguridad verían serían un par de revistas, un peine y un libro. Si se fijaban bien, tal vez se percatasen de una decena de sobres de plástico de 21 × 30 centímetros, resistentes al agua y al fuego, y a prueba de manipulaciones que descansaban entre el número de *The Economist* de esa semana y del último *Vanity Fair*. Si los agentes de seguridad sintieran curiosidad y decidieran abrir los sobres, verían que cada uno de ellos contenía

una sola hoja de papel, y en cada hoja, lo que parecía ser una confusa maraña de letras y números aleatorios, impresos en ordenador.

Y, sin embargo, incluso la más mínima posibilidad de que esos agentes de seguridad llegaran a agarrar esos sobres de plástico hizo que Cameron se pusiera nervioso y sintiera un sudor frío en la espalda. Peor aún, el solo hecho de pensar en esos escáneres de rayos X fue suficiente para casi hacerle entrar en pánico. ¿Podrían esas máquinas captar imágenes legibles de los doce trozos de papel dentro de los sobres de plástico? ¿Guardaban las imágenes escaneadas? De ser así, ¿dónde? ¿En un disco duro local? ¿En la nube? ¿Quién tenía acceso a esos escáneres?

Mientras Cameron colocaba con sumo cuidado la mochila en la bandeja y se dirigía hacia la corta fila de personas que esperaban para pasar a través del escáner corporal que se adentraba aún más en la terminal Delta en LaGuardia, tomó conciencia de que en realidad estaba temblando. No tenía nada que temer: no estaba traficando con armas, ni drogas, ni con dinero en efectivo, no eran más que unos trozos de papel sellados en sobres de plástico.

Vio cómo una joven entraba en el escáner y levantaba los brazos por encima de la cabeza como si estuviera a punto de saltar de un trampolín. Había dos personas más en la cola detrás de ella: un chico que no podía tener más de diecinueve años, con vaqueros rotos y una camiseta negra de Megadeth, y un hombre de negocios de mediana edad cuyos pantalones de traje le quedaban ligeramente cortos. Pronto sería el turno de Cameron y pasaría al otro lado, listo para recuperar su mochila. Tal vez entonces podría volver a respirar con normalidad.

Mientras la joven salía del escáner y Megadeth entraba, Cameron se preguntó si su hermano lo habría pasado igual de mal. Tyler había

salido de la oficina un par de horas antes que Cameron, así que a aquellas alturas ya debía de estar en Detroit, dirigiéndose hacia su vuelo de conexión. Su mochila, idéntica a la suya, estaría a salvo en su hombro, más allá de las miradas indiscretas de cualquier agente de seguridad.

Megadeth pasó el escáner, era el momento de que el hombre de negocios presumiera de su estilo de salto. Luego fue el turno de Cameron, brazos en alto; imaginó las pequeñas microondas pasando fugazmente a través de su piel, huesos y órganos. Por fin, también él pasó y regresó a la cinta transportadora. Se obligó a ir a por sus zapatos y su portátil en primer lugar, y luego a por la mochila. Una vez que la tuvo en la mano, empezó a respirar de nuevo con normalidad. Sin embargo, su ritmo cardíaco no empezó a estabilizarse hasta que estuvo a mitad de camino de su puerta de embarque.

Se preguntó si todo el viaje de tres días iba a ser así. ¿Se volvería loco en cada aeropuerto, frente a cada agente de seguridad, hasta que los doce trozos de papel llegaran a su destino final? Se regañó a sí mismo mientras revisaba las pantallas de información junto a la puerta de embarque: su vuelo a Milwaukee no iba con retraso, lo que significaba que todo transcurría según lo previsto. No tendría problemas en hacer su conexión a Madison. Desde allí, no había más de veinte minutos desde el aeropuerto al primer banco. Y cuando terminara, otros veinte minutos de regreso al aeropuerto. Asumiendo que las compañías aéreas no lo defraudaran (siempre una posibilidad), pronto estaría en la siguiente etapa de su viaje.

Tyler había planificado hasta el último detalle: los vuelos, las conexiones, incluso los taxis que iba a necesitar. Tyler, con el hemisferio cerebral izquierdo predominante, era bueno a la hora de

planificar, y se había encargado de preparar itinerarios para las vacaciones familiares desde que era un adolescente.

Se dirigió hacia el agente de seguridad de la puerta de embarque con el móvil en la mano para mostrarle el código de barras de su billete electrónico, y Cameron comprendió una simple verdad. ¡A la mierda!, tanto él como su hermano estaban hechos para aquel tipo de cosas: mucha presión, alto riesgo. Para Cameron, las siguientes setenta y dos horas iban a ser de las más largas de su vida. Pero era algo facilísimo comparado con el ritual de la línea de salida de unas Olimpiadas.

—Creo que estará muy satisfecho con nuestro servicio, señor Winklevoss. Puede que no parezcamos tan corporativos como los bancos a los que está acostumbrado, pero nos enorgullecemos de nuestra profesionalidad. Estamos seguros de que atenderemos todas sus necesidades bancarias locales.

La representante del servicio al cliente llevaba el pelo cardado y le rebotaba al caminar. Su traje pantalón gris emitía un sonido sibilante a cada paso, en consonancia con el eco de sus zapatos de plataforma contra el suelo de baldosas. Era una agradable mujer de cuarenta y pico años, llevaba unas gafas redondas que se asentaban de manera precaria sobre su nariz respingona, y tenía una sonrisa chispeante a juego con el peinado. Todo sobre su personalidad parecía lleno de vida, lo que era bueno, porque Cameron necesitaba la inyección de energía. Era la tercera gerente de banco que había conocido ese día, y aún le quedaban dos más, con múltiples vuelos en medio.

La siguió por el largo pasillo que conducía a las ventanillas de la sucursal del Northwest Bank and Trust, en Davenport, Iowa, y

Cameron tuvo que reducir la velocidad de sus largas piernas y de sus andares neoyorquinos para evitar pasarla. Aunque agradecía el ritmo más tranquilo del Medio Oeste, en ese momento combatía el verdadero agotamiento. Llegar al banco de Davenport no había sido tan fácil como llegar a los de Madison y Minneapolis. Estas dos últimas eran ciudades pequeñas comparadas con Nueva York, pero parecían enormes con respecto a Davenport, con una población menor de 100.000 habitantes.

—En estos momentos —dijo Cameron al llegar a la puerta de la caja fuerte, que la mujer atacó diligentemente con un juego de llaves—, mis necesidades son mínimas.

La mujer le devolvió la sonrisa mientras se las arreglaba para abrir la puerta, y luego lo condujo a una habitación llena de cajas de seguridad que iba del suelo al techo en dos de las paredes.

—Nunca se sabe. Puede que hoy le baste con una caja de seguridad, y que mañana necesite un plan de pensiones. Estamos aquí para lo que haga falta, señor Winklevoss.

No había duda de que a la mujer le gustaba mucho decir su nombre. Cameron no estaba seguro de si lo había reconocido o no, pero, a diferencia de algunos de los otros bancos que había visitado, no le había hecho ninguna pregunta sobre la película ni sobre Facebook, algo que le pareció muy buena señal. No llevaba una gorra de béisbol sobre los ojos, ni se había puesto un bigote falso ni teñido el pelo, pero sin duda trataba de llamar la atención lo menos posible. Alquilar una caja de seguridad en un banco de un pequeño pueblo en el centro de Iowa no era sospechoso por sí solo: podía tener familia en la zona, haber conocido a una chica en un viaje de negocios y querer un lugar cercano donde guardar un anillo de compromiso, o tal vez estaba pensando en abrir un cobertizo para

botes de remo en el cercano río Mississippi. La gente alquilaba todo el tiempo cajas de seguridad por todo tipo de razones.

No obstante, si la mujer hubiera visto todo su itinerario, si hubiese sabido que su hermano gemelo idéntico estaba, en ese mismo momento, en un banco de una ciudad a dos estados de distancia, alquilando una caja de seguridad de tamaño similar, podría haberse hecho algunas preguntas.

Incluso sin esa información, si hubiera reconocido el apellido de Cameron, ella, o el encargado de control de riesgos del banco, podría haber tenido alguna reserva a la hora de ocuparse de su negocio. Algunos bancos ya habían rechazado a los gemelos por teléfono cuando llamaron preguntando sobre la apertura de una cuenta y el alquiler de una caja de seguridad. Aquellos bancos eran aún más pequeños y no se sentían cómodos llevando el negocio de los gemelos porque les preocupaba que lo que sea que planearan depositar en ellos fuera muy valioso, lo que habría puesto al banco en la mira de ladrones y otros malhechores.

La mayoría de las pequeñas sucursales bancarias no tenían a mano mucho dinero en efectivo en su caja fuerte; algunas si llegaban a custodiar 20.000 dólares a la vez. Y lo más probable es que aquella ni siquiera llegara a tanto: ¿para qué? El dinero se digitalizaba en cuanto alguien hacía un depósito. ¿Por qué tomarse la molestia de contratar a varios guardias y establecer un fuerte sistema de seguridad para proteger lo que en última instancia no era más que una hoja de cálculo de Microsoft Excel? Pero las cajas de seguridad eran diferentes. El riesgo de guardar en ellas algo increíblemente valioso, no sólo efectos personales, sino algo líquido y fungible, superaba con creces la posible tarifa de alquiler.

Pero si aquella gerente de banco en particular estaba preocupada, no lo demostraba en absoluto. Si se presentaba la situación,

Cameron podía tratar de tranquilizarla enseñándole el sobre de plástico destinado a ese banco que llevaba en la mochila y decirle que se trataba de su diploma de Harvard, o su expediente académico, o algún retrato original de uno de sus antepasados. Si le presionaba más, podría mostrarle el trozo de papel dentro del sobre de plástico y explicarle que contenía propiedad intelectual secreta para un programa de ordenador que había codificado en el colegio, o algo parecido. No es que se lo fuera a pedir. En vez de eso, esperó a que le señalara cuál era su caja, una rectangular, a mitad de camino de la pared oriental, y le entregara la llave. Sólo cuando la directora volvió a salir cerrando la puerta con llave detrás de ella, abrió la cremallera de su mochila.

Sacó uno de los sobres de plástico que quedaban y lo colocó con cuidado dentro de la caja. Al hacerlo, contempló el contenido impreso en el papel de oficina de Staples, las letras y los números aleatorios indescifrables para el ojo humano. Para un ordenador, con el software cliente adecuado instalado, el papel contenía un tercio de una clave privada de Bitcoin, un fragmento.

Ese fragmento, denominado «alfa», cuando se combinaba con otros dos, «bravo» y «charlie», formaba una clave privada, la que controlaba todos los bitcoins de los gemelos, lo que significaba que los tres fragmentos debían permanecer separados. Guardarlos en una caja de seguridad significaría que un ladrón podría obtener el control de todos los bitcoins de los hermanos mediante el robo de una sola caja de seguridad: un punto único de fallo. Y custodiarlas en cajas en varias sucursales del mismo banco no era suficiente, pues un empleado sin escrúpulos podría llevar a cabo un trabajo desde dentro y acceder a las cajas de las diferentes sucursales, otro punto único de fallo. Como resultado, había que mantener protegidas a alfa, bravo y charlie en diversas cajas de seguridad en

diferentes bancos. Con ese diseño de seguridad, un ladrón tendría que robar tres bancos distintos; o sobornar a empleados de tres bancos diferentes; o realizar alguna combinación de los mismos para obtener el control de los bitcoins de los gemelos. De cualquier manera, sería una pesadilla logística —una mierda de esas de *Misión imposible* que sólo funciona en las películas— para conseguir los tres fragmentos que formaban la clave privada de Bitcoin.

Además, los gemelos habían reproducido aquel modelo cuatro veces en diferentes regiones geográficas, para crear redundancia en su sistema, eliminar así el último punto único de fallo y mejorar su tolerancia general a los errores. De esta manera, si un desastre natural como un gran tornado diezmara el Medio Oeste, todavía habría otros juegos de alfa, bravo y charlie repartidos por otras regiones del país (el noreste, el Atlántico medio, el Oeste, etc.), que podrían ensamblarse para formar la clave privada. Si un megatsunami, o el infierno, o Godzilla golpeara la costa este, o un meteorito cayera sobre Los Ángeles, la clave privada de los hermanos Winklevoss seguiría a salvo.

Un total de doce cajas de seguridad, en tres instituciones bancarias diferentes y distribuidas en cuatro regiones distintas de Estados Unidos, completaban su diseño de seguridad. Los doce trozos de papel de aquellas doce cajas de seguridad constituirían las únicas cuatro copias de la clave privada de los gemelos en el mundo. No existiría ninguna otra copia en ningún otro lugar, ni en sus ordenadores portátiles, en ningún sitio online, en ninguna parte, sólo en doce cámaras acorazadas repartidas por todo el país. El sistema de almacenaje casero, offline o «en frío» de Cameron y Tyler, construido de papel y cajas de seguridad metálicas, era irónicamente de última generación: enraizaba la seguridad de los bitcoins de los gemelos en el mundo físico, fuera del alcance de los hackers online.

El sistema de seguridad de los hermanos Winklevoss hacía casi imposible que un ladrón pudiera obtener físicamente su clave, pero ninguna de aquellas cajas fuertes impedía que un hacker la adivinara. Generada de manera adecuada, una clave privada era imposible de adivinar: 1 entre 115 cuatro vigintillones, pero el truco consistía en generarla correctamente.

Para originar de forma segura su clave privada, los gemelos tuvieron que asegurarse de que fuera por completo aleatoria. Resultó que elegir números al azar no era tan fácil como parecía, pues al cerebro humano no se le da particularmente bien eso de crear aleatoriedad, ya que tiene una tendencia innata a incorporar patrones y secuencias no aleatorias, incluso si uno está conscientemente decidido a no hacerlo. También los ordenadores tienen problemas en lo referente a la aleatoriedad, pues son máquinas deterministas construidas para devolver el mismo resultado para una entrada dada, lo opuesto a aleatorio. Se podría utilizar un generador de números aleatorios en el ordenador, pero ¿qué pasa si el algoritmo utilizado es defectuoso? ¿Y si produjera lo que parece ser un número aleatorio pero en realidad no es más que un patrón complejo predecible para una máquina y que puede obtenerse mediante ingeniería inversa? ¿Qué pasa si un hacker, o un gobierno, estuvieran husmeando los campos electromagnéticos emitidos por tu ordenador, leyendo toda la información que contiene, incluidos los números que se están generando?

En el mundo de la moneda virtual, la paranoia no tenía límites; y, al final, sólo los paranoicos sobrevivirían. Y los gemelos estaban empeñados en sobrevivir. Para garantizar la seguridad de su clave privada, tendrían que obtener la aleatoriedad de una fuente lo bastante fortuita y física que no pudiera ser interceptada o fácilmente revertida.

Los gemelos terminaron recurriendo a la vieja escuela y se decantaron por un generador físico de números aleatorios, un par de dados de dieciséis caras. Cada dado parecía dos pirámides en miniatura de ocho caras pegadas entre sí por la base. Era el tipo de dado que los chavales de instituto, que acostumbran llevar gabardina negra y participar en juegos de rol de fantasía como Dragones y Mazmorras, podrían tener en un bolsillo. Además, el dado debía estar bien equilibrado y la mesa nivelada, de modo que las tiradas no estuvieran sesgadas a favor de una letra o número en particular, venciendo así la aleatoriedad.

Cameron colocó con sumo cuidado el sobre de plástico en la caja de seguridad, que luego deslizó en su lugar, y utilizó la llave de metal que la mujer le había dado para bloquear la cerradura. Colocó la llave de la caja fuerte en una gran anilla —al lado de las dos que ya le habían dado ese mismo día— y la guardó en el bolsillo delantero de su mochila.

Regresó a la puerta de la cámara acorazada que conducía al resto del banco. La mujer la abrió para él, tan afectuosa, alegre y amigable como antes.

—¿Seguro que no prefiere una de nuestras cajas de seguridad más grandes? El recibo mensual no es mucho más elevado, y tiene bastante más espacio para sus objetos de valor.

Cameron le devolvió la sonrisa mientras ella cerraba la puerta bajo llave.

—Ésta es más que suficiente para mis cosas. Sólo algunos objetos con valor sentimental para mí, pero no significarían mucho para otra persona.

Era verdad, para otro ese pedazo de papel no significaría mucho. Sólo números aleatorios, elegidos tirando unos dados de plástico. Pero si se reuniera de alguna manera con los dos que había en su

bolsa o con algunos de los que ya habían escondido Tyler y él en cajas de seguridad de bancos de todo el país, bueno, ésa sería una historia diferente.

Aquellos pedazos de papel valdrían de repente mucho más que el dinero que se guardaba en la cámara acorazada de ese banco, tal vez mucho más que todo el dinero custodiado en todas las cámaras acorazadas de cada sucursal de esos bancos locales. Cameron no podía estar seguro, porque el valor de lo que los pedazos de papel representaban cambiaba cada día, a veces cada minuto. No sabía cuánto valían, sólo lo que habían costado. Y sólo ese número le habría bajado el cardado de golpe a la simpática gerente.

El taxi de Cameron seguía esperándolo en la calle, listo para llevarlo de regreso al aeropuerto, justo a tiempo para tomar su próximo vuelo.

El eficiente Tyler no había tenido en cuenta la conversación amistosa en su apretado y estricto horario; aquello no era un viaje de placer, era un viaje de negocios. Desempeñaban una misión.

A por la siguiente ciudad, el próximo banco, la ulterior caja de seguridad.

—¿De verdad vamos a hacerlo?

Cameron sonrió a su hermano mientras levantaba la pesada almádena sobre el hombro, sus ojos ocultos detrás de un par de gruesas gafas de seguridad de plástico. Llevaba un impermeable sobre su traje de Tom Ford, y un par de chanclas desechables de polipropileno sobre los zapatos de vestir. Podría haberse quitado el caro traje y ponerse ropa cómoda, una camiseta, unos vaqueros, pero lo llevaba cuando aquella mañana se habían reunido con su contable, y había decidido que era apropiado dadas las

circunstancias. No todos los días tiene uno la oportunidad de utilizar una maza vestido de traje.

—Me parece que sí, que vamos a hacerlo.

Tyler llevaba su correspondiente guardapolvo, pero aún tenía las gafas de seguridad en el pelo. Su mazo descansaba en la pared de cemento a sus espaldas, la enorme cabeza plantada en el suelo de madera, unos centímetros más allá de donde terminaba la lona de plástico que habían colocado bajo el equipo informático. Tyler miraba el hardware: los cinco portátiles, ya abiertos, sus unidades de disco duro brillando contra la lona, la pila de memorias USB, el par de *routers* inalámbricos, incluso la impresora, de lado para poder darle desde un mejor ángulo con los martillos.

—Es una exageración destrozar los *routers* —opinó Tyler—. Y la impresora. Nadie puede obtener nada de una impresora.

Cameron movió la almádena, agarrándola mejor con las manos enguantadas. Los guantes, las batas, las gafas, la lona y los martillos provenían de Home Depot. Uno de los ordenadores era uno de los dos que había comprado Charlie, junto con las unidades USB. La impresora era de su despacho, no de la zona en construcción en la que se encontraban, la futura sede de Winklevoss Capital.

La obra parecía el lugar perfecto para el asunto que se llevaban entre manos. Habían bajado las persianas, pero, aunque éstas hubieran permanecido arriba, nadie hubiese reparado en dos tipos que balanceaban una maza en una obra en construcción. Ni siquiera Charlie, en su oficina de BitInstant, a un par de calles de distancia, sabía lo que estaban haciendo, hasta qué punto se tomaban en serio la seguridad. Lo más probable es que hubiera pensado que estaban locos. Cuando los guio por primera vez a través del proceso de adquisición de bitcoins no dijo nada sobre unas almádenas.

Los dos portátiles limpios y la decena de unidades USB era todo lo lejos que había llegado Charlie. Al principio, para los primeros 750.000 dólares que éste compró en su nombre, eso había sido suficiente, dado el valor en riesgo.

Sin embargo, cuando Cameron le explicó a Charlie que el valor de los primeros 750.000 dólares en bitcoins era sólo el principio, y que querían adquirir la criptomoneda a mayor velocidad, Cameron y Tyler comenzaron a comprar a través de Mt. Gox por su cuenta y a cambiar cantidades de dinero en efectivo mucho más grandes a la moneda virtual. Pronto repararon en que la decena de unidades USB no eran lo bastante seguras para lo que habían planeado.

En primer lugar, en modo alguno estaban dispuestos a dejar una cantidad significativa de bitcoins en Mt. Gox, un sitio web que antes había estado especializado en el intercambio de tarjetas mágicas y que ahora dirigía un francés chiflado que había dejado su huella mediante la publicación de vídeos de gatos en YouTube. Mt. Gox era un desastre total a punto de explosionar.

Los gemelos necesitaban guardar sus bitcoins en otro lugar. Y con las cifras que manejaban, decidieron dar rienda suelta a su paranoia. Ya habían oído muchas historias sobre gente a la que le hackeaban sus monederos virtuales, o le robaban sus unidades USB, o personas que simplemente perdían sus discos duros. Cameron había leído sobre un tipo en el Reino Unido que había pasado meses buscando en vano en un vertedero de basura un disco duro con 1 millón de dólares en bitcoins almacenado en él. Los gemelos no tenían la intención de rebuscar en la basura, ni de permitir que les hackearan. Ser paranoico tenía sus ventajas.

Así que, un mes antes, en el apartamento de Cameron, cubrieron todas las ventanas con toallas, se aseguraron de que no hubiera manera de que alguien viera lo que estaban haciendo, y guardaron

sus iPhones bajo llave, lejos de su alcance y en modo avión. Nunca se sabe quién puede fisgonear a través de la cámara o los altavoces de un *smartphone*. Luego se pusieron a trabajar con los dados de dieciséis lados y originaron una nueva clave privada, diferente de la que habían creado con Charlie.

Para esta nueva ceremonia de clave privada, compraron otros dos portátiles limpios, de diferentes proveedores, uno frío y otro caliente. Colocaron cinta aislante sobre las cámaras y altavoces de los ordenadores. Utilizaron el caliente para descargar el software de monedero digital que luego transfirieron mediante un USB al portátil frío; los gemelos habían desactivado el Wi-Fi de este último retirándole físicamente la tarjeta. Luego introdujeron su nueva clave privada —la que habían generado con el dado hexadecimal— en el monedero virtual del portátil frío. Una vez instalado allí, pudieron generar direcciones de Bitcoin, controladas por su nueva clave privada, a las que enviar sus fondos de Mt. Gox, y conectar una impresora ligera mediante un cable USB para imprimir su nueva clave privada en distintos fragmentos. Luego insertaron esas partes (alfa, bravo y charlie) en los sobres de plástico y los sellaron. Después colocaron los sobres sobre la mesa de centro de Cameron, listos para agarrar sus mochilas y llevar a cabo la larga misión que les esperaba.

Tras dividirlos en partes iguales, Cameron y Tyler viajaron por todo el país, creando lo que ellos creían era el sistema de almacenaje más seguro en la historia de Bitcoin. Las memorias USB y los discos duros de ordenador se podían robar o hackear, y las claves privadas en papel dentro de una cámara acorazada se pueden fotografiar o llevar. No obstante, habían distribuido los fragmentos por todo el país, en una decena de cajas diferentes, y eso era algo muy distinto: sólo los gemelos sabían dónde estaban los fragmentos,

o cómo éstos volvían a unirse; sólo ellos podían recuperar su clave privada y tener acceso a sus bitcoins.

Fue como un golpe a un banco pero a la inversa: en vez de robar una decena de ellos, los llenaron. En algún momento futuro, lo que una vez descansó sobre la mesa de centro de Cameron, y ahora lo hacía en esas cajas de seguridad, valdría más que todos los balances de aquellos bancos. Tal vez.

Sólo quedaban los cabos sueltos: el hardware que les había permitido llevar a cabo el golpe a la inversa, y era el momento de eliminar las pruebas. Borrar cualquier tipo de huella digital y dactilar, o rastro de su clave privada, y destruir cualquier superficie a la que un hacker pudiera intentar aferrarse o tomar muestras digitales de ADN.

Cameron levantó la almádena en alto sobre su cabeza, y, con un grito primitivo, la dejó caer tan fuerte como pudo sobre uno de los portátiles. El teclado se rompió en mil pedazos, dagas de plástico rebotaron en todas direcciones y chocaron estrepitosamente contra las paredes de cemento. Levantó el mazo de nuevo y lo dirigió hacia la impresora. El crujido del plástico reverberó a través de sus hombros con el golpe.

¡Qué bien sentaba! La parte racional de su cerebro sabía que sólo estaba protegiendo su inversión, haciendo imposible que alguien o cualquier tecnología encontrara o robara sus bitcoins, pero el resto de su ser disfrutaba del momento: toda la frustración acumulada en el pasado, por lo acontecido con Zuckerberg y los abogados, y todo lo demás, disipándose con cada golpe de martillo, con cada implosión de plástico, metal y vidrio.

El pasado quedaba atrás. Bitcoin era el futuro.

Y Cameron y su hermano se habían lanzado de cabeza a ese futuro. En total, habían gastado un poco más de 2 millones de

dólares hasta aquel momento, y a la larga aportarían más de 11 millones de dólares hasta completar su objetivo. Puede que fuera la mayor apuesta por la moneda virtual que hubiera hecho nadie en el mundo. Quizá sólo Satoshi, si era real, y aún estaba vivo, tuviera más bitcoins.

De cualquier manera, los gemelos Winklevoss estaban en camino de poseer el 1 por ciento de todos los bitcoins existentes.

De todo el que había, y todo el que siempre habría.

Y esas reservas, esa fortuna, los situaron en el mismo centro de la revolución criptográfica.

SEGUNDO ACTO

La vida es una tormenta. Un día estás sentado bajo el sol y al siguiente la marea te lanza contra las rocas. Lo que te convierte en hombre es lo que uno hace cuando llega la tormenta.

ALEXANDRE DUMAS,
El conde de Montecristo

12
LA CHISPA

Dieciséis de marzo de 2013.

Poco después de las siete de la mañana.

Chipre.

Una isla europea en el Mediterráneo oriental, de apenas 240 kilómetros de largo, 100 de ancho y a 80 kilómetros de la costa de Turquía.

La localidad turística de Lárnaca en la costa sur, la tercera ciudad más grande de Chipre. Un magnífico paseo empedrado a lo largo de la playa de Finikoudes, palmeras a ambos lados. Un paraíso turístico, repleto de chiringuitos, cafeterías, restaurantes al aire libre y puestos de recuerdos. Lleno de gente incluso en una húmeda mañana de sábado: grupos de británicos con camisetas de fútbol de colores brillantes que se entremezclan con parejas francesas que caminan de la mano, adolescentes estadounidenses que se escapan de su grupo turístico para tomar un café con leche y pasear por la arena y, por supuesto, rusos, gregarios y ruidosos, que desayunan en los restaurantes y fuman cigarrillos bajo las palmeras lloronas.

Marina Korsokov se sacudió los restos de un profundo sueño de sus ojos almendrados mientras se alejaba del paseo marítimo y caminaba por una calle lateral que conducía al centro de la ciudad, una humeante taza de café griego en una mano. Tenía una bolsa de cruasanes en la otra, suficiente para su familia de cuatro, aunque estaba segura de que al menos dos habrían desaparecido antes de

que su marido, Nikita, o su hija e hijo, Alexa y Mikhael, se arrastraran fuera de sus camas. Se habían acostado tarde la noche anterior, pues tres familias vecinas habían cenado en casa, y la conversación se estiró más allá de la hora de acostarse de los adultos. La charla había discurrido sobre política y dinero, como de costumbre: últimamente, todas las conversaciones en Chipre parecían girar en torno a la política y el dinero, y Marina suponía que era algo de esperar cuando tu país estaba a punto de declararse en bancarrota.

Marina había dormido a pierna suelta cuando por fin cayó en la cama: la vida era agotadora, no sólo porque tenía que criar a dos niños menores de nueve años, sino también lidiar con los problemas diarios de su marido. Aunque la mayoría de los chipriotas consideraban que la comunidad local rusa estaba dominada por oligarcas y gánsteres, la mayor parte eran como los Korsokov, gente trabajadora que había reunido lo suficiente para emigrar a Chipre porque era más segura que Moscú, más cálida que Rusia, y parte de la Unión Europea, un billete de lotería potencialmente ganador para sus hijos, que crecerían lejos de las penurias por las que Marina y Nikita habían tenido que pasar en las décadas de 1980 y 1990.

A pesar de los problemas de su nuevo país, confiaba en que todo saldría bien. No era Rusia, sino un país europeo moderno, un lugar de encuentro de numerosas etnias, religiones e ideologías, un verdadero e idílico crisol frente al mar. Le gustaba dejar la preocupación por la política y el dinero a su marido y a sus amigos. Estaba demasiado ocupada construyendo la vida de su familia.

Cuando Marina llegó al final del callejón que conducía al paseo marítimo y vio a una gran multitud en una esquina al otro lado de la calle, recordó de repente un viejo proverbio ruso: cuanto menos sabes, más plácidamente duermes.

Incluso desde lejos, podía notar que la multitud se ponía nerviosa y crecía a cada minuto. Estaba compuesta en su mayoría por hombres. Reconoció a algunos de su barrio cercano, otros llevaban delantales que los caracterizaban como trabajadores de un café, o trajes, lo que significaba que pasaban su tiempo en los edificios de oficinas o bancos ubicados en las calles estrechas.

Al principio, pensó en evitar al grupo, pero luego reconoció a alguien, una de las pocas mujeres entre el montón de gente, una compatriota llamada Natalya que, con su marido, tenía una pequeña tienda de ropa al lado de la panadería favorita de Marina en el paseo marítimo.

Cruzó la calle e hizo un gesto para llamar la atención de Natalya, derramando un poco de café sobre su manga. Se maldijo a sí misma en ruso, llegó al otro lado de la calle justo cuando su amiga se dirigía a su encuentro.

—Esto es una locura —dijo Natalya—. No puedo creer que lo están haciendo. No está bien.

Marina reparó en que la multitud se encontraba frente a una de las muchas sucursales bancarias que salpicaban la ciudad costera; reconoció de inmediato las señales de color rojo brillante de Laika Bank, el segundo banco más grande del país. La mayor parte de la entrada principal era de ladrillo, con grandes ventanales de vidrio, una puerta doble de madera y tres cajeros automáticos delante, sobre la acera de piedra. Marina contó al menos treinta personas que hacían cola en las máquinas, y que, aunque aún no habían llegado a darse empujones, parecían a todas luces inquietas.

—¿Qué es esto? —preguntó Marina.

—Es una retirada masiva de depósito antes del pánico bancario.

Marina fue consciente de que tal vez debería haber prestado más atención durante la dilatada conversación de la noche anterior. Sabía

que las cosas estaban mal, que Chipre, al igual que muchas de las naciones de la UE con mayores dificultades económicas, tenía una gran deuda, y que los líderes financieros del continente se habían estado reuniendo en Bruselas para ver cómo manejar la situación. Pero, más allá de eso, no era una experta. Chipre no tenía dinero, pero su economía no se había hundido totalmente como la de la cercana Grecia, que estaba en proceso de ser rescatada por la UE mediante un plan de austeridad —reducción de salarios y derechos en general, despido de funcionarios, cierre de negocios— que había dado lugar a disturbios en las calles de Atenas. Chipre no era Grecia; era una pequeña comunidad de apenas un millón de habitantes. Además, Chipre había vivido tiempos difíciles antes, incluso sobrevivido a una guerra civil entre el sur, dominado por los griegos, y el norte, por los turcos, que había provocado la división de la isla en dos.

El marido de Marina, ruso como era, tenía la costumbre de gritar que el cielo se caía, pero ya no estaban en Moscú, formaban parte de la UE, del mundo civilizado. Y en el mundo civilizado, el cielo no se caía, ¿no?

De repente, una especie de quejido surgió de la parte delantera de la cola junto a los cajeros automáticos, y la voz se corrió rápidamente hasta llegar a la multitud.

—Están agotados —gritó un hombre que lucía un traje de lino color crema—. Los cajeros automáticos están vacíos. Ni siquiera son las ocho. Esto es un desastre.

—¿No podemos probar en otra sucursal? —preguntó Marina.

El hombre la miró como si estuviera loca.

—Están todos vacíos. No sólo los cajeros automáticos. Los bancos. No queda nada.

—Está exagerando —aseguró otro hombre—. No se lo van a llevar todo. Sólo es un recorte. Así lo llaman. Recorte.

—Es usted un necio —le gritó el primer hombre—. Ya han anunciado que los bancos cerrarán el lunes, y probablemente durante la semana. Un día festivo bancario. ¡Nuestro dinero ha desaparecido!

Marina sintió cómo el miedo aumentaba en su interior mientras escuchaba a los dos hombres. Su familia no era rica, ni mucho menos. Su marido trabajaba para el negocio de cerámica de su tío, ubicado en Limasol, otra ciudad turística más arriba en la costa, donde vivían tantos rusos que a veces se la llamaba Limasolgrad. Siempre habían sido buenos a la hora de ahorrar dinero, lección que habían aprendido al crecer en Moscú, donde las cosas solían ponerse feas, y por lo general lo hacían a la mínima. Habían reunido unos ahorros de poco más de 120.000 euros, que estaban, ahora se daba cuenta con una sensación de vacío, todos en su cuenta de Laika.

Agarró a Natalya por el brazo y la atrajo hacia sí.

—¿Qué está pasando? —le susurró.

—Los bancos lo han perdido todo. Y la UE no los va a rescatar. Así que, en vez de eso, han hecho un trato. Ellos han puesto algo de dinero, pero los bancos tienen que poner el resto. Lo van a sacar de nuestras cuentas. De las cuentas de todos.

—¿Lo van a coger sin más? —se sorprendió Marina—. No pueden hacer eso, ¿verdad? Llevarse nuestro dinero sin más.

—Al parecer sí que pueden. No todo, pero no está claro cuánto. Ahora mismo, dicen que el 6 por ciento si tienes menos de 100.000 euros, y el 10 si tienes más. Mi marido dice que esas cifras son mentira. Ha oído decir que, si tu dinero está en Laika, perderás el 50 por ciento.

Señaló a la multitud amontonada frente a los cajeros automáticos.

—Los cajeros automáticos están vacíos. Van a mantener los bancos cerrados para que nadie pueda retirar su dinero. Lo están llamando impuesto único.

—¡Pero eso es un robo!

—En Bruselas lo llaman «reparto de las cargas». Culpan a los bancos.

Marina estaba pálida. ¿La mitad de su dinero perdido? ¿Sacado de su cuenta bancaria por el gobierno? ¿De verdad podían hacer eso? Chipre no era Grecia, Chipre no había quebrado. Chipre no era pobre, pero sí... diferente. Era bien sabido que los bancos de Chipre habían perdido el control, que entre ellos representaban ocho veces el tamaño del PIB del pequeño país insular. Marina también sabía que gran parte de ese dinero era ruso, pues Chipre se había convertido en un paraíso fiscal, cobrando cero impuestos, invitando dinero de todas partes, y era el lugar favorito de los oligarcas rusos y de los mafiosos que buscaban un sitio seguro en el que depositar su riqueza ilícita. Supuestamente, más de 30.000 millones de dólares de dinero ruso habían llegado a los bancos de Chipre. Un total de dos tercios de todos los depósitos de más de 100.000 euros eran rusos.

Al parecer, la UE había decidido hacerle un «recorte» a ese dinero ruso y, junto con los oligarcas y los mafiosos, también iban a sufrir los inocentes espectadores como Marina y la multitud de la calle que la rodeaba.

—¿Cómo ha podido pasar algo así? —se quejó Marina.

Todavía sujetaba la bolsa de cruasanes y el café, así que no podía mirar en su monedero. Pero dudaba de que tuviera más de 50 euros. En casa, tal vez su marido tenía otros 100, 200 como mucho. ¿Cómo iban a comer?

¿Qué haces cuando un día te despiertas y descubres que el dinero de tu cuenta bancaria ha desaparecido? ¿Que todo lo que tienes es lo que llevas en el bolsillo? ¿Cómo sobrevivir?

—Tengo que ir a casa —dijo Marina a su amiga, y se marchó a empujones entre la multitud, que ahora se había duplicado. El café se derramó de nuevo, pero apenas se percató de ello. Necesitaba despertar a su marido, para decirle que por una vez tenía razón.

El cielo se estaba cayendo de verdad.

13
BAYFRONT PARK, CENTRO DE MIAMI

Una hora más tarde, cinco zonas horarias al oeste.

Salpicaduras de fuego brillaron en un arco en tecnicolor, pintando la noche como con grafitis de neón, iluminando la bahía y las decenas de lujosos yates que competían en busca de sitio a lo largo del muelle flotante. Un palpitante latido eléctrico desde el cercano «recinto» —un enorme círculo al aire libre atestado con casi 100.000 personas, frente a un enorme y elevado escenario— reverberaba por el aire, tan fuerte que, incluso desde el muelle detrás del palco principal, cada nota amenazaba con agrietar el mismo aire.

Así es como se hace una entrada, pensó Tyler al bajarse del borde de un yate marca Riva gris de 26 metros de eslora y dirigirse al muelle. La húmeda brisa tiraba de sus pantalones y camisa blancos, pero no tuvo problemas para dar el pequeño salto desde el agua hasta el suelo; la chica junto a él, excesivamente alta y con unos tacones elevadísimos, que se agarraba de su mano para mantener el equilibrio, lo tuvo un poco más difícil. Cuando llegó a tierra, soltó lo que sólo podía describirse como un chillido, y Tyler se rio, porque, en ese momento, era un sonido tan apropiado como cualquier otro.

Tyler estabilizó a la chica en el muelle y avanzó hacia la música. También sus zapatos eran blancos, porque estaban en Miami, hacía treinta grados por la noche, y por qué no. Acababa de pasar la primera parte de la tarde en el superyate del que acababa de desembarcar, un reino flotante con interiores de cuero, un bar, un

jacuzzi y la mujer a su lado. Se llamaba Tiffany, y medía por lo menos un metro ochenta de altura descalza, con mechas color púrpura y oro en el pelo, pestañas tan largas como las piernas de una tarántula, y llevaba la parte de arriba de un bikini y unos pantalones cortos vaqueros de color blanco. Parecía una modelo y, de hecho, había recorrido mucha pasarela. Pero era estudiante de enfermería y estaba a la altura de cualquiera de los contemporáneos de Tyler.

Cameron estaba a unos metros de ellos, ya en el muelle, también vestido de blanco, entre una supermodelo holandesa con un nombre que ninguno de los dos podía pronunciar y su famoso marido DJ, ambos vestidos de cuero negro a pesar del calor.

—Espera un momento —pidió Tyler a su hermano, mientras tropezaba con una de las ranuras de madera bajo sus pies—. No quiero romperme un tobillo antes de entrar.

El camino que serpenteaba delante de ellos hacia la entrada VIP de la zona de conciertos parecía más una pasarela que un muelle: sostenido por brillantes pontones azules flotando en la bahía, circunnavegaba el muelle, por lo general un montón de inmuebles de primera clase en Miami que bordeaba el Distrito Financiero, un trayecto de más de veinte minutos por el puente desde South Beach, donde todos los que podían permitírselo se quedaban, y terminaba en esa entrada cubierta, que en teoría los dejaría tan cerca del escenario que les sangrarían los oídos.

Cada paso era un anticipo del volumen demoledor y de la increíble energía que Tyler sabía que se avecinaba. Ya podía ver la parte superior del escenario, la media concha ahuecada que se elevaba bajo los fuegos artificiales que engullían el cielo, una monstruosidad metálica alveolada, repleta de luces y altavoces. No era un gran fan de la música electrónica de baile, y no podía

identificar al DJ sobre el escenario, la música palpitante ahora tan fuerte que amenazaba con lanzarlo directo a la bahía, pero seguro que se trataba de alguien famoso. Había visto el orden de actuación durante el paseo en barco: Calvin Harris, David Guetta, Deadmau5, Tiësto, Avicii, Swedish House Mafia, y la lista seguía y seguía, cada nombre más famoso en la comunidad de la música electrónica de baile que el anterior.

—Bienvenido a Ultra —dijo la modelo holandesa junto a Cameron por encima de su hombro cuando Tyler por fin los alcanzó—. Aunque te rompieras un tobillo, la música haría que siguieras bailando hasta las cinco de la madrugada.

Era el tipo de cosas que alguien casado con un DJ podría decir, pero Tyler dudaba mucho seguir bailando —o despierto— a las cinco de la madrugada. Había sido un mes muy largo, pero Ultra era sin duda algo que él y Cameron debían ver. Tenían que estar en Miami esa segunda semana de marzo de todos modos, como parte de un viaje por carretera de siete ciudades por la costa sureste del país, con el objetivo de dar impulso a Bitcoin, y no parecía haber mejor manera de coronar dos días de reuniones en traje que hacer una parada en uno de los festivales de música más importantes del mundo.

Aunque agotadoras, las reuniones habían sido sumamente prometedoras. En los últimos meses, desde que realizaron su enorme inversión en la moneda virtual, el precio del bitcoin había subido sin parar y rondaba los 40 dólares, lo que significaba que su inversión cada vez mayor estaba ahora valorada en cerca de 40 millones de dólares, y que el valor del bitcoin había pasado de unos 100 millones de dólares a cerca de 500.

No era difícil captar el interés de la gente al hablar de Bitcoin, y Tyler y su hermano no habían tenido ningún problema para que

prácticamente todo el mundo se reuniera con ellos, pues estaban dispuestos a sentarse con los gemelos sólo por curiosidad. Aunque eso no significaba que los empresarios estuvieran dispuestos o preparados para invertir en bitcoins, que todavía parecía demasiado especulativo para la gente que trabajaba en bancos y fondos convencionales. Incluso los encargados de fondos de cobertura, tipos que no tenían ningún problema en pagar decenas de millones de dólares en arte moderno, artículos extraños, oro o en exiguos trajes de minería en países subdesarrollados del tercer mundo, temían una moneda virtual creada por un misterioso programador informático.

Aun así, Tyler consideró un éxito el desfile de reuniones. Su objetivo inmediato no era convencer a nadie de que comprara bitcoins, sino simplemente pretendía educarlos sobre la nueva criptodivisa, actuar como embajador de lo que él creía, cada vez más, que era el futuro del dinero. El éxito en ese momento consistía en iniciar la conversación y sembrar las semillas de la idea de la moneda virtual descentralizada en las mentes de algunos de los líderes empresariales más influyentes del mundo.

Sin embargo, había sido un programa de reuniones agotador, y aquél era el cambio perfecto de escenario. Ultra, en su decimoquinto año en Miami, había pasado de tener unos pocos miles de asistentes en 1999 a más de 300.000 furibundos fanáticos de la música electrónica. En resumen, los escenarios de Ultra, en combinación con las fiestas que se celebraban a lo largo de todo el día y de la noche en casi todas las piscinas de hotel y clubes entre el centro y South Beach, hacía que fuera una gran fiesta al aire libre. El Delano, donde Tyler y Cameron habían reservado la suite del ático, era un hotel art decó ubicado en la avenida Collins, célebre por sus invitados famosos. Todo era blanco, desde los muebles minimalistas

y las paredes hasta las lámparas. Una ola de blanco que lo lavaba todo, desde el vestíbulo del hotel, pasando por el tablero de ajedrez gigante en el césped de la terraza, hasta las velas en el candelabro que había sobre una mesa de metal situada en el extremo poco profundo de la piscina. El hotel contaba con DJ apostados en el bufet del desayuno, la piscina y la playa. Le gustara o no, Tyler sabía que escucharía en sueños durante días tonos eléctricos de trance subiendo y bajando.

Su grupo llegó a la entrada VIP justo detrás de una pequeña multitud que se había bajado de uno de los yates similares que llenaban el canal. Tyler reconoció a algunas de las caras: Snoop Dogg, Michael Bay, Rob Gronkowski. De repente, con una palmada les pusieron llamativas pulseras de plástico en las muñecas, y les hicieron pasar por la entrada, guiados a través de una especie de pista entre la multitud —algo así como un túnel que pasaba entre brazos, piernas y cuerpos retenidos por barricadas de acero y guardias de seguridad— hacia una zona acordonada de mesas para celebridades y personas que estaban dispuestas a gastar como ellas. A pesar de ser invitados, Tyler no pudo evitar poner una mueca de dolor ante el hecho de que éstas costaran más de 20.000 dólares por noche, y de que la mayoría de los grupos gastaría cinco veces más en alcohol, servido por mujeres con un uniforme que dejaba mucha piel a la vista, y que iban y venían de un bar privado situado justo al lado del escenario.

Al entrar en la zona de las mesas, Tyler sintió el suelo temblar bajo sus pies. El ritmo se había vuelto tan fuerte que le costaba pensar, aunque eso no le impidió notar una vibración más leve en el bolsillo de su camisa. Comprendió que era su *smartphone*. Vio que Cameron también se había detenido en el borde de la zona VIP para coger el suyo. El hecho de que ambos recibieran un mensaje al

mismo tiempo a las seis de la tarde de un sábado significaba que algo importante estaba sucediendo.

Cameron atendió su teléfono primero. Se puso unos auriculares blancos en los oídos e intentó escuchar un mensaje de voz en medio del muro de sonido ambiental, pero enseguida se dio por vencido y miró la pantalla en su lugar. Tyler fue directo a su propia pantalla y revisó texto tras de texto. La mayoría procedía de la gente que habían conocido en el mundo Bitcoin, Charlie entre ellos, una variedad de banqueros a los que habían hecho presentaciones en los últimos días, e incluso de su padre. Todos los mensajes se centraban en el mismo tema, y muchos terminaban con múltiples signos de exclamación.

Mientras Tyler leía, luego googleaba y luego volvía a leer, la inmensa pista de baile, la música que rompía los tímpanos, y la gente guapa iba retrocediendo a su alrededor. Podría haber estado solo en una playa. Solamente alcanzaba a pensar en lo que estaba leyendo. Levantó la vista y miró fijamente a Cameron.

Chipre.

En ese momento, ambos sabían que aquel pequeño país insular al otro lado del mundo, del que muchas de las 300.000 personas bailando que les rodeaban nunca habían oído hablar, estaba a punto de cambiarlo todo.

Chipre, según algunos, debía su nombre a sus ricas vetas naturales de cobre. El cobre —que antaño era usado por los romanos como dinero, y que todavía utilizaba Estados Unidos en sus centavos— no les era de mucha utilidad y consuelo en la actualidad. Sus bancos habían estado nadando desnudos, acumulando toneladas de deuda incobrable, y la marea acababa de subir.

Los ministros de economía de la UE —la autoridad central de ese sistema— habían acordado prestar su ayuda, pero con una

condición: sólo si Chipre aceptaba aportar dinero directamente de su pueblo, un «rescate financiero» basado en una «recapitalización interna». De un plumazo, se ordenó a los bancos chipriotas que confiscaran todos los depósitos bancarios de los clientes superiores a 100.000 euros y los enviaran al Banco de Chipre. En otras palabras, si uno tenía 500.000 euros en un banco de Chipre, perdería 400.000 y se quedaría con 100.000 euros. Y así de fácil, el gobierno de Chipre convino en pasar la responsabilidad a sus ciudadanos, casi ninguno de los cuales tenía nada que ver con la toma de las decisiones que habían llevado al país a la ruina financiera.

No fue la magnitud del robo perpetrado por el gobierno chipriota contra su pueblo lo que impactó a todo el mundo, sino el hecho de que algo así pudiera suceder. Era exactamente lo que gente como Voorhees y Ver habían profetizado: el capricho de la intervención gubernamental.

La chica de las pestañas de tarántula se inclinó hacia Tyler, la purpurina de sus mejillas centelleaba con las luces del escenario y el resplandor de su teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, los labios pegados a su oreja para que pudiera escucharla por encima de la música.

Tyler le hizo un gesto a Cameron con la mano.

—Un gobierno acaba de robar a todo su país —gritó.

—¿Se puede hacer eso? —preguntó la chica.

—Lo acaba de hacer, en la UE —dijo Tyler—. Y puede suceder aquí también.

Él y su hermano estaban pensando lo mismo. Lo que puede ocurrir en Chipre podía suceder en Estados Unidos. Su gobierno había intervenido de manera constante durante la crisis económica. Menos de cinco años antes, Estados Unidos había utilizado miles de millones de dólares de los contribuyentes para rescatar a los bancos

de Wall Street en la crisis financiera de 2008. Durante la Gran Depresión, el gobierno prohibió a los ciudadanos estadounidenses poseer oro: en 1933, el presidente Roosevelt firmó la orden ejecutiva 6102, que exigía a los ciudadanos que entregaran su oro a cambio de dinero en efectivo.

El presidente Ford revocó esta orden en 1975, y volvió a ser legal que los estadounidenses tuvieran oro que no fuera joyas o monedas. Los depósitos bancarios sólo estaban asegurados por un valor de 250.000 dólares.

—Más de veinte mil titulares de cuentas en Laika, el segundo banco más grande de Chipre, van a perder la mitad de sus ahorros —aseguró Tyler—. El Banco de Chipre, el banco más grande, va a recibir casi el cincuenta por ciento de todos los depósitos por encima de los 100.000 euros.

—Dicen que es un impuesto, o gravamen—comentó Cameron—. Están cerrando todos los bancos para evitar que haya una retirada masiva de depósitos.

—Mira esta foto —dijo Tyler—. Una multitud de gente fuera de uno de los bancos. Han tomado una excavadora. Parece que van a intentar entrar.

—Nadie se va a sentir seguro con su dinero en un banco de la UE después de esto. Nadie se va sentir seguro al depositar su dinero en un banco, punto.

Tyler lo miró. Toda la pista de baile parecía tambalearse bajo sus pies mientras en el escenario el DJ tecleaba en su ordenador y lanzaba un batallón de artillería de ritmos de tambores sintéticos.

Si aquello podía ocurrir en un país de la UE, ¿qué impedía que pudiera suceder en otro lugar? Constituía un precedente.

Tyler era demasiado joven para recordar la crisis de ahorro y préstamos de 1987, pero había vivido la burbuja puntocom en 1999,

y la reciente crisis crediticia, apenas cuatro años antes, en 2008. Creía que lo que estaba sucediendo en Chipre era exactamente el tipo de perturbación financiera que abriría los ojos de la gente en cuanto al grado de seguridad de su dinero; o tal vez no.

Chipre asustaría al mundo. Era justo lo que Bitcoin necesitaba: el catalizador que lo impulsaría y despertaría la conciencia mundial.

—Si no puedes dejar tu dinero en un banco, ¿dónde guardarlo? —preguntó Tiffany.

Tyler sintió cómo se le aceleraba el pulso en sintonía con la música, un nivel tras otro, hasta que tronó en sus oídos.

¿Por qué quedarse con el dinero cuando ahora había algo disponible mucho mejor? Algo que estaba a punto de ser mucho más fácil de promocionar.

Y mucho, mucho más valioso.

14
DE NUEVO EN LA CARRETERA

Charlie se aferró al salpicadero que tenía delante para salvar su vida mientras el Porsche 911 azul México tomaba la curva a casi 100 kilómetros por hora, los neumáticos se aferraron al asfalto mientras todo su chasis se inclinaba por la fuerza hacia un lado y enviaba volando hacia la puerta del lado del pasajero a las dos chicas coreanas sentadas en el regazo de Charlie —piernas desnudas, minifalda, top—. Sintió piel, cuero y uñas mientras las jóvenes reían y luchaban por enderezarse. A su lado, Roger Ver, el «Jesús de Bitcoin», también se reía detrás del volante del Porsche.

—Mantened la calma, chicos —gritó Ver por encima de la ruidosa música K-Pop que salía a todo volumen de los altavoces del Porsche —. No quiero que nadie viole ninguna ley antes de llegar al restaurante. Ya he visto cómo es por dentro una cárcel de California, y no tengo ninguna intención de volver a otra. Al menos no antes de que Charlie pruebe el «meat Jun» de Omogari. Se va a volver loco, aunque ya lo esté.

Charlie ayudó a las chicas a ponerse la una encima de la otra. Era ideal que ambas fueran pequeñas —incluso más que Charlie— porque cuando Ver le había anunciado que se detendrían para recoger a un par de amigas de camino a Omogari, pensó que el tipo estaba bromeando. Era imposible que cuatro personas pudieran caber en un Porsche 911, que no tenía asiento trasero. Cuando él y Ver llegaron al apartamento de las chicas en las afueras del barrio

coreano de Santa Clara —un tramo de la carretera del camino real apodado «Soon Dubu Row» por el famoso guiso de tofu típico de la cocina coreana y que estaba lleno de restaurantes, supermercados, tintorerías y otros negocios—, Charlie se sintió aliviado al ver que ninguna de las chicas medía más de un metro y medio. Ambas vestían faldas de seda y un top que dejaba las costillas al aire. Parecían muy contentas de ir sentadas en el regazo de Charlie durante el corto trayecto hasta el restaurante, en el cercano barrio japonés de San José, una histórica zona de ocho manzanas del centro de la ciudad, y uno de los tres que quedan en Estados Unidos. Lo que dejaba a Charlie justo en el medio, ambas rodillas atoradas contra el salpicadero, y su muslo izquierdo exprimido con fuerza contra el cambio de marchas.

—Lo siento —se disculpó una de las chicas, con fuerte acento coreano, los protuberantes labios rojo brillante por debajo de unos pómulos en forma de riscos—. Espero no haber aplastado nada importante.

—Cuidado. —Ver tosió—. Charlie es un buen muchacho judío. No debí mezclarlo con chicas como vosotras.

Las jóvenes volvieron a reírse y Charlie sintió que se ponía colorado. Tal vez fue el movimiento del coche, quizá el fuerte perfume que llevaban las chicas, o las piernas desnudas junto a él, pero experimentaba una falta de palabras inusitada. Por lo general, tanto él como Ver hablaban muy rápido, y, cuando conversaban por teléfono, se enzarzaban en una batalla por ver quién lograba emitir más palabras antes de la campana final. Pero aquella noche Charlie se encontraba definitivamente fuera de juego. Siempre había sido un poco torpe con las chicas, pero eso era diferente. Además del coche, el perfume y toda esa piel, se le ocurrían un par de razones.

Las cosas no habían ido bien en casa en Brooklyn, y por eso había aprovechado la oportunidad de viajar al oeste, a San José, para celebrar una serie de reuniones de lanzamiento de BitInstant, todas ellas organizadas por los gemelos Winklevoss, seguidas de una conferencia sobre Bitcoin cerca de allí, a la que todos habían acordado asistir. Ver, el mismo Jesús de Bitcoin, había volado desde Japón, su base de operaciones, para asistir a la misma.

Aunque Charlie nunca había tratado con Ver en persona cuando éste invirtió por primera vez en BitInstant, en los últimos meses se habían llegado a conocer mucho mejor y encontrado cara a cara un puñado de veces. Aun así, estaba encantado de tener la oportunidad de ponerse al día. Charlie había empezado a considerar a Ver como algo más que un colega de negocios e inversor, más bien como un verdadero amigo, un asesor no sólo en el mundo de Bitcoin, sino también en la vida. La vida que, para Charlie, cada día era más complicada.

—La palabra clave es *judío* —se justificó por fin Charlie—. No católico. Nuestra culpa no tiene nada que ver con el sexo. Todo gira alrededor de nuestra madre.

La broma de Charlie era más cierta de lo que le hubiera gustado admitir. En casa, las cosas entre Charlie y su madre llevaban meses cuesta abajo, coincidiendo con el ascenso de su compañía. Todavía vivía en el sótano, pero había dejado de ir al templo con su familia todos los sábados, y cuando salía, por lo general a cenar con Voorhees o Ira o uno de sus otros empleados, no pedía comida *kosher*.

Tal vez se debiera a todo el tiempo que había pasado con Voorhees o en Skype con Ver, o quizá al hecho de que cada vez estaba menos en su sótano, pero había empezado a cuestionar todo lo que había dado por sentado al crecer. La gente no concebía a los

judíos ortodoxos de la misma manera que a otros grupos religiosos fundamentalistas, pero, para Charlie, los puntos de vista de su madre y de su comunidad de Brooklyn le habían empezado a parecer cada vez más sofocantes, cada vez más parecido a una secta.

Fue en la universidad cuando comenzó a juzgar viajar como un modo de escapar de esa vida. Debido a las relaciones que había entablado online, había tenido la oportunidad de visitar diferentes zonas del mundo, y, cada vez que estaba en una ciudad o país diferente, se reinventaba a sí mismo como alguien que vivía sin las restricciones de su religión. Pero, en cuanto regresaba a Nueva York, volvía a su educación. Últimamente, sin embargo, el reinventado Charlie se parecía más al verdadero Charlie.

—Aquí vamos —anunció Ver mientras aproximaba el Porsche a la acera y pegaba un frenazo lo bastante brusco para hacer que las chicas resbalaran del regazo de Charlie—. ¿Crees que el aparcacoches aceptará bitcoins?

Era algo que Ver preguntaba antes de cada transacción que hacía en cualquier lugar: «¿Aceptas bitcoins?». Restaurantes, supermercados, tiendas de conveniencia. Hasta ahora, la respuesta casi siempre era... no.

—Estoy de coña —agregó Ver al tiempo que abría la puerta y se bajaba del coche—. Aquí no hay aparcacoches. Este lugar es muy informal. Dejan entrar a toda la chusma. Me gusta la sencillez, sin pretensiones. Dejaré que sean los gemelos los que te lleven a cenar y tomar vino en el Ritz.

Charlie no pudo ver la cara de Ver porque éste estaba rodeando el Porsche para dejar salir a las chicas, pero, por norma general, cada vez que mencionaba a Cameron y a Tyler, ponía los ojos en blanco.

Y ésa era la segunda razón por la que Charlie se sentía mal aquella noche. Al dejar a los gemelos esa tarde, después de su última reunión del día, le quedó patente que no les encantaba la idea de que fuera a cenar con Ver, y le aconsejaron que no intimara demasiado con él, ni que le diera demasiada credibilidad a lo que tenía que decir. Intentaron ser comedidos al respecto, pues sabían muy bien que Charlie y Ver eran amigos, y que una parte de Charlie lo admiraba, pero habían dejado claro que empezaba a preocuparles la posible influencia que Ver podía tener, no sólo en BitInstant, sino también en el propio Charlie.

Ver comenzó a hablar con las chicas en coreano mientras las guiaba hacia la entrada del restaurante. Charlie los siguió, tras desenroscarse del asiento delantero del coche y sacudirse el polvo bajo el toldo rojo. No le sorprendió que su amigo dominara el coreano, pues estaba obsesionado con todo lo asiático, observación confirmada por el hecho de que iba y venía al estilo de la película *A todo gas: Tokyo Race*, entre barrios de ciudades asiáticas, sólo unas horas después de bajar de un avión en Tokio.

Ver era una de las personas más inteligentes que Charlie había conocido, puede que la más inteligente, incluso aunque sus puntos de vista fueran un tanto extremos. Últimamente, Charlie había empezado a pensar en él como su nuevo «rabino», para consternación de los gemelos.

Charlie no creía que los hermanos tuvieran nada de qué preocuparse. En todo caso, las reuniones que los tres habían mantenido ese día deberían haberles tranquilizado. Charlie había estado en su salsa. Además, en ese momento, la vida les trataba bien a todos. Después de Chipre, el precio de un solo bitcoin se había disparado a más de 100 dólares, lo que había hecho a los gemelos mucho más ricos de lo que ya eran. Comenzaron su compra

de bitcoins en grandes cantidades cuando estaba por debajo de los 10 dólares, lo que significaba que su inversión ya se había multiplicado por diez, un múltiplo fantástico lo mires por donde lo mires: todas las conversaciones que habían mantenido en la Bakery habían sido validadas, y todas sus predicciones se estaban cumpliendo. El hecho de que Wall Street, y la mayor parte de Silicon Valley siguieran siendo escépticos y despectivos con respecto a Bitcoin hacía que todo fuera aún mejor. Cuando Wall Street y Silicon Valley descubrieran la enorme apuesta que los gemelos habían asumido en la nueva moneda, sólo Dios sabe cómo reaccionarían, pues los Winklevoss estaban construyendo su nuevo imperio sin que nadie se percatara de lo que estaban haciendo. Desde luego, los gemelos tenían que estar contentos con cómo iban las cosas, y especialmente con Charlie... Pero ¿lo estaban?

Mientras Charlie seguía a Roger y a las chicas hasta el restaurante medio lleno, viendo cómo se sentaban a una de las mesas de madera junto a la ventana que daba a la calle, llena de tiendas de comestibles japonesas, de revistas y de ropa, tomó conciencia de lo que de verdad le molestaba, incluso más que sus problemas en casa.

Algo en su interior quería impresionar a Cameron y a Tyler. Y sintió que, sólo por salir con Ver, ellos pensaban que no estaba a la altura.

—¿Quieres cerveza? ¿Sake? ¿Whisky? —preguntó Roger mientras colocaba a Charlie en un asiento entre las jóvenes coreanas.

Ver no bebía. No tomaba drogas, ni fumaba. Era atlético, lucía un corte de pelo tipo militar y tenía la constitución de un luchador; en realidad, era maestro de jiu jitsu y entrenaba en un dojo cerca de su apartamento en Tokio. Cuando uno pensaba en ello, él y los gemelos parecían tener mucho en común. Los Winklevoss deberían haber

congeniado con Ver de inmediato, pero había sucedido todo lo contrario, como Charlie había visto apenas veinticuatro horas atrás.

Cuando Charlie reparó en que todos estarían en San José al mismo tiempo, pensó que era una oportunidad perfecta para reunir a Cameron y Tyler con Ver, para que vieran que no era tan radical como su personaje online.

La idea había quedado en nada: los gemelos habían rechazado la invitación tan pronto como Charlie la había mencionado. Se habían excusado diciéndole que necesitaban terminar de trabajar y descansar para el día siguiente. Fue entonces cuando ambos dejaron claro que no les gustaba la idea de que él continuara saliendo con Ver, incluso por su cuenta. Tyler lo había expuesto de manera sencilla: «Roger ha dicho cosas y ha hecho cosas, debes tener cuidado».

No contar con la aprobación de los gemelos había afectado mucho a Charlie. Sabía que era una tontería, pero fue como regresar al instituto y volver a representar el papel del pequeño y estrábico empollón al que se le daban fatal los deportes, de vuelta en la esquina del gimnasio, con todos los demás perdedores.

Se sacudió los estúpidos pensamientos de encima mientras dejaba que Ver le pidiera un whisky. Los gemelos no estaban siendo unos abusones, demasiado prudentes. El hecho que desaprobaran su amistad con Ver no era algo relacionado con su alto estatus, sino porque se preocupaban por él, se dijo a sí mismo. En opinión de los Winklevoss, Ver llegaba con una peligrosa mochila a cuestas, no sólo por sus creencias radicales, sino también por su pasado.

Tal como Ver contaba la historia —y los hechos parecían respaldarla— había sido condenado de manera injusta por el gobierno de Estados Unidos, pero, aun así, había pasado diez meses en una prisión federal por vender pesticidas explosivos online. Este

hecho por sí solo era difícil de pasar por alto, sobre todo para dos licenciados en Harvard, de Greenwich, Connecticut.

—¿Por qué no les explicas a las chicas por qué sigues creyendo en la gente del cielo? —propuso Ver, una vez que llegaron las bebidas y que él había ordenado algo de comer en su superficial coreano—. ¿O me las he arreglado para convencerte de la realidad?

Charlie sonrió. Ver se había burlado de sus creencias religiosas casi desde el momento en que por fin se habían conocido en persona, hacía apenas unos meses. Esa reunión había tenido lugar en Austria, de entre todos los lugares del mundo. Ambos habían sido invitados a una cumbre de Bitcoin por el fundador ruso de la cartera electrónica Mycelium, que también era el empresario detrás del vodka NEFT, las minilatas en forma de bidón de petróleo que Charlie guardaba en su escritorio en las oficinas de BitInstant en Nueva York. Alexander Kuzmin era otro gran personaje en el mundo de Bitcoin: había sido alcalde en una pequeña ciudad de Siberia, donde había declarado ilegal el uso de «excusas» por parte de cualquier empleado del gobierno. Ahora Kuzmin lo estaba apostando todo a la criptografía y había organizado la cumbre en Austria para aprender todo lo que fuera posible.

Charlie había aprovechado la invitación, ya que involucraba dos cosas que le encantaban: Bitcoin y viajar. Terminó compartiendo un apartamento en Viena con Ver y Voorhees, justo al lado del mercado. Ya eran amigos online, pero pasar tiempo con Ver en persona había abierto la mente de Charlie en formas que no había esperado. Para él, que sólo tenía veintidós años, Ver parecía haber viajado muchísimo y saber un montón de cosas sobre el mundo, y era muy abierto con respecto a sus puntos de vista, algo que a Charlie le gustaba de él: el tipo no sólo trataba de encajar, sino que

era un auténtico creyente que no tenía miedo a decir lo que pensaba en cada situación.

La primera noche en Viena habían terminado en un club nocturno lleno de chicas que no eran exactamente prostitutas, pero se le acercaban mucho. Ver había prestado poca atención a las mujeres.

—Nunca me he acostado con una chica blanca. Sólo me acuesto con mujeres asiáticas. No puedo romper la costumbre.

Charlie supuso que era una broma, pero eso los llevó a conversar acerca de cómo un tipo alto y blanco de California había terminado en Japón, y todo volvió a esa temporada en prisión. Tal como Ver lo explicó, lo habían derribado por su ideología. Básicamente, lo que había vendido por internet eran fuegos artificiales, en realidad, petardos fabricados por una compañía llamada Pest Control Report 2000, que llevaba tres años vendiendo el producto online sin problemas. Pero Ver no era el único que las vendía, sólo el único que había sido arrestado. No por casualidad se había presentado a la Asamblea del Estado de California como candidato por el Partido Libertario a la avanzada edad de veintiún años. Fiel creyente en la libertad individual y en la noción de que el gobierno usaba la amenaza de violencia para hacer que la gente se comportara, participó en un debate durante las elecciones, en el que estuvo presente el jefe local de la DEA. Durante el debate, Ver básicamente dijo que la DEA era un grupo de nazis y unos «matones apisonadores».

Dos semanas después, lo arrestaron de manera brutal: lo rodearon varios hombres con sus armas desenfundadas, lo derribaron al suelo agentes de la DEA por vender pesticidas que el gobierno clasificaba como explosivos ilegales. Ver había vendido alrededor de doscientos dispositivos, y la compañía a la que se los había comprado había vendido 800.000, sin permisos, y no habían

arrestado a nadie. Y la empresa que los fabricaba había vendido millones, y de nuevo, tampoco arrestaron a nadie. Pero detuvieron a Ver, y cuando fue a la cárcel, no lo metieron en una cómoda instalación federal, sino en una institución de seguridad media, algo auténtico.

La estancia de diez meses en prisión de Ver fue una enorme llamada de atención: lo que antes había considerado una batalla teórica y filosófica contra los abusos de poder del gobierno, de repente se había convertido en algo muy real. Como él mismo explicó, había intentado hacer del mundo un lugar mejor al impulsar los ideales libertarios, y eso había hecho que lo metieran en la cárcel.

Al principio, pasó el tiempo en prisión estudiando, leyendo todos los libros libertarios que encontraba. Tanto antes como durante su estancia en ella, se dedicó a leer las obras de Murray Rothbard, un importante pensador del siglo xx y uno de los fundadores de la ideología anarcocapitalista y que en esencia instaba a la eliminación del Estado centralizado en favor de la libertad individual. Rothbard creía que cualquier cosa que el gobierno pudiera hacer el sector privado podría hacerlo mejor; más radicalmente, argumentó que el gobierno era un «ostensible robo sistematizado». En particular, se mostraba en contra de los bancos y consideraba a la Reserva Federal como un «tipo de fraude».

El arresto y el encarcelamiento de Ver también le habían enseñado una valiosa lección diferente: sus puntos de vista lo podían meter en problemas, y las libertades que la mayoría de la gente daba por sentadas no estaban tan garantizadas como ellos pensaban.

Tan pronto como Ver salió de prisión, trasladó su negocio, y a sí mismo, directamente a Japón. En ese momento, la empresa

informática que había fundado antes de su cautiverio, Memory Dealers, Inc., una tienda online de chips de memoria para ordenadores, lo había hecho millonario, y ya estaba harto de vivir en Estados Unidos.

Prácticamente, había guardado silencio durante casi una década a pesar de que sus puntos de vista habían permanecido tan radicales como siempre, viviendo en el extranjero mientras comenzaba el proceso de renunciar a su ciudadanía estadounidense. En realidad, no quería ser ciudadano de ninguna parte: él, como Voorhees, no creía ni en las fronteras ni en los estados. Se había contentado con ser un silencioso ciudadano del mundo.

Y entonces descubrió Bitcoin.

Ver oyó hablar por primera vez de Bitcoin alrededor de 2010, mientras escuchaba un programa de radio llamado *Freetalk Live* asociado con el movimiento de New Hampshire, Free State. Ver no prestó mucha atención al principio, pero cuando Bitcoin volvió a aparecer unos meses más tarde en el mismo programa de radio, decidió investigar un poco.

Cuanto más leía sobre Bitcoin, más comprendía que el diseño y la tecnología detrás del mismo encajaban a la perfección con sus creencias; más que eso, Ver había crecido leyendo y siendo un amante de la ciencia ficción, y Bitcoin sonaba exactamente como el «ciberdinero» o los «créditos» que figuraban en gran parte del género. Y como era un emprendedor del sector informático, que también se había pasado años estudiando teoría económica, estaba en la posición perfecta para entender qué era Bitcoin y hasta dónde podía llegar.

Comenzó a acumular la moneda digital a un ritmo rápido. Nadie estaba seguro de cuántos bitcoins había comprado, pero corrían rumores de que su alijo podía ser incluso mayor que el de los

gemelos. Junto con el aumento de su fortuna, Ver volvió a encontrar su voz a través de Bitcoin, tan sumamente apropiado para sus creencias ideológicas.

Ver comenzó a hacer proselitismo con Charlie desde su primera reunión. Le había enviado decenas de libros libertarios e iniciado muchas conversaciones cuestionando la fe de Charlie en la religión, el gobierno y cualquier otra gran organización que usara la fuerza o el miedo para salirse con la suya. Cuando Charlie preguntaba: «Vale, pero, entonces, ¿quién construirá las carreteras?», Ver explicaba que todo en la vida tenía que ser voluntario, que nada debía ser forzado, ni siquiera las carreteras. Los incentivos económicos y morales siempre debían ser suficientes.

En retrospectiva, Charlie tuvo que admitir que no era de extrañar que Ver y los gemelos no se llevaran bien. Aunque el sistema legal había defraudado a los hermanos, éstos no querían acabar con todo, pues habían crecido impregnados de intensos valores del viejo mundo: eran en verdad hombres de Harvard. Habían perdido una batalla, lo que para ellos sólo quería decir que tenían que luchar de forma más inteligente. Cuando uno perdía una regata, no reaccionaba intentando hundir todos los botes, sino que encontraba un modo de remar con más fuerza.

Ver, por otro lado, creía que las estructuras del viejo mundo eran imperfectas, que la regata estaba amañada desde el principio. El *establishment* se había construido sobre mentiras y mitologías, fantasías, como la «gente del cielo» de Charlie, interpretadas por rabinos que pronunciaban edictos que tenían muy poco que ver con el mundo real. Aunque, a veces, las opiniones libertarias de Ver parecían igual de alejadas del mundo real.

—¿La realidad sobre la gente del cielo? —cuestionó Charlie mientras una humeante bandeja de carne salteada aterrizaba sobre

la mesa entre ellos—. ¿Qué realidad? ¿En la que todos vivimos en una comuna y nos ofrecemos voluntarios para hacer carreteras?

Ver tomó con destreza la carne cogiéndola con un par de palillos chinos, y le ofreció un trozo a una de las chicas coreanas.

—No vivo en una comuna, vivo en un precioso apartamento. Y mi Porsche está aparcado ahí fuera. El voluntariado no es algo típico de hippies, sino todo lo contrario. No necesitamos que el Gran Hermano nos ponga un arma en la boca para que hagamos lo que debemos hacer por nuestra cuenta.

Charlie sabía adónde conducía esa ideología. Ver creía que los impuestos eran en lo fundamental un robo a mano armada, que servir en el ejército podría calificarse de asesinato forzoso, que cualquier cosa que no eligieras hacer por tu cuenta era lo mismo que ser coaccionado.

—Algunas veces, hay que intentar encontrar un término medio.

—El término medio es donde mueren las ideas.

Ver no creía en el compromiso. Formaba parte de lo que lo convertía en semejante fuerza en el mundo Bitcoin. Desde el momento en que había descubierto Bitcoin, había sido uno de sus más grandes animadores, pero, a diferencia de los gemelos, él no tenía ningún problema con el lado oscuro de Bitcoin: en realidad, le encantaba Silk Road. Ver no bebía ni consumía drogas, pero apoyaba plenamente el derecho de cualquier persona a comprar y vender lo que le viniera en gana. Charlie creía que también veía Bitcoin como la mejor forma jamás inventada de eludir a las organizaciones gubernamentales... como la DEA... o Hacienda.

—Mira —dijo Charlie, olvidando que estaba sentado al lado de un par de mujeres hermosas, e imaginando en su lugar que se encontraba de vuelta en las oficinas de BitInstant—, si Bitcoin tiene

que llegar a convertirse alguna vez en la corriente dominante, tenemos que construir puentes, no quemarlos.

—Suenas igual que Cameron. ¿O es Tyler? Sois todos unos estatistas.

Ver (y Voorhees también) siempre se burlaba de Charlie acusándolo de estatista, alguien que creía que un gobierno, un Estado, era necesario. Pero, tal como lo dijo Ver, la palabra parecía ahora más que una simple broma. Sin duda, consideraba que los gemelos formaban parte del *establishment*, parte de todo lo que odiaba.

Charlie no creía correcto utilizar su privilegio en contra de ellos. Había visto béisbol toda su vida, era un fanático de los Mets. ¿Qué había de malo en que los gemelos hubieran empezado su vida en la tercera base? Seguía siendo muy difícil llegar a casa.

—Son auténticos creyentes, como tú —insistió.

Ver cogió otro trozo de carne asada.

—¿En qué? ¿Cuánto dinero van a ganar?

Como si eso fuera algo tan malo. A Charlie le gustaba hablar del significado de Bitcoin tanto como a cualquiera, pero se consideraba un emprendedor. En cierto modo, ¿no se habían metido todos en aquello por la pasta?

En Silicon Valley, cada breve presentación de un nuevo producto identificaba un problema y proponía una solución. Todos ellos hablaban de cambiar el mundo, de hacer que la vida fuera mejor para todos. Desde Facebook hasta Apple y Uber, todos trataban de hacer del mundo un lugar mejor.

Pero ¿alguno de ellos lo había dicho realmente en serio? Charlie no tenía más remedio que cuestionarlo.

Charlie creía que Ver lo decía en serio, que Bitcoin, para él, era un arma con la que reconfigurar el mundo. Ver había contado en

múltiples entrevistas que «Bitcoin era la invención humana más importante desde internet». Incluso los gemelos tenían que respetar que Roger Ver siempre decía lo que de verdad pensaba.

La noche se desinfló, la cena terminó, y Ver dejó a Charlie en su hotel, y se fue con las dos chicas a otra fiesta. Charlie tuvo que preguntarse: el mundo al que Roger Ver quería dar forma, ¿no era ir demasiado lejos? ¿Acaso era un mundo en el que Charlie querría vivir?

15
EN EL AIRE

Bitcoin sonaba igual de bien a 9.000 metros de altitud.

Tyler estaba delante de la pizarra blanca colocada contra la brillante pared de paneles de madera de caoba que conducía al comedor, su rotulador negro sobre el gráfico que acababa de dibujar, una serpenteante cordillera del Himalaya que seguía el precio de Bitcoin desde su inicio hasta ese mismo día —fuertes subidas y bajadas nauseabundas—, una línea que, en general, mostraba una tendencia ascendente. A un ritmo muy lento al principio, durante esos dos años en los que nadie aparte de un puñado de ciberpunks, cerebritos informáticos y genios de las matemáticas que se reunían en foros de discusión alternativos habían oído hablar de la criptomoneda, y subiendo fuerte hacía apenas seis meses después de que unas cuantas personas más, como los gemelos, comenzaran a prestar atención. Luego había caído ligeramente, antes de dispararse hacia arriba cuatro semanas atrás —gracias, Chipre— y alcanzar un increíble máximo de 266 dólares por bitcoin. Y luego, en sólo las últimas veinticuatro horas, había caído en picado, más del 60 por ciento, hasta un poco más de los 120 dólares por bitcoin.

—Sí, es volátil —concluyó Tyler mientras colocaba el tapón del rotulador—. Pero era de esperar, ya que todavía estamos en las primeras etapas. Aún hay mucha inseguridad jurídica, y hay tan poca gente en el mercado, que es muy sensible a las noticias del día a día. Pero exactamente por eso creemos que hay tantas

oportunidades. Un alto riesgo conlleva una recompensa alta. Bitcoin sólo va a atraer cada vez más la atención. Chipre no fue más que un punto de partida. La gente se va a dar cuenta de que hay mejores sitios para guardar su riqueza que la moneda fiduciaria del gobierno. Y debido a la oferta fija de Bitcoin, cuanta más gente invierta en el mismo, más debería apreciarse su precio. El clásico caso de la oferta y la demanda.

Tyler miró al pequeño grupo reunido en el sofá semicircular situado frente a él, que por supuesto incluía a su hermano, con la cabeza apoyada junto a una de las ventanas que se alineaban por el cuerpo del avión. Había pasado las sombras a medio camino, aunque Tyler aún podía ver cúmulos de nubes por detrás de Cameron a través del doble cristal. El que más cerca estaba de Tyler era un joven de traje azul que se había presentado como analista, era uno de los tres empleados de apoyo, dos de los cuales también estaban situados alrededor del sofá, el tercero junto al enorme televisor de pantalla plana que colgaba de la pared frente a la pizarra. Al lado del joven, el dueño del jet privado, Ron Burkle. Uno de los empresarios más exitosos de Estados Unidos, un multimillonario que había construido su fortuna primero mediante la creación y venta de una cadena de supermercados, y luego como jefe de The Yucaipa Companies, LLC, una firma de capital de riesgo con miles de millones de activos, que incluía participaciones en Barneys New York, el equipo de hockey de la NHL los Pittsburgh Penguins, Morgans Hotel Group y los clubes Soho House.

—No estoy seguro de comprarla como moneda —señaló Burkle mientras escribía notas en una libreta que tenía en una mesa frente a él, junto a platos de sushi, caviar, embutidos, quesos, crudités y frutas variadas, todo ello colocado por uno de los tripulantes uniformados del avión—. Se trata de un juego especulativo, un

producto. Como el arte. El valor depende por completo de la demanda.

Tyler pudo ver que su hermano quería meterse en la conversación, pero ya habían hecho suficientes presentaciones como ésta en las últimas semanas para saberse el guion al dedillo.

—Estoy de acuerdo —convino Tyler—. En parte, es una reserva de valor, que también se puede utilizar como medio de intercambio. Como el oro, pero mejor. Nuestra tesis es que Bitcoin afectará al oro a largo plazo.

Advirtió que Burkle estaba intrigado, pero no convencido. Eso no le sorprendió, había tanto que asimilar a la vez, que hasta las mentes financieras más inteligentes tardaban en comprenderlo. Apreciaba que Burkle y su equipo tuvieran curiosidad por saber más en primer lugar, y respetaba el hecho de que estuvieran siendo diligentes, haciendo preguntas, y que lo hicieran con un sano escepticismo. Así es como cualquier inversor racional y disciplinado se acercaría y debería acercarse a cualquier cosa nueva, sobre todo a algo tan tremendamente novedoso como Bitcoin, y es por eso por lo que personas como Burkle habían cosechado tanto éxito y eran tan ricas.

Aparte del suave murmullo y la ligera cadencia de lo que sólo podía describirse como una elegante sala de estar voladora, Tyler apenas distinguía que estuvieran en el aire. Había estado antes en jets privados, pero incluso los más lujosos, entre ellos de las compañías Gulfstreams y Bombardiers, eran demasiado estrechos para que sus casi dos metros de altura pudieran ponerse en pie en el fuselaje. Y desde luego no tenían comedores, salas de estar ni dormitorios con duchas. El jet de Burkle se parecía más a un jumbo, un Boeing 757 convertido que era casi tan famoso en las revistas del

corazón como los amigos del gurú del capital privado, que incluían a Puff Daddy, Bill Clinton y Leonardo DiCaprio.

Tyler no había esperado hacer su presentación sobre Bitcoin a 9.000 metros de altitud. Pero cuando se puso en contacto con la oficina de Burkle como parte de su «gira Bitcoin», Burkle se ofreció a llevarlos a través del país.

—¿Y qué hay del tema Silk Road? ¿Quién es el propietario de Bitcoin y quién lo usa en realidad? ¿Sólo delincuentes y blanqueadores de dinero? —preguntó Burkle.

Esa pregunta era inevitable, había surgido en cada reunión: Silk Road era sin duda una mácula que sería difícil de borrar.

Pero Tyler estaba cada vez más convencido de que la oscura guarida de la droga de la red era más bombo que cualquier otra cosa.

—Todos nuestros estudios demuestran que Silk Road constituye en realidad una parte ínfima de la economía Bitcoin. En la actualidad, menos del 5 por ciento de las transacciones de Bitcoin tienen algo que ver con el sitio, y se está reduciendo cada vez más a medida que aumenta el mercado de Bitcoin.

Y ese mercado, como había explicado Tyler, acababa de eclipsar la marca de los 1.000 millones de dólares, el 28 de marzo de 2013; de hecho, fue Cameron quien puso una orden de compra en Mt. Gox, que hizo subir el precio de Bitcoin los pocos centavos necesarios para pasar de los 92 dólares y empujar el valor total del mercado de Bitcoin al club de las diez cifras. Eso, por supuesto, señalaba cuál era uno de los mayores problemas de Bitcoin en sus inicios: no había mucha liquidez, por lo que incluso una orden muy pequeña podía impactar en el mercado, lo que lo hacía propenso a grandes fluctuaciones de precios.

Y la caída sísmica de las últimas veinticuatro horas era un ejemplo perfecto de otro problema que asoló el mercado de Bitcoin. A diferencia de Chipre, aquella caída en particular no tuvo nada que ver con las noticias del mundo real. Fue por completo el resultado de un problema a corto plazo en la página de intercambio Mt. Gox; demasiado tráfico y comercio habían saturado los servidores de Mt. Gox, que había cerrado para lidiar con el problema, algo que había hecho que todo el mercado cayera en picado. Representaba lo que Tyler empezaba a creer era el mayor obstáculo al que se enfrentaba Bitcoin de cara a su crecimiento y su mayor adopción. Si Bitcoin iba a convertirse en tendencia, la página de intercambio a través de la cual se negociaba la mayor parte de bitcoins no podía seguir siendo la antigua Magic: The Gathering, situada en Japón, y dirigida por un francés y sus gatos. El mundo del capital de riesgo y de los fondos de cobertura jamás tomaría en serio a Bitcoin hasta que la economía Bitcoin creciera y se alejara de los extravagantes hitos de sus orígenes.

Los analistas de Burkle escribían en sus cuadernos de notas, pero Tyler supo por la cara de Burkle que no le iban a vender la criptomoneda en las pocas horas que lo tenían de público cautivo. Tyler dudaba de que el problema fuera sólo Silk Road. Después de todo, Burkle no parecía de los que se asustaban por algunos oscuros y escandalosos callejones en el paisaje urbano de Bitcoin. Aunque el avión en el que volaban había sido apodado Ron Air por Bill Clinton, los columnistas de chismes tenían otro nombre para el autobús turístico volador prestado al expresidente para numerosos viajes de ida y vuelta por todo el mundo: Air Fuck One. Tyler no tenía ni idea de si alguna de las historias que había leído sobre el avión acerca de que solía ir lleno de multitud de supermodelos y celebridades, llevándolas de fiesta de un lugar a otro, eran ciertas, y le importaba

bien poco. Hasta ahora, Burkle había sido un anfitrión consumado y sólo les había regalado increíbles historias sobre su vida profesional en el mundo del capital de riesgo. Era un genio de los negocios y había construido su imperio viendo el valor antes que nadie. Incluso si no estaba listo para comprar Bitcoin en ese mismo momento, por lo menos ya conocía la moneda y estaba en su radar.

Además de su gira Bitcoin, el otro objetivo principal de sus agotadoras agendas de esos días había sido un poco más desafiante: tratar de poner a Charlie Shrem y BitInstant en la dirección correcta, a pesar del desafío que suponía su juventud. Con tal fin, Tyler y su hermano habían concertado una tonelada de reuniones para el joven consejero delegado. Lo habían colocado delante de empresas de inversión de riesgo en Nueva York y potenciales socios bancarios, y, de hecho, juntos habían logrado algunas victorias significativas. En particular, su reunión con Obopay había arrojado una importante asociación: Obopay, un transmisor de dinero certificado, había acordado básicamente alquilar sus licencias a BitInstant de modo que pudieran transmitir dinero de acuerdo con las leyes estatales de transmisión de dinero, lo que, por primera vez, hacía que la compañía de Charlie cumpliera con la ley, algo que Charlie y su equipo habían ignorado hasta ese momento. También lograron que Charlie se reuniera con un importante banco estadounidense que había acordado iniciar el proceso de apertura de cuentas bancarias, otro acontecimiento clave, porque a otros bancos les asustaba BitInstant y su incierto estatus legal con los reguladores financieros y los funcionarios de Hacienda.

Charlie incluso había tomado las riendas durante la presentación ante el principal banco de Estados Unidos: de pie frente a una pizarra blanca colgada de la pared de cristal y cromo de la sala de juntas, sudando bajo una americana que parecía no haber sido

usada desde el día de la graduación de Charlie de la escuela secundaria, Charlie hizo hincapié delante de una sala llena de banqueros, en lo en serio que tanto él como BitInstant se tomaban el cumplimiento de la normativa y la autorización legal, en cómo BitInstant tenía controles internos de última generación. Continuó en esa línea, explicando cómo BitInstant realizaba su «KYC» —acrónimo bancario para «Conozca a su cliente», por sus siglas en inglés (Know Your Client)— como parte de su programa de cumplimiento, con el objetivo de comprender la identidad de sus clientes y asegurarse de que no fueran delincuentes ni blanqueadores de dinero. En un momento dado, llegó incluso a gritar: «El nombre del juego son tres palabras: ¡cumplimiento, cumplimiento, cumplimiento!».

En general, había parecido el niño prodigio que se suponía debía ser, al decir todas las cosas correctas. Y en aquel momento, Charlie parecía entender la dirección que BitInstant necesitaba tomar; había conquistado a los banqueros, igual que se había ganado a Obopay. Todavía era joven, necesitaba un poco de pulido, pero la materia prima estaba ahí.

Tyler empezaba a estar más seguro de que la inversión realizada en BitInstant era la entrada perfecta en la economía Bitcoin. Aunque la creciente amistad de Charlie con Roger Ver ponía nervioso a los gemelos, y parecía una señal de advertencia en potencia, en la medida en que Charlie pudiera seguir desarrollándose, madurando y evitando ser arrastrado a uno de esos callejones oscuros que acechaban en el mapa de Bitcoin, estaba a punto de hacer algo realmente especial.

—Ron —dijo Tyler mientras se sentaba al lado de Cameron, y sacaba el móvil del bolsillo. Vio que el 757 tenía Wi-Fi*, cómo no iba a tenerlo si tenía un comedor*—. Le agradezco que nos escuche, y sé

que es mucho para asimilar de una vez. Pero mientras tanto, ¿cuál es su dirección de correo electrónico?

Burkle parpadeó una vez y luego se la dio.

—Le voy a enviar cinco bitcoins. Lo único que quiero que haga es que se quede con ellos como muestra de nuestra gratitud, por su tiempo. Algún día valdrán más que el gasto de combustible para este vuelo.

Burkle sonrió.

—¿Tienes idea de cuánto combustible quema este pájaro?

Tyler adivinó por la expresión de Burkle que de todos los argumentos que le había expuesto esa tarde, este simple acto, el hecho de enviarle cinco bitcoins por correo electrónico para pagar por lo que obviamente era un vuelo muy costoso, y la confianza que implicaba, era lo que más le había impresionado.

Mientras el avión se estabilizaba y uno de los miembros de la tripulación invitaba al grupo a ir al comedor para un almuerzo gourmet, Tyler tocó la pantalla de su teléfono e inició la transferencia.

Tyler esperaba, rezaba y creía que esas cinco monedas de cinco centavos algún día serían más que suficientes para pagar el combustible utilizado durante este vuelo.

—Primera página. Justo en frente. E incluso han escrito bien «Winklevoss». Quizá tenga que cancelar mi suscripción al *Journal* y centrar toda mi atención en el *Times* de ahora en adelante.

A Tyler le daba vueltas la cabeza mientras se inclinaba sobre el hombro de su padre para mirar fijamente el periódico abierto sobre la mesa de madera de la cocina de la casa de sus padres en Greenwich. Apenas podía creerlo. En portada, el titular en negrita en

esa fuente familiar atravesaba fulgurante las retinas de Tyler, y encendía sus células fotosensibles:

OLVIDA FACEBOOK;
LOS GEMELOS WINKLEVOSS
GOBIERNAN EL DINERO DIGITAL

Apenas doce horas después de desembarcar del avión privado de Burkle en el aeropuerto internacional Newark Liberty —era demasiado grande para volar a Teterboro, donde aterrizaban la mayoría de aviones privados que se dirigían a Nueva York—, volvieron a casa donde encontraron a su padre con el *The New York Times* abierto por un artículo que anunciaba su lugar en la historia de Bitcoin.

En realidad, ni siquiera habían tenido que abrir el *Times*. El artículo estaba justo ahí, en la maldita portada.

—Primera página. Sabes lo que eso significa. La gente lo va a leer.

La madre de Tyler, Carol, llegó por detrás de él desde la dirección de la nevera marca Sub-Zero, con una bandeja de cruasanes y bollos que ninguno de ellos iba a tocar durante bastante tiempo. Tyler estaba emocionado, y podía ver por la expresión de la cara de sus padres que también ellos lo estaban. El rostro de Cameron era todo sonrisa e incredulidad, el cuerpo medio fuera de la silla situada al otro lado de la mesa mientras miraba el periódico y señalaba con el dedo el segundo párrafo del artículo.

—Tu comentario es genial —dijo Cameron, y lo leyó en voz alta—: «Hemos elegido poner nuestro dinero y fe en un marco matemático libre de política y de fallos humanos».

—Por fin suenas como un hombre de Harvard —bromeó el padre de Tyler—. El tuyo tampoco está nada mal, Cameron. «La gente dice

que es un esquema Ponzi, que es una burbuja. No quieren tomárselo en serio. En algún momento esa narrativa cambiará a "las monedas virtuales están aquí para quedarse". Sólo estamos en el principio.»

—Bonito —convino Tyler—. Los que nos odian pueden tomar eso y metérselo donde les quepa.

Llamar a Bitcoin un esquema Ponzi, o equipararlo a la burbuja holandesa de los tulipanes del siglo XVII, eran las críticas favoritas a la moneda virtual. Ellos nunca negarían que quedaban muchos problemas de desarrollo por delante: el mercado de Bitcoin era volátil, y todavía intentaba recuperarse de la caída causada por el hecho de que Mt. Gox, se viera interrumpido durante doce horas cuando no pudo manejar el abrumador volumen de transacciones. Pero Cameron insistía en que Bitcoin no era sólo otra moda como los tulipanes, o los peluches Beanie Babies, o las mascotas de Tamagotchi. Y en cuanto a lo de un esquema Ponzi, bueno, Bitcoin era todo lo contrario. O todos prosperaban, o todos caerían juntos.

De una manera curiosa, desde Chipre, Bitcoin estaba adquiriendo demasiada popularidad, para su propio bien. Y el hecho de que el 80 por ciento de las transacciones de Bitcoin se siguieran realizando en un antiguo servicio de intercambio de Magic: The Gathering era vergonzoso, casi tan problemático como el hecho de que la mayoría de la gente pensara que el principal uso de Bitcoin era comprar drogas o algo peor en Silk Road.

Habían escrito muchas veces antes sobre los gemelos, cuando salió la película, e incluso antes de eso, cuando las historias sobre su pleito con Facebook habían alcanzado un fervor exacerbado. También habían salido en la prensa amarilla una cantidad considerable de veces, a pesar de que nunca procuraron llamar la atención y habían tratado de evitarla de forma activa. A pesar de

todo, la prensa rosa como la de la página seis del *New York Post* mostraba cierta fascinación por ellos.

Pero nunca antes se había escrito sobre los gemelos Winklevoss en la portada del *The New York Times*, el periódico más venerado y cerebral del mundo libre. Y nunca los habían tratado con tanta justicia.

El *Times,* el *WSJ,* el *Post,* la blogosfera, todos habían probado suerte y hablado sobre Tyler y su hermano a lo largo de los años, promoviendo y regurgitando sin pensar la falsa y monocorde narración de que eran aristocráticos remadores anglosajones, de sangre azul, que se habían quejado y demandado a Mark Zuckerberg hasta ser sobornados. Los medios de comunicación se habían pasado años encasillándolos y caricaturizándolos en busca de un jugoso cebo que les proporcionara tráfico en su página web. Y ahora, de la noche a la mañana, le habían dado la vuelta a esa narración.

—¿Sabes qué? —Tyler dijo, mientras ojeaba de nuevo el artículo —. Sólo mencionan el remo una vez. Justo al principio, donde nos presentan: Cameron y Tyler, remeros olímpicos.

Tyler sintió el brazo de su madre alrededor de sus hombros. Ella siempre los había apoyado, igual que su padre. Y a pesar de que era a su padre a quien acudían cuando necesitaban algún consejo empresarial, era de su madre de quien recibían su feroz determinación, su negativa a no levantarse de suelo. Era tan dura como la hija de un policía podía llegar a ser.

Fue esa determinación y fuerza la que los había llevado a aparecer en esa portada. El artículo no era accidental: Tyler y su hermano habían trabajado duro para convencer a Nathaniel Popper, uno de los periodistas financieros más brillantes del *The New York Times,* de que escribiera la que sería su primera historia acerca de

Bitcoin. Le presentaron la idea de que habían sido los primeros inversores legítimos en acumular una gran participación de Bitcoin, cuando ningún fondo de capital de riesgo en Silicon Valley lo hubiera tocado ni con un cable ethernet de 3 metros.

Popper era el tipo especializado en divisas del *Times*, que solía centrarse en el oro, el periodista perfecto para escribir sobre el oro 2.0. Su artículo explosionó en cuanto se publicó en la red. Había recibido tanta atención que los editores lo habían publicado en primera página de la edición impresa a la mañana siguiente, no sólo en la primera página de la sección de negocios, donde normalmente se alojaban la mayoría de las historias de Popper. El texto no se refería sólo a Bitcoin, sino que también anunciaba que los gemelos eran los mayores propietarios conocidos de la moneda en todo el mundo, con más del 1 por ciento de todo bitcoin disponible en el mercado. Claro, Tyler reconocía que podía haber gente con mayor participación que ellos: Satoshi —quienquiera que fuera— tenía cerca de 1 millón de bitcoins, pero quién podía saberlo, pues sus bitcoins bien podrían no haber existido. La inversión de los gemelos, por otro lado, no era una paradoja filosófica: la tenían en la palma de la mano, tanto como una moneda virtual podía llegar a estarlo. Y ahora, con aquel artículo, eran la cara pública de Bitcoin.

—Los gemelos Winklevoss gobiernan el dinero digital —leyó Tyler —. Me gusta cómo suena...

Lo interrumpió el teléfono móvil que llevaba en el bolsillo. No reconoció el número, así que dejó que saltara el buzón de voz. Luego escuchó el mensaje mientras Cameron y sus padres miraban.

—¿Es Zuckerberg? —bromeó Cameron. Su madre casi le golpea con un bollo.

—Es una invitación para hablar en una conferencia en mayo.

—¿Qué clase de conferencia? —preguntó su hermano.

—Algo llamado «Bitcoin 2013». Lo organiza la Fundación Bitcoin —respondió Tyler.

Cameron dio un silbido. Era la primera vez que alguien quería oírlos hablar de otra cosa que no fuera Facebook, y de la lucha perdida contra el rey de internet.

Tyler sabía que la Fundación Bitcoin era una sociedad sin ánimo de lucro, fundada en 2012, para promover y proteger la economía Bitcoin. En ese momento, era la organización más importante en su género. Su junta era un quién es quién de la moneda virtual. Su «director científico» era Gavin Andresen, a quien el propio Satoshi había ungido como desarrollador principal de Bitcoin Core, el software cliente de Bitcoin. Es probable que Andresen fuese el ser humano que más cerca había estado del misterioso Satoshi, hasta que éste desapareció de internet para siempre.

Bitcoin 2013 era sólo la segunda conferencia que la fundación organizaba, e iba a reunir a las mentes más inteligentes del espacio, verdaderas luminarias, toda la gente que estaba detrás de la incipiente pero creciente revolución de Bitcoin.

—La conferencia más grande de la industria —continuó Tyler—. Y quieren que demos el discurso principal.

Sólo ellos dos, en un escenario, frente al mundo.

—Es mejor que remar hacia la puesta de sol —dijo. Y luego sonrió.

16
EL REY DE BITCOIN

Yjusto en ese momento, mientras el fotógrafo disparaba y las luces parpadeaban, ¡me subí a una silla y lancé un montón de pasta al aire!»

Sin previo aviso, Charlie comenzó una recreación de la historia a medio contar, se subió a la banqueta circular de cuero color granate y a punto estuvo de volcar las botellas de licor sobre la mesa metálica gris que tenía frente a él; las chicas guapas a su lado se apartaron justo a tiempo. Entonces Charlie levantó las manos sobre la cabeza y lanzó dos enormes fajos de billetes de 20 al aire. Comenzaron a vitorearle desde cada rincón de la sala postindustrial de dos pisos mientras los billetes caían, una tormenta tropical de papel verde capturado por las luces de la discoteca.

Charlie vio cómo los billetes flotaban a su alrededor, magnificados cien veces por los enormes espejos que recorrían las cuatro paredes, hasta el balcón. Los espejos estaban rodeados de luces, el balcón circunnavegado por bombillas Edison, y casi todo parecía cubierto de cristal, lo que transmitía al lugar cierta sensación de steampunk, pero los láseres, el DJ y la enorme y resplandeciente barra que ocupaba la mayor parte de la planta baja, la segunda barra de arriba, el escenario parecido a una pasarela a un lado, el letrero dorado de fuera, los menús iluminados que brillaban como pergaminos mágicos en todas las mesas, todo ello parecía una reinterpretación contemporánea de la década de 1980, cuando los

clubes imperaban. Una versión de la película *Bright Lights, Big City*, obras de arte colgadas de una pared interior, dibujos en negro sobre lienzos enormes que se sentirían como en casa en el apartamento salpicado de sangre de Patrick Bateman.

Más de 450 metros cuadrados de desenfreno en el Midtown, justo en la calle Treinta y nueve, y Charlie estaba allí montando el *Show de Charlie*, como lo había hecho casi todas las noches desde que el lugar abriera sus puertas. Porque no sólo estaba de pie en un sofá en su esquina del club; estaba de pie en un sofá en su esquina de su club, o, al menos, así lo veían todos. El hecho de que sólo fuera un pequeño socio en EVR —pronunciado «EVER», el «gastro-lounge» más de moda de la ciudad, un club que habían abierto los amigos de universidad de Charlie y el único que aceptaba Bitcoin de sus clientes— no le importaba a nadie. Cuando Charlie estaba allí, y era muy a menudo, siempre hacía llover billetes.

«Lo único bueno del dinero en efectivo es que no tienes que preocuparte por limpiar después de lanzarlo al aire. Nadie ha sido arrestado por tirar a la basura billetes de 20.»

Charlie sonrió, sentándose de nuevo en el sofá, las dos chicas se pegaron a él para dejar sitio al resto del grupo. El socio de Charlie en EVR, Alex, estaba sentado al lado de una mujer a la derecha de Charlie, pero éste no podía recordar su nombre porque ya se había metido cuatro Jameson. Otro amigo de la universidad, Mike, tenía su brazo alrededor de la mujer a la izquierda de Charlie, Angela algo, que escribía para alguna revista, lo que probablemente debería haber hecho a Charlie tener más cautela con lo que decía, pero que en realidad tuvo el efecto contrario. Por primera vez en la vida, la gente lo escuchaba, y había descubierto que iba colocado a la par con todo lo que podía obtener de los consumibles y fumables de los estantes de la Bakery de su oficina.

Joder, qué divertido era ser el rey. Y, por el momento, así es como se veía Charlie, uno de los reyes del bitcoin, una verdadera estrella del rock criptográfico. Y no era sólo él: la sesión de fotos que acababa de describir, en la que aparecía tirando dinero al aire, había sido para un perfil a toda página y a todo color que *Bloomberg Business Week* iba a trazar sobre su persona, anunciando a Charlie como uno de los recién acuñados millonarios del bitcoin, los primeros en adoptar la moneda lo bastante inteligentes para subirse al tren antes de que lo hicieran todos. Y el artículo de *Business Week* era sólo uno de los muchos que presentaban a Charlie a un mundo en el que BitInstant estaba siendo aclamada como una de las empresas emergentes más exitosas relacionadas con la criptografía.

El progreso de BitInstant en tan poco tiempo era increíble. La compañía había pasado de gestionar 1 millón de dólares al mes a prácticamente procesar la misma cifra en un solo día. Charlie había calculado que, en aquel momento, BitInstant procesaba el 35 por ciento de todas las compras de Bitcoin. La demanda del servicio había sido tan intensa que las pocas veces que había tenido que cerrar de forma transitoria el sitio por actualizaciones y mantenimiento del servidor, el tiempo de inactividad había causado gran alboroto entre sus clientes. Había recibido correos electrónicos preocupados de Tyler y Cameron, pero Charlie les había restado importancia. BitInstant lo había convertido en una celebridad en el mundo Bitcoin, y en una microcelebridad en el mundo exterior; era el momento de Charlie, y él lo sabía.

En tan sólo unos pocos meses desde que invirtieran los gemelos, Charlie había viajado por el mundo y hablado con grupos de fanáticos de Bitcoin en Londres, París, Tokio, Berlín y Tel Aviv. Bitcoin le había abierto una vida que no sabía que existía, y mucho menos que podía formar parte de ella. Lo había hecho millonario, y liberado

de ese sótano con olor a carne en Brooklyn, literalmente. Aunque en aquello, Bitcoin había tenido un poco de ayuda, de una fuente muy poco probable.

Una mano suave tocó el hombro de Charlie desde detrás del sofá de cuero, y se volvió justo cuando una mujer rubia de aspecto increíble, demasiado para él, se inclinaba y le propinaba un beso en su desaliñada mejilla. Iba vestida como las camareras del EVR, porque ése era su trabajo, y sostenía una bandeja de chupitos de tequila, porque la actividad favorita de Charlie era tomar tequila por la noche. Pero no fue un beso rutinario y estéril debido a que Charlie hubiera pedido una ronda, o fuera el dueño de una parte del local, o estuviera lanzando billetes de 20 como si fuera confeti en la noche de fin de año. No, él y Courtney llevaban dos meses juntos.

Charlie se había enamorado de ella desde el momento en que le había puesto los ojos encima, pocos días después de que EVR abriera sus puertas. Pidió a Alex que fuera siempre su camarera, pero, incluso con aquella ayuda, Charlie tenía demasiado miedo de invitarla a salir. A pesar de su creciente fama debido a Bitcoin, no sabía cómo hablar con chicas como Courtney. La noche que salió con Cameron y Tyler después de la primera reunión en la Bakery, cuando conoció a la modelo búlgara, terminó solo en un sofá en el apartamento de Cameron, con las zapatillas deportivas empapadas en vómito.

No podría soportar que le volviera a ocurrir lo mismo con Courtney. Estaba tan colgado que pasaba más tiempo pensando en ella que en los servidores sobrecargados de trabajo de BitInstant. Por suerte para Charlie, sus amigos se hicieron cargo de la situación invitándolos a ambos a una fiesta para todo el personal, para luego no presentarse ninguno y dejar a Charlie y Courtney solos, juntos.

Por puro terror social, Charlie se pidió un Bacardí. Y pidió tantos que acabó vomitando encima de Courtney. Cuando fue al baño a limpiarse, asumió que ella se habría ido, pero por alguna razón se había quedado. En ese momento, Charlie supo que era la mujer perfecta para él.

No le habló del «Edicto» hasta su segunda cita. Le explicó que su fundamentalista familia judía no la aceptaría nunca y que, además, el hecho de estar con ella le podía llevar a ser expulsado de su comunidad, por muy loco que aquello sonara. Y no fue hasta otro mes después, cuando una de sus hermanas, al oírle hablar por teléfono con Courtney, le delató a su madre, cuando las cosas estallaron en casa. Su madre lloró y gritó, y su padre se rasgó la camisa. Después de todo eso vino el ultimátum: la familia o Courtney. Charlie no tuvo ningún problema para decidirse. Estaba enamorado y, lo que es más importante, estaba listo para salir de allí. Lo que había empezado con las burlas de Roger Ver sobre la «gente del cielo» se había convertido en una crisis existencial, y Courtney había ido directa a esa crisis con su bandeja de tequila.

Recogió sus pertenencias, salió del sótano y se dirigió al EVR. Se mudó con sus amigos de la universidad a un apartamento que varios de ellos compartían y que estaba literalmente encima del club. Abría una nueva pestaña en el bar de la vida.

—Es más de la una —le susurró Courtney al oído mientras dejaba la bandeja con los chupitos en la mesa—. ¿No tienes una reunión mañana por la mañana?

—Siempre tengo una reunión mañana por la mañana —replicó Charlie.

Luego tomó uno de los chupitos. Vale, es probable que Courtney tuviera razón, y que añadir tequila a la mezcla después de la una de la madrugada nunca fuera una buena idea. Pero la reunión no le

preocupaba lo más mínimo, aunque no supiera exactamente de qué reunión se trataba, ni dónde era, ni con quién.

Tenía que asistir a muchas reuniones. Después de todo, era el director ejecutivo, y se encargaba también del servicio al cliente, y además el director de cumplimiento. De hecho, se ocupaba de casi todo, excepto de los departamentos que dirigían Voorhees e Ira, o de la informática profunda, de la que Gareth todavía se hacía cargo desde su batcueva en Gales, o dondequiera que viviera Gareth.

Con Voorhees e Ira, Charlie nunca tenía que preocuparse de nada, pues eran brillantes y profesionales, y habían sido fundamentales en la construcción de BitInstant. De hecho, habían desarrollado parte del software patentado que utilizaba en la actualidad la empresa, algo en lo que Ira había empezado a trabajar antes de BitInstant y que él y Voorhees dejaban que Charlie utilizara de forma gratuita, un pequeño detalle que éste todavía no había mencionado a los gemelos Winklevoss, porque no creía que fuera demasiado importante. De todos modos, Voorhees e Ira eran el pegamento que mantenía unido a BitInstant.

No sólo formaban parte de su equipo, eran sus amigos, lo que en aquellos días para Charlie significaba que eran su única familia. Ambos estaban creciendo, igual que él.

Voorhees estaba adquiriendo tanto renombre en Bitcoin como Charlie. Aunque se encargaba de la dirección de marketing de BitInstant, también trabajaba en un proyecto paralelo llamado SatoshiDice, un sitio web de apuestas Bitcoin que se estaba convirtiendo con rapidez en una gran atracción para la comunidad. La idea detrás del juego era simple: los jugadores enviaban bitcoins a una dirección que resultaba ganadora o perdedora. Si tenían «suerte», recibían un múltiplo del bitcoin que habían apostado; si

tenían «mala suerte», sólo recibían una fracción. El juego se volvió increíblemente popular al instante.

Dado que se trataba de un sitio web de apuestas, su legalidad para los clientes estadounidenses no estaba clara. Para Voorhees, aquello era frustrante tanto desde el punto de vista empresarial como filosófico. Él, por supuesto, no creía que el gobierno debiera intervenir en la regulación del juego, y especialmente del bitcoin. De hecho, el objetivo de construir SatoshiDice en la misma blockchain Bitcoin era mantenerla lejos de las manos del gobierno de Estados Unidos.

Por su parte, Charlie no podía ni siquiera empezar a tratar de entender las bizantinas leyes de juegos de azar de Estados Unidos. De hecho, acababa de comenzar a estudiar por su cuenta un curso intensivo sobre las leyes de transmisión de dinero de Estados Unidos, las leyes exactas que regían las actividades comerciales de BitInstant. Sólo lo hizo después de que los abogados de BitInstant y los gemelos Winklevoss lo convencieron de que era fundamental para él entender y cumplir con las leyes y regulaciones del país, no sólo por el bien de BitInstant, sino también por el suyo propio.

Como Charlie era tanto el director de cumplimiento como el consejero delegado de BitInstant, sabía que debía tomarse en serio las disposiciones legales y reglamentarias, pero los detalles nunca habían sido su fuerte. Aun así, lo estaba intentando. Así, había aprendido lo suficiente para saber que el hecho de tener tres cargos (director general, director de cumplimiento y encargado de servicio al cliente) suponía en sí mismo un conflicto de intereses, y hacía poco que este caminar sobre la cuerda floja se había complicado.

Alguien con el seudónimo BTCKing había comprado toneladas de bitcoins a través de la página web con lo que parecía ser un suministro interminable de dinero en efectivo. De acuerdo con las

reglas de la empresa, por razones de seguridad, puesto que las grandes transacciones de Bitcoin podían considerarse sospechosas por sí solas, y BitInstant no tenía los recursos necesarios para realizar comprobaciones de identidad exhaustivas de sus clientes, BitInstant había fijado en 1.000 dólares el límite de compra diaria de los clientes regulares, pero resultaba evidente que BTCKing intentaba eludir esos controles, pues en un solo día intentó comprar bitcoins por valor de 4.000 dólares, mediante una técnica llamada «estructuración».

Aunque no significaba necesariamente que BTCKing estuviera tramando nada bueno, fue un alarmante intento de eludir los controles de BitInstant. Cuando Charlie descubrió lo que había pasado, prohibió de inmediato a BTCKing el uso de BitInstant, enviándole personalmente un correo electrónico: «Tenemos todos sus depósitos registrados, su foto de las cámaras de seguridad del banco. Cualquier intento de una nueva transferencia dará lugar a acciones penales».

No obstante, después de mucho pensar, Charlie cedió. Después de todo, el tipo sólo había intentado comprar más bitcoins. ¿Qué tenía de malo estar ansioso? ¿Acaso no era bueno para todo el mundo?

Al final, Charlie le escribió un mensaje en el que reafirmaba su decisión de vetar su cuenta actual y su dirección de correo electrónico, pero que podía abrir una nueva cuenta con una nueva dirección de correo si así lo deseaba.

Charlie no tenía ni idea de quién era BTCKing. Lo más probable es que fuera un comerciante o un revendedor, que compraba bitcoins bajo y los vendía a otras personas a un precio más alto. Y no le importaba en absoluto y, además, no creía que fuera asunto suyo. ¿Y por qué debería preocuparse por un tipo cualquiera al que no

conocía y probablemente nunca conocería? ¿BTCKing? Incluso el nombre era una broma, todos sabían quién era el nuevo y verdadero rey del bitcoin.

En unos meses, Charlie iba a hablar en Bitcoin 2013, la misma convención en la que los Winklevoss impartirían la conferencia inaugural. Los gemelos podían haber aparecido en la portada del *The New York Times*, pero Charlie había hecho llover pasta delante de un fotógrafo de Bloomberg, y dirigía el cotarro junto con su hermosa novia en el EVR.

Charlie era una estrella de rock criptográfico en ascenso y, al igual que el precio de Bitcoin, no pensaba volver a bajar de allí.

17
A LA MAÑANA SIGUIENTE

¡¿Qué narices pasa contigo?! En serio, eso ha sido lo más vergonzoso que he visto en mi vida.

Cameron hacía todo lo posible por controlar la voz mientras guiaba a Charlie a través de un vestíbulo de mármol, hacia las puertas giratorias de vidrio que daban a Lexington Avenue. Tyler estaba al otro lado de Charlie, ayudándole a sostenerse mientras salían. Incluso con los sujetalibros idénticos de casi dos metros de altura escoltándolo a cada lado, Charlie apenas lograba mantenerse en posición vertical, miraba sus pies como si formaran parte del cuerpo de otra persona y luchaba por poner uno delante del otro mientras se dirigía hacia la salida del vestíbulo.

Los tres entraron por la puerta giratoria como si fuera un acto de vodevil: Tyler lo hizo primero, arrastrando a Charlie a la misma abertura giratoria que él porque era muy probable que, si se quedaba solo, se estampara contra uno de los cristales. Luego pasó Cameron, una plataforma más tarde, tan consumido por su creciente frustración que su aliento empañaba el cristal que tenía delante.

Una vez fuera, Tyler arrastró a Charlie unos metros por la acera hacia la calle Cincuenta y nueve, y luego lo soltó para que se apoyara contra el edificio por voluntad propia; el vestíbulo de la oficina había dado paso a un Gap de gran tamaño con grandes ventanales de vidrio repleto de maniquíes en pantalones de chándal.

—Charlie —dijo finalmente Cameron mientras un grupo de hombres trajeados que pasaba se alejaba lo suficiente para que, con suerte, no pudieran oírlos—, ¿has dormido algo?

Charlie levantó la vista de sus zapatos. Tenía los ojos muy abiertos, pero todavía tan inyectados de sangre como lo habían estado desde que llegó a la reunión en el piso diecisiete hacía menos de treinta minutos. Llevaba tres botones abiertos de la camisa, tres malditos botones, revelando una maraña de pelos en el pecho y la piel moteada de alguien que, era evidente, había pasado la noche anterior en un club. O tal vez en dos. ¿Acaso había hecho un *hat trick*? Había manchas en su chaqueta, apestaba a alcohol, y si había dormido, con toda probabilidad lo había hecho en el suelo.

—Parece que lleves cinco días de juerga —aseguró Tyler.

—No, qué va, sólo unas copas, un poco de tequila... nada de qué preocuparse... —La voz de Charlie se desvaneció en un murmullo.

Cameron intentó de nuevo controlar sus emociones. Por norma general él era el más empático, pero, en ese momento, le costaba sentir algo que no fuera rabia hacia su niño prodigio consejero delegado. Un «absoluto desastre» sería un buen eufemismo para describir la reunión a la que acababan de asistir.

—¿Sabes lo difícil que ha sido organizar esta reunión? —preguntó Tyler—. John es una de las personas más poderosas del sector Fintech.

Fintech, una palabra compuesta de «Finanzas» y «Tecnología», era el sector de mayor crecimiento de inversiones de riesgo en Nueva York. Básicamente, incluía cualquier nueva tecnología que tuviera el potencial de impulsar el mundo financiero o hacerlo más eficiente, como la banca online, el robo-advisor, la consultoría estadística, la inversión cuantitativa y, por supuesto, la tecnología blockchain. Y Tyler tenía razón, John Abercrom, de cuya oficina

habían huido como una compañía de circo que acabara de asesinar a un miembro del público, así como su empresa de capital de riesgo, era uno de los nombres más influyentes de la industria. John y sus socios habían construido una cartera de inversiones en más de cien compañías importantes, muchas de las cuales eran algunas de las más prominentes en el sector Fintech.

A través de conexiones y un duro trabajo preliminar, Cameron y su hermano habían conseguido una reunión, sólo para soltar a Charlie Shrem —en todo su esplendor de sangre y alcohol— sobre estos titanes de la industria.

Antes de la reunión, desde sus intercambios de correo electrónico, parecía que John y sus socios entendían realmente Bitcoin y estaban interesados en escuchar el discurso de Charlie. Pero a pesar del caluroso público, las cosas se habían torcido desde el momento en que Charlie había entrado en la sala. Se había lanzado a soltar su presentación como el diablo de Tasmania. Dando vueltas delante de la pizarra, parecía estar por todas partes. Había sido algo ininteligible, absurdo. Hablaba tan rápido que a todo el mundo en la estancia le dio un latigazo cervical. Y todo ello puntuado por chistes que caían en saco roto; lo que podría haber tenido gracia a altas horas de la madrugada en el EVR no tenía ninguna en una sala de juntas del hotel Lexington.

Cuando la conversación pasó a las características específicas de BitInstant, Charlie se puso de repente a la defensiva. Cuantas más técnicas se volvieron las cosas sobre las operaciones, el cumplimiento y las finanzas de BitInstant, más oídos sordos había hecho Charlie al interrogatorio. Era como si no tuviera ningún interés en hablar sobre los intríngulis de su propia empresa. Estaba demasiado ocupado jugando a ser el consejero delegado de Bitcoin

para ser el de BitInstant. Y antes de que Cameron o Tyler se dieran cuenta, la reunión había terminado.

—Esto no puede volver a pasar —le pidió Tyler.

—¿Tan mal he estado? —Charlie tartamudeó.

—Peor. No sólo no estabas preparado. Parecía que ibas de coca. Completamente esquizo.

—¿Esquizo? Ésa es buena. Mola.

—Charlie... Sé que tienes muchas otras responsabilidades —dijo Cameron.

Como el club nocturno, la camarera, el trotamundos.

Cameron ya había hablado con Tyler sobre esto una docena de veces; últimamente, Charlie se había dejado llevar tanto por la máquina publicitaria que resultaba difícil incluso estar pendiente de él. Parecía estar en todas partes excepto donde se suponía debía estar, es decir, durmiendo o trabajando en las oficinas de BitInstant. El sitio había experimentado caídas de tensión dos veces en las últimas dos semanas, lo que aterrorizaba a Cameron. ¿Estaba segura su inversión, si la página web seguía cayendo? ¿Qué más estaba a punto de pasar? ¿Y cómo es que las cosas habían empezado a salir mal tan rápido?

—Pero hay algo que debes tener en cuenta —Tyler hizo una breve pausa, su voz más baja—: las personas que fundan una empresa no siempre son las mejores para dirigirla.

Charlie pareció despejarse de repente, al menos lo bastante para entender lo que decía Tyler.

—¿Sugieres que alguien más debería ser el consejero delegado?

Era la primera vez que cualquiera de los dos gemelos expresaba semejante juicio en voz alta. Charlie tenía un montón de grandes ideas, infinidad de energía, pero ¿contaba con la consistencia para dirigir una verdadera empresa? ¿El tipo de compañía en que

BitInstant se estaba convirtiendo tan rápidamente? En cierto modo, Voorhees e Ira no ayudaban a mejorar las cosas; el hecho de que ambos estuvieran tan capacitados sólo permitía a Charlie intensificar sus peores atributos.

Charlie miró a Tyler y luego a Cameron, estirando el cuello para mirarlos a los ojos.

—Puede que Roger esté en lo cierto con respecto a vosotros.

—¿Qué demonios significa eso? —quiso saber Cameron.

Un par de turistas alemanes pasaron junto a ellos, lo bastante cerca para que uno de los dos, un joven rubio que llevaba el pelo peinado con espuma, reconociera a los gemelos y los señalara. La acompañante del chico, una mujer con un vestido vaquero, apuntó a Cameron con su móvil, tomó una foto rápida y siguieron su camino. Este tipo de cosas pasaban casi todos los días.

—Significa —siguió diciendo Charlie— que a veces podéis ser unos trajeados estirados.

Cameron puso los ojos en blanco. A veces los trajes eran necesarios. Sin duda, habían sido apropiados en una reunión con uno de los más grandes nombres en el sector Fintech.

—Como ya te hemos dicho antes —replicó Tyler, todavía con cierto autocontrol—, Roger no es una buena influencia.

Aunque los gemelos habían evitado reunirse con Ver en persona en San José, los habían puesto en copia en numerosos correos electrónicos y con el tiempo habían participado en múltiples conversaciones telefónicas de una hora con él en las últimas semanas, para hablar sobre el futuro de BitInstant. Parecía que cuanto más éxito tenía la compañía, mayor fricción había entre ellos y el libertario de Tokio. Últimamente, muchas de las conversaciones se habían centrado en la creciente ausencia de Charlie de la oficina, y, sin importar qué, al margen del tema o del conjunto de hechos y

circunstancias, Ver siempre lo defendía. Lo más probable es que encontrase la forma de defenderlo de la pesadilla de reunión que acababan de celebrar. Cameron ya podía oír a Ver en su cabeza, racionalizando cómo era saludable para los empresarios desahogarse.

—Me ha apoyado desde el principio —adujo Charlie.

—Esto ya no es el principio —respondió Cameron—, es el ahora. Los riesgos son reales, no puedes aceptar consejos de un exconvicto.

Charlie presionó las manos contra el escaparate que tenía detrás de él, dejando una mancha de sudor en el cristal.

—Fue a la cárcel por vender insecticidas —protestó Charlie.

—Explosivos —corrigió Cameron—. Es el tipo de hombre al que le gusta volar cosas por los aires.

—No lo conoces. Quiere cambiar el mundo de verdad. Cambiar el gobierno.

—Quiere cambiar el gobierno porque odia al gobierno. No es una causa noble y filosófica. Es puro rencor personal.

¿De verdad Charlie intentaba justificar la condena de Roger? ¿El mismo Charlie que había defendido la importancia del cumplimiento, dentro de los muros de un importante banco estadounidense hacía apenas unas semanas?

—No lo conoces —insistió Charlie.

—Tienes razón —aceptó Cameron—. Y tú tampoco. Mira, Charlie, tienes que entender. Estas reuniones... estamos intentando dar a conocer Bitcoin. No queremos que sea una novedad de circo basada en una ideología marginal. Si esto va a ser oro 2.0, tiene que atraer a todo el mundo. Los bancos de inversión no van a establecer mesas de negociación para un activo comercializado por narcotraficantes que se supone debe acabar con los gobiernos.

Charlie se frotó los ojos.

—Ninguno de nosotros es traficante de drogas.

—Ahora mismo, eso es exactamente lo que pareces. Tienes que cambiar de actitud.

Cameron sintió que su respiración se tranquilizaba. Sólo el hecho sacarlo a la luz, ayudaba, como destapar una botella de refresco. Se dio cuenta de que Tyler no había terminado con la discusión del consejero delegado, pero por ahora, habían dejado claro su punto de vista. Con suerte, habría llegado donde corresponde.

—Para eso estáis vosotros —respondió Charlie—. Sois los principales ponentes.

Cameron tuvo que concederle ésa. Se suponía que Cameron y Tyler eran los embajadores listos para acaparar las cámaras, lo que liberaba a Charlie para ser el cabecilla de la atracción secundaria.

Un papel que parecía dispuesto a desempeñar.

—Vamos a etiquetar esto como una experiencia aleccionadora —propuso Cameron, antes de que su hermano pudiera terminar con una observación mordaz—. Asegurémonos de comportarnos lo mejor posible en la conferencia.

Todavía faltaban meses para eso, pero si Charlie llegaba a Bitcoin 2013 como lo había hecho a la reunión que se les acababa de escapar, no había forma de saber los problemas que causaría. Pero, de nuevo, como él mismo había dicho: Charlie no iba a pronunciar el discurso de apertura, sino ellos.

Charlie estiró el brazo para estrecharles las manos.

—Tenéis razón, por supuesto. Lo que acabo de hacer ahí dentro es imperdonable. Y no volverá a pasar. De verdad, sólo ha sido un bache.

Tenía las manos húmedas y temblaba como la primera vez que se vieron.

Pero mientras Cameron lo observó caminar por la avenida Lexington, la parva silueta de Charlie se dedicaba a pavonearse, no había otra forma de describirlo.

18
LUCES DE NEÓN

Casi dos semanas después, la farsa de reunión con Abercrom se había desvanecido en un mal recuerdo. Tyler se sentó en un Starbucks, observando por el ventanal a la multitud de turistas y habitantes de Manhattan que se movían a lo largo de la calle Ocho. Era inusual para él elegir una mesa tan visible donde quedaba tan expuesto, pero el local estaba lleno de gente para ser un martes a las once de la mañana, y, por otra parte, estaba en Astor Place, uno de los lugares más animados de la ciudad, justo en el centro del East Village y a un tiro de piedra de la Universidad de Nueva York. Tyler había elegido la mesa, pero no el Starbucks en cuestión. Buscó entre la multitud que estaba fuera alguna señal de su presa.

—Ahí está —dijo Cameron, señalando en la dirección de un apuesto hombre que se dirigía hacia ellos a través del atasco de los adictos al café.

Alto, con el pelo ligeramente plateado y una estructura facial cincelada sobre una mandíbula muy cuadrada, llevaba lo que parecía ser un traje de Savile Row y un fular al cuello: parecía salido de una novela de F. Scott Fitzgerald. Sin duda, de otra época, y sólo a medida que se acercaba Tyler alcanzó a apreciar las arrugas alrededor de los ojos, el registro celular de la distancia psíquica que había recorrido en sus cincuenta y tantos años.

—Muchachos —dijo. Tomó el asiento que Cameron le ofreció y sonrió ante la bollería y las bebidas repartidas por toda la mesa—.

Vaya bufet que os habéis montado. Espero no haberos hecho esperar demasiado.

—Acabamos de llegar —mintió Tyler.

Matthew Mellon II era el tipo de hombre al que no te importaba esperar. Descendía de dos de las familias financieras más prominentes del país: por parte de su padre, el juez Thomas Mellon fundó el Mellon Bank en 1869, uno de los bancos más grandes del mundo, que en 2006 se fusionó con el Bank of New York, la compañía más antigua de Estados Unidos, para convertirse en el Bank of New York Mellon. Por parte de su madre, era descendiente directo de Anthony Joseph Drexel, el fundador de Drexel Burnham Lambert, un banco de inversión de Wall Street creado en 1935 que quebró cincuenta y cinco años después, en 1990, tras el procesamiento y condena de su gestor de negocios Michael Milken, apodado el «rey de los bonos basura».

Así que Mellon había nacido en la realeza bancaria, y con eso había padecido todos los altibajos que uno podría imaginar. Su padre se había suicidado cuando Matthew estudiaba en la Escuela Wharton de la Universidad de Pensilvania. Durante su último año, el joven Mellon heredó 25 millones de dólares a la edad de veintiún años. No tardó en comprarse un apartamento de seis habitaciones fuera del campus, un Ferrari rojo y un Porsche negro.

Después de graduarse, decidió labrarse su propio camino y se mudó a Los Ángeles. Había querido ser actor, modelo y diseñador antes de convertirse en empresario. Al igual que su padre, sufría un trastorno bipolar y había librado batallas públicas con varias adicciones. A pesar de sus problemas, era uno de los pensadores del mundo de los negocios más encantadores y creativos del país y, lo que es más importante, uno de los más abiertos de mente. Había cofundado Jimmy Choo, una empresa de calzado de alta costura,

con su exesposa Tamara Mellon, a quien había conocido en una reunión de Narcóticos Anónimos. En 2017, Michael Kors Holdings compró Jimmy Choo por más de 1.000 millones de dólares. Pocas personas en el mundo entendían mejor que Matthew Mellon II la diversidad del mundo de las finanzas, la moda, el entretenimiento y la política.

Mellon encajaba a la perfección en la gira Bitcoin de Tyler y Cameron. Aunque por lo general se reunían con instituciones como fondos de cobertura, empresas comerciales propias, empresas familiares y otras compañías financieras, habían decidido ampliar su cobertura hasta la conferencia Bitcoin 2013 a cualquier persona lo bastante interesante, y lo suficientemente interesada como para contestar sus llamadas.

Era una estrategia que los había llevado ante gente bastante espectacular. Apenas unos días antes, habían cenado con Richard Branson, el multimillonario de Virgin, en el Soho Beach House de Miami. Durante la cena, utilizaron parte de sus bitcoins para precomprar los billetes de 250.000 dólares en Virgin Galactic, la empresa de Branson que planea proporcionar vuelos espaciales suborbitales. Con sólo unos pocos golpecitos en sus iPhones, Tyler y Cameron pasaron a ser futuros astronautas, los números 700 y 701.

Branson ya participaba activamente en Bitcoin mediante su inversión en una empresa llamada BitPay, que ayudaba a los minoristas y otros comerciantes a aceptar Bitcoin como medio de pago. Después de leer el artículo de primera plana del *The New York Times* sobre el salto al vacío de los gemelos a Bitcoin, el jefe del equipo de «relaciones con los astronautas» de Branson había llegado hasta ellos a través de un amigo en común. Había reconocido el potencial valor publicitario de contactar con los Winklevoss y ver si podrían estar interesados en comprar pasajes para ir el espacio con

Bitcoin a través de BitPay, lo que dio lugar a la cena. Durante la misma, Branson les explicó que antes de emprender su viaje suborbital, tendrían que pasar una semana en la escuela de astronautas del desierto de Mojave formándose para poder ir al espacio, lo que esperaban que no fuera tan extenuante como entrenar para las Olimpiadas.

Pero Tyler sabía que la reunión con Mellon era distinta de las anteriores. Mellon no estaba allí para aprender, sino para confirmar lo que ya sabía. Su emoción y convicción le recordaron a Tyler cómo él y su hermano se habían sentido en los días previos a su propia inmersión en la nueva economía.

—Así está la cosa —dijo Mellon, una vez que intercambiaron amabilidades y alguna que otra historia sobre conocidos comunes—. He leído mucho desde que os pusisteis en contacto conmigo por correo electrónico y estoy más que intrigado. Creo que habéis dado con algo. Creo que habéis encontrado un cohete espacial. —Hizo una pausa—. Mi problema es que no sé cómo entrar en él.

Mellon no estaba allí porque necesitase sus conocimientos, o un curso intensivo sobre Bitcoin, sino su acceso, y, en particular, una forma segura y fiable de comprarse un asiento en el cohete, tal como ellos lo habían hecho en el de Branson.

Cameron y Tyler aceptaron de inmediato ayudar a Matthew a resolver su problema con Bitcoin. También se percataron de la importancia de la petición: si un hombre como Mellon —un descendiente de la realeza bancaria estadounidense, literalmente un descendiente de las personas que crearon el sistema bancario— tenía problemas para acceder a Bitcoin, bueno, entonces Bitcoin todavía debía resolver grandes problemas.

Después del café, los gemelos prometieron a Mellon que le presentarían a Charlie, un riesgo después de la insoportable reunión

con RRE, pero que no tuvieron más remedio que aceptar. A diferencia de los muchos magnates empresariales que habían conocido hasta aquel momento, Mellon estaba dispuesto a comprar, y a hacerlo a lo grande. Y tanto a él como a todos los demás que acabaron por lanzarse junto con los gemelos a la piscina estaba a punto irles muy bien.

—Mi familia y mis amigos van a pensar que me he vuelto loco —aseguró Mellon, sonriendo—. Y eso es mucho decir.

—La locura es algo relativo —opinó Tyler.

—Podrías empezar poco a poco, comprando un puñado de monedas —sugirió Cameron—. Observa el mercado y construye una posición paulatinamente.

—Yo no soy así, no hago las cosas así. Soy alguien del tipo todo o nada.

Tenía sentido, sobre todo en el contexto de Bitcoin. Era como un virus, o lo pillabas o no. Una vez que te quedabas enganchado, lo hacías para siempre, y no importaba cuánta gente lo llamara esquema Ponzi o burbuja de tulipán, no te ibas a dejar llevar por su opinión.

—Entonces compra tantos bitcoins como quieras —dijo Tyler.

—Quiero que sepáis que estoy a favor de Wall Street, a favor de los negocios, a favor de los bancos, a favor de Estados Unidos —aclaró Mellon—. Y creo que es justamente ahí donde Bitcoin debería habitar.

Mellon era un creyente, pero era un creyente forjado a imagen de los gemelos, no a la de Ver o Voorhees. Sabía que Bitcoin tenía que encontrar su lugar dentro del marco financiero existente. Facebook no había hecho desaparecer internet, sólo lo había empujado en una dirección que funcionaba para Facebook.

En lo que respecta a los gemelos, la divulgación de la historia de Bitcoin era sólo el primer paso del viaje. Hacer que la gente entrara en Bitcoin era el siguiente, y no resultaba ninguna coincidencia que pasaran la mayor parte de su tiempo hablando sobre Bitcoin en Nueva York, que era la zona cero del sistema financiero mundial, donde todo comenzó. En 1792, veinticuatro agentes de bolsa firmaron el Acuerdo Buttonwood bajo un sicomoro (*buttonwood* en inglés) ubicado fuera del 68 de Wall Street, creando la Bolsa de Nueva York.

No importaba lo que creyeran los ideólogos, no importaba lo mucho que graznaran sobre derribar bancos y gobiernos, los gemelos sabían que, si Bitcoin quería tener éxito, Wall Street iba a tener que involucrarse.

Después de que Mellon se fuera, mezclándose con el tráfico peatonal en Astor Place, Tyler se volvió hacia su hermano.

—Llamemos a Charlie —propuso Tyler.

Aunque tenían reservas acerca de que Charlie fuera el intermediario de Mellon, la alternativa era enviarlo a Mt. Gox, lo que planteaba una serie de riesgos muy diferentes potencialmente aún peores que los de su niño prodigio consejero delegado. En cualquier caso, Charlie debería poder ayudar a Mellon a comprar una cantidad significativa de bitcoins, de la misma manera que lo hizo con ellos.

Cameron marcó el número, esperó, hizo una mueca.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tyler.

—No está en la oficina.

—¡Qué novedad! —respondió Tyler con sarcasmo.

—No, quiero decir que me da un tono de llamada internacional.

—¿Qué?

—Debe de estar fuera del país.

—¿Estás de coña?

¿El chico se había ido de la ciudad sin avisarles? ¿Su director general?

—¿Dónde diablos está? ¿Cómo se le ha ocurrido pensar que es una buena idea? Tiene un negocio que dirigir.

—Te daré una pista.

19
A ESTE LADO DEL PARAÍSO

Charlie se inclinó sobre el balcón de plexiglás y observó las luces parpadeantes de una ciudad moderna y tropical, rascacielos de última generación entreverados con edificios de estilo hacienda con ventanas en arco y techos de tejas. Dondequiera que miraba, había grúas, los pertrechos de una floreciente economía en ascenso.

Tenían que ser más de las tres de la madrugada, pero la ciudad estaba cobrando vida. Parte de Charlie quería volver allí, entre los coches, el esmog y la gente, la energía de las discotecas, cafés y restaurantes abarrotados de gente que se alineaban en lo que era un genuino barrio rojo. Y otra parte de él se contentaba con verlo todo desde el balcón de su ático compartido de dos pisos. Después de todo, ¿por qué ir a la fiesta, cuando la fiesta tenía tantas ganas de venir a ti?

La terraza daba la vuelta al edificio y ofrecía vistas de casi 360 grados de la ciudad de Panamá; desde el océano Pacífico y el famoso canal, hasta el ondulante verdor que se eleva al otro lado de la ciudad vieja. Pero la vista desde el balcón no le iba a la zaga a la del propio balcón. Contó al menos nueve mujeres —panameñas, colombianas, costarricenses y mexicanas— entremezcladas con sus amigos. Todas ellas impresionantes; y el efecto combinado de tantos olores de perfume diferentes se había convertido en algo palpable.

La chica junto a Charlie se llamaba Kitty y parecía ser la líder del grupo que había llegado a casa con ellos desde el club nocturno una

hora antes. Un club nocturno que ni siquiera tenía nombre, situado al final de un callejón a menos de dos calles de allí. Antes de eso, habían pasado la mayor parte de la noche en el casino Veneto. Sus paredes exteriores de estuco rosa y su enorme y llamativo letrero de neón en la puerta se habrían sentido como en casa en Fremont Street, Las Vegas.

Charlie no estaba seguro de quién había sido la idea de trasladar el circo ambulante a su casa. Definitivamente, no las había invitado él ya que, aunque Courtney no estuviera en Panamá en ese momento, ella era (y siempre sería) su todo. En algún lugar del interior de la vivienda, en la cocina del primer piso del ático, su mayordomo estaba haciendo empanadas; sí, venía un mayordomo con el alquiler del apartamento. El olor a carne frita y huevo hervido se colaba por las puertas dobles abiertas que conducían al lugar donde Charlie y los demás estaban reunidos.

Charlie no hablaba español, así que no podía seguir propiamente todo lo que ella decía mientras describía la parte de la ciudad donde se encontraba el ático. Pero había leído una guía durante el vuelo desde el aeropuerto JFK, y sabía que el barrio de lujo El Cangrejo había sido fundado por inmigrantes judíos hacía más de medio siglo. La ciudad aún mostraba muchas pistas sobre sus habitantes originales. De hecho, ese mismo día, a pocas manzanas de allí, Charlie había pasado junto a una enorme estatua de piedra de la cabeza de Albert Einstein, en el jardín de lo que parecía ser un edificio de apartamentos.

Desde la década de 1950, la mayoría de los judíos se habían mudado, y el barrio era ahora diverso, cosmopolita y con mucha vida.

Esta parte de Centroamérica era realmente el salvaje Oeste: parecía no haber ninguna ley, por lo menos leyes que uno tuviese

que seguir. Casi todo era negociable. No sólo la prostitución era completamente legal, también las leyes bancarias de Panamá eran algunas de las más laxas —o, se podría decir, «innovadoras»— del mundo. La ciudad estaba llena de empresas que se enfrentarían a un escrutinio mucho más riguroso si estuvieran ubicadas en cualquier otro lugar. Compañías de póquer online, apuestas deportivas, facilidades de préstamo de dinero, y ahora un número creciente de compañías Bitcoin, grandes y pequeñas.

Charlie miró a Ver, Erik Voorhees e Ira, reunidos en torno a un ordenador portátil abierto e ignorando a las chicas. No era ninguna sorpresa que Ver y Voorhees hubieran gravitado hacia Panamá. Sus leyes y costumbres encajaban a la perfección con su sistema de creencias. Desde el momento en que se habían bajado del avión, procedentes de Nueva York, Voorhees había comenzado a planear hacer permanente su estancia en el país centroamericano. Tener un jefe de marketing viviendo a miles de kilómetros de distancia, en otro continente, quizá no fuese lo ideal, pero en la época de Bitcoin, Charlie pensó que no había ninguna razón real por la que todos ellos tuviesen que permanecer en la misma ubicación física.

Por su parte, Charlie había dejado Nueva York básicamente por capricho, para ir con sus amigos. Había evitado revisar su correo electrónico desde su llegada allí: sabía con exactitud lo que encontraría. A regañadientes, se apartó del balcón y sacó su propio portátil de debajo de una de las sillas del salón, entre dos tobillos desnudos y bronceados. Encontró un lugar tranquilo cerca de donde estaban sentados sus compañeros.

Allí estaban: Cameron Winklevoss. Tyler Winklevoss. Cameron Winklevoss. Tyler Winklevoss. Múltiples correos electrónicos de ambos gemelos, todos ellos marcados como urgentes.

Por algún motivo, incluso sus nombres parecían enfadados. Pudo imaginárselos tecleando cuando empezó a leer sus mensajes, tal vez en sus nuevas oficinas acristaladas en Winklevoss Capital, puede que en su casa en Greenwich, quizá en casa de sus padres en los Hamptons. Sentados frente a frente mientras lo hacían, sus rostros igual de lívidos.

Para ser justos, tal vez debería haberles avisado de que se iba de la ciudad y se dirigía a Panamá. Pero sabía que eso no era más que parte del problema. Para ellos, no se trataba sólo que estuviera en Panamá, sino también que estuviera allí con Voorhees, pero sobre todo con Ver.

Sinceramente, la invitación había llegado justo cuando más la necesitaba. No era sólo la lamentable reunión a la que había asistido después de la noche de fiesta; sabía que los gemelos tenían razones para reprenderlo por su comportamiento. Eran las constantes llamadas telefónicas, los correos electrónicos, el continuo aumento de sugerencias que en realidad no eran tal; claro, Tyler y Cameron eran los principales inversores en BitInstant, pero, ¿les daba eso derecho a controlar cada detalle de la vida de Charlie, como si fuera una especie de delincuente de doce años?

No tenía ninguna duda. Si fuera por los gemelos, ya lo habrían reemplazado como consejero delegado por alguien con traje, o al menos con una chaqueta que le quedara bien.

—Mira, Charlie —dijo Ver desde su tumbona, como si pudiera leer los pensamientos de preocupación de su amigo—. Creo que los estoy viendo remar por el canal. En cualquier momento subirán escalando por el lado del edificio para arrastrarte de vuelta a Nueva York.

—Hay mucho sitio, se pueden unir a nosotros —bromeó Voorhees —. Creo que hay un sofá cama en la sala del segundo piso.

Charlie siguió echando un vistazo a sus correos electrónicos.

—Creo que esta vez me he pasado. Están cabreadísimos.

—Quizá sea algo bueno —dijo Ver—. Puede que sea el golpe que los devuelva a Greenwich.

Últimamente, las cosas habían estado muy caldeadas entre los gemelos, Charlie y sus socios. Tyler y Cameron habían empezado a ver a Voorhees e Ira como personas a las que se les pagaba como empleados a tiempo completo, pero que sólo trabajaban a tiempo parcial mientras concebían sus propios proyectos, uno de los cuales era un sitio de juegos de azar de Bitcoin. Los gemelos creían que BitInstant requería empleados con dedicación exclusiva, no personas con un pie dentro y otro fuera. Así lo abordaban todo, y Charlie podía entenderlo: uno no llega a unas Olimpiadas trabajando a tiempo parcial.

Ver, por otro lado, pensaba que los chanchullos secundarios de Erik e Ira no eran asunto de los gemelos; lo que fuera que estuvieran ideando sólo favorecería el ecosistema en general y BitInstant con él; pero era obvio que el desacuerdo de Ver con los gemelos iba mucho más allá de los negocios. A medida que Bitcoin crecía, Ver se había vuelto cada vez más explícito acerca de sus creencias: o estabas de acuerdo con ellas, o eras el enemigo.

Charlie comenzó a escribir una respuesta a uno de los furiosos correos electrónicos, pero se detuvo, porque no estaba seguro de poder escribir algo para mejorar las cosas, o para calmar a Cameron y Tyler. Sabía que tenían que intentar resolver esto cara a cara. Y ésa era parte de la razón por la que se había escapado a Panamá. Era consciente de que tenía pendiente un encuentro especialmente difícil con ellos.

—¿No ves hacia dónde se dirige todo esto? —preguntó Ver—. Quieren que te metas en la cama con los banqueros y los

reguladores.

—Quieren que Bitcoin tenga éxito —replicó Charlie—. Sólo tienen una visión diferente de cómo conseguirlo.

—Si tú lo dices —dijo Ver—. A veces es difícil saber quiénes son los bárbaros y quiénes vigilan las puertas.

Batallas filosóficas aparte, cuanto más éxito tenía BitInstant, menos contentos parecían los gemelos con la forma en que Charlie dirigía la empresa. Le habían dicho que tenía que olvidarse de viajar, dejar de ir de fiesta, que debía permanecer en Nueva York y ocuparse del negocio. Pero ellos no comprendían que BitInstant era su billete de salida al amplio mundo y a todas sus fiestas, por lo que no iba a quedarse encadenado a un escritorio en Nueva York. Claro, la compañía tenía sus problemas, pero seguía siendo un gran negocio. Sólo tenían que dejarle hacer lo que estaba haciendo. No era necesario reparar lo que ya funcionaba.

Charlie sabía que necesitaba sentarse a hablar con los gemelos y ofrecerles en sacrificio una nueva estrategia para el futuro. Algo importante a discutir era la relación de BitInstant con el software de pagos que Voorhees e Ira habían desarrollado, y que BitInstant utilizaba en la actualidad para procesar sus transacciones. Los gemelos aún no lo sabían, y Charlie tenía que encontrar un modo de decirles que, bueno, el software no era propiedad intelectual de BitInstant, sino que pertenecía a Voorhees y a Ira, porque lo habían concebido aparte de sus obligaciones en la empresa. A la luz de esto, y aunque puede que desde el punto de vista de los gemelos no fuese ideal, Charlie había ideado un plan para pagar a Voorhees e Ira con algunas de sus acciones de BitInstant, de modo que la compañía pudiera seguir utilizando su software y problema resuelto. Todo lo que los gemelos tenían que hacer era autorizarlo. Voorhees

incluso había redactado un plan de negocios que lo explicaba todo, algo que él llamaba el «Frente Unido».

En cuanto estuvieran reunidos en una habitación, podrían llegar a un entendimiento, a una reunión de mentes, y juntos hacer crecer BitInstant hasta ser el gigante que todos habían imaginado desde el principio.

Ver tenía otra idea bien distinta. Creía que BitInstant debía trasladarse aquí, a Panamá. «En Panamá, no encierran a nadie por ser un adulto y tomar decisiones adultas por sí mismo» era su cantinela. Era una visión que cada vez más compartía Voorhees, así como otro amigo que se había unido a ellos en la capital panameña, un magnate en ciernes de Bitcoin llamado Trace Mayer, tan anarcocapitalista como cualquiera de ellos. Mayer había estado involucrado en el mundo de la criptografía desde los primeros tiempos y creía, como Ver, que el gobierno era innecesario en cuestiones financieras, que los incentivos financieros por sí solos eran suficientes para ayudar a guiar y gobernar la naturaleza humana hacia resultados positivos.

Los tres promulgaban cosas muy interesantes; puede que el constante aluvión de filosofía hubiera operado un cambio en el propio pensamiento de Charlie. Por ejemplo, el problema con BTCKing, que seguía siendo uno de los mayores clientes de la empresa: tras haber apartado y amonestado en un principio al revendedor de bitcoins, Charlie le había asegurado en privado que era bienvenido de nuevo. Y desde entonces, BTCKing había regresado con toda su fuerza. En el último año había realizado una enorme cantidad de volumen; al revisar su lista de transacciones, Charlie pudo ver que el cliente anónimo ya había entregado cerca de 900.000 dólares, comprando bitcoins a un ritmo constante, pero planificando sus compras de manera que parecía ocultar el volumen

de sus operaciones. Gareth, que por lo general no acostumbraba a meterse en asuntos como éste, se había mostrado preocupado desde Gales ya que creía que un volumen tan grande por parte del revendedor sólo podía significar una cosa: BTCKing estaba comprando bitcoins para vendérselos a gente que quería comprar en lugares como Silk Road.

—No ha quebrantado ninguna ley y, además, Silk Road, en sí misma, no es ilegal —le había escrito Charlie en un correo electrónico—. Tampoco tenemos ninguna regla contra los revendedores. Sacamos buenas ganancias de ellos.

Obviamente, aquel correo electrónico no fue suficiente para disipar las preocupaciones de Gareth. Allí mismo, en el balcón, Charlie vio en su bandeja de entrada otra misiva de su socio, donde revelaba su preocupación por que BTCKing estuviera traspasando los límites de la legalidad.

—Muchas de sus transacciones huelen a fraude o a lavado de dinero —advertía el correo electrónico de Gareth.

Sentado en el balcón, con el olor a empanadas flotando en el aire, Ver y Voorhees hablando de cómo debería funcionar el mundo, los gemelos enviándole un correo electrónico sobre cómo funcionaba el mundo, imágenes de bárbaros en las puertas y chicas en minifaldas bailando en su cabeza, Charlie se inclinó y tecleó una única y sucinta respuesta a Gareth.

—Guay.

Cerró el portátil y trató de olvidar sus problemas, aunque sólo fuera por una noche. La escapada a Panamá le había sentado bien, liberado, pero sabía que la sensación no podía durar. Pronto tendría que volver a Nueva York, enfrentarse a los gemelos y ofrecerles el Frente Unido de Voorhees. Tenía que encontrar el modo de contentar a todos.

O eso, o regresaría a Panamá y procuraría un lugar permanente en el que quedarse.

Sin importar qué pasara, una cosa era segura, y es que había un lugar en el que Charlie Shrem no pensaba acabar: de vuelta en el sótano de su madre.

20
EL FRENTE UNIDO

No era una jaula del tigre acristalada rodeada de abogados. No se esposó a nadie a ningún dispensador de agua, y en esta ocasión entraron los dos en el escenario, no sólo Cameron. Pero mientras Tyler seguía a Charlie Shrem, Erik Voorhees, el abogado externo de BitInstant, y a su hermano a la sala de conferencias de la sede de BitInstant, donde ya había varias copias de la propuesta denominada Frente Unido alrededor de una mesa de conferencias rectangular, las hojas aún calientes de la impresora, Tyler tuvo la extraña sensación de que iba a ser objeto de una emboscada. Alguien estaba a punto de intentar «follárselos vivos».

Cuando la puerta se cerró, Charlie se puso al frente de la reunión y echó a rodar la pelota. No se disculpó exactamente por haberse largado a Panamá, o por los recientes problemas que el sitio volvía a tener, a los que sólo se refirió de pasada, como si al final no tuvieran sentido. Ni mencionó los crecientes problemas con Obopay, que, a los pocos meses, ya amenazaba con romper el acuerdo con BitInstant, algo que pondría en peligro la personalidad jurídica de la empresa como transmisora de dinero. Pero sí reconoció que había llegado la hora de poner en marcha una estrategia actualizada, de desarrollar una nueva base para BitInstant. Con ese fin, dijo, señalando la copia impresa del Frente Unido, tenía un plan para fusionar oficialmente el software de pagos de Voorhees e Ira en BitInstant, para que todos ellos fueran una gran familia feliz.

Y a partir de ahí, la reunión se fue a pique. Para sorpresa de Tyler, fue su hermano, por norma general mucho más tranquilo, quien tomó el documento del Frente Unido de la mesa, le echó un vistazo —aunque ya lo habían leído cuando Charlie se lo envió por correo electrónico días antes— y lo arrojó contra éste, dándole justo en el pecho.

—Estás de broma, ¿no? —dijo Cameron—. Nadie de los que estamos aquí es familia tuya. En esta estancia, en esta oficina, Erik e Ira no son tus amigos, son tus empleados. Esto no es una cuestión de estilo de vida, es una cuestión de negocios. No debería haber ninguna discusión sobre si su software es parte de BitInstant, porque siempre ha sido parte de BitInstant, nuestros dólares pagaron su desarrollo. Pero lo más importante es que esta reunión no tiene nada que ver con el software. Se trata de ti, y de cómo diriges esta compañía.

Tyler quería intervenir, pero sabía que las cosas se iban a intensificar demasiado rápido si lo hacía. Puede que Charlie no se diera cuenta, pero, para los gemelos, aquella reunión no tenía nada que ver con ningún software que Voorhees e Ira hubieran ideado, que en sus mentes BitInstant ya poseía; tampoco se trataba de la excursión no anunciada a Panamá, por poco profesional que hubiera sido. Para los gemelos, aquélla iba a ser una reunión correctiva. Se habían pateado medio país reuniéndose con los principales nombres del mundo financiero mientras Charlie se divertía, se presentaba a las reuniones en baja forma, y absorbía cualquier delirante estupidez que Ver y Voorhees le pusieran por delante.

A esas alturas, era su dinero el que mantenía las puertas abiertas y las luces encendidas, no el de Roger Ver. Y eso les daba el derecho —el deber— de tratar de mantener a Charlie bajo control. Charlie

tenía que entenderlo: BitInstant no era su hucha personal, ni un fondo para su viaje de autodescubrimiento.

Tyler le hizo una señal a su hermano para que frenara un poco y luego pidió tener un minuto a solas con Charlie. Cameron se sentó furioso junto a una de las ventanas que daban a la calle Veintitrés. Tenía mucho por lo que estar enfadado: BitInstant había gastado mucho dinero en muy poco tiempo, y Charlie andaba por ahí divirtiéndose sin preocupaciones, casi alucinando. Ahora intentaba modificar la estructura accionarial para dar cuenta de cierto software que sus propios empleados habían desarrollado en las oficinas de BitInstant, a cargo de la empresa (y de los gemelos). Por lo que a Tyler y Cameron respectaba, ese software estaba incluido en lo que ellos habían financiado.

Tyler se llevó a Charlie al fondo de la habitación; era consciente de que con toda probabilidad Voorhees y los demás aún podían oírlo, pero en realidad no le importaba.

—Como consejero delegado de BitInstant debes pensar en qué es lo mejor para la empresa, no para tus amigos. Necesitas separar ambos.

Tyler trató de hablar con calma y precisión.

—Bueno, son empleados, pero también son familia —fue la respuesta de Charlie.

—No. Erik e Ira trabajan para ti. Roger Ver es dueño de un porcentaje de la compañía. Nosotros tenemos un porcentaje mayor de la compañía. Y ninguno es familia. Si resulta que nos hacemos amigos a raíz de trabajar juntos, entonces genial, pero la amistad no es la meta, es la consecuencia. Esto no es un equipo de bolos, tenemos juntos un negocio.

—Es lo mismo.

—No, no lo es. Hay que establecer límites profesionales.

Charlie miró hacia Voorhees, que fingía hablar con el abogado, y a Cameron, que fingía mirar por la ventana. Tyler le puso una mano a Charlie en el brazo.

—Es hora de que tú y BitInstant crezcáis.

—Esto es por Roger, ¿no?

—No, no tiene nada que ver con Roger, ni con Erik, ni con nadie más... se trata de ti. Mira cómo diriges este lugar. Eres el responsable de la verificación de cumplimiento. No estás protegiendo tus licencias. No tienes ninguna relación con tus bancos. Te pasas las noches en un club, o fuera con la camarera, o en la maldita Panamá. ¿En qué momento vas a asumir la realidad? ¿Cuando sea demasiado tarde?

Charlie tenía los hombros encorvados, pero en actitud desafiante.

—Salgo a hacer contactos. Es importante para mí ser visible en la comunidad.

—Charlie, fumas y bebes en las conferencias hasta que apenas puedes ver bien. ¿Crees que eso es lo que Bitcoin necesita en estos momentos? Intentamos que la gente lo vea como algo legítimo.

Parecía que Charlie fuera a decir algo, pero se contuvo. Tyler podía adivinar en qué estaba pensando el chico consejero delegado: ¿qué diría Roger Ver?

—Si sigues así —siguió diciendo Tyler, más fuerte de lo que quería, pero no pudo evitarlo—, vas a terminar como Roger.

—Me encantaría terminar como Roger —respondió Charlie en voz baja—. Me encantaría terminar como...

—Un delincuente.

Tyler volvió a unirse al grupo, pero Charlie se quedó al fondo de la sala, en su propio mundo.

Entonces habló Voorhees.

—Éste podría ser el momento adecuado para presentar mi renuncia. En lugar de causar más problemas, Ira y yo nos podemos ir.

Aunque Tyler y Cameron habían discutido previamente la posibilidad de perder a Voorhees e Ira si no estaban dispuestos a unirse a BitInstant a tiempo completo, no esperaban que eso llegara a su desenlace allí mismo, en aquel momento, durante esa reunión.

Por otro lado, tenía sentido. Para empezar, Voorhees nunca había metido los dos pies dentro de la compañía, y hoy en día tenía una buena razón para que quedasen fuera. Era listo, quizá demasiado para ser un tipo de marketing que trabajaba para Charlie Shrem. Pero lo más importante, su proyecto paralelo, SatoshiDice, había ganado tanta popularidad en la comunidad Bitcoin que representaba un porcentaje significativo de las transacciones totales de Bitcoin. No tenía sentido que se quedara como empleado cuando ya era el fundador de su propia empresa en rápido crecimiento.

—Nadie tiene que irse —dijo Charlie, claramente consternado por el giro de los acontecimientos. Luego se volvió hacia Tyler y Cameron—: Tal vez Roger os pueda comprar vuestra parte.

Era difícil saber si Charlie estaba tomando partido, o sólo reaccionaba con emoción.

—Roger no le va a comprar su parte a nadie —aseguró Cameron enfadado.

De hecho, Ver se había ofrecido a comprar su parte por un 10 por ciento más de lo que ellos habían pagado; en su defecto, Ver les había ofrecido su parte por 2 millones de dólares. Estaba en consonancia con la personalidad de Ver explorar todas las opciones. Aunque ellos no tenían ninguna intención de hacer ningún trato con él.

—Chicos —dijo Charlie, pero Tyler ya se dirigía hacia la puerta.

Cameron siguió a su hermano fuera. Charlie se apresuró detrás, todavía hablando, divagando sobre cómo aquello no tenía que llegar tan lejos, que nadie debía renunciar, que podían resolverlo. Charlie parecía aún más pequeño de lo normal mientras negociaba, desinflado. Tal vez pensara de verdad que las cosas podían solucionarse con un par de apretones de manos y sonrisas.

—A veces, en el remo —dijo Tyler—, hay alguien en tu bote que frena a todo el grupo. Puede tener buenas intenciones. Quizá se esfuerce tanto, o incluso más, que los demás, pero eso no importa, les pesa a todos. Llamamos a ese tipo el ancla.

Y con eso, los gemelos abandonaron el edificio.

En la calle, los Winklevoss comenzaron la caminata de dos minutos de regreso a su oficina. Ninguno de los dos habló durante los primeros sesenta segundos. Tyler no esperaba que la reunión terminara de ese modo, pero no estaba del todo descontento. Tal vez las duras palabras o la perspectiva de perder a Erik e Ira fuera exactamente lo que Charlie necesitaba para recapacitar y comenzar a actuar como un verdadero consejero delegado.

Sintió el proverbial zumbido en el bolsillo. Esperaba algún tipo de misiva de Charlie, tal vez un último intento de mantener la «familia» intacta. En cambio, bajó la mirada para ver un correo electrónico de una dirección desconocida. Intrigado, lo abrió.

Y luego se detuvo en medio de un cruce de peatones.

Cameron avanzó unos pasos hacia delante antes de notar que había perdido a su hermano.

—¿Qué haces? Te van a matar.

Tyler le hizo una señal para que se acercara y le pasó el teléfono.

—¿Qué es esto?

—Es una invitación. Algo en San Francisco.

Cameron miró el misterioso correo electrónico en el teléfono de Tyler.

El correo era sucinto, de alguien que no conocían. Probablemente alguien que trabajaba para otra persona. Pero ésa no era la única parte misteriosa. La invitación era para el 16 de mayo en San Francisco a las seis de la tarde, un día antes de su discurso de apertura en Bitcoin 2013. Aparte de la fecha, hora y lugar, no había más detalles. El mensaje decía sin más:

Buscad el bloque Génesis en el 631 de la calle Folsom... foto adjunta.



Tyler levantó la vista del teléfono.

—El bloque Génesis —dijo.

Era el nombre utilizado en la comunidad para describir el primer bloque de la blockchain Bitcoin, minado por el propio Satoshi en

2009.

Todo de repente cobró cierta perspectiva —Charlie, BitInstant, el caos de la reunión que acababan de abandonar—, debido a ese breve y extraño correo electrónico. Tanto si Erik e Ira dejaban la compañía como si no, Tyler creía que al menos habían logrado poner sobre aviso a Charlie. Solucionaría las cosas y se convertiría en el consejero delegado que necesitaba ser, o los gemelos encontrarían una manera de arreglarlas ellos mismos, sin él.

Pero, eclipsando esos pensamientos, el extraño correo electrónico le recordó a Tyler aquel primer momento en Ibiza, cuando sintió que se asomaban a la madriguera de un conejo para ver algo que al resto del mundo, de algún modo, se le había escapado.

La bocina de un taxi procedente de la esquina irrumpió en su contemplación, y tiró de su hermano hacia la acera.

—Vamos a tener que reservar un vuelo anterior a California.

21
DETRÁS DE LA PUERTA

Dieciséis de mayo de 2013.

Seis de la tarde en punto.

Rincon Hill, sur de Market Street, San Francisco.

Un área en su mayor parte residencial de apartamentos extremadamente caros. Su destino parecía ser un rascacielos con un vestíbulo anodino y un conserje con cara de aburrido tras una mesa, que no tenía idea de lo que Cameron y Tyler andaban buscando. Tuvieron que volver a la calle y escudriñar la fachada del edificio, para encontrarlo a la vista de todos: una sola puerta, con un pequeño letrero pegado con cinta adhesiva en el que se leía EL BLOQUE GÉNESIS.

—Ojalá Naval nos hubiera dado una pequeña pista sobre en qué nos estamos metiendo —susurró Tyler a Cameron.

El susurro fue con toda probabilidad exagerado, pero algo acerca de lo misterioso del momento, la energía, lo hizo sentir bien. Bitcoin 2013 —que comenzaba al día siguiente— se había precipitado hacia ellos con mucha fanfarria, publicidad y preentrevistas. Más de mil personas participarían en el asalto al centro de convenciones de San José, un incremento bastante grande en comparación con los ochenta asistentes que habían participado el año anterior. Incluso algunos medios de comunicación importantes estarían allí. Desde lo de Chipre, que había hecho que se disparara el precio de Bitcoin, la

gente estaba prestando atención. Pero aquello —el Bloque Génesis —, lo que sea que fuera, era otra cosa.

—Una invitación críptica a una entrada críptica. Tiene sentido, considerando el tema.

No había sido difícil rastrear al creador de la invitación por correo electrónico. Al buscar en Google el nombre del asistente que había enviado la invitación, descubrieron que provenía de Naval Ravikant, un inversor ángel y empresario. Ravikant era un brillante intelectual con títulos en economía e informática por la Universidad de Dartmouth, que había invertido en numerosos éxitos tecnológicos a lo largo de los años.

Los gemelos habían conocido a Ravikant unos meses antes en una cena tecnológica en Nueva York organizada por Joe Lonsdale, un prodigio por derecho propio. Había hecho prácticas en PayPal cuando aún era estudiante en Stanford, pasó a trabajar en el fondo de cobertura de Peter Thiel, Clarium Capital, para más tarde cofundar Palantir Technologies con Thiel y Alex Karp. Tanto Lonsdale como Thiel eran genios del ajedrez conocidos por enfrentarse entre sí durante horas y horas. El propio Thiel era, por supuesto, una leyenda de Silicon Valley por haber fundado PayPal, y era considerado el «don» de la «mafia de PayPal», un grupo de exempleados de la compañía y fundadores de una serie de empresas que habían cambiado el mundo. Formaban parte del grupo, Elon Musk (Tesla, SpaceX), Reid Hoffman (LinkedIn), David Sacks (Yammer), Ken Howery (Founders Fund), Max Levchin (Yelp), entre otros. Da la casualidad que Thiel también fue el primer inversor en Facebook; convirtió un cheque de 500.000 dólares en una inversión de 1.000 millones de dólares.

Durante la cena, Naval habló a los gemelos sobre la compañía que había cofundado en 2010, llamada AngelList, un lugar de

encuentro para inversores y emprendedores, algo que *Business Insider* llamó una vez «Match.com for investors». Más tarde, los gemelos escucharon cómo Naval explicaba Bitcoin (y lo explicaba bien) a otro invitado a la cena, Garri Kaspárov, el gran maestro del ajedrez y activista político ruso.

Esa cena fue la primera vez que los gemelos escucharon a alguien del *establishment* de Silicon Valley hablar seriamente sobre Bitcoin. Después de que la conversación finalizara, los gemelos y Naval habían intercambiado información de contacto. Aparte de eso, no tenían ni la más remota idea de por qué Naval se había puesto en contacto con ellos, o qué estaban haciendo en San Francisco la noche anterior a su discurso de apertura. Creían sin más que era acertado estar allí.

Tyler probó el pomo de la puerta y la encontró abierta. Daba a un espacio sorprendentemente grande, como un loft, excepto que en realidad no era un apartamento en el que viviese alguien, sino más bien una «guarida» decorada con ingenio. Tyler vio una mesa de billar de tamaño reglamentario, una mesa de póquer redonda, un par de futbolines, múltiples televisores de pantalla plana, sofás de cuero, un bar bien surtido y una escalera que conducía a una cocina y despensa elevadas.

—No somos los primeros en llegar —dijo Cameron.

Tyler había querido llegar treinta minutos tarde, pero Cameron había sostenido que la única información que tenían era la hora y el lugar, así que lo mejor era seguir las instrucciones al pie de la letra. Y al parecer Cameron tenía razón, porque ya había veinte personas allí, sentadas por los sofás y mezclándose en el bar. Algunas estaban reunidas bajo uno de los televisores, que mostraba un gráfico de precios de Bitcoin: Mt. Gox acababa de sufrir una caída de tensión que había provocado que el precio se precipitara, pero Bitcoin se

había recuperado parcialmente y estaba situado en torno a los 120 dólares la moneda.

Cuando Tyler entró en la estancia, advirtió que reconocía a muchos de los otros invitados. Con ello entendió y confirmó su sensación anterior: éste era un encuentro importante.

Antes de poder decirle a su hermano lo que estaba pensando, Naval los vio desde uno de los sofás y se acercó, y con él el coanfitrión de la noche: Bill Lee. Lee, un apuesto emprendedor e inversor taiwanés-estadounidense, había vendido su primera empresa por 265 millones de dólares durante el frenesí de las puntocom a finales de la década de 1990. Después de eso, se había mudado a la República Dominicana, donde compró un hotel y surfeó durante dos años. A su regreso, Lee apoyó sin demora las nuevas empresas de su mejor amigo Elon Musk: Tesla y SpaceX. Unos años después, se casó con la hija menor de Al Gore. Lee era con toda probabilidad una de las personas más influyentes del valle, aunque fuese prácticamente un desconocido para el mundo exterior. Tenía una imagen propia dentro de Silicon Valley, imbuida de un estilo que se alejaba mucho del de los pantalones caqui de los inversores de capital de riesgo de Sand Hill Road, o de las típicas sudaderas con capucha del equipo de Facebook. En ese momento, vestía una vieja chaqueta de cuero sobre una camiseta blanca, y un collar de cuentas alrededor de su bronceado cuello.

—Bienvenidos a la fiesta —los saludó Lee, estrechando la mano de ambos gemelos—. Por favor, servíos lo que queráis del bar y coged lo que os apetezca de la cocina. Empezaremos en unos minutos.

Mientras Lee se alejaba para dar la bienvenida a más invitados que se habían presentado detrás de los gemelos, Naval se inclinó hacia delante.

—En realidad no vive aquí. Vive arriba. Tiene un ático que ocupa casi toda la parte superior del edificio. Me alegra que hayáis venido. Ahora que habéis sido coronados como los primeros «magnate del bitcoin» del mundo, no me parecería bien que no estuvierais aquí.

—¿De qué va lo de esta noche? —preguntó Cameron.

—Bitcoiners anónimos —bromeó Naval—, un grupo de apoyo para los ingenieros y empresarios que sufren de adicción a la criptografía.

—¿Y vosotros sois los propiciadores? —preguntó Tyler.

—Exactamente. Ahora mismo, somos las únicas personas en Silicon Valley a quienes les importa la criptografía. Supongo que no habéis pasado mucho tiempo en el valle últimamente.

Era muy cierto.

—De todos modos, las personas en esta sala son en su mayoría ajenas a Silicon Valley. Ellos construyen los protocolos y las herramientas que alimentan internet, su cañería/fontanería. Podríamos incluso llamarlos los «*roadies* o pipas» de internet.

Naval tenía razón. Mientras que algunas de las caras que estaban esa noche allí eran conocidas en círculos tecnológicos más serios, y Tyler y Cameron reconocían algunas de ellas, la mayoría no eran «marcas» de Silicon Valley que la gente conociera en todo Estados Unidos, los unicornios de 1.000 millones de dólares que dominaban la escena tecnológica de la Costa Oeste. Eran, en cambio, los pesos pesados de la tecnología, que dedicaban su tiempo a trabajar en las entrañas de internet, centrándose en las capas más profundas del transporte y de la red, no en la superficie, donde vivían empresas atractivas como Facebook y Google. Eran la ingeniería equivalente de la trastienda, no los tipos brillantes de las altas instancias. A menudo les denominaban *neckbeards*; no tenían exactamente una relación directa con el cliente.

Pero cuando se dice que alguien es la persona más inteligente de una determinada estancia, bueno, ésta estaba llena de ellos. Estaban muy interesados en la criptografía, los protocolos y las redes *peer-to-peer*, así como en la codificación en lenguajes de bajo nivel como C y C++. Estaban cerca del bare metal, de los 1 y 0, bits y bytes, no de las capas abstractas y fáciles de usar.

Sin duda, Tyler reconoció a brillantes multimillonarios entre ellos, como Max Levchin, que había cofundado PayPal con Thiel. A Levchin se le atribuía haber diezmado el fraude en la red en los primeros días, y era uno de los principales miembros de la mafia de PayPal. También vio a la auténtica realeza del protocolo en forma de Bram Cohen, creador de BitTorrent y básicamente el inventor del intercambio descentralizado de archivos *peer-to-peer*. Cohen era quizá el mayor desarrollador de protocolos vivo después de Satoshi. ¿Acaso era Satoshi?, se preguntó Tyler.

Estaban allí también algunos de los primeros bitcoiners como Paul Bohm, un experto en seguridad de la información que había escrito uno de los primeros blogs en el que explicó la minería de Bitcoin; Mike Belshe, uno de los primeros ingenieros en trabajar con el protocolo SPDY utilizado por Google en su navegador Chrome; Matt Pauker y Balaji Srinivasan, que habían cofundado una empresa minera de Bitcoin llamada 21e6 (la notación científica para el número 21 millones, el número total de bitcoins que jamás podría llegar a crearse); Srinivasan también estaba en camino de convertirse en el director de tecnología de una empresa llamada Coinbase, una plataforma de intercambio de criptomonedas y en rápido crecimiento en la industria. Estaba Ryan Singer, que dirigía una bolsa de Bitcoin llamada Tradehill. Cabía destacar, quizá, a Jed McCaleb, fundador del mismísimo Mt. Gox. Había lanzado el sitio original como un portal de intercambio de Magic: The Gathering, lo

había reorientado como bolsa de Bitcoin, y luego lo había vendido a Mark Karpeles en 2011, no sin mantener una participación minoritaria, antes de embarcarse en otras empresas relacionadas con la criptografía.

Justo delante de los gemelos estaba un experto en seguridad llamado Dan Kaminsky, que había descubierto una falla en el protocolo de seguridad en el sistema de nombres de dominio (DNS, por sus siglas en inglés) que, hasta que ayudó a solucionarlo, ponía en riesgo de ser pirateados a todos los usuarios de internet. Cameron y Tyler habían leído un artículo sobre él en *The New Yorker*, que explicaba su intento fallido de piratear Bitcoin. Kaminsky era posiblemente el mayor experto en seguridad de la historia de internet, y a los gemelos les había fascinado leer la historia de cómo se había encerrado en el sótano de sus padres y había pasado semanas intentando en vano penetrar en el protocolo Bitcoin.

Kaminsky fue la primera persona con la que Tyler empezó a hablar después de separarse de Naval. Se dio cuenta de que éste llevaba tres pulseras de actividad de diferentes marcas en las muñecas: una Fitbit, una Nike FuelBand y una Jawbone UP. Tyler acorraló al experto en seguridad junto a la mesa de billar, donde McCaleb y Levchin estaban hablando sobre vete a saber qué.

—¿Para qué las tres? —preguntó Tyler—. ¿No te basta con una?

Kaminsky se encogió de hombros.

—La segunda es para saber si la primera está rota. La tercera es para saber si las otras dos mienten.

Era exactamente así como Tyler esperaba que pensase un ingeniero de seguridad, en términos de sistemas, y su tolerancia a fallos y su integridad. Durante los diez minutos siguientes, interrogó a Kaminsky sobre su intento de hackear Bitcoin: en un principio, el experto en seguridad había esperado poder introducirse con facilidad

en un código tan complejo; el hecho de que fuera tan intrincado, tan largo, significaba que debería tener muchos puntos débiles de los que aprovecharse. Pero durante los días que pasó en el sótano de sus padres, lleno de ordenadores, no consiguió nada de nada. Cada vez que creía haber encontrado algún error o debilidad, aparecía un mensaje en el código que decía «Ataque eliminado». Era como si Satoshi hubiera pensado en cada vector de ataque y vulnerabilidad de antemano, algo que a Kaminsky le parecía imposible. Satoshi siempre iba por delante, aunque sólo fuera por unas pocas líneas de código. Por eso a Kaminsky le resultaba difícil creer que Satoshi fuese sólo una persona. Estaba seguro de que el creador tuvo que ser un equipo de personas para armar algo tan perfecto, tan seguro. O eso, o era un genio en un nivel totalmente diferente.

Tyler echó un vistazo a la guarida.

—¿Crees que Satoshi podría estar aquí, en esta sala?

Kaminsky no discrepó.

¿Podría ser Levchin, apostado en la mesa de billar allí al lado? Al principio, el objetivo de la mafia de PayPal era crear una moneda universal exclusivamente para transacciones en internet, pero se quedaron cortos y al final vendieron a eBay. PayPal fue sin lugar a dudas una enorme victoria financiera para Levchin y sus colegas, así como un gran triunfo para los pagos en internet de índole sencilla, pero, aun así, era una red de pago que funcionaba con las vías bancarias existentes. No había convertido el dinero en un protocolo, como el Voz sobre Protocolo de Internet (VOIP, por sus siglas en inglés) había hecho con la voz. PayPal todavía operaba con los hilos de cobre del sistema bancario heredado. Habían cambiado la forma en que la gente hacía los pagos. Pero no habían cambiado el mundo.

Bitcoin básicamente había continuado donde lo había dejado la mafia de PayPal. Si bien PayPal era una silla nueva en el mismo

caballo, Bitcoin era un automóvil. Era el Santo Grial de la moneda virtual. Algunos extrabajadores de PayPal como Thiel se habían quedado tan decepcionados con su propio primer intento de alcanzar dicho Santo Grial que parecían no lograr entusiasmarse tanto con Bitcoin como Levchin; al final, todos verían lo que él veía.

Cuando Bill Lee se reincorporó al grupo, tomó el taco de billar de manos de Levchin y puso tiza en la punta, la conversación se centró en qué país podría ser el primero en adoptar el bitcoin como moneda nacional. Era una cuestión emocionante —la idea de que un gobierno pudiera adoptar la moneda virtual hasta ese grado, en lugar de considerarla como un enemigo— y las conjeturas se decantaron por Islandia, porque después de su reciente colapso financiero, el pueblo islandés se había vuelto muy desconfiado con respecto a los banqueros, e incluso había encarcelado a muchos de ellos. Islandia también era fría, lo que la convertía en un buen lugar para minar Bitcoin. Uno de los mayores desafíos para los mineros era evitar que sus ordenadores se sobrecalentaran mientras hacían todos esos cálculos numéricos en busca del boleto dorado.

Lee bromeó sobre trasladar sus operaciones a Reikiavik, para adelantarse a los acontecimientos. Al haber sido el primero en invertir dinero en Tesla y SpaceX, Lee ya estaba tan a la vanguardia que era casi invisible. Sus intereses en el espacio sólo le habían convencido más de que Bitcoin era el futuro del dinero.

—El espacio está lleno de asteroides —aseguró mientras alineaba el taco con una de las troneras de la mesa—. Y los asteroides están llenos de metales, metales preciosos, diamantes, titanio, sobre todo oro. De hecho, ya existe una base de datos que especula cuántos miles de millones de dólares en oro contienen los asteroides más cercanos. La tecnología mejora cada día, pregúntale a Elon. Muy pronto, minaremos esos asteroides. El oro en nuestro universo no es

raro en absoluto, en realidad es abundante, como la arena en la playa. Y todos sabemos lo que eso significa.

—Los metales preciosos ya no serán muy preciosos —dijo Cameron—. Pero Bitcoin sólo aumentará de valor.

Todos en esa habitación lo veían claro como el agua. Podrían pasar otros veinte años antes de que se hiciera realidad, pero era inevitable. También todos ellos, expertos e ingenieros, veían con claridad que Cameron y Tyler habían sido de los primeros adoptantes de la moneda. Eran bienvenidos: todo lo contrario a cómo los habían tratado en Silicon Valley; un lugar donde ni siquiera podían comprarle una bebida a un emprendedor en el Oasis, por quienes eran, por su indeleble conexión con Mark Zuckerberg.

El grupo en esta sala no pertenecía al *establishment* del valle. Eran los rebeldes, auténticos ciberpunks. La mayoría de ellos no eran lo bastante «comerciales» para trabajar en una empresa como Facebook. No sabían cómo jugar el juego. Pero el juego estaba a punto de cambiar.

Tyler se movió entre la multitud, reuniéndose y hablando con cuantos pudo. Todas las conversaciones se mostraban optimistas —todos creían que la cuestión era cuándo se iba a adoptar Bitcoin, no si se haría— en cuanto a que Bitcoin acabaría por convertirse en una moneda mundial, y que la tecnología blockchain pronto sería omnipresente.

Al mismo tiempo, estos ingenieros, tecnólogos y pensadores de vanguardia coincidían en que era un momento crítico para la criptografía. Ahora que el mundo miraba, Bitcoin tendría que alcanzar pronto la «velocidad de escape». Bitcoin era oro 2.0, y el oro era dinero 1.0, pero éste le llevaba una ventaja de diez mil años como pionero. Bitcoin tenía cualidades superiores, pero si no se aceleraba su adopción, los poderes fácticos intentarían aniquilarla.

Así como había los que planeaban el éxito de Bitcoin, como este heterogéneo grupo con grandes ideas en esa guarida la noche anterior a la mayor conferencia pública sobre Bitcoin hasta la fecha, también había quienes la consideraban una amenaza. Wall Street, Visa, American Express, Western Union, gobiernos, incluso el mismo PayPal. La lista seguía y seguía. Estas organizaciones y empresas, que eran las que más tenían que perder, eran también las que más tenían que ganar si Bitcoin fracasaba.

Tyler creía que la clave para que Bitcoin hiciera retroceder a esos futuros enemigos era crecer rápido, lo suficiente para que cuando los bancos y los gobiernos despertaran, fuera demasiado tarde para que intentaran acabar con la moneda, ya que no tendrían más remedio que trabajar con ella. Para que eso ocurriera, el genio descentralizado tenía que salir de la botella antes de que la cerraran. Una vez que esto sucediera, todos los gobiernos lucharían por convertirse en capital criptográfica.

Al terminar la noche, y mientras Naval acompañaba a Tyler y a su hermano hasta la puerta, les dijo que sólo por ser parte de Bitcoin en una etapa tan temprana, los gemelos estaban ayudando muchísimo a la causa; para que Bitcoin creciera deprisa, tenía que alcanzar ahora la corriente principal. Necesitaba que la gente adecuada estuviera ahí fuera y dijera las cosas correctas. El mundo estaba escuchando.

Era exactamente lo que él y Cameron habían intentado explicarle a Charlie esos últimos meses. El mundo estaba escuchando, y las voces que tenían que oír no eran las de anarcolibertarios en Panamá. Con Voorhees fuera —había cumplido su palabra y dimitido poco después de la reunión; se había mudado, además, a Panamá de forma permanente— y con su ayuda, Tyler seguía queriendo creer que Charlie Shrem también podía ser una de esas voces.

Aunque lo cierto es que resultaba difícil imaginarlo en esta sala llena de ingenieros y futurólogos, girando por la guarida como en una función de circo.

—Me alegro de que nos dejes formar parte de esto —agradeció Tyler a Naval al llegar a la puerta.

Era más que simple palabrería: el hecho de que Naval los hubiera agregado a la lista de invitados no había sido algo tan sencillo como escribir sus nombres en una hoja de cálculo.

De hecho, su adición había provocado un conflicto con al menos uno de los peces gordos de Silicon Valley, que ellos supieran: Chamath Palihapitiya. Había sido vicepresidente de crecimiento de usuarios de Facebook hasta 2011 y seguía siendo aliado de Mark Zuckerberg. En la mente de los gemelos, era un hombre franco, presuntuoso con frecuencia, demasiado bien vestido para el valle, rápido para repetir palabras de moda y clichés como «interrumpir», «basado en datos», «punto de inflexión» y, una de sus favoritas, «soluciones significativas a problemas significativos». En Facebook, el salto a la fama de Palihapitiya se debía a que había hecho crecer la base de usuarios de la red social, lo que durante el boom de Facebook era como atribuirse el mérito por asegurarse de que el sol saliera cada mañana.

Por lo que los gemelos habían oído decir, al enterarse de que Naval tenía la intención de invitarlos, Palihapitiya, también él invitado, había tratado de convencer a Naval de que revocara el convite de los gemelos. Cuando Naval se negó a ello, Palihapitiya había declinado participar en la reunión.

En la mente de Tyler, él se lo había perdido, y en el fondo, se alegró de que Palihapitiya hubiera optado por no tomar parte en el Bloque Génesis. Se alegró de que, de hecho, no hubiera nadie de

Facebook, el mayor unicornio de la última década y se suponía una de las empresas con más visión de futuro de Silicon Valley.

—Significa mucho —añadió Tyler— ser parte de algo tan importante como esto.

—Siempre apoyo a los desvalidos —dijo Naval, con una sonrisa.

22
BITCOIN 2013

Unas cortinas color púrpura enmarcaban el escenario principal del centro de convenciones San Jose McEnery. La multitud reunida representaba todo lo que Bitcoin era: desarrolladores en pantalones cortos, sudaderas con capucha y zapatillas de deporte, etiquetas identificativas plastificadas colgadas del cuello, y que acababan de montar sus respectivos estands portátiles, que ahora estaban repartidos por todo el gigantesco centro de convenciones como celdas interconectadas de un panal de abejas. Los mineros de Bitcoin no dejaban de revisar sus móviles para controlar los sótanos, garajes y guaridas aisladas donde su hardware libraba una constante batalla por desbloquear las elusivas recompensas en bloque, la carrera perpetua que Satoshi había puesto en marcha años atrás. Los libertarios, con sus camisetas pintadas con coloridos eslóganes antigubernamentales. Los criptógrafos, con su pelo largo y barba crecida. Y luego la prensa financiera, con grabadoras, luces y cámaras, todas dirigidas hacia el escenario, listas para captar el momento, en caso de que realmente fuera el *momento* clave en la historia de Bitcoin que todos en aquel hangar industrial creían inevitable, que se avecinaba, y no tardaría mucho en llegar.

—Primero te ignoran —gritó Cameron desde el centro del escenario, el pulso disparado bajo el resplandor de los focos que colgaban del techo y la atención de todos esos pares de ojos—. Después se ríen de ti.

—Luego te atacan —añadió su hermano, a su lado en el escenario, su voz resonando a través de los enormes altavoces repartidos por toda la sala.

—Entonces ganas —exclamó Cameron.

Mientras una ola de aplausos recorría la audiencia de cerca de mil personas, los nervios de Cameron por fin se calmaron. Aquélla no era una multitud hostil, esas personas formaban parte del mismo movimiento, y aunque muchas de ellas no sabían qué pensar sobre la elección de los gemelos como cabezas de cartel, era obvio que, desde el momento en que Cameron había subido al escenario, estaban dispuestas a darle una oportunidad a los Winklevii.

Comenzar su discurso con una cita de Gandhi puede ser ambicioso, pero sus famosas palabras tienen un atractivo perenne para la multitud de Silicon Valley. Podrían haber sido el mantra de casi cualquier compañía del valle, pero, en realidad, en su discurso Cameron y Tyler se remontaban más allá de los Twitter y Facebook para demostrar su punto de vista.

—Coches —continuó Cameron—. Otrora considerados poco fiables, sobre todo en comparación con los caballos. Efímeros, no aptos para su adopción generalizada, limitados en su alcance y utilidad.

Para aclarar ese punto, Cameron y su hermano intercalaron un par de citas, incluida una del presidente de la caja de ahorros de Michigan, de alrededor de 1903: «El caballo está aquí para quedarse, pero el automóvil no es más que una novedad, una moda». La idea de que el automóvil podía haber sido objeto de risa cuando se inventó parecía ridícula, pero, como señaló Cameron, la mayoría de las innovaciones importantes que habían acabado por cambiar realmente el mundo encontraron una respuesta inicial similar.

Muchos pensaban que lo más probable fuese que Amazon fracasase, escépticos que creían que los consumidores no estarían dispuestos a usar sus tarjetas de crédito online, o a comprar sin un «elemento personal fundamental». El mismo internet, explicó Cameron, y su potencial impacto en el mundo fueron puestos en duda desde el principio. En 1998, Paul Krugman, el famoso economista ganador del Premio Nobel y columnista del *The New York Times*, dijo vilmente que, «para el año 2005 más o menos, quedará claro que el impacto de internet en la economía no ha sido mayor que el del fax».

Ahora que Bitcoin ocupaba los titulares y formaba parte del lenguaje común, había dejado de ser ignorado; en cambio, la parte en la que se reían de la innovación estaba a toda marcha y la lucha había comenzado. Bitcoin era satirizado como una broma, o criticado como «peligroso». Los escépticos lo compararon con conocidas burbujas, ya fuera la de los tulipanes holandeses del siglo XVII, la puntocom de finales de la década de 1990 o la del mercado inmobiliario de 2008. Pero Cameron y su hermano no creían que ninguna de esas analogías pudiera aplicarse, pues Bitcoin no era una flor perecedera enmascarada en reserva de valor, o una compañía cuyo valor en bolsa no estuviera equilibrado con su producción económica, ni una segunda casa con un elevado coeficiente de endeudamiento. Bitcoin era una red, y si había algo que entendían, era el poder de las redes. Cuanta más gente compraba, más valiosa se volvía: la ley de Metcalfe, simple y llanamente. Y las redes no crecían a un ritmo lento y constante, sino que experimentaban un crecimiento viral.

—No es una burbuja, es un torrente de agua.

Cuando llegue la verdadera lucha, y llegue con ferocidad, como lo hará, ¿cómo ganará Bitcoin?

Cameron estaba convencido de que las personas que contaban con más probabilidades de luchar contra Bitcoin eran aquellas que más tenían que perder con su adopción, lo que significaba todos los intermediarios, quienes buscan rentas y los cobradores de peajes del mundo financiero heredado: los bancos, los transmisores de dinero, los remitentes de dinero, las compañías de tarjetas de crédito y los gobiernos.

Cameron y Tyler también sabían que vendría la regulación del gobierno, y, a diferencia de muchos en la sala, creían que era importante aceptar y contribuir a configurar dicha eventualidad. Porque a lo largo del último año, gracias a su experiencia en la compra de bitcoins, de promocionar Bitcoin y de invertir en una de las nuevas estrellas en alza de Bitcoin, habían llegado a la siguiente conclusión: el mayor peligro al que se enfrentaba la comunidad Bitcoin era ella misma.

Mt. Gox había fallado una y otra vez, y causado una tremenda inestabilidad en el mercado. Silk Road manchaba todo lo que tocaba. Los filósofos radicales, que fueron importantes en los comienzos de Bitcoin, estaban ahora en total desacuerdo con la campaña para incorporar Bitcoin a la corriente dominante. Todo eso era la comunidad de Bitcoin interponiéndose en su propio camino. No por alguna amenaza o pelea externa, que tampoco tardaría en llegar.

La regulación llegaría. Y tenía que hacerlo. Antes de eso, Cameron advirtió al público que la comunidad debía «mantener la boca cerrada y tenerlo todo en orden».

—Puede que, ahora mismo, la mayor ironía de Bitcoin sea que Bitcoin, la moneda basada en las matemáticas, esté siendo frenada por el hombre. Todos podemos cambiar eso.

Bitcoin necesitaba aprender a dejar de luchar contra sí mismo.

Para el discurso, los Winklevoss habían abandonado sus trajes en casa. Cameron iba completamente vestido de negro, hasta las zapatillas, y su hermano llevaba una camisa estampada, las mangas desabrochadas y remangadas; nadie sabía mejor que ellos que había un momento y un lugar para parecerse a los emprendedores del valle, creativos, relajados, como si uno estuviera inventando las reglas del juego a medida que avanzaba. Y un momento y un lugar para parecer que uno entendía que algunas reglas importaban, que tenía que haber una estructura.

Había un tiempo y un lugar para los trajes, y esto era algo que el mundo Bitcoin tendría que aprender a entender, porque podría ayudar a determinar si Bitcoin seguía el camino del automóvil, o del tulipán.

Qué increíble subidón, salir del escenario con un estruendoso aplauso, a través de una rendija en las cortinas color púrpura, y seguir a Tyler por una estrecha pasarela que conducía a la sala de los oradores. Cameron estrechó tantas manos a lo largo del camino, en su mayoría gente que no conocía —organizadores de la conferencia, encargados, incluso los chicos responsables del sonido y de la iluminación— que apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento antes de llegar un paso por detrás de su hermano a una puerta abierta, y encontrarse en una estancia verde donde habían instalado un bufet a lo largo de la pared del fondo: botellas de agua, repostería y artículos de promoción de Bitcoin, como gorras, camisetas y bolígrafos. En aquella sala vio a los consejeros delegados de las empresas más importantes del mundo relacionadas con Bitcoin, los jefes de Mycelium, ZipZap, Open-Coin, Coinbase,

Ripple Labs, CoinLab, Coinsetter; prácticamente toda compañía que tenía la palabra *coin* en su tarjeta de visita.

No fue hasta que llegó al bufet y tomó una de las botellas de agua, con el símbolo de Bitcoin impreso en la etiqueta, cuando avistó a su propia inversión en persona, en el rincón más alejado, de pie bajo una pantalla en blanco, que sin duda acababa de televisar su discurso. Charlie Shrem estaba en mitad de una animada conversación. Sus manos volaban arriba y abajo, su cuerpo se balanceaba sobre la punta de los pies.

Frente a él estaba Roger Ver.

Cameron dio un golpecito a su hermano, y luego señaló con la cabeza a la pareja.

—Ya estamos otra vez —se lamentó Cameron.

—Te doy tres oportunidades para que adivines de qué están hablando —contestó Tyler.

—Explosivos —dijo Cameron—. Drogas. Rebelión armada.

La verdad es que, desde el controvertido ajuste de cuentas que habían tenido en Nueva York, que ellos supieran, Charlie se había portado muy bien. Aunque todavía viajaba demasiado, vivía encima de un club nocturno y no pasaba tanto tiempo en las oficinas de BitInstant como ellos querrían, la pérdida de Erik e Ira parecía haberle empujado a poner orden en su vida. Decía todo lo correcto acerca de adónde se dirigía su empresa y sobre cómo llegar hasta allí. Al menos había conseguido mantener las luces encendidas en BitInstant.

Pero era evidente que no había seguido su consejo con respecto a Ver, que aparentemente había hechizado a su joven director general, un hechizo que no tenía visos de desaparecer pronto. Incluso desde lejos, Cameron podía ver por qué.

Había que reconocerlo, Ver era carismático. Aunque los gemelos habían logrado evitar interactuar en persona con su «socio inversor», no cabía duda, en su mente, de que era de los que o bien acababa siendo un excéntrico multimillonario, o bien un loco transitorio, no había término medio. Para los que se aferraban a sus palabras con fervor religioso, era el Jesús de Bitcoin, el Mesías. No tanto porque hubiera entrado tan pronto, ni porque hubiera hecho tantas inversiones, sino porque tenía un magnetismo que atraía a los que querían creer, a los que anhelaban un mundo diferente, un sistema distinto.

No obstante, el culto criptográfico de Ver giraba en torno a algunas creencias muy extremas. Ver aún no había hablado en la conferencia, pero acababa de conceder una entrevista a Coindesk, un blog relacionado con Bitcoin surgido recientemente para cubrir la floreciente industria. Sus respuestas habían disparado las alarmas en la cabeza de Cameron. Cuando le preguntaron a Ver si su enjuiciamiento, el que lo había llevado a la cárcel de joven, había influido en su decisión de entrar en Bitcoin, había respondido: «Mis opiniones políticas antes de mi encuentro con la ley eran más abstractas y filosóficas... Ahora son mucho más reales. Lo que más me entusiasma de Bitcoin son todas las formas en que despojará de control al gobierno». Ver había continuado describiendo a Bitcoin como «esa herramienta increíblemente poderosa que no sólo va a liberar a los estadounidenses, va a liberar a todos los países del planeta... Lo he gritado a los cuatro vientos».

La idea de que los estadounidenses necesitaban ser liberados les parecía extraña a los hermanos Winklevoss, así como la de que Bitcoin despojara al gobierno de Estados Unidos de poder les parecía potencialmente peligrosa. Cameron concordaba con que una de las cosas maravillosas de Bitcoin era que reportaría libertad económica a

aquellos lugares donde la gente vivía bajo la tiranía, pero le parecía que atribuir esa necesidad de libertad a los ciudadanos de una sociedad abierta como la de Estados Unidos era llevar las cosas en una dirección aterradora.

Pero Ver no se había detenido allí.

«Estoy a favor de la regulación —dijo al periodista de Coindesk—. No estoy a favor de la regulación a punta de pistola. Ésa es una diferencia muy importante. Cuando los reguladores de Washington, D.C., elaboran una ley, no te piden que la observes. Te están diciendo que la tienes que cumplir. La diferencia entre pedirle a alguien y decirle a alguien que haga algo es fundamental. Es lo mismo que la diferencia entre hacer el amor y que te violen.»

Hacer el amor y que te violen. No sólo era un comentario incendiario, era también el equivalente al anarquismo. La lógica de Ver podría aplicarse con facilidad a los impuestos, o en realidad a cualquier ley. Y Cameron creía que eso era exactamente lo que Ver quería decir. Parecía creer que las leyes respaldadas por el poder del gobierno eran análogas a la violación. Ver decía que Bitcoin era una forma de sortear las leyes, cualquier ley.

Mientras que Cameron y su hermano acababan de ofrecer un discurso que sugería que el modo en que Bitcoin podía ganar la batalla era adelantarse a ella y detenerla antes de que comenzara, mediante la colaboración con los reguladores y los legisladores cuando fuera necesario, Ver había arrojado el hacha y había declarado la guerra.

Y ahora estaba ahí, al otro lado de la estancia verde, plantando semillas como de costumbre en la cabeza de Charlie y regándolas; y como una esponja, Charlie lo absorbía todo.

—¿Deberíamos unirnos a ellos? —preguntó Cameron—. Al fin y al cabo, somos nosotros los que pagamos por la rebelión armada.

Tyler señaló en la otra dirección, hacia un grupo de otros poderosos jugadores de Bitcoin.

—Esta noche no. Disfrutemos el momento.

Cameron miró por última vez a Charlie, que tenía las dos manos en el aire, en medio de alguna exagerada historia, y a Ver, que sonreía como el gato de Cheshire.

—Hemos empezado la noche con Gandhi. No la terminemos con el Che Guevara.

Para cuando Cameron hubo paseado por el centro de convenciones parecido a un laberinto y llegado por fin al estand de BitInstant —en realidad, sólo un póster de gran tamaño con el nombre y el logotipo de BitInstant colgado sobre un escritorio dentro de un cubículo improvisado creado por unas cortinas negras y lo que parecían ser unas barras de toalla—, el consejero delegado de BitInstant ya era Charlie al cien por cien. Estaba radiante y resplandeciente como un querubín en llamas, y Cameron pudo apreciar de inmediato por qué.

Un micrófono.

Una cámara.

Una guapa periodista con un top escotado.

Charlie estaba sentado en una silla de director, con los pies colgando en el aire, las plantas buscando el suelo. Acomodado a pocos metros del resto del equipo de BitInstant, vestía una camiseta negra de la empresa, una chaqueta negra y unos vaqueros oscuros. Concedía una entrevista a la presentadora de un programa llamado *Prime Interest* de la cadena de televisión internacional RT. Conocida inicialmente como Russia Today, RT era una red financiada por el gobierno ruso. En ese momento, todo lo que Cameron sabía era que tenía un contenido de programación muy bueno, al menos en el

sector financiero. Cameron advirtió, incluso a un metro y medio de distancia, que la periodista estaba encantada con Charlie, y que Charlie estaba encantado con Charlie. Estaba siendo hablador y cautivador, una gran entrevista, un hombre pequeño con una jeta enorme y unas fauces aún más grandes, la cámara lo adoraba. Pero Cameron también comprendió que la realidad de Charlie se estaba volviendo un poco desquiciada, desorganizada. El chaval se estaba divirtiendo delante de una cámara, y por adorable que eso lo hiciera parecer, era desconcertante.

Para ser justos, el centro de convenciones, a mitad del sábado —las charlas en su pleno apogeo y la enorme feria comercial repleta de gente—, era el patio de recreo de Charlie. En este escenario, era una celebridad. De camino al estand, Cameron había pasado por delante de gente que vendía camisetas con la cara de su consejero delegado. BitInstant era una de las empresas más comentadas del lugar, y en esa conferencia la mayoría de gente podía reconocer a Charlie con sólo verlo.

RT estaba entrevistando a Charlie para anunciar la inversión de los gemelos Winklevoss en BitInstant, noticia que se había mantenido bajo control hasta que al final alguien la había filtrado antes de la conferencia. Y mientras Cameron escuchaba, Charlie comenzó a explicar la novedad de una manera muy extraña, diciéndole al reportero que él mismo había sido el que había conocido a los gemelos en Ibiza —«¡Les cedí mi silla!»— y cómo Azar los había engatusado: «Tienes que conocer al tal Charlie, el chaval es un genio, bla, bla, bla, fue amor a primera vista».

Cameron tuvo que reírse. Era una pura combinación de «qué cojones» y «hay que reconocer que tiene mérito». No era sólo que Charlie no permitiera que los hechos se interpusieran en el camino

de una buena historia; era que realmente creía lo que estaba diciendo.

Le explicó a la periodista que estaba en su sótano cuando los gemelos se aproximaron a él y le animaron a construir BitInstant, diciendo: «Charlie, tienes que hacer esto», y ahora estaba aquí, en la cima de su carrera, y BitInstant estaba a punto de trasladarse a una nueva y elegante oficina del SoHo.

¿Oficina del SoHo? Cameron agitó la cabeza. Las oficinas de BitInstant seguían en el distrito de Flatiron, y no eran nada ostentosas.

¿Se estaba volviendo loco?

Al final, Charlie pasó de su mito de la creación particular al negocio actual: «Tenemos licencias de transmisión de dinero en más de treinta estados. Licencias federales».

Pero entonces, bajo presión de la periodista, Charlie volvió a perderse. Y justo frente a los ojos de Cameron, con una sola frase, su joven consejero delegado mostró las conflictivas lealtades que habitaban en su interior.

«Queremos que este asunto de Bitcoin dé al traste con todo, pero al mismo tiempo tenemos que ser obedientes.»

Esa simple frase parecía encapsular todo por lo que Cameron y su hermano estaban preocupados. La atracción de Ver sobre Charlie en una dirección, contra la forma que Cameron y Tyler querían que adoptara la compañía. Cameron deseó que Tyler se hubiera unido a él en el paseo hasta BitInstant, pero, en ese momento, su hermano estaba reunido con otros inversores de capital de riesgo en una de las casetas al otro lado del pasillo.

Charlie siempre intentaba decir lo correcto: «Hay que conocer a todos y a cada uno de los clientes, sean cuales sean... tanto si gastan un dólar como mil», pero volvía a salirse del guion. Cameron

veía con claridad cuándo Charlie luchaba contra sus creencias: «Con lo del lavado de dinero, te tratan de inmediato como a un criminal, y eso no es justo [...]. Deberíamos poder decirle a un cliente que si él confía en nosotros, nosotros confiaremos en él [...], estamos intentando impedir que te traten como a un criminal y pasar al yo te rasco la espalda a ti y tú me la rascas a mí».

¿Qué demonios significaba eso? Pero entonces Charlie parecía encontrar el equilibrio y regresaba a algo que había dicho durante su charla, una charla despreocupada, divertida e improvisada que hizo que el público aplaudiera y se riera. «Bitcoin es dinero con alas [...], toma algo local y llévalo a nivel mundial. [...] Lo que va a derrocar la infraestructura financiera», agregó Charlie.

Otro minuto de charla y la entrevista terminó. La reportera dio las gracias a Charlie y comenzó a guardar su equipo, lo que brindó a Cameron la oportunidad de llevarse a Charlie a un lado.

—Eso ha sido... interesante —comenzó a decir Cameron. Charlie saltó de su silla y de repente le dio a Cameron un incómodo abrazo de osezno.

—Esto es increíble, vuestro discurso ha sido asombroso, ¿no te parece que este sitio es una locura?

Las palabras brotaban de él como el agua de un grifo roto. En ese momento, Cameron no tuvo el valor de decir lo que pensaba. No se trataba sólo de que Charlie fuera joven o de que tuviera una energía desmesurada o demasiadas distracciones, sino que, como Tyler creía ahora con firmeza, simplemente no estaba hecho para ser consejero delegado. No había duda de que Charlie estaba pugnando, internamente, tratando de averiguar quién era él en ese nuevo mundo. Se estaba viendo arrastrado, casi visiblemente, en múltiples direcciones. Cameron, más empático que su hermano, sentía lástima por el chaval; había hecho de abogado del diablo ante Tyler en

múltiples ocasiones, argumentando a favor de Charlie, pero en el fondo sabía que su gemelo tenía razón.

Para Cameron, estaba claro: si Charlie Shrem, «chico genio, bla, bla, bla», no averiguaba pronto quién era, estaba condenado al fracaso.

Déjate arrastrar en dos direcciones el tiempo suficiente, y tarde o temprano, acabarás partido por la mitad.

A la una de la madrugada Cameron se divertía demasiado para dedicar más tiempo a preocuparse por Charlie. Y, para ser justos, en tanto que el día fue avanzando —a medida que la conferencia fue pasando de la zona comercial y de las charlas al casino al aire libre que alguien había instalado en uno de los muchos patios del centro de convenciones, a los cócteles en los cercanos Hilton y Marriott, a los restaurantes locales, donde los juerguistas de Bitcoin se mezclaban con una estridente multitud con camisetas de hockey de los Sharks de San José, que celebraban que su equipo acababa de ganar un gran juego de los playoffs—, era fácil olvidarse de todas sus diferencias filosóficas. En ese momento, por breve que fuera, estaban todos unidos y celebrando lo que amaban.

—Así es como se sabe que una compañía va a funcionar —aseguró Charlie mientras se tambaleaba entre Cameron y su hermano, en tanto bajaban por un pasillo con paredes de cemento e iluminación fluorescente que desembocaba en el interior del centro de convenciones—. Nunca contrato a nadie con quien no haya bebido o fumado, y creo que eso debería aplicarse también a la gente que invierte en mí.

Cameron se rio, y aunque se le ocurrió que Roger Ver no fumaba ni bebía, dejó pasar la idea. Después de la entrevista de RT, había pasado gran parte del día viendo a Charlie en acción. Era obvio que el chico estaba en su salsa. BitInstant era algo grande; muchas

personas de la comunidad Bitcoin con las que había hablado durante el día estimaban que el 70 por ciento de las transacciones de Mt. Gox pasaban ahora por BitInstant. Y aunque la CNBC había reducido la cifra a cerca del 30 por ciento, Cameron creía que la mayoría de las personas presentes en la conferencia había comprado su primer bitcoin a través de Charlie. Después de todo, consiguió que comprar bitcoins fuera algo fácil, pues uno podía entrar en la mayoría de tiendas de conveniencia, entregar dinero en efectivo en la caja, y recibir sus bitcoins en treinta minutos.

Las camisetas con la cara de Charlie no eran más que la punta del iceberg. Por más que Cameron y Tyler se vieron acosados después de su discurso de apertura, y aunque había muchas personas que querían hacerse un *selfie* con ellos o estrecharles la mano, Charlie no podía dar un paso en el centro de convenciones sin atraer a una multitud de gente. Y como Cameron había visto de primera mano, el chaval no se cansaba de la atención recibida. En un momento dado, cuando dos desarrolladores se acercaron a él para presentarse, se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón, y las estiró hacia delante, de donde colgaban dos de sus tarjetas de visita, de las yemas de los dedos de sus brazos extendidos, como si estuviera haciendo un truco de magia. Era un movimiento que sin duda había estado practicando.

Había estado toda la tarde jugando al ping-pong, pasando de un grupo de admiradores a otro. Pero lo que de verdad ponía a Charlie eran las cámaras y micrófonos en sus inmediaciones. Simplemente no era capaz de rechazar una entrevista, sin importar quién hiciera las preguntas. Al principio, Cameron había tratado de dirigirlo hacia los medios más profesionales —las CNBC, las CNN—, pero pronto comprendió que no tenía sentido: Charlie hablaba con cualquiera. Era un chaval al que habían ignorado en la escuela secundaria, y,

ahora, de repente, todo el mundo le prestaba atención, todos querían un pedazo de Charlie y la fábrica de Bitcoin.

Y al final de los cócteles, mientras pasaban a tomar una cena bulliciosa de bistec, pescado y whisky con sabor a canela —tantos que el pasillo con forma de túnel por el que ahora caminaban olía como si discurriera bajo un lago lleno de whisky—, a Cameron le pareció que no pasaba nada por dejar que el chico tuviera su momento: había construido algo genial, y se merecía los elogios. A ellos les correspondía tratar de orientarlo en la dirección correcta, y eso era algo que podía esperar hasta mañana.

—¿Estás seguro de que esto lleva al sitio indicado? —preguntó Charlie mientras se metía una mano en el bolsillo de sus vaqueros oscuros—. Como este túnel vaya a parar al sótano de mi madre, me suicido.

Cameron se rio. Estaba seguro de que Tyler sabía dónde iban. Su hermano había estudiado un mapa del centro de convenciones el día anterior. Tyler siempre estaba preparado, cortar camino a través del muelle de carga había sido idea suya. Si hubieran ido por delante, la caminata desde el aledaño restaurante les habría llevado diez minutos más, y ninguno de los dos creía que Charlie pudiera permanecer de pie tanto tiempo.

Courtney, la novia de Charlie, también había estado en el restaurante e iba a encontrarse con ellos en su destino un poco más tarde. Cameron no sabía mucho de la joven, excepto que Charlie estaba claramente enamorado de ella, y que ella era cerca de treinta centímetros más alta que él. Aún no había decidido si era buena o mala para Charlie. Al fin y al cabo, puede que su presencia le hiciera pasar más tiempo en Nueva York, aunque lo más probable es que fuera en el club.

Voorhees también había estado en el restaurante del que venían, y, por un breve momento, Roger Ver. Cameron había pasado mucho tiempo en la convención hablando con Voorhees. Un tanto incómodo al principio, pero habían logrado superar con rapidez la tensión y pudieron hablar como antiguos colegas. A pesar de que Voorhees sostenía muchas de las mismas creencias que Ver, era un tipo agradable con quien pasar un rato, y por muy firmes que fueran sus desacuerdos, siempre los defendía con un tono suave. Podría decirse que era el mejor amigo de Charlie, pero no parecía cultivar la misma hipnotizadora relación con el consejero delegado que Ver.

En la cena, todos habían jugado a SatoshiDice a modo de juego para beber, usando sus teléfonos para apostar y tomándose un chupito si el dinero que se jugaban les devolvía el doble de bitcoins. Sin duda, Voorhees iba a ganar una fortuna cuando subiera su nueva compañía, lo que con toda probabilidad acabaría haciendo pronto, ya que el juego online vivía en un turbio limbo legal. Por mucho que no estuviera de acuerdo con la forma en que se dirigía el mundo, en el fondo Voorhees era un realista, no un mártir.

Tal vez ésa fuera la gran diferencia entre Voorhees y Ver.

Cameron no había hablado con Ver en la conferencia. Aunque el tipo siempre había sido muy educado con los gemelos (al menos en la cara), Cameron tenía la sensación de que los estaba evitando. En un momento dado, éste mencionó a Voorhees que había leído la reciente entrevista de Ver en Coindesk, y señaló que le había parecido bastante radical. Voorhees sólo había sonreído y asentido, como si dijera que «Roger es Roger». Si Tyler hubiera participado en la conversación, podría haber empezado a discutir con él, pero Cameron sabía que no serviría de nada, pues Voorhees habría defendido a Ver, y Ver era un fundamentalista. Joder, si creía que la

fiscalidad era como una violación, que los militares eran un grupo de asesinos. Nadie iba a cambiar de opinión.

—Aquí vamos —dijo Tyler, señalando un par de puertas dobles al final del pasillo.

Podían escuchar cómo la música electrónica reverberaba por el pasillo, entremezclada con voces y el inconfundible repiqueteo de decenas de teclados. Cameron ya podía imaginarse la escena detrás de las puertas: una gran sala de conferencias con grupos de personas de dos y de tres, merodeando alrededor de los ordenadores alineados uno al lado del otro en largas mesas. Cajas de pizza apiladas en un rincón, tal vez cajas o barriles de cerveza a lo largo de una pared, la música proveniente de un iPhone conectado a un altavoz, y «mentores» que se paseaban de grupo en grupo, ingenieros informáticos, asesores y fundadores, echando una mano a perseguir sus ideas a los equipos durante toda la noche.

Cameron estaba orgulloso de lo que se estaba imaginando, porque, en gran medida, él y su hermano lo habían hecho posible. Winklevoss Capital patrocinaba aquella noche del Hackathon, haciéndose cargo de la sala, la pizza y la cerveza. El evento de dos días había comenzado esa mañana a las nueve. Equipos de hackers —programadores, emprendedores y creativos tecnológicamente inteligentes— que habían querido participar se habían reunido allí para dar un breve discurso. A continuación, un comité de cinco inversores de Bitcoin les explicó el tipo de ideas que andaban buscando. Después de eso, los equipos se separaron y comenzaron a «hackear». Tenían hasta el domingo para construir cualquier cosa considerada una aplicación Bitcoin. Luego serían juzgados por el jurado y tendrían la oportunidad de ganar algún premio. Incluso podían llegar a impresionar lo bastante con lo ideado a alguno de los jueces, o a alguien más, y atraer alguna inversión.

Algunos de los hackers de la sala eran programadores de élite, otros sólo turistas y civiles, pero la idea de que todos estuvieran trabajando en negocios de Bitcoin, una camaradería de gente joven y motivada, hizo que Cameron pensara que cualquier cosa allí era posible. Así era como imaginaba los garajes de Silicon Valley de hacía dos décadas; aunque esta vez, el valle había perdido el barco.

Charlie se detuvo en el pasillo, a tres metros de la puerta doble. Abrió los dedos, y Cameron vio un porro hábilmente enrollado, tan grueso y largo como los que aparecen en los vídeos de rap.

—¿En serio? —dijo Tyler mientras Charlie sacaba un encendedor del bolsillo de su chaqueta.

—Es medicinal. —Charlie se rio, metiéndose el porro en la boca—. Bueno, tal vez no sea medicinal, pero mi médico dice que es más saludable que el whisky.

Se recostó contra la pared y colocó el encendedor en la punta. El papel del canuto emitió un brillo de color naranja y luego un poco azulado.

—Habéis dado un gran discurso, chicos —aseguró—. Estáis aportando mucha credibilidad a la industria. Eso de Harvard. ¿Cómo os llamaron en la película? ¿Hombres de Harvard?

—¿Qué dijo tu médico sobre fumar eso con seis whiskies encima? —preguntó Cameron.

—No, en serio. Nos estáis haciendo quedar bien a todos. Y mirad, sé que puedo estar un poco loco, quiero decir, que a veces me emociono demasiado. Pero tenéis razón, tenemos que ser serios. Eso ya lo sé. Y puede que cometa errores, pero voy a hacer lo que sea para asegurar nuestro triunfo.

—Procura sólo mantener la cabeza en su sitio. Y no hagas nada estúpido.

Cameron miró a Charlie, que sostenía la pared.

—Por supuesto que no. —Los ojos de Charlie estaban vidriosos.

—Mantén los pies en el suelo. Algún día despertaremos, y no serán sólo mil personas en un centro de convenciones hablando de Bitcoin, será todo el mundo —aseguró Cameron.

Los Winklevoss se dirigieron hacia los teclados, y Charlie se empujó contra la pared para seguirlos. Tenía los párpados entornados, pero sus ojos brillaban, vivos, en llamas. Cameron podía adivinar lo que Charlie estaba pensando.

Imagínate, el mundo entero hablando de Bitcoin. Y Charlie justo en el medio, su metro sesenta y cinco centímetros, listo para un primer plano.

—Que así sea —dijo Charlie.

23
LA POPULARIZACIÓN DE BITCOIN

No es la portada, pero aparece en la primera parte de la página —gritó Tyler a través de la puerta abierta de su oficina acristalada en Winklevoss Capital, su voz viajando hasta la oficina de Cameron, de idénticas paredes, situada al otro lado del pasillo—. Sección de negocios, primera plana. Todo el mundo en Wall Street lo habrá leído en unos veinte minutos.

Seis semanas después del subidón de Bitcoin 2013, de vuelta en Nueva York. Eran las siete de la mañana y las calles del distrito de Flatiron aún no habían despertado a su alrededor. El sonido de los camiones de la basura y de los vehículos de limpieza de las calles se filtraba a través de las ventanas en los recién pintados 464 metros cuadrados de espacio de oficinas. La copia de Tyler de la edición impresa del *The New York Times* estaba en su escritorio. Sabía que su hermano tenía una abierta por la misma página, la muy cacareada «Sección de negocios». Esperaron hasta que ambos estuvieran listos para leer el artículo de modo que pudieran obtener la información exactamente al mismo tiempo. Sabían que su padre y su madre estaban en su casa de los Hamptons haciendo lo mismo.

Esta vez, al menos, el titular de Popper evitaba la palabra «Facebook»:

EL PLAN DE LOS GEMELOS WINKLEVOSS
EL PRIMER FONDO PARA BITCOIN

Tyler sabía que éste era un anuncio aún más significativo que el que había alertado al mundo sobre su enorme reserva de bitcoins. Como explicaba el artículo, Tyler y su hermano acababan de presentar una declaración del registro de «Winklevoss Bitcoin Trust» ante la Comisión de Bolsa y Valores de Estados Unidos —comúnmente conocida como la SEC— para crear un ETF de Bitcoin, un fondo cotizado en bolsa de Bitcoin que permitiría a cualquiera comprar bitcoins con la misma facilidad con la que podía comprar una acción.

—Utilizan la palabra *audaz* —se jactó Tyler.

—Me encanta cuando usan palabras del vocabulario para el examen de acceso a la universidad. Me recuerda a mamá y sus fichas de estudio: «Los gemelos Winklevoss son audaces. ¿Qué los convierte en audaces?».

Si los reguladores aprobaban los fondos cotizados, sería tan sencillo para cualquiera comprar bitcoins como para ellos era comprar una acción de Apple o incluso de Facebook. Evitaría el proceso sombrío que existía en ese momento, como tener que acudir a turbios sitios de intercambio como Mt. Gox, o, afrontémoslo, BitInstant, que no era más fiable bajo la gestión de Charlie de lo que había sido antes de San José.

Por el momento, la compra de acciones en un ETF era por norma general el modo en que los inversores estaban expuestos a materias primas y metales preciosos como el oro. De hecho, el primer ETF en oro se lanzó en 2004, con el símbolo de cotización GLD. Fue un éxito enorme. El hecho de facilitar a la gente poder invertir en el metal, desembocó en cantidades sin precedentes de liquidez e interés de los inversores, transformando totalmente el mercado del oro. Ya no tenías que tomarte la molestia de comprar un lingote de oro,

guardarlo en la caja fuerte de tu casa y preocuparte de si el lampista te iba a robar cuando no estuvieras allí. Con GLD, todo lo que tenías que hacer era llamar a tu corredor de bolsa o, mejor aún, ir online a E-Trade, Charles Schwab, o Fidelity, y escribir estas tres letras antes de presionar el botón de compra. Así de simple los gemelos Winklevoss querían que fuese la compra de bitcoins. Excepto que el símbolo de cotización del ETF de los gemelos sería de cuatro letras en lugar de tres: COIN.

Tyler sabía que si COIN superaba los obstáculos normativos y era aprobado, supondría un punto de inflexión. Habrían logrado llevar bitcoins a las masas. Como también señaló el *The New York Times*, era un esfuerzo directo para «eliminar el estigma que se cierne sobre Bitcoin» y ponerlo justo en el regazo de los reguladores.

La presentación del ETF no sólo iba a enviar una señal a la comunidad bancaria de que Bitcoin se dirigía a la corriente principal; la presentación también marcaría una línea permanente en medio del mundo Bitcoin, entre gente como los gemelos, que sabían que el futuro de Bitcoin tenía que incluir cierta regulación, y aquellos que creían que Bitcoin estaba destinado a existir aparte de Wall Street, la SEC, o cualquier otro regulador o gobierno. El Winklevoss Bitcoin Trust era un ataque preventivo, destinado a poner fin a la guerra antes de que comenzara.

La gente iba a tomar conciencia de ello, tanto dentro como fuera del mundo Bitcoin. Y los gemelos iban a reaccionar.

—¡Joder! —gritó Cameron desde su oficina—. Olvida el periódico, mira online. Esto es una locura.

Menos de una hora después de haber sido anunciada, COIN se estaba volviendo viral.

—Somos el número dos en Yahoo. Adivina cuál es el número tres.

Tyler tecleó en su ordenador, y luego rio a carcajadas.

El número tres en la lista de Yahoo, justo después de su ETF, era una nueva película recién estrenada en los cines ese fin de semana del Día de la Independencia: *El llanero solitario,* protagonizada por Johnny Depp y Armie Hammer, siendo este último el actor que había representado el papel de los Winklevoss en *La red social*, la película sobre su batalla con Zuckerberg.

—Aquí dice que se han gastado 75 millones de dólares en marketing y publicidad —leyó Cameron.

—Se nota. Cada taxi, autobús y tren en Manhattan está cubierto con el cartel de la película. Incluso las tazas de refresco de la cadena de restaurantes Subway tienen a Tonto y a uno de los Winklevii en ellas —dijo Tyler.

—Es una locura, no hemos gastado ni un solo dólar y nuestro ETF les está ganando de largo.

¿Cómo un producto financiero —un acrónimo financiero como ETF, algo de lo que muchos estadounidenses nunca habían oído hablar— podía colapsar internet?

Tyler no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar la SEC ante la propuesta COIN. Lo más probable es que se movieran con cautela, a paso de tortuga, es decir, a la velocidad del gobierno. Poner una moneda virtual a disposición de todos, como una acción, haría que Bitcoin fuera tan accesible como el oro, que era un mercado multimillonario. También significaría que todos los bancos y casas de bolsa de Wall Street tendrían que adaptarse, abrir una mesa de operaciones con monedas de cambio, contratar a analistas de divisas virtuales y responsables del cumplimiento, y tal vez incluso crear sus propios fondos de divisas virtuales. Un cambio como ése iba a llevar tiempo, no iba a suceder de la noche a la mañana.

Pero los gemelos habían dado el primer paso. Y para ellos, el momento no podría haber sido mejor.

El brillo de Bitcoin 2013 se había desvanecido. Charlie no había cumplido su promesa de calmarse, de no desviarse de su propósito y de ser el líder corporativo que BitInstant necesitaba. Había vuelto a las andadas, viajaba a todas partes para promocionar lo que sólo podía describirse como su marca personal, mientras que BitInstant continuaba plagado de innumerables problemas, entre ellos los retrasos en el servicio y la amenaza de perder su acuerdo con Obopay. Después de hablar con sus abogados, Tyler ni siquiera estaba seguro de que BitInstant se ajustara a las leyes de transferencia de dinero de Estados Unidos, y cada vez estaba más claro que si Charlie no acababa de ocuparse de las cosas, la compañía no iba a durar mucho más.

Peor aún, la empresa no era rentable. De hecho, se había comido la mayor parte de la inversión de los gemelos, incluido un préstamo puente de último minuto de 500.000 dólares que le habían dado a Charlie hacía unos meses. Darle a Charlie esa cantidad de dinero, además de todo lo que ya habían invertido, parecía ser la definición de «tirar el dinero a la basura». Pero Charlie se lo había suplicado, argumentándoles que se necesitaba de inmediato para asegurar la cuenta de la compañía en Mt. Gox después de que el banco de BitInstant los hubiera defraudado. Los gemelos le habían enviado el dinero muy a su pesar. Parecía la mejor de dos opciones terribles: siendo la otra la muerte inmediata de BitInstant.

El préstamo de 500.000 dólares iba a ser temporal, por unas pocas semanas como máximo. Sin embargo, después de unas semanas, cuando le pidieron a Charlie que les devolviera el dinero, el chaval se había mostrado evasivo y se había excusado diciendo que la compañía no lo tenía en ese momento pero que lo tendría pronto. Habían llegado a un punto en que era bastante obvio que Charlie

comenzaba a esquivar de nuevo sus llamadas, mensajes de texto y correos electrónicos.

Cameron esperaba que Charlie fuera capaz de superar las dimisiones de Erik e Ira, pero parecía que había ocurrido todo lo contrario. Charlie no iba a las oficinas de BitInstant ni siquiera cuando estaba en Nueva York; era el consejero delegado de su mesa en un rincón del EVR, donde entretenía a sus legiones de fanáticos de Bitcoin.

Lo que les quedaba de confianza en Charlie disminuía día a día. La presentación del ETF fue como un resurgimiento. Si Charlie no podía cambiar, tendrían que dejar BitInstant atrás para siempre; e incluso si de alguna manera lograba hacerlo, bueno, era muy probable que ya fuera demasiado tarde.

> De: "Charlie 'Charles' Shrem" <<##><#>@<#><#>><#>.com>
> Asunto: Nuestra Llamada
> Fecha: 9 de julio de 2013 a las 4:43:11 PM
> Para: Cameron Winklevoss, Tyler Winklevoss
>
> Chicos:
>
> Sólo quería que supierais que escuché lo que me dijisteis durante vuestra llamada y que me lo tomo muy en serio. Las cosas ESTÁN cambiando drásticamente para solucionar problemas en todos los frentes y ponernos en posición de crecer lo más rápido posible.
>
> He cometido muchos errores, tanto los que me indicasteis, como otros en los que ahora caigo y para los cuales estoy tomando medidas.
>
> Aquí algunas de las medidas inmediatas:
>
> - Estaré en la oficina todos los días de 9 a 6, de lunes a viernes, a menos que sea algo esencial para BitInstant (como las visitas al banco).
> - No saldré de Nueva York durante el próximo mes, me centraré y estaré en la oficina.
> - No hablaré con la prensa ni con ningún periodista en persona, por teléfono o por correo electrónico.

- Mi tiempo se centrará en solucionar problemas inmediatos (contratar a líderes en tecnología y otros miembros del equipo estelar para subsanar las carencias y obtener resultados).
- Proporcionaré actualizaciones regulares sobre cómo van las cosas (buenas y malas).

Estamos generando un informe de auditoría interna para averiguar exactamente qué necesitamos arreglar y cómo. Lo tendréis a finales de la próxima semana, será exhaustivo, con problemas, soluciones y una hoja de ruta.

Gracias,
Charlie

Charlie se encorvó sobre el teclado de su ordenador en las nuevas oficinas de BitInstant, a unas calles de su sede original. No era el SoHo, pero tampoco era Brooklyn, y el lugar tenía suficiente espacio para treinta empleados, luz natural que se colaba a través de múltiples ventanas, y la electricidad funcionaba, de momento. A las dos semanas en la nueva sede, incluso Charlie, el máximo optimista, se preguntaba cuánto tiempo podrían seguir permitiéndose mantener las luces encendidas.

—¿Crees que será suficiente? —preguntó Courtney, por encima del hombro.

Su turno en el EVR no comenzaba hasta dentro de una hora, y no era raro que se pasara por la oficina de Charlie antes del trabajo. Durante los últimos tres días, Charlie había estado viviendo en BitInstant. Sólo había regresado al apartamento encima del EVR para ducharse y alejarse por un minuto del infierno electrónico al que ahora se enfrentaba en su trabajo diario.

Todo había llegado a un punto crítico el fin de semana del 4 de julio, durante una frenética conferencia telefónica con su equipo de abogados. Todas esas cosas que le habían mantenido ocupado desde Bitcoin 2013 —servidores sobrecargados de tráfico, problemas

con el sitio web, errores en la base de código— eran insignificantes comparado con lo que sus abogados le estaban diciendo ahora: Obopay había dejado de ser su socio, y BitInstant ya no podía seguir operando hasta que resolviera sus problemas de licencia. Aunque las leyes actuales de transmisión de dinero no habían sido diseñadas para la economía de Bitcoin, y *podrían* no aplicarse, lo que significaba que no tener licencias *podría* estar bien, los abogados de Charlie le habían advertido de lo contrario. Creían que era demasiado peligroso para BitInstant seguir funcionando ahora que Obopay no les proporcionaba las licencias.

Charlie estaba seguro de que eso no representaba un problema insuperable. Con el tiempo, encontraría un nuevo proveedor de licencias. O quizá él y BitInstant podrían salir y obtenerlas en cada estado por sí mismos.

Pero le acechaba también un problema más personal.

—Creo que no puedo ser más sincero. Estoy aquí, listo para trabajar.

No más fiestas, no más acostarse a las tantas, no más viajes. Concentración. Eso es lo que les prometía a los gemelos, y eso es lo que les iba a dar. Si le concedían el tiempo necesario, podía arreglar BitInstant.

Por supuesto, tendría que escuchar a los abogados y cerrar el sitio de momento mientras se ocupaba del tema de las licencias. No era algo que fuese a mencionar en el correo electrónico que estaba escribiendo; sabía lo mal que recibirían la noticia. Decirles que había que cerrar el sitio, aunque fuera de forma transitoria, les iba a hacer estallar. Y él no quería que eso pasara.

Charlie no era lo bastante ingenuo para creer que este correo electrónico fuera algo más que una solución provisional. Pero ahora mismo, necesitaba con desesperación todo el tiempo que pudiera

comprar. Incluso un parche serviría. Tenía a los gemelos constantemente encima, así que tenía que responderles algo.

Lo más probable es que ya estuvieran de muy mal humor. Cuando los gemelos presentaron por primera vez su ETF unos días antes, Charlie se había mostrado encantado con la cantidad de atención positiva recibida. Pero esa mañana, al mirar la nueva serie de artículos, advirtió que el tono de las noticias de seguimiento era sin duda diferente. El optimismo y la emoción habían dado paso a otra cosa, a una cacofonía digital de ridiculización, desprecio y abuso. La recepción en su mayoría positiva, evidenciada por el artículo original del *The New York Times*, se había visto superada por una nueva ronda de negatividad procedente del *establishment* de Silicon Valley.

Charlie había hojeado los artículos, deteniéndose en los que parecían más importantes. Primero, uno escrito por Michael Moritz, el famoso director de Sequoia Capital, una de las mayores y más famosas empresas de capital riesgo de Silicon Valley, y uno de los primeros patrocinadores de Google. Hablando con sarcasmo para el sitio web CNET, Moritz había dicho: «Sabes que cuando los Winklevoss entran en el negocio, éste es serio».

Felix Salmon, periodista financiero, escribió para Reuters:

> Que quede claro: ésta es una idea muy, muy tonta, de un par de hermanos cuya principal ambición, hoy en día, es ser los mayores helmintos en el bitcouniverso. Los Winklevii, entrometiéndose en el juego de la innovación financiera, están siendo muy egoístas con todo este asunto. Van a fracasar; sólo espero que al hacerlo no causen demasiado daño a otros.

Bill Borden, vicepresidente de UBS:

> Cuando leí los titulares, mi reacción inicial fue reírme... Si bien encuentro intrigantes los desarrollos en la historia de Bitcoin, dudo que Winklevoss ETF fuese la forma en que yo entraría si alguna vez decidiera comprar Bitcoin.

Reginald Browne, director general de Cantor Fitzgerald, muy conocido por ser el padrino de los ETF:

> La idea de un ETF de Bitcoin es tan descabellada que la aprobación de la SEC, si llega, podría llevar años. Creo que es la monda.

Y para completarlo, el economista y columnista del *The New York Times*, Paul Krugman, había escrito un artículo de opinión titulado «Bitcoin es malo», tras calificarlo previamente de «red antisocial».

Todos los expertos habían demostrado oponerse a los gemelos Winklevoss, a Bitcoin, o a ambos. En retrospectiva, la negatividad no es de extrañar. Las grandes ideas daban miedo, las pequeñas no. El fondo cotizado era una gran idea, un reto para el *statu quo*. Incluso a las élites de Silicon Valley, como Moritz, les faltaba imaginación cuando se trataba de algo fuera del marco que conocían.

Con el ETF, los gemelos estaban desafiando al mundo de la banca justo donde vivía. No importaba lo bien que lo disfrazaran los gemelos, todo tenía que ver todavía con Bitcoin, una moneda digital de apenas cuatro años de antigüedad.

Charlie sabía con precisión lo que la comunidad bancaria pensaba de Bitcoin. BitInstant pendía de un hilo —a pesar de la enorme demanda, de los leales consumidores y de los fanáticos fans—, precisamente porque el mundo de la banca no estaba preparado para aceptar la moneda digital.

Eso era lo que Charlie necesitaba que los gemelos entendieran. Él, y ellos, luchaban por la misma causa. Vale, tal vez él no había sido el mejor soldado. Aunque había tratado de poner buena cara después de las renuncias de Voorhees e Ira, la pérdida de sus «cerebros de confianza» le había dejado descolocado. Sabía que a sus amigos les había ido bien desde que se fueron. Voorhees los estaba eclipsando a todos; hacía poco que había vendido su

proyecto paralelo, SatoshiDice, por la friolera de 126.315 bitcoins, que en el momento de la venta estaba valorado en alrededor de 11,5 millones de dólares.

Pero no se sentía a gusto en BitInstant sin Voorhees ni Ira. Incluso Ver parecía haber pasado a centrarse en otras inversiones, y Charlie no podía culparlo. Había sido idea de Charlie ir con los gemelos, y si BitInstant no superaba sus problemas actuales, sería sólo responsabilidad de Charlie.

El joven consejero delegado leyó su correo electrónico por última vez, sabía que en última instancia sus súplicas, sin importar cuán sinceras fueran, no serían suficientes: tendría que producir. Pero realmente creía que lo único que necesitaba era más tiempo. Todos sabían que Bitcoin era volátil: un día, podía zambullirse hacia un abismo desmoralizador, y al siguiente, remontar el vuelo igual de alto. Como el espíritu empresarial en sí mismo, los giros y vueltas del precio no estaban indicados para los débiles de corazón. Si lo atrapabas al bajar, podías perder hasta la camisa, pero si lograbas lidiar con el abismo el tiempo suficiente, si podías aguantar los tiempos oscuros, tenías la oportunidad de volver a pillarlo en el camino de vuelta.

Charlie lanzó a Courtney su sonrisa más confiada y le dio a enviar.

TERCER ACTO

Toda la sabiduría humana estará resumida en dos palabras: ¡confiar y esperar!

ALEXANDRE DUMAS,
El conde de Montecristo

24
LA HISTORIA DE UN PIRATA

San Francisco.

1 de octubre de 2013.

15.15 horas.

Calle Diamond, tranquila, arbolada, serpenteante a través de un barrio sobre todo residencial, inclinada hacia un distrito de pequeños negocios. La sucursal de Glen Park de la Biblioteca Pública de San Francisco, un cubo de granito con ventanas de gran tamaño. Un interior cálido de luz anaranjada. Suelos de madera, techo artesonado. Arriba, en el segundo piso, en la esquina posterior, un pequeño escritorio muy bien iluminado junto a la ventana, escondido en la sección de ciencia ficción de la biblioteca.

Un chaval de veintinueve años con el pelo enmarañado se sentó en la silla detrás de la mesa y colocó la mochila junto a sus pies. Guapo al típico modo californiano —aunque era originario de Texas —, relajado, aunque con los ojos vidriosos, el chico sacó de la mochila su portátil Samsung 700Z, lo colocó sobre el escritorio y lo abrió.

Segundos después, inició una conexión Tor. Un navegador anónimo desarrollado en un principio por la marina estadounidense para mantener a salvo las comunicaciones de sus barcos, Tor era ahora un servicio generalmente gratuito usado por personas de todo el mundo que querían mantener en secreto su actividad en internet. Una vez establecida la conexión a través del Wi-Fi gratuito de la

biblioteca, el joven abrió un portal encriptado a un sitio web que sólo podían encontrar aquellos que sabían dónde buscar, en la zona de internet conocida como la red oscura, muy por debajo de las capas externas de la «cebolla». Sólo navegadores como Tor, un acrónimo para «Onion Router», podían pelarla con cuidado y encontrar sitios como aquél.

Las zapatillas deportivas del chaval repiqueteaban contra el suelo de madera bajo el escritorio mientras introducía su contraseña. Estaba cansado. Había pasado muchas noches trabajando en el sitio web, lo que no era ninguna sorpresa, considerando que era un éxito masivo, con cientos de miles de usuarios al año. De hecho, el chico era, a pesar de su humilde apariencia, una persona influyente y poderosa; el volumen de intercambios que había pasado por su sitio web no estaba valorado en millones, sino en más de 1.000 millones de dólares, y su patrimonio personal ya se acercaba a los 30 millones de dólares. Pero, aunque el sitio funcionaba bien, en su forma digital, como una máquina engrasada, nada sobre la gestión de un monstruo como ése resultaba fácil, pues requería de un constante mantenimiento y supervisión, y a pesar de que el chaval no tenía oficina propia, su ordenador portátil era como un despacho de alto standing ambulante. En lugar de un cubo corporativo en una torre en el Distrito Financiero, o la cabina de un jet privado de ambiente controlado, tenía un rincón de la biblioteca pública, o una cafetería, o un pequeño dormitorio en su piso compartido a sólo unas manzanas de distancia.

Había salido del apartamento sólo veintiocho minutos antes, a las 14.47 horas, con el plan de pasar la tarde en Bello, puede que su cafetería favorita con Wi-Fi gratis de entre las que salpicaban Glen Park como un caso aplastante de varicela. Pero Bello estaba demasiado llena de clientes para su gusto. Así que, como a veces

hacía, había caminado otros diez metros hasta la biblioteca. Prefería la soledad de la sección de ciencia ficción por encima de la abarrotada pista de pogo de la cafetería.

Ahora estaba listo para trabajar. Y el trabajo lo encontró en cuanto introdujo su contraseña en el sitio, bajo la apariencia de una notificación de chat de uno de sus muchos empleados, que operaba bajo el alias «Cirrus». El chico nunca había conocido a Cirrus en persona, pero le enviaba muchos correos electrónicos a lo largo del mes, a veces incluso a diario, y le pagaba 1.000 dólares a la semana para que gestionara varios de los foros del sitio y respondiera a las peticiones de los usuarios.

Tan pronto como el chico abrió la ventana de chat, encontró a Cirrus allí, con el asunto que se traían entre manos.

«Hola, ¿estás ahí?»

El chaval se frotó los ojos, echó un vistazo alrededor del segundo piso vacío de la biblioteca y tecleó:

«Hola.»

«¿Cómo estás?», preguntó Cirrus.

«Bien. ¿Tú?»

Como de costumbre, allí terminó la cháchara, porque cómo ser amable con alguien a quien nunca había visto la cara y con quien, por necesidad, jamás tendría una relación más allá de los cursores parpadeantes a través de una conexión online fuertemente encriptada y anónima.

«Bien, ¿puedes comprobar uno de los mensajes marcados?», escribió Cirrus.

Era el tipo de aburrido trabajo administrativo que aparecía casi todos los días, por lo general algo que se podía solucionar y cerrar en cuestión de minutos. Sólo tenía que utilizar su contraseña para iniciar sesión en la parte de atrás de su sitio, y probablemente pulsar

unas cuantas teclas para arreglar el pequeño problema técnico. Nada urgente, pero cuando se dirige un sitio web que ha movido más de 1.000 millones de dólares en productos a lo largo de los pocos años de su existencia, y reportado millones en ganancias, nunca era buena idea dejar que cualquier problema, por pequeño que fuera, se enconara.

«Claro», respondió el chico. «Déjame entrar.»

Navegó hasta la página correcta, introdujo su contraseña y empezó a buscar el mensaje marcado, y tan absorto estaba en la tarea que no se fijó en las dos personas que subían por la escalera hasta que prácticamente los tuvo encima, y sus sombras aparecieron en la pantalla del portátil. El chaval miró hacia atrás y vio a un hombre y una mujer, bien vestidos, obviamente acaudalados, el tipo de yupis modernos que se veían por todo San Francisco, sobre todo en vecindarios como Glen Park. El hombre era alto y delgado, y sin duda trabajaba en una de las decenas de miles de *startups* de internet que habían surgido por toda la ciudad, el anillo más exterior del huracán cuyo epicentro era Silicon Valley. Evidentemente, la mujer era su amante porque, tan pronto como llegaron al segundo piso, empezaron a discutir de la manera en que sólo dos personas que se habían visto desnudas podían hacerlo: con saña y en voz muy alta.

Cuando llegaron a un punto detrás del joven, la voz de la mujer alcanzó una nueva octava de furia, y se hizo imposible ignorar la disputa con su amante. Enfadado, el chico se levantó de la silla para ver si debía involucrarse, y ahí fue cuando sucedió.

El hombre dio un salto hacia delante y agarró el portátil del chaval con ambas manos, lo deslizó por el escritorio hacia la mujer, que se había abalanzado hacia el otro lado. Ésta cogió el ordenador —con cuidado de que no se cerrara— y se lo entregó a un tercer hombre,

que apareció de repente de detrás de una de las estanterías cercanas.

Mientras el chico observaba lo que ocurría, con la cara congelada por el *shock*, el tercer hombre metió una memoria USB en el portátil. Sacó una BlackBerry del bolsillo de su abrigo y comenzó a tomar fotos de la pantalla abierta. A un metro de distancia, el joven divisó con facilidad la pantalla: la ventana de chat abierta que mostraba su conversación con Cirrus en una esquina, la puerta trasera a su sitio web en el centro, donde había estado navegando hacia el mensaje marcado.

Pero antes de que el chaval pudiera hacer o decir nada, los amantes se situaron a ambos lados, y el hombre le sujetó los brazos por detrás de la espalda. Algo frío y aterradoramente duro tocó la piel de sus muñecas, luego escuchó un implacable chasquido metálico, y de repente se vio esposado, los brazos firmes detrás de la espalda, y sus hombros ardiendo por la presión. Entonces el hombre lo condujo a través de la biblioteca por la escalera mientras la mujer le leía sus derechos. Como en los programas de televisión.

De repente, tuvo conciencia de que acababan de arrestarlo, sintió un pinchazo en la boca del estómago al comprender también que su ordenador portátil —todavía abierto, su brillo iluminaba la cara del tercer hombre, que lo más probable es que no fuera un policía local, ni siquiera vecino de Glen Park, ni de San Francisco, o incluso de California, sino un cualificado agente del FBI, seguramente un experto en informática forense— contenía información suficiente, ahora sin encriptar, para que lo encerraran en la cárcel.

Durante el resto de su vida.

25
EL DÍA DESPUÉS

Blanqueo de dinero. —Cameron leía en su ordenador mientras Tyler revoloteaba detrás de él—. Hackeo de ordenadores, conspiración por tráfico de narcóticos y gestión de asesinatos.

Tyler se inclinó sobre su hombro para mirar la pantalla.

—¿Gestión de asesinatos?

—Al parecer, intentó contratar a dos sicarios que resultaron ser agentes infiltrados del FBI. Asesinos a sueldo...

—¡Joder, qué oscuro!

Cameron se recostó en la silla y miró hacia la bulliciosa oficina que ahora era Winklevoss Capital. Tanta gente, y casi todos ellos menores de treinta años, recién graduados de Harvard, Yale, Columbia, NYU, Berkeley, Stanford, etcétera. Todos ellos con muchas ganas de estar allí, de gravitar hacia los gemelos mientras trabajaban para convertir Bitcoin en algo respetable. Y hasta hoy, librar esa batalla había significado tener a Silk Road pendiendo todos los días del cuello. Y ahora, de repente, así como así, ya no estaba: desaparecido, como Ross Ulbricht, de veintinueve años e identificado como persona detrás del mayor mercado de drogas ilegales de la historia.

—El temible pirata Roberts irá a la cárcel.

Dread Pirate Roberts era el nombre online que Ulbricht se había dado a sí mismo, por el personaje que Cary Elwes interpretaba en *La princesa prometida*. En la película, es un personaje mítico que,

según se ve después, es en realidad varios piratas, el nombre se transmite de generación en generación.

Ulbricht afirmaría más tarde que él no había creado Silk Road, que, al igual que Westley, el granjero de la película, había heredado el título de otra persona. De hecho, uno de los nombres potenciales con el que la blogosfera teorizó como posible verdadero creador de Silk Road fue Mark Karpeles, el consejero delegado de Mt. Gox. Pero el FBI no estaba de acuerdo, y parecía haber reunido suficientes pruebas para condenar a Ulbricht. Con todos los cargos en su contra, se enfrentaba a pasar el resto de su vida tras las rejas. El FBI afirmaba que al dirigir un sitio web en el que se habían vendido y comprado más de 1.000 millones de dólares en estupefacientes, Ulbricht se había convertido en uno de los mayores capos de la droga de la historia. Aunque Ulbricht podía argumentar que el hecho de administrar una página web lo convertía simplemente en un proveedor de software, lo que no lo hacía responsable de lo que se vendía en el sitio —Amazon, eBay, y muchas otras páginas habían visto cómo se vendían artículos ilegales en ellas muchas veces—, sería, al final, un argumento difícil de ganar frente a un jurado. Por una razón, era poco probable que un jurado no incluyera por lo menos a una persona que conociera a alguien cuya vida hubiera quedado devastada por la adicción a los opiáceos. Píldoras como la oxicodona cambiaban de manos a granel a través de Silk Road a diario. El temible pirata Roberts sabía exactamente qué se vendía en su mercado y había argumentado repetidas veces en sus propios escritos que estaba orgulloso del nicho que ocupaba su web. De hecho, no sólo era el gestor de la página, si uno daba crédito a los federales, también había intentado contratar sicarios en el sitio; él era uno de sus clientes.

Sin importar los resultados del futuro juicio, la página había dejado de existir, y la noticia iba a repercutir en la economía de Bitcoin.

—Ya está cayendo —dijo Tyler mientras agarraba el ratón por encima de Cameron—. Está cayendo en picado.

El precio de un bitcoin había comenzado la mañana a unos 145 dólares la moneda, pero desde la noticia del arresto de Ulbricht, había empezado a caer en picado. Ahora se acercaba a los 110 dólares la moneda. Eso significaba que la economía había perdido más de 700 millones de dólares en cuestión de horas. En teoría, los gemelos habían perdido millones de dólares, pero Cameron se concentró en la visión de conjunto.

La investigación que los gemelos habían llevado a cabo demostraba que Silk Road no dominaba el mercado de Bitcoin, como habían proclamado algunos estupefactos observadores en la prensa. Silk Road representaba en realidad una pequeña fracción de la economía de Bitcoin, a pesar de ser carne de cañón de muchos titulares jugosos. La tesis de los hermanos era que cualquier caída en el precio del bitcoin debido al cierre de Silk Road acabaría corrigiéndose. Y, por supuesto, por lo que a los gemelos concernía, la desaparición de Silk Road era muy buena noticia para la futura legitimidad de Bitcoin.

—Sólo podemos hacer una cosa —aseguró Cameron.

—¡Comprar!

Cameron abrió su ordenador y comenzó a teclear con furor. A pesar de ser arriesgado, siempre guardaba dinero en efectivo —polvo seco— en Mt. Gox y en algunas bolsas más nuevas que habían aparecido, en previsión de oportunidades de compra como ésta.

Su teléfono empezó a sonar.

—Soy Charlie otra vez.

Charlie Shrem los había llamado sin parar durante las últimas semanas, aunque había sido particularmente persistente con Cameron, que siempre había tenido debilidad por él, dejándole a veces tres mensajes en un día.

Sólo unos días después de que él y Tyler recibieran el correo electrónico de Charlie en el que les prometía un nuevo comienzo (y en el que no se hacía mención de ninguna nube en el horizonte), BitInstant se apagó repentinamente. La pérdida de las licencias de BitInstant, que designaba a la compañía como transmisora legal de dinero, había sido insuperable, y Charlie había hecho lo único que podía, cerrar las puertas de BitInstant. Pero se lo había ocultado a los gemelos hasta el último momento, y eso es lo que no podían perdonar. Había publicado algunas tonterías online, que era sólo una suspensión temporal del negocio para renovar y reacondicionar la página, que BitInstant pronto regresaría mejor que antes, pero Cameron sabía que el mensaje de Charlie a los clientes era tan falso como lo había sido su anterior correo electrónico. BitInstant no iba a volver.

Para modernizarlo, necesitaría nuevas licencias de transmisión de dinero, un nuevo socio bancario y, sobre todo, dinero en efectivo, mucho, porque había quemado todo lo que los gemelos le habían dado, incluyendo el «préstamo» de 500.000 dólares que aún no había devuelto.

Cameron y Tyler habían comenzado el proceso de separarse mentalmente de Charlie. Si ésa era la forma en que trataba a sus socios, ocultando el cierre del sitio, ¿qué más no les estaba diciendo y de qué otro modo se estaba comportando? El fracaso estaba bien, formaba parte del juego al que habían decidido jugar y era una de las posibilidades. Según cifras, una de cada veinte inversiones iniciales tenía éxito. Pero para ellos el comportamiento de Charlie

rozaba la mala fe y negligencia en el cumplimiento del deber: los había abandonado, había corrido en dirección contraria en vez de lanzarse de cabeza a arreglar BitInstant. Había viajado más, había salido más, bebiendo y fumando día y noche. En lugar de advertir a los gemelos que se avecinaban malas noticias, había seguido buscando un salvavidas, les había pedido que tiraran su dinero a la basura.

Sin duda, por eso les había estado llamando. Pero el grifo se había secado: por fin estaban listos para dar BitInstant por perdido, como una experiencia de aprendizaje, y largarse.

Lo más probable es que Cameron también hubiera ignorado esta llamada de no ser por las noticias acerca de Silk Road todavía abiertas en su ordenador. Decidió concederle a Charlie unos minutos, aunque sólo fuera para alimentar su curiosidad. Después de todo, Charlie era amigo de Ver, y Cameron quería saber qué pensaba Ver sobre la desaparición de Silk Road.

—Cree que es una parodia —dijo Charlie. Parecía estar sin aliento, como si estuviera corriendo sin moverse del sitio—. Cree que están condenando a Ulbricht de manera injusta.

Cameron debería haberlo sospechado. Por supuesto que Ver iba a sumarse a los otros libertarios ultrarradicales de internet e intentar convertir a Ulbricht en un mártir. De hecho, años más tarde, en marzo de 2016, después de la sentencia a dos cadenas perpetuas más cuarenta años de prisión de Ulbricht y de su encarcelamiento, Ver iría aún más allá en una carta abierta al ex «temible pirata Roberts»:

> Sospecho que pasarás a la historia en un lugar similar a Harriet Tubman por ayudar a los esclavos a escapar de sus amos. Al crear Silk Road has ayudado a millones de pacíficos consumidores de drogas a escapar de sus violentos opresores en forma de policía, DEA, FBI y jueces que encierran a personas pacíficas en prisión como tú...

—No sé qué da más miedo, las opiniones de Ver o el hecho de que lo consideres un mentor —dijo Cameron. Como era habitual, su hermano sustentó una postura más dura con Charlie—. Y mira adónde te ha llevado. BitInstant está cerrado porque nunca te importó un comino el tema de las licencias y estabas demasiado ocupado comprando la mierda de Ver.

—Creo en el cumplimiento —aseguró Charlie por teléfono—. ¡Chicos, podemos arreglar esto!

—Ya no nos interesa tu circo —continuó Tyler—. Llegados a este punto lo que nos interesa es minimizar daños. Empezando por nuestros 500.000 dólares.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Cameron no estaba seguro de cómo pensaba Charlie que iba a ir esta conversación, pero era obvio que hacía tiempo que se había olvidado del dinero.

—Está... inmovilizado, no es posible.

—¿Inmovilizado? ¿Qué quieres decir? Ese préstamo se destinó a capital circulante, no a gastos de explotación.

—Tres de cada diez personas que tienen bitcoins los compraron a través de mí —insinuó Charlie, en un intento de desviar la conversación—. BitInstant puede volver. Sólo necesitamos una nueva licencia. Todavía tenemos miles de personas que quieren comprar a través de nosotros.

—Nadie te va a dar una licencia. Esto ya no es un juego. Está bien sentarse en Panamá y quejarse del malvado gobierno, pero en Estados Unidos, si uno no sigue las reglas, termina esposado. Así es como funciona esto. Y así es como se supone que debe funcionar.

La luz del teléfono de la sala de conferencias comenzó a parpadear. Cameron puso a Charlie en espera y contestó.

Era su jefa de personal, Beth Kurteson. Beth era una inmigrante del Medio Oeste que había llegado a Nueva York desde Illinois para

estudiar en la universidad, y luego en la Columbia Business School, donde obtuvo un máster en administración de empresas. Fue la primera persona que los gemelos contrataron. Era inteligente, trabajadora, y tenía una integridad y un coeficiente intelectual emocional elevadísimo. Rápidamente se había convertido en uno de los miembros de confianza del equipo.

—Tengo al *Wall Street Journal* en la línea tres. A Bloomberg en la cuatro. Al *Financial Times* en la cinco.

Cameron sintió que sus mejillas se enfriaban. ¿Acaso llamaban todos para preguntar por Silk Road? Parecía poco probable, pues los gemelos no tenían ninguna conexión con el portal.

—Pásanos con el *Journal* —Cameron le pidió al fin—. Más vale que empecemos por arriba.

El periodista no perdió el tiempo con comentarios amables.

—Chicos, ¿algún comentario sobre la citación?

La pregunta no venía a cuento de nada. Cameron pulsó la tecla de silencio, mirando a Tyler.

—¿De qué demonios habla?

Tyler reactivó la línea.

—¿Qué citación? —preguntó por teléfono—. ¿A quién han citado?

Hubo una breve pausa al otro lado de la línea.

—A vosotros.

El corazón de Cameron iba a mil mientras miraba el teléfono de la sala de conferencias, iluminado como el árbol de Navidad en el Rockefeller Center. Había olvidado por completo que Charlie seguía en espera con el teléfono móvil sobre la mesa.

Cameron y Tyler Winklevoss acababan de ser citados por el superintendente del Departamento de Servicios Financieros del Estado de Nueva York, el organismo regulador de bancos y seguros del Estado de Nueva York.

Puede que su baile con Charlie Shrem hubiera terminado, pero la batalla por Bitcoin acababa de empezar.

26
LA CAÍDA

Aeropuerto Internacional JFK.

Poco después de las 19.00 horas en una fría y gris noche de un domingo de enero.

Una fina capa de nieve cubre las curvas de un Boeing 737 de Icelandair, los motores todavía calientes por el aterrizaje de hacía veinte minutos y la típica larga maniobra hasta la puerta.

Una horda de pasajeros sube lentamente por la pasarela hacia las autoridades de aduana e inmigración.

—Se llama estado liminal —explicó Charlie mientras guiaba a Courtney al final de la multitud en movimiento—. Es cuando has salido de una de las estructuras de la sociedad, pero aún no has entrado en otra. Liminalidad. Lo leí en la universidad.

Courtney apretó su mano mientras caminaba, llevaba una mochila colgada del hombro derecho. Charlie arrastraba el equipaje de mano con una rueda torcida, el tipo de bolsa que había visto demasiados compartimentos encima de la cabeza.

—Suena como el tipo de cosas que se te ocurren cuando estás colocado —dijo Courtney—. Aunque, para ser justos, ¿cuándo no lo estás?

Charlie se rio, devolviéndole el apretón de manos mientras seguían a la multitud y notó que la mayoría del grupo se tambaleaba más que caminar. No era sólo porque hubieran pasado siete horas dentro de un tubo de aluminio lleno de oxígeno reciclado, sino

también por la diferencia horaria. Miró su reloj y calculó que eran las dos de la madrugada en Ámsterdam. No es que hubiera estado en la cama si hubiese permanecido otra noche en esa tolerante ciudad. Había pasado la mayor parte de los dos días de la conferencia de comercio electrónico en las *coffee shops* repartidas por su histórico barrio, aprovechando las progresistas leyes con respecto a la marihuana de los Países Bajos. Aun así, se había salido con su discurso, que fue todo un éxito, todavía podía escuchar los aplausos procedentes de un público compuesto por cientos de entusiastas europeos de Bitcoin.

Y Ámsterdam había sido sólo una parada en lo que había empezado a considerar su «Gira de Regreso»: una excursión de varias semanas, llena de discursos, reuniones y cenas formales. Todos querían hablar de Bitcoin. Contrariamente a la sabiduría convencional, el precio se había disparado desde la caída de Silk Road, y había alcanzado la cifra de 1.000 dólares la moneda menos de un mes después del arresto de Ross Ulbricht. El hecho de que hubiera incrementado su valor por diez era algo increíble: los gemelos Winklevoss tenían ahora 200 millones de dólares en Bitcoin. Y aunque BitInstant hubiera caído —cerrado temporalmente, momentáneamente cerrado—, sin duda Charlie no lo había hecho: seguía siendo uno de los principales rostros de Bitcoin. Incluso aunque los gemelos no respondieran a sus llamadas, aunque intentaran pasar por encima de él, incluso si su sitio hubiese caído técnicamente, regresaría, más grande e intrépido que nunca. Quizá hubiera tropezado, pero era alguien genuino, auténtico, y todavía tan popular como siempre, como lo demostraba la recepción de los admiradores de Ámsterdam.

—En verdad —dijo, acercando a Courtney mientras se movían—, es una cosa. Creo que lo estudié en clase de introducción a la

antropología. La sociedad se compone de estructuras. Así es como lidiamos con todo aquello que no podemos controlar: la vida, la muerte, la enfermedad, el amor, el maldito clima. Conformamos estructuras y vivimos en ellas. Pero cuando nos tachamos de esas estructuras, entramos en un estado misterioso, raro, extraño.

—Un estado liminal —repitió Courtney. Sólo unas pocas personas los separaban ahora de las puertas dobles; estaban a punto de salir de la pasarela y pasar por aduanas e inmigración.

—Sí. Y cuando estás en un estado liminal, todo te parece raro, distorsionado. Como si tus pies no tocaran del todo el suelo.

Su equipaje de mano se enganchó en una juntura de la pasarela, y tuvo que dar un tirón para que las ruedas siguieran girando. Courtney se rio de nuevo, estirando de él.

—¿Y crees que el camino a la aduana, en el aeropuerto JFK, es un estado liminal?

—¿No te lo parece? Mira a toda esta gente. Nos hemos bajado de un avión, lugar que no puede ser más antinatural e inhumano. Y todavía no hemos entrado en la siguiente estructura, aún no estamos en Nueva York, pero tampoco en Europa. Estamos en un lugar que no existe en el mapa. Nos hemos vuelto liminales.

Entraron en la amplia estancia a la que ya estaban acostumbrados, llena de varias filas de viajeros que esperaban para salir de la liminal apátrida del aeropuerto. Eligieron lo que parecía ser la más corta de ellas, que conducía a una ventana gestionada por un agente de aspecto aburrido con el pelo ralo, rubio y rizado, y los ojos rasgados. Más allá del agente, Charlie pudo ver un segundo par de puertas que desembocaban en el aeropuerto propiamente dicho, a la ciénaga del JFK.

—Hasta que crucemos esas puertas —señaló—. Entonces estaremos en Nueva York. Estaremos de vuelta en nuestras vidas, en

nuestras estructuras, y podremos volver a sentirnos normales.

—Así que tal vez deberíamos disfrutar del momento. Acepta lo liminal.

Se inclinó y besó a Courtney; y entonces la fila comenzó a moverse más rápido de lo habitual, porque era domingo, y tal vez porque era lo bastante tarde para que el agente de aduanas no quisiera pasar más tiempo lidiando con pasajeros cansados de lo que ellos querían pasarlo con él. Charlie y Courtney tardaron diez, quizá quince minutos en llegar al frente, donde el hombre les hizo señas para que se acercaran.

Su turno.

Cuando Charlie llegó a la ventanilla donde el hombre permanecía sentado, los ojos rasgados apenas levantaron la vista; sólo una mano extendida, un movimiento de dedos, la señal universal de «pasaporte, por favor». Charlie había pasado por la misma rutina tantas veces en los últimos meses, que realmente se había convertido en algo repetitivo. Entregó su pasaporte y el de Courtney, y se apoyó en su equipaje de mano mientras esperaba a que el agente comprobara la pantalla de ordenador, pusiera el sello y pudieran marcharse.

Pero para sorpresa de Charlie, el hombre no hizo nada de eso. En su lugar, se quedó allí sentado, mirando el pasaporte de Charlie.

—¿Algún problema? —preguntó Charlie.

El hombre no respondió. Entonces Charlie sintió las uñas de Courtney clavándose en la palma de su mano.

—Charlie.

Se volvió y vio que otro hombre uniformado se acercaba por detrás de Courtney, y reparó en que no se trataba de un uniforme de agente de aduanas, era diferente, algo que no reconocía. Más bien un traje, pero con una placa en la solapa.

Y esposas, que colgaban de su cinturón.

Charlie se volvió hacia la ventanilla de la aduana y vio que otro uniforme se acercaba por el otro lado. Lo acorralaron antes de poder registrar qué estaba pasando.

El hombre frente a él pasó a Courtney de largo y lo miró a los ojos.

—¿Es usted Charlie Shrem?

Charlie miró a Courtney con auténtico pavor. Luego se volvió hacia el hombre.

—Tiene usted mi pasaporte —le dijo inútilmente al hombre detrás del escritorio.

—Necesitamos hacerle unas preguntas.

Y de repente lo agarraron por el brazo y se lo llevaron allí. Courtney seguía a su lado, corriendo para seguir el ritmo; el segundo hombre iba a su lado. Charlie podía ver que su novia estaba temblando, que se le formaban lágrimas en las comisuras de los ojos, y quería decirle que no se preocupara, que era evidente que tenía que haber algún error. Pero estaba demasiado aterrorizado para pensar en cualquier palabra. También advirtió que la gente los miraba desde todas partes, a algunos los reconocía de su vuelo desde Ámsterdam, a otros de diferentes aviones. Todos esos ojos, mirando mientras lo conducían a través del área de aduanas, una atmósfera de atención silenciosa que parecía tan rara, tan...

Llegaron a una puerta situada al fondo de la zona de aduanas, puerta que Charlie debía haber dejado atrás miles de veces, y en la que nunca antes había reparado. Charlie estaba solo —¿adónde habían llevado a Courtney?— en una habitación con una larga mesa de metal en el centro. La puerta se cerró tras él con un chasquido metálico.

—¿Dónde estamos? —Charlie finalmente jadeó.

—Una sala de proyección secundaria —explicó el hombre, que aún le sujetaba por el brazo—. Soy el oficial Gary Alford. Agente especial del IRS.

De improviso, con un rápido movimiento, el par de esposas se desprendieron del cinturón del agente y acabaron en las muñecas de Charlie.

—Espere —rogó Charlie, el pánico apoderándose de él—. ¿Qué está pasando?

—Señor Shrem, está usted detenido.

Las palabras impactaron en Charlie como balas y, en realidad, se desvaneció, se le doblaron las rodillas, aunque el hombre lo sostuvo por el brazo. Sus muñecas ardían allí donde las tocaba el frío metal de las esposas.

—¿Por qué motivo?

Antes de que el hombre pudiera contestar, la puerta se abrió y entraron más oficiales en la estancia, de dos en dos y de tres en tres. Debía de haber unos quince. Reconoció algunas de las placas, otras parecían extranjeras. Vio la de la policía de Nueva York, la del FBI, la de la DEA. La de seguridad del JFK, la de agentes de aduanas, más la del IRS.

¡Madre del amor hermoso!

—Se trata de un arresto combinado —le anunció el oficial Alford —. Han participado varias agencias durante algún tiempo.

Participado. Charlie se percató de que aquello no era algo que estuviese sucediendo en ese momento, esto llevaba semanas pasando, meses, ¿años? Su arresto era la culminación de una investigación que involucraba lo que parecían ser docenas de personas. Lo habían estado siguiendo. Sólo Dios sabe por cuánto tiempo. Pero ¿qué había hecho? ¿De qué iba aquello? Aparte de

fumar un poco de marihuana aquí y allá, ¿qué crímenes había cometido?

—Vamos a trasladarte —dijo el oficial, ni una petición o declaración.

Lo sacaron por la puerta y por más pasillos, un desfile de agentes de la ley detrás de él. Por un instante, pudo oír a Courtney llorar en algún lugar al final del corredor. Luego lo llevaron a través de otra puerta y a una habitación mucho más pequeña, lo que en realidad era una celda de hormigón. La puerta se cerró tras él, y durante un breve momento se quedó a solas.

Permaneció allí de pie, mirando las paredes de hormigón, tratando de concentrarse, intentando pensar. Pero su mente se movía demasiado rápido; todo se volvió borroso de repente.

Los oficiales y agentes volvieron, todos ellos, y lo guiaron de nuevo por los pasillos. Esta vez no lo llevaron hasta una habitación, sino fuera, a una caravana de SUV negros.

—¿Dónde está Courtney? —preguntó mientras lo metían en la parte trasera de uno de los vehículos de gran tamaño.

—No te preocupes, la verás cuando lleguemos.

Y entonces el SUV se puso en movimiento. Sirenas parpadeantes, edificios que pasaban a ambos lados. Charlie no sabía cuánto tiempo llevaba en el coche cuando de repente se detuvo; luego lo condujeron por una entrada subterránea.

—Bienvenido a la central de reservas de la DEA — alguien anunció, en su dirección.

Y luego, gracias a Dios, volvió a ver a Courtney, que intentó abalanzarse sobre él desde uno de los bancos de madera junto a la mesa principal de reservas. Pero dos oficiales se interpusieron con rapidez, manteniéndolos separados.

—Llama a mi abogado —gritó Charlie, y Courtney asintió. Charlie estaba seguro de que necesitaba un abogado; y estaba bastante seguro de contar con uno.

Cuando Courtney se fue, lo sentaron a la mesa y comenzaron a bombardearlo a preguntas. Un agente tras otro, preguntándole qué hacía BitInstant, de dónde venía el dinero, incluso cómo funcionaba Bitcoin. Era como estar de vuelta en la conferencia de Ámsterdam, excepto que no había escenario, ni micrófono, y ahora todas las preguntas provenían de hombres con placas y armas. Charlie había visto suficiente televisión para saber que uno no debía responder a ninguna pregunta, sin importar lo inocente que creyera ser. Sólo sacudió la cabeza.

Cuando resultó evidente que no diría nada, los agentes comenzaron el proceso de reserva. Huellas dactilares, fotografías. Le quitaron la cartera, el cinturón y los cordones de los zapatos. Su anillo, con la inscripción de parte de su llave privada Bitcoin. Y lo siguiente que supo es que lo empujaban a una celda de verdad. No dentro de una sala de proyecciones ni de una celda de hormigón, sino una cárcel de verdad, con barrotes en las paredes. Había una litera al lado de un inodoro de metal al descubierto. Luego oyó a alguien reírse desde la cama de abajo.

No estaba solo. Había alguien en la celda con él.

—Será mejor que te pongas los calcetines para dormir —le recomendó el otro recluso—. Hace frío. Mucho frío. No querrás ponerte enfermo y morir en este sitio.

—¿Por qué estás aquí? —respondió Charlie, no sin lamentar al instante la cuestión, porque no tenía ni idea de si era algo que se te permitía preguntar en prisión, o de si era el tipo de cosa que hacía que te matasen.

—Mi compañero de celda se meó en el asiento del inodoro en mi choza, así que me lancé sobre él. Supongo que pensaron que necesitaba algo de tiempo para mí. —Cuando Charlie no dijo nada, se rio—. No te preocupes, pequeñín, soy un tío guay. Mantén el asiento limpio cuando lo utilices, y no tendremos problemas.

Charlie se quedó allí parado —las rejas detrás de él, la litera, el recluso y el inodoro delante— y cerró los ojos.

—Charlie, ¿conoces a alguien llamado Bobby Faiella?

Habían pasado ocho horas, y Charlie continuaba en la misma celda. Estaba de pie junto a los barrotes, y Courtney al otro lado intentaba mantener la calma y, sobre todo, lo estaba consiguiendo. Aún no había llegado a casa, no se había duchado, ni deshecho la maleta, ni se había cambiado de ropa, pero sí se había retocado el maquillaje, peinado y desprendido de parte del rojo de sus ojos. Sabía que su chica había estado llorando la mayor parte de la noche, pero él también, tan callado como pudo en la litera de arriba, hasta alrededor de las tres de la madrugada cuando se llevaron al otro preso y lo dejaron solo. Era la mañana siguiente, y no estaba menos confundido que cuando le habían puesto las esposas por primera vez.

—¿Bobby Faiella? En la vida he oído hablar de él. ¿Quién es?

Courtney había hablado con el abogado de Charlie que, de inmediato, se había puesto en contacto con las diversas agencias que presentaban cargos contra Charlie. Iba de camino al centro de detención para ponerlo al corriente, y luego llevarlo ante al juez, quien decidiría la situación de su fianza. Mientras tanto, Courtney intentaba informar a Charlie de lo que sabía.

Bobby Faiella. Charlie se devanó los sesos, pero no le venía nadie a la cabeza con ese nombre. Aparte de luchar contra sus emociones, se había pasado toda la noche tratando de averiguar lo que el IRS, la DEA y el FBI tenían sobre él, a lo que posiblemente podría estar enfrentándose. Y no se le había ocurrido casi nada. Si tenía que suponer, pensó que tal vez tenía algo que ver con el tema de las licencias. Pero había cerrado BitInstant tan pronto como se lo habían recomendado sus abogados. ¿Acaso era esto el tipo de conspiración gubernamental de la que Roger Ver no dejaba de hablar? ¿Lo estaban jodiendo?

—En serio, no se me ocurre nadie llamado Bobby.

—Se hacía llamar a sí mismo online algo así como B-T-C-King.

Charlie abrió la boca y luego la cerró.

—Mierda —dijo finalmente.

Y en ese momento, de repente, lo supo. Joder si lo supo.

—Es Silk Road.

Hacía cuatro meses que se habían cargado Silk Road, pero eso no significaba que el gobierno hubiera terminado con ella. Se pasarían años siguiendo todas las pistas, toda la información de inteligencia que la redada había producido. Al parecer Charlie era ahora, de alguna manera, una de esas pistas.

BTCKing. La mente de Charlie volvió hacia atrás en el tiempo, tratando de averiguar qué había hecho exactamente. Qué estupideces había escrito en correos electrónicos, o dicho a sus amigos. ¿De verdad te podían arrestar por unos correos electrónicos? ¿Podías ir a la cárcel por bromas que hiciste a tus amigos? ¿Qué había *hecho* Charlie en realidad? ¿Había ayudado a alguien a comprar bitcoins? ¿Podía ser eso un crimen?

—¿Cuáles son los cargos?

—Un cargo por conspiración para cometer blanqueo de dinero. Un cargo por no presentar una denuncia de actividades sospechosas. Y otro por gestionar un transmisor de dinero sin licencia.

Charlie parpadeó, con fuerza. No presentar una denuncia de actividades sospechosas, vale, podía ver de qué iba. Había sabido que BTCKing movía cerca de 1 millón de dólares en Bitcoin, compraba y presumiblemente revendía, y a pesar de sospechar que esas monedas podían ir a para a Silk Road, nunca había presentado una denuncia ante la Red de Ejecución de Crímenes Financieros, una de las oficinas del Tesoro de Estados Unidos. Charlie era el oficial de verificación del cumplimiento de BitInstant, lo que significaba que era responsable de crear y presentar un SAR. Debería haber hecho caso a los gemelos —contratar a un oficial de cumplimiento, no tratar de hacerlo todo él—, pero obviamente era demasiado tarde para pensamientos como ése.

Pero ¿lavado de dinero? ¿Qué significaba eso? ¿Cómo había blanqueado el dinero de nadie? El único dinero que él supiese había lavado alguna vez eran unos pocos dólares que de vez en cuando olvidaba sacar de los pantalones antes de pasar por la lavadora. Y creía no haber operado nunca un transmisor de dinero sin licencia. ¿O sí?

—Charlie —dijo Courtney, en voz baja—. Tu abogado dice que podrías enfrentarte a veinticinco años.

Charlie presionó la cara contra las barras. Aquello no podía estar pasando. La cifra le afectó mucho.

—Veinticinco años, Charlie —repitió la joven—. ¿Qué vamos a hacer?

Nosotros. Oírla decir eso lo hizo sentir bien, incluso estando detrás de esas rejas, porque significaba que ahora eran dos. Si

Charlie iba a la cárcel —¿de verdad podía acabar en la cárcel?, ¿por vender bitcoins?—, Courtney seguiría estando ahí para él.

—No lo sé —dijo finalmente. Fueron quizá las palabras más honestas que había dicho en toda su vida.

Dos horas después, Charlie tuvo por fin su momento frente a un juez. Sentado junto a su abogado en un banco de madera, con las muñecas todavía entumecidas y doloridas por las esposas que acababan de quitarle y, mirando sus zapatos, a los que aún les faltaban los cordones, escuchó mientras el fiscal presentaba su caso.

El gobierno argumentó que no se le debería dejar salir bajo fianza, porque creían que había riesgo de fuga, y que tenía medios para ello. De hecho, incluso pusieron un vídeo para el juez de una entrevista online en la que Charlie le explicaba a un podcaster, con un micrófono y una cámara, que tenía una casa en Singapur. El fiscal añadió además que Charlie tenía un jet privado y millones de dólares en bitcoins, una fortuna oculta en todo el mundo. Como Bloomberg había informado, era un multimillonario del bitcoin, un rey del bitcoin.

Era una broma, por supuesto. No tenía ninguna casa en Singapur. No tenía un jet privado. Tenía algo de dinero, aunque ahora iría a parar todo a su abogado. Era uno de los rostros de Bitcoin, pero a diferencia de los gemelos Winklevoss, o de Roger Ver, o de Erik Voorhees, no había acaparado bitcoins. Había estado tan ocupado viajando por el mundo y hablándoles a todos sobre Bitcoin, que no se había detenido a acumular casi nada. Para empezar, nunca había tenido los medios. De hecho, después de los honorarios legales, su patrimonio neto no iba a ser de siete cifras, no iba a ser de seis; tendría suerte si era de cinco.

Demonios, lo más probable es que muy pronto no le quedase casi nada.

Al final, el fiscal no consiguió todo lo que quería. El abogado de Charlie abogó por el arresto domiciliario y un dispositivo de vigilancia en el tobillo; y el juez terminó concediéndolo.

Pero antes de que el juez le permitiera salir de la sala del tribunal —con ese dispositivo en el tobillo—, Charlie debía tener un lugar adonde ir, bajo el cuidado de un tutor responsable. Su apartamento encima del EVR —un club nocturno— quedaba prohibido, y no podía estar solo, o solo con Courtney, sin un medio de subsistencia viable, lo que significa que sólo había un lugar al que podía ir.

Y Charlie se hundió en el banco.

Cuando su abogado volvió a la sala, Charlie seguía en el mismo banquillo. El letrado no esperó para darle la noticia.

—He hablado con tus padres.

Aunque Charlie no había hablado ni con su madre ni con su padre desde que se había marchado de casa para estar con Courtney, ellos habían seguido las noticias y no necesitaron que el abogado de Charlie les informara de lo que había pasado. El arresto de su hijo era material de primera plana, estaba en todas partes, en portada y en el centro. El *New York Times*. El *New York Post*. La CNBC. Incluso la BBC.

Los periódicos lo llamaban el primer arresto de Bitcoin. Aunque Silk Road había funcionado sobre una base de economía de Bitcoin, Dread Pirate Roberts no fue arrestado porque su sitio negociara en Bitcoin, y Bitcoin era ajeno a la cuestión. Se habría enfrentado a los mismos cargos si hubiera aceptado cualquier otra moneda. Charlie Shrem, niño prodigio, uno de los rostros de la nueva economía

digital, era la primera persona en ser arrestada de forma expresa por tratar con Bitcoin. La prensa se estaba dando un festín.

—Pero hay un problema —dijo el abogado de Charlie.

Por supuesto que había un problema, pensó Charlie. *¡Me han arrestado!*

—Ésta es la situación. El juez ha fijado la fianza en un millón de dólares. Para ello, tus padres tendrán que poner su casa como garantía. Después de lo cual, te pondrán en libertad y tendrás que vivir con ellos, bajo arresto domiciliario.

Una situación desagradable la mires por donde la mires, teniendo en cuenta su relación fracturada, pero qué podía hacer.

—Vale —convino al fin.

—No, nada de vale, porque tus padres han dicho que no.

Charlie lo miró fijamente.

—¿Eso han dicho?

—A menos que accedas a dos cosas.

—¿Qué cosas?

—Primero tienes que disculparte con ellos por alejarte de tu religión.

Charlie se rio a carcajadas.

—¿En serio?

—Sí. Y luego tienes que romper con Courtney y volver al judaísmo.

Los ojos de Charlie se abrieron de par en par.

—Si haces esas dos cosas, pagarán tu fianza y te dejarán vivir con ellos...

—No puedo.

—No tienes elección.

Y Charlie comprendió que su abogado tenía razón. No podía permanecer en la cárcel; pasarían meses, tal vez un año, antes de ir

a juicio. Necesitaba salir de allí, intentar averiguar cómo ganar aquello, cambiar la narrativa. *La primera persona arrestada por Bitcoin.* Lo que le pedían sus padres era terriblemente injusto.

Pero no tenía elección.

Le diría la verdad a Courtney y mentiría a sus padres. Su novia podía volver a Pensilvania, a casa de su madre, esperar a que se celebrara el juicio. Charlie podía fingir el tema de la religión: lo había hecho durante años antes de comprender que lo hacía.

—Es lo que debes hacer —le aseguró su abogado—. Te sacaremos de aquí, y entonces podremos trabajar en la construcción de tu defensa. Ganaremos el caso.

Pero Charlie apenas estaba escuchando, porque, por malo que fuera perder temporalmente a Courtney, lidiar con sus padres y fingir que volvía a creer en la gente del cielo, lo peor era que tenía que volver al sótano.

Y, esta vez, llevaría puesto un dispositivo en el tobillo —cortesía del Tío Sam— que se dispararía como una alarma de incendios si ponía un pie fuera de la puerta principal.

27
EN LA CIUDAD

A menos de treinta manzanas, Tyler Winklevoss se hundió en el cuero negro del asiento trasero de un Cadillac Escalade SUV, intentando arrojar la energía nerviosa que hacía piruetas a través de su cuerpo. Podía ver la anodina entrada a su edificio de oficinas por la ventanilla, el SUV estaba aparcado junto a la acera, con el motor en marcha. Faltaba una buena hora antes de que él y Cameron prestaran testimonio bajo juramento en las audiencias en torno a la moneda virtual. La vista pública estaba a cargo del Departamento de Servicios Financieros de Nueva York, el regulador que lo había citado a él, a Cameron, y a otros veintidós pesos pesados de Bitcoin. Dado el tráfico de media mañana entre Flatiron y Tribeca, era probable que el trayecto les llevara unos treinta minutos, tiempo suficiente para calmarse y prepararse mentalmente.

En la acera, Cameron estiraba las piernas antes de unirse a Tyler en la parte trasera del coche. Aunque no llevaban monos de remo, ni estaban cerca del agua, Tyler tenía la misma sensación —la anticipación mezclada con un poco de miedo— que solía apoderarse de él antes de un gran evento de remo. Tal vez no estuviera al nivel de los Juegos Olímpicos, pero se le acercaba, quizá Henley o el Head of the Charles.

Cuando Cameron finalmente subió al SUV y se sentó en el asiento enfrente de él, Tyler le dirigió a su hermano la misma mirada que le había lanzado a Cameron miles de veces, remos sobre el agua.

—¿Estás listo?

—Lo bastante, aunque es difícil de decir cuando no sabes si vas rumbo a un tiroteo o a un baile.

—Sin duda, habrá un poco de ambos.

Tras superar la consternación inicial ante su primera citación gubernamental —y de haberse enterado de ello por la prensa—, Tyler y su hermano descubrieron rápidamente que la medida no entrañaba ninguna acusación de delitos o actividades delictivas; de hecho, la solicitud de documentación y más tarde de que testificaran ante el superintendente era más que oportuna; los gemelos habían sido elegidos como representantes de la nueva economía virtual para ayudar al Departamento de Servicios Financieros a entender Bitcoin y la moneda virtual, y contribuir a conformar qué tipo de regulaciones eran necesarias, ahora que Bitcoin se estaba convirtiendo en una parte inevitable del panorama financiero de la ciudad de Nueva York.

En cierto modo, la citación era en realidad un honor concedido a los gemelos. Como había titulado la revista *Forbes*, «TODA PERSONA IMPORTANTE EN BITCOIN ACABA DE SER CITADA POR EL REGULADOR FINANCIERO DE NUEVA YORK». Entre las personas y empresas citadas se encontraban los inversores de capital de riesgo Marc Andreessen y Ben Horowitz, junto con los fundadores de Coinbase, BitPay, CoinLab, Coinsetter, Dwolla, Payward, ZipZap, Boost VC, e incluso el Founders Fund de Peter Thiel; más o menos un quién es quién de todo aquel que hubiera realizado una gran inversión o dirigido una gran empresa en el espacio Bitcoin.

Al mismo tiempo, cabía pensar que el evento sería controvertido. Se había dicho que Ben Lawsky, el jefe del NYSDFS, el hombre que había firmado las citaciones, había acusado a Bitcoin de ser «un salvaje Oeste virtual para narcotraficantes y otros criminales». El

objetivo de la sesión no era sólo reunir información, sino también utilizarla para frenar la economía de Bitcoin. En su declaración, Lawsky también afirmó: «Creemos que, por una serie de razones, la puesta en marcha de salvaguardas regulatorias apropiadas para las monedas virtuales será beneficioso para la fortaleza a largo plazo de la industria de las mismas».

Por un lado, era exactamente lo que los gemelos habían querido impulsar. Dicho esto, la regulación debía hacerse bien. Tenía que ser lo bastante dura para extinguir los elementos más oscuros de Bitcoin, pero a su vez no tan draconiana como para hacer desaparecer la innovación en sí misma.

Mientras Tyler y su hermano se preparaban para lo que sin duda sería un día intenso —escondidos en la sede central de Winklevoss Capital redactando sus testimonios y las posibles preguntas y respuestas sobre el juego—, intentaron, y con suerte lograron, idear lo que ellos creían era el tipo de regulación sana que tendría sentido.

Una vez el SUV estuve del todo cargado con los Winklevii, el conductor comenzó a apartarse de la acera cuando, de repente, alguien golpeó con fuerza en la ventanilla del lado de Tyler. Miró hacia arriba y vio a Beth de pie junto al coche. Parecía que le faltase el aire, como si hubiera bajado corriendo por la escalera desde la oficina en vez de tomar el ascensor. Tyler bajó la ventanilla.

—Charlie Shrem —logró decir Beth mientras recuperaba el aliento —. Lo arrestaron anoche, en el aeropuerto JFK. Lo acaban de procesar.

A Tyler se le encogió el estómago. Su primer pensamiento fue que esperaba que fuera por algo menor; pero entonces, de nuevo, ¿te retienen toda una noche por fumar marihuana en un avión?

Beth le dijo los cargos: blanqueo de dinero, no presentar un informe de actividades sospechosas, gestionar un transmisor de

dinero sin licencia.

¡Mierda! No era sólo Charlie. Era BitInstant. Era...

—Silk Road —dijo Tyler—. Esto tiene que estar relacionado con Silk Road. ¿Qué cojones hizo ese crío?

El cargo de blanqueo de dinero parecía, a primera vista, una locura, probablemente algo añadido, y lo de «transmisor de dinero sin licencia» podía ser el tipo de cosa en la que Charlie podría haber intervenido de forma involuntaria al ser un consejero delegado normalmente ausente —pero los informes de actividad sospechosa debían de estar relacionados con alguien que había utilizado BitInstant para comprar bitcoins para actividades ilegales—, y la posibilidad más obvia era la compra de drogas en Silk Road. Una vez eliminada Silk Road, se había abierto la temporada de caza, más bien como un tiro al blanco, para la gente que la había estado usando con fines ilícitos; y lo más probable es que los federales hubieran dedicado toda una unidad para tratar de localizarlos. Si Charlie había sido lo bastante estúpido para permitir que alguien hubiera utilizado BitInstant con ese propósito, iba a caer.

—Necesitamos emitir un comunicado —apremió Tyler—. De inmediato.

Aquí estaban, de camino a testificar ante el superintendente Lawsky y los reguladores de Nueva York para instarles a regular Bitcoin de una manera razonable, y acababan de arrestar al CEO de la compañía Bitcoin en la que habían invertido por primera vez, exactamente por aquello que los reguladores más temían sobre esta nueva moneda virtual. Rápidamente estructuraron lo que necesitaban decir:

> Cuando invertimos en BitInstant en otoño de 2012, su dirección se comprometió con nosotros a acatar todas las leyes aplicables —incluidas las leyes de blanqueo de dinero—, y no esperábamos menos. Aunque BitInstant no aparece en la acusación de hoy contra Charlie Shrem, es evidente que nos

> preocupa sobremanera su arresto. Fuimos inversores pasivos en BitInstant y haremos todo lo que podamos para ayudar a las fuerzas del orden. Apoyamos plenamente todos y cada uno de los esfuerzos gubernamentales por garantizar que se cumplan los requisitos de blanqueo de dinero, y esperamos que se implemente una normativa más clara sobre la compra y venta de bitcoins.

Si los cargos eran correctos, Charlie los había engañado. Tyler y Cameron habían hecho todo lo posible para hacer de BitInstant un jugador serio, no sólo en el mundo de Bitcoin, sino también en el financiero. Habían situado a Charlie frente a prestigiosos inversionistas, bancos y otros socios potenciales, se habían asegurado de que la compañía tuviera licencia, y habían tratado de convertir a Charlie en el consejero delegado que BitInstant necesitaba. Y cuando eso no había funcionado, le habían exigido que enderezara su vida. Era evidente que había fracasado.

Tyler sabía que el arresto afectaría mucho a la comunidad Bitcoin. Charlie era uno de sus grandes nombres y de sus líderes de opinión, incluso miembro fundador de la Fundación Bitcoin, una organización sin ánimo de lucro presidida por muchos de los nombres más importantes de la cibereconomía, cuyo objetivo era construir la reputación de Bitcoin y ayudar a mejorar su imagen en todo el mundo. Suponía que muchos bitcoiners apoyarían a Charlie; algunos, por razones equivocadas.

—Roger Ver ya ha concedido una declaración a *Forbes* —dijo Beth a través de la ventanilla del coche, haciéndose eco de los pensamientos de Tyler mientras miraba su teléfono móvil:

> Las personas son dueñas de su propio cuerpo y tienen todo el derecho del mundo de meterse lo que quieran en él. Personas como los agentes del FBI y de la DEA que quieren encerrar a la gente en jaulas por comprar, vender o consumir drogas son quienes cometen una maldad, y tienen que parar. Espero que llegue el día en que vean lo equivocados que estaban y dejen de cometer actos de maldad en nombre de las «fuerzas del orden».

Tyler consideraba que estas mismas creencias habían acabado con Charlie esposado. Ambas declaraciones opuestas ilustraban a la perfección la división reinante en la comunidad Bitcoin. Los libertarios y anarquistas veían Bitcoin como un arma en su guerra contra la sociedad regulada. Los empresarios y los inversores de capital de riesgo, cada vez más preocupados por la criptodivisa, querían que Bitcoin formara parte de esa sociedad, una moneda nueva y programable para el mundo moderno.

Beth volvió a la oficina para enviar la declaración de los gemelos a las agencias de noticias. La conexión con Charlie y con los crímenes de los que se le había acusado eran desagradables, pero Tyler y Cameron no habían hecho nada malo más que invertir en la compañía equivocada. Invertir en la persona equivocada. Habían cometido un error, pero eso no cambiaba hacia dónde se dirigían, ni qué tenían que hacer para llegar hasta allí.

—Larguémonos de aquí —sugirió Tyler.

No era exagerado decir que iban de camino a luchar por la vida de Bitcoin. Sin la bendición de los reguladores, Bitcoin nunca superaría la oscura nube de su fase inicial, y toda la industria de la moneda virtual podría estar condenada.

—No podía haber pasado en peor momento —murmuró Cameron mientras el SUV arrancaba.

—Yo no estaría tan seguro —vaciló Tyler—. Podría argumentarse todo lo contrario.

Tal vez Cameron no lo viera todavía, pero en la mente de Tyler acababan de lanzar el ancla.

28
HOMBRES DE HARVARD

Número 90 de Church Street.

Un enorme edificio federal, una monstruosidad sin encanto de piedra caliza que ocupa toda la manzana entre Church Street y West Broadway. Una instalación gubernamental multiusos que contenía el Departamento de Salud del estado de Nueva York, la Comisión de Servicios Públicos de Nueva York, la Oficina Central de Correos y el espacio donde se iban a celebrar las audiencias en torno a la moneda virtual.

Sala de juntas del cuarto piso, once y media de la mañana.

Si alguna vez hubo un momento para llevar traje, era éste. Cameron se sentó tras el largo escritorio de los testigos, básicamente una tabla de madera llena de blocs de notas, portátiles y una enmarañada jungla de micrófonos de la vieja escuela. Tyler estaba a su izquierda, y a su derecha, sentados, los otros tres testigos que se habían unido a ellos para la sesión principal del primer día de testimonio. Justo al lado de Cameron se encontraba Fred Wilson —un veterano inversor de capital de riesgo que se había pasado al espacio de las ciberdivisas a lo grande—, con el semblante de alguien que había visto varias oleadas de innovaciones tecnológicas, incluyendo el primer boom y quiebra de las puntocom. Junto a Wilson, el prometedor inversor de capital de riesgo Jeremy Liew, socio de Lightspeed Venture. Y al final del banco, Barry Silbert, fundador y consejero delegado de la *startup* SecondMarket.

Detrás de Cameron había un gallinero integrado en su mayor parte por la prensa, junto con un puñado de turistas de Bitcoin que habían logrado hacerse un hueco en el abarrotado salón, todos sentados en un mar de sillas plegables que se extendían hasta el fondo de la sala. Cameron sabía que había mucha más gente mirando: la audiencia pública se estaba emitiendo en más de 130 países.

Pero el público, por nutrido que fuese, no era central en los pensamientos de Cameron. Delante de él, a través de la vasta y seria sala de juntas, elevada por encima de los testigos y la audiencia en un estrado como si fuera una especie de jurado medieval, se encontraba la galería de tiro de los reguladores. Eran las personas que iban a formular las preguntas y, en este lugar, tenían poder real. Cameron y su hermano responderían bajo juramento —cualquier cosa que dijeran podría ser utilizada en su contra—, por lo que si se descubría que habrían cometido perjurio aquí, podrían ser enviados a la cárcel. Oye, justo al lado de Charlie.

En el centro del estrado, por supuesto, estaba el superintendente Lawsky, rodeado por una hilera de banderas: la de Estados Unidos, la del estado de Nueva York, y sólo Dios sabía cuáles más. Lawsky tenía unos cuarenta años. Poseía un semblante que se remontaba a una época diferente en la que el servicio civil estaba dominado por los Kennedy, y unos ojos oscuros, inteligentes y penetrantes. A su lado se sentaba un grupo de compañeros de departamento, pero era obvio que Lawsky dirigiría el espectáculo. Tan pronto como la sala guardó silencio, amortiguando el ruido de los teclados, raspando las patas de las sillas y ejecutando el equipo de audio, Lawsky presentó la sesión, despachó el tema de tomar juramento y se sumergió de lleno en el asunto en cuestión.

Lawsky explicó la razón por la que había reunido a las estrellas más brillantes de la nueva economía en su sala de juntas: «El objetivo es presentar una propuesta de marco regulatorio para las empresas que operan en moneda virtual en el estado de Nueva York. Seríamos el primer estado de la nación. Y está claro que cuando se trata de monedas virtuales, admitámoslo, los reguladores nos encontramos en un nuevo terreno del todo inexplorado».

Hasta aquí todo bien. Cameron esperaba que estas audiencias tuvieran un tono de colaboración, y se sintió alentado por el hecho de que Lawsky entendiera lo que no entendía. Pero Lawsky pasó rápidamente a aludir al incidente del día anterior, algo que Cameron había visto venir.

«La acción legal que vimos ayer subraya la importancia crítica de establecer vallas de contención en esta industria para ayudar a erradicar el blanqueo de dinero y otras conductas indebidas.»

El niño prodigio, que podría haber estado sentado allí mismo en esta habitación, entre los gemelos, ensalzando las virtudes de Bitcoin, estaba en cambio sentado en el sótano de su madre bajo arresto domiciliario.

«Es decir, francamente —continuó Lawsky—, queremos que haya innovación, y queremos erradicar el blanqueo de dinero, y debemos intentar lograr un equilibrio, proporcionando al mismo tiempo seguridad a las empresas.»

Puede que Tyler tuviera razón: el momento de la caída de Charlie había puesto de relieve la necesidad de las audiencias en sí mismas, la necesidad de que el gobierno empezara a intervenir, no sólo para proteger a los clientes de Bitcoin o al público en general, sino también para proteger de sí mismos a personas como Charlie.

Desde la primera pregunta que Lawsky hizo al panel de testigos, quedó claro que él pensaba lo mismo.

«El arresto que vimos ayer ha nublado un poco la industria en este momento —comenzó—, y mi pregunta para cada uno de ustedes es: ¿cómo reaccionar a lo de ayer: acaso detrás de toda tecnología puede haber gente mala que supuestamente la utilice de mala manera? Los traficantes de droga usan móviles, eso no significa que condenemos el teléfono móvil. Los terroristas utilizan ordenadores. Sin embargo, hay argumentos de que la moneda virtual es más susceptible a ello. Lo que no queremos es un mundo donde Bitcoin sea un refugio para aquellos que cometen actividades ilícitas.»

Lawsky había tomado directamente sus palabras de los pensamientos de Cameron. La tecnología no prescribe una ideología, sino que es agnóstica. Sólo porque malos actores, o gente como Ver con cierto sistema de creencias, se la apropie no significa que sea en sí misma un mal actor o que tenga un claro elenco ideológico. Bitcoin era una tecnología; las tecnologías no eran ni buenas ni malas.

Barry Silbert fue el primero en responder sucintamente a la pregunta:

«Si los acusados son condenados, parece que el sistema funciona. Los malos van a hacer cosas malas y van a usar cualquier tecnología que tengan a su disposición».

Liew, junto a él, concordó y elaboró, con un ligero acento australiano: «Yo añadiría: ¿funciona bien el marco existente de regulación y de aplicación de la ley?».

Pero luego planteó una cuestión que ponía el arresto de Charlie en perspectiva; y lo colocaba en una línea de tiempo de la industria Bitcoin que coincidía con las experiencias de Cameron y su hermano.

«Quiero señalar también —dijo Liew—, que con el tiempo hemos visto un cambio en el carácter de las personas involucradas en

Bitcoin. Cuando comenzó, era una novedad académica; con el tiempo, atrajo a diferentes personas por razones distintas. Descentralizado, de código abierto... eso deslumbró a un primer grupo de personas. Muchas de ellas libertarias y radicales. La segunda característica que cautivó a una segunda oleada de gente fue el anonimato, individuos que pensaban podía ocultar su comportamiento detrás de Bitcoin. En el último año y medio, un grupo de personas se sintieron atraídas por otros dos aspectos: primero, que es gratuito y reduce drásticamente los costos de transacción. Y es programable. Esto cambió la naturaleza de la población de Bitcoin.»

Y, agregó Liew, era algo muy bueno para aquellos que, como él, querían invertir en la nueva economía.

«El mercado de los libertarios radicales no es muy grande. El mercado de los delincuentes no es muy grande. Pero si ofreces costos de transacción gratuitos, tendrás un mercado del mundo entero.»

Era la respuesta de un inversor de capital de riesgo. El gran capital no estaba interesado en respaldar algo sucio o ilegal, no por razones morales, sino porque esas cosas no eran buenas para el negocio. Era lo que los gemelos habían defendido desde un principio.

Wilson, en su respuesta a la pregunta de Lawsky, la desglosó aún más, describiendo lo que él denominaba las Cinco Fases de Bitcoin.

«En primer lugar, el desarrollo de la comunidad de código abierto... una cosa friki, de cerebritos, cripto-libertaria, de 2009 a 2010. Segunda fase, en torno al vicio. Silk Road, tráfico de drogas. Tráfico de armas. De 2010 a 2011. Tercera etapa, especulación, comercio, ahora estamos llegando a su final; 2013, 2014. La siguiente fase es la transaccional: los comerciantes de verdad

aceptan bitcoins. Y la última, la fase de dinero programable, cuando el dinero pueda moverse a través de una infraestructura programable.»

Dinero programable. La frase le sonaba a Cameron a era espacial, a ciencia ficción, pero sabía que era realmente el siguiente paso en la economía casi inmediata que Bitcoin permitía, pues, básicamente, se refería a transacciones programadas entre bancos o individuos que podían ser autovalidantes y perfectamente eficientes, contratos inteligentes que podrían establecerse de modo que ocurrieran de forma automática, sin intermediarios ni supervisión. Por ejemplo, los coches y los agentes autónomos del futuro intercambiarían valor de un lado a otro, tal vez al cambiar de carril en tiempo real, pagando una tarifa por viajar más rápido, pero no lo harían a través de una transferencia, por la Cámara de Compensación Automatizada o con tarjeta de crédito, que son demasiado lentas y costosas: tendrían que usar criptografía. Las máquinas no podrían abrir cuentas en Wells Fargo, pero podrían conectarse a protocolos de intercambio de Bitcoin. En su esencia, las criptodivisas eran construidas por máquinas, lo que hacía que fuesen las monedas perfectas para el futuro.

«La fase en torno al vicio ha quedado atrás —agregó—. La mayoría de Bitcoin no tiene nada que ver con el vicio.»

Finalmente llegó el turno de responder de los gemelos. Aunque la pregunta había sido formulada a todo el panel, bien podría haber sido dirigida sólo ellos; todos en la sala sabían que habían invertido en Charlie, y todos allí, y en el resto del mundo por la emisión en directo, esperaban escuchar su respuesta.

Tyler se inclinó para estar más cerca del micrófono que tenía delante. Siendo el gemelo más serio y analítico, habían decidido que él hablaría primero. Cameron podía sentir toda la estancia

enganchada a Tyler, el mundo entero observando cómo abría la boca y empezaba a hablar.

«Creo que lo de ayer fue un bache.»

Esas pocas palabras, las que Charlie dijo tras la desastrosa reunión con el heredero de American Express, captaban la esencia de aquello en lo que se había convertido. Si el niño prodigio lo había escuchado, dondequiera que se encontrara —lo más probable que con un dispositivo del gobierno en el tobillo—, no hay duda de que la fría realidad de la respuesta de Tyler lo habría dejado estupefacto. Cameron no podía estar más de acuerdo. Creían que, con sus acciones, Charlie había traicionado su confianza. Ya les habían traicionado antes, y no era algo que supieran tomarse a la ligera.

«Como con el cierre de Silk Road —continuó Tyler—. Y su subsiguiente revalorización por diez, indica que la demanda de Bitcoin está lejos de ser una actividad ilegítima.»

Más tarde, en la audiencia, Cameron describió los primeros días de Bitcoin con sus propias palabras.

«Hace año y medio, cuando descubrimos Bitcoin por primera vez, no creo que nadie se atreva a negar que aquello era un poco como el salvaje Oeste, porque no había ninguna regulación, no había ningún marco para evaluar los activos, para valorar las empresas, para determinar quién cumplía y quién no. Y el salvaje Oeste atrae a los vaqueros.»

Al igual que Tyler, había relegado a Charlie al pasado, una reliquia de ese salvaje Oeste, una figura trágica de la historia fronteriza de Bitcoin.

«No creo que nadie aquí esté en desacuerdo con el hecho de que un *sheriff* sería algo bueno», dijo Cameron.

Puede que gente como Roger Ver haya renunciado al sistema hace mucho tiempo, pero los gemelos no. Es probable que para

algunas personas, ellos fueran el sistema, pero ésa no era la historia completa. Tenían sus propias razones para estar decepcionados con tribunales, jueces, abogados, presidentes de Harvard, compañeros de clase de Harvard, mediadores, hombres de traje, hombres como el superintendente Lawsky: se habían sentido defraudados por todos ellos. Pero eran resilientes, había que admitirlo.

Sus padres les habían enseñado a no dejar de luchar nunca. No importaba cuántas veces te derribara la vida, lo único que importaba era que volvieras a levantarte. Todo el que haya perdido a un hermano sabe alguna que otra cosa sobre resiliencia. A pesar de su apariencia, a pesar de lo que la gente pensara de su origen privilegiado, los habían tumbado una y otra vez. La vida no siempre había sido fácil, pero aun así creían en la equidad general de la gente. Habían experimentado otras lecciones en el ancho mundo: sabían que no era el evento en sí lo que definía el momento, sino la forma en que uno lidiaba con las secuelas.

Desde muy temprana edad, Cameron podía recordar a su padre —que sabía que estaba ahí fuera escuchándolos— leyéndole a él y a Tyler un discurso de Teddy Roosevelt, también él miembro del club Porcellian y un verdadero hombre de Harvard:

> No es el crítico quien cuenta, ni el que señala con el dedo al hombre fuerte cuando tropieza o el que indica en qué cuestiones quien hace las cosas podría haberlas hecho mejor. El mérito recae exclusivamente en el hombre que se halla en la arena, aquel cuyo rostro está manchado de polvo, sudor y sangre, el que lucha con valentía, el que se equivoca y falla el golpe una y otra vez, porque no hay esfuerzo sin error y sin limitaciones. El que cuenta es el que de hecho lucha por llevar a cabo las acciones, el que conoce los grandes entusiasmos, las grandes devociones, el que agota sus fuerzas en defensa de una causa noble, el que, si tiene suerte, saborea el triunfo de los grandes logros y si no la tiene y falla, fracasa al menos atreviéndose al mayor riesgo, de modo que nunca ocupará el lugar reservado a esas almas frías y tímidas que ignoran tanto la victoria como la derrota.

Cameron miró alrededor de la sala, a los reguladores en su alto estrado, a los bitcoiners en el banquillo de los testigos, y a todos los demás, que lo observaban desde la tribuna.

Y luego miró a su hermano.

Si tiene suerte, saborea el triunfo de los grandes logros y si no la tiene y falla, fracasa al menos atreviéndose al mayor riesgo...

«Bitcoin es libertad —dijo Tyler a los allí reunidos—. Algo muy estadounidense.»

En ese momento, Cameron pensó que tal vez, sólo tal vez, algunos de los reguladores comprendieran que el mundo por el que los gemelos trabajaban era el mismo por el que ellos también luchaban.

29
EL DÍA DEL JUICIO FINAL

Era una sensación extraña, estar rodeado de gente y, sin embargo, saber que estabas completamente solo.

Charlie supuso que eso debía de ser lo que se siente al morir de una espantosa enfermedad, en una cama de hospital con tu familia y amigos a tu lado, impotentes para hacer otra cosa que no fuera mirar mientras respirabas por última vez.

Sabía que estaba siendo macabro, pero era difícil no ponerse dramático en un lugar así: obviamente había sido construido para el drama. Un tribunal polvoriento, envejecido y adornado con madera en las entrañas de un edificio judicial de Nueva York. Charlie podía imaginar cuántos degenerados —asesinos, pirómanos, violadores, banqueros— se habían sentado exactamente en el mismo lugar que él, en una silla incómoda junto a su abogado en la tribuna del acusado. A su derecha, a unos cinco metros, podía ver al equipo de la fiscalía. Serrin Turner, ayudante del fiscal general de Estados Unidos y que había sido el líder del caso desde antes de que Charlie accediera a llegar a un acuerdo, y los varios asistentes de Turner. Muy conveniente, ya que Turner también había dirigido la acusación contra Silk Road que había enviado a Ross Ulbricht a prisión de por vida. Junto a ellos, el mismísimo Preet Bharara, fiscal federal del distrito Sur, el famoso fiscal que había tumbado a demasiados criminales de guante blanco y banqueros de Wall Street como para poder contarlos. Y en algún lugar detrás de ellos, el agente del IRS

que había arrestado a Charlie en el JFK, Gary Alford, que estaba allí para presenciar los resultados de su arduo trabajo.

Y justo delante, en el banquillo, se encontraba el juez Rakoff, un hombre de aspecto amable con gafas.

Charlie trató de no mirar directamente al juez: el niño prodigio apenas se mantenía en pie y sabía que, si sus miradas coincidían, podía echarse a llorar. También evitó darse la vuelta. Detrás de él, los bancos de la sala del tribunal estaban abarrotados. Al entrar con su abogado —con el dispositivo del tobillo zumbando—, había visto que todos los asientos estaban llenos.

En un lado, su familia; no sólo estaba su familia inmediata, sino que, al parecer, toda la comunidad judía siria de Brooklyn había acudido a ver el espectáculo. Sólo dos filas atrás, su madre, su padre y sus hermanas, y detrás de ellos, había avistado a su rabino, a su vecino de al lado, a su oftalmólogo de la infancia y a su ortodoncista. ¿Estaban allí para apoyarlo? ¿Para condenarlo? ¿Dar testimonio?

En el otro lado, Courtney y sus padres. Podía oírla sollozar a pesar de lo llena que estaba la sala. El resto de ese lado de la tribuna estaba repleto de otros partidarios seculares, en su mayoría del mundo de Bitcoin. Gente que había trabajado en BitInstant, colegas de las diferentes conferencias a las que había asistido, fans. Tal vez «secular» no fuese la palabra correcta: muchos de sus seguidores de Bitcoin eran tan religiosos a su manera, tan fundamentalistas en sus creencias como los sombreros negros ortodoxos sentados al otro lado del pasillo.

Charlie sabía que el público no importaba. Podían haberse reunido junto a su cama, pero no podían alterar lo que estaba a punto de suceder. Se nace solo, se muere solo.

Y te sentencian solo.

El abogado de Charlie le tocó el brazo, señalando que las cosas estaban a punto de comenzar. Se suponía que la mirada de su abogado era alentadora, habían repasado las posibilidades una y otra vez en los días previos a ese momento, y ambos convenían en que era improbable que lo condenaran a pasar un tiempo en la cárcel. Después de todo, la causa judicial se había reducido a un puñado de estúpidos correos electrónicos. A pesar de que Charlie había admitido haber sido un idiota y permitido a un revendedor adquirir bitcoins para ser utilizados en Silk Road en la compra de drogas ilegales, él no era un blanqueador de dinero ni un traficante de droga. Casi se podría decir que hizo lo contrario al lavado de dinero: lo había ensuciado tontamente, en lugar de limpiarlo.

Había cometido un crimen, pero no creía merecer pudrirse en una celda. Se había declarado culpable porque sabía que se había equivocado, y porque era demasiado arriesgado y costoso enfrentarse a los cargos en los tribunales, pero no merecía que lo metieran en un agujero.

Después de una breve introducción, su abogado tuvo la oportunidad de hablar primero. Como él y Charlie habían discutido, pidió un período de libertad condicionada, algo que consideraban proporcional al delito.

—Sólo tiene veinticinco años —alegó su abogado—, así que no sé si llegará a ser un héroe trágico griego, pero se ha hecho a sí mismo muchísimo daño, muchísimo. Porque él lo hizo. Encontró la forma. Tiene sentimientos encontrados sobre su pequeño vecindario de Brooklyn, pero estaba fuera, y apegado a esta maravillosa idea, y todo lo que tenía que hacer era protegerla con su vida, y no lo hizo... No creo que necesitemos una sentencia de cárcel para enviarle un mensaje a Charlie Shrem de que lo que hizo estuvo mal, fue incorrecto e ilegal.

A Charlie le sonó bien, y una rápida mirada al juez le dijo que al menos estaba escuchando, aunque luego se levantó el fiscal para hacer su alegato.

—Básicamente, el acusado facilitaba el tráfico de drogas —comenzó Turner, y a Charlie se le revolvió el estómago. Sonaba tan vil y erróneo y, sin embargo, él sabía, al menos técnicamente, que era del todo cierto—. Movía dinero para comprar drogas. Sé que no parece el caso habitual de narcotráfico... Se hace online, más que en la calle. Se trata de tráfico de drogas digital, pero, pese a todo, movió dinero de la droga.

Cierto, pero, aun así, Charlie creía que era injusto, porque lo que él había hecho —ayudando a la gente a obtener bitcoins— era, en el fondo, algo bueno, algo que según creía estaba haciendo del mundo un lugar mejor. Ofrecía una forma de libertad.

¿O no eran más que Roger Ver y de Erik Voorhees hablando en su mente otra vez? Ya no sabía qué pensar.

Por último, el juez le dio a Charlie la oportunidad de hablar en su defensa.

Temblando, trató de poner en palabras lo que pensaba. Sabía que iba a divagar, estaba asustado, pero su familia, toda su infancia en realidad, estaba sentada detrás de él, mirando.

—Metí la pata hasta el fondo, su señoría. Mi abogado y el señor Turner tienen razón al decir que se me concedió una responsabilidad y me fallé a mí mismo, y a mi comunidad, a mi familia y a la comunidad Bitcoin en general. —Pudo escuchar un susurro a sus espaldas, pero tenía que seguir adelante, sus pensamientos acudían raudos, quizá incluso demasiado rápido—. Ya saben, uno ve la película *Spiderman* cuando es joven y una de las únicas citas que recuerda de ella es que un gran poder conlleva una gran responsabilidad, y yo siempre la veía y me preguntaba: cuando uno

tiene un gran poder, ¿de dónde le viene? —Se estaba andando por las ramas, pero no se detuvo. Era su oportunidad de explicarse, después de un año infernal. Atrapado en ese sótano por el dispositivo del tobillo y la fianza que sus padres continuamente amenazaban con quitarle, sobre todo cuando lo pillaron hablando con Courtney y casi lo envían directo a la cárcel—. Cuando se está en una posición de poder es mucho más difícil ser responsable con uno mismo y ser moralmente responsable. Es mucho más fácil cuando nada depende de ti. Y fallé en eso. Era muy joven. Tenía veintidós años, era el consejero delegado y el director de cumplimiento... Sólo éramos mi compañero y yo con todo aquello en un sótano. —Su abogado se movió un poco en el asiento de al lado, y Charlie supo que tenía que retomar el control, dejar de enrollarse, pero no había terminado. Tenía un público y en algún lugar tenía que haber un micrófono y, maldita sea, iba a hablar—. Quebranté la ley y la quebranté gravemente, y siento mucho haberlo hecho, y siento mucho haberles fallado a ustedes y a este país, pero albergo mucho en mi interior, y quiero cambiar el mundo, y estoy tratando de... Yo era un niño y quiero ser esa persona recordada por hacer aunque sea algo pequeño por cambiar el mundo... —Miró directamente al juez. Estaba diciendo todo lo que necesitaba decir—. Bitcoin es lo que más me gusta y todo lo que tengo. Es toda mi vida. Es el motivo por el que estoy en esta Tierra, para ayudar al mundo a ver un sistema financiero que no discrimine y prevenga la corrupción. Creo que Bitcoin hará por el dinero lo que el correo electrónico hizo por el servicio postal. Permitió que todos fueran iguales. La gente de África, Oriente Medio, Asia, tendrá las mismas oportunidades con Bitcoin, y por eso, porque se puede mover dinero al instante e información en un sistema *peer-to-peer*. Y creo que eso es muy importante. Y si su señoría me lo concede, me encantaría

volver a sanar al mundo y asegurarme de que la gente no haga cosas estúpidas como las que hice yo. —Charlie se detuvo, asimiló que toda la sala lo estaba mirando. El juez, su abogado, la fiscalía, su familia, los bitcoiners presentes. Tragó saliva, y luego se sentó muy despacio—. Y de nuevo, lo siento. —Tosió.

Hubo otra pausa, mientras el juez lo miraba.

Y entonces, finalmente, llegó el momento. Después de una breve declaración en la que le aseguró a Charlie que en verdad era un joven brillante, quizá demasiado inteligente para su propio bien, que pensaba demasiado a futuro, sin prestar atención a lo que tenía enfrente, que era lo bastante joven para seguir adelante y seguramente hacer grandes cosas, entonces, el juez dictó su fallo.

—El tribunal cree que la sentencia apropiada es de dos años. Por consiguiente, el acusado será condenado a dos años de prisión.

Y, de repente, la sala del tribunal pareció retroceder por un largo túnel, y Charlie se encogía en un lugar muy pequeño. Podía oír a su madre llorar por un lado y a Courtney por el otro, y luego los gritos de desafío de algunos partidarios de Bitcoin, y su abogado le susurró algo al oído, cómo sólo cumpliría el 85 por ciento de la pena, cómo durante parte de su condena lo enviarían a un centro de reinserción social, donde podría conseguir un trabajo, algo tan simple como lavar platos en un restaurante. Cómo estaría bien, lo lograría, cuando saliera aún sería un hombre joven, un veinteañero. Que no necesitaba estar asustado.

Y Charlie lo miró, y luego volvió a salir del túnel, era él mismo de nuevo, porque tomó conciencia de que, por primera vez desde su arresto, no se sentía asustado. Se sentía aliviado.

Había estado encerrado durante casi un año en su sótano, bebiendo, fumando y siendo arrastrado al templo todos los sábados, con el tefilín atado a su brazo y a su cabeza todos los jueves.

Llamadas telefónicas a escondidas a Courtney cuando podía para mantener la cordura. Diablos, incluso había asistido por Skype a una o dos conferencias sobre Bitcoin, maldiciendo y despotricando ante la pantalla de su ordenador, con un micrófono Bluetooth colgado de la oreja, de que el dispositivo que llevaba en el tobillo era muy pesado. Cuando vio los vídeos después, le sorprendió lo loco que parecía. Pero ese período de su vida había terminado.

Iba a ir a prisión. Después de eso, lavaría algunos platos o cortaría el césped o lo que fuera necesario.

Volvería a ponerse en pie, regresaría a Bitcoin. Porque lo que le acababa de decir al juez no eran sólo palabras, no era él suplicando por su vida. Le habían salido del alma. Tal vez por eso se sentía tan bien ahora mismo.

Bitcoin era su vida. Iba a ir a la cárcel por vender Bitcoin. Bueno, podía vivir con eso. Y después volvería a empezar.

Detrás de él, sus padres habían llegado a la barandilla de madera que separaba al público de donde él estaba sentado. Trataron de llegar hasta él: llorando, llamándolo por su nombre. Pero no los miró. En vez de eso, se dirigió a su abogado.

—¿Podemos, por favor, hacer que todos salgan de la sala excepto Courtney?

Su abogado hizo una señal a los alguaciles, que accedieron a la petición. Los oficiales uniformados tuvieron que llevarse físicamente de allí a los padres de Charlie. Pronto, no quedó más que Charlie en la silla de los acusados, y Courtney sosteniéndolo.

—Todo va a salir bien —aseguró a su chica mientras ella lloraba—. Estaremos bien.

Y lo mejor de todo es que sabía que era verdad. Y luego la abrazó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

30
LANZAMIENTO

Era la última semana de agosto, a media tarde, y Cameron caminaba a través de un paisaje lunar postapocalíptico. Sus pies furtivos levantaban nubes de polvo ardiente mientras se movía sobre la cuenca desértica endurecida por el sol. Llevaba puestas unas bermudas y poco más, y el aire era tan caliente que a través de sus gafas de sol —unas de gran tamaño que habrían sido apropiadas para soldar o esquiar— podía ver las moléculas de oxígeno, nitrógeno y carbono que brillaban en remolinos alrededor de su cabeza. La temperatura fluctuaba entre los 32 ^{o}C y el infinito, pero a Cameron no le importaba, no había dejado de sonreír desde que el pequeño monomotor de Cessna los había dejado, a su hermano y a él, en la pista de aterrizaje temporal en los confines de la improvisada ciudad desértica. La escena a su alrededor bien podría ser postapocalíptica, pero era el apocalipsis más acogedor que podía imaginar.

—Es espectacular, ¿no? —dijo Tyler mientras se bajaba de una bicicleta cubierta de polvo y se unía a Cameron en la cuenca desértica. También llevaba pantalones cortos y una especie de chaleco inspirado en Mad Max, y las gafas en la cabeza.

Tyler podía estar refiriéndose a un montón de cosas. Al desierto en sí mismo, trescientos mil acres de cuencas desérticas planas y lechos de lava en la parte norte de Nevada, rodeado de montañas y colinas. O podía aludir a «Black Rock City», la emergente comunidad

que había surgido —como todos los años a finales de agosto— alrededor de allí, una obra de arte, planificación y genialidad, dispuesta como un gran reloj, con doce relojes más pequeños en su interior, círculos concéntricos, cada uno con un radio igual de pequeño que el anterior, como una matrioska rusa. O a los miles de campamentos que brotaban del suelo del desierto, cubriendo todas las posiciones del reloj imaginables entre el borde del reloj más grande y el del más pequeño, comenzando a las dos de la tarde y moviéndose en el sentido de las manecillas del reloj hasta las diez de la noche, campamentos que iban desde espartanas tiendas de campaña, cúpulas y yurtas, hasta elaboradas y fantásticas construcciones que albergaban a docenas de personas.

O podía haberse referido a las instalaciones artísticas y esculturas que surgían junto a los campamentos —algunos de los cuales eran los propios campamentos—, cosas como pirámides u ovnis estrellados, o cadáveres gigantes de aviones jumbo retirados. Construcciones geométricas, estatuas, templos, poliedros. O los artísticos coches que daban vueltas muy despacio alrededor del reloj del desierto, cientos de organismos como Pac-Man que se movían a través del laberinto organizado de campamentos, vehículos mutantes que iban desde equipos de sonido móviles, barcos pirata y tiburones, hasta trenes de vapor, coches antiguos, dragones y pulpos que respiraban fuego. Por la noche, algunos campamentos se iluminaban con guirnaldas luminosas o paneles de LED, varios bombardeaban la noche con luces estroboscópicas intermitentes y rayos láser, mientras que otros brillaban con luz fluorescente o antorchas que respiraban fuego. En conjunto, transformaban este estéril e inhóspito desierto en una fantasmagoría tecnicolor.

O podía haber estado hablando del hombre que daba nombre al festival (Burning Man), levantándose en el centro de todo, erguido

como un rascacielos humanoide, de doce metros de altura, hecho por entero de madera, con leña apilada a cada uno de sus enormes pies. La estatua en forma de hombre se quema hacia el final del festival de una semana de duración, tradición que dio nombre a este lugar y que simbolizó uno de los principios fundamentales de la reunión: «Autoexpresión radical». Para muchas de las setenta mil personas que habitaban el desierto alrededor de Cameron, conocidos como «Burners», era una peregrinación anual o razón de ser que rayaba lo religioso.

Cerca del «Hombre Ardiente» se encontraba el Templo, una estructura espiritual que albergaba el «Alma» del Hombre. Un catártico santuario de madera, donde la gente dejaba fotos y notas y mensajes escritos para sí mismos, para sus seres queridos o, a veces, para nadie en particular, simplemente para cualquiera que pasease por allí. Contenían consejos, sabiduría, alegría, felicidad, gratitud, inspiración, angustia, pérdida, trauma, dolor, toda la gama de profundas emociones y experiencias internas que constituyen la naturaleza de lo que significa ser humano, experimentar la vida en esta tierra con todas sus vicisitudes. El Templo era uno de los pocos lugares tranquilos de la cuenca desértica. Un lugar donde poder escuchar tus propios pensamientos entre el delicado sonido de susurros, tenues sollozos y abrazos humanos. Y quizá tus propias lágrimas. Un viaje emocional, a veces abrumador, que te dejaba una intensa sensación de gratitud y paz interior. Cuando el Templo ardía el último día del festival, desbloqueaba todo su contenido emocional en una liberación, un renacimiento, tan poderoso, tan espiritual, que ayudaba a apaciguar el dolor y a comenzar el proceso de sanación, cerrando un capítulo para comenzar de nuevo.

Cameron no estaba exactamente seguro de lo que les había llevado a Tyler y a él a Burning Man ese verano; la invitación de un

amigo, una forma de escapar de la humedad de la Costa Este, pura curiosidad... pero se alegraba de haber ido. No importa quién eras cuando te dirigías a ese desierto, el entorno podía cambiarte; incluso si el cambio sólo era momentáneo, se trataba de algo que valía la pena experimentar.

Se alojaban en el Lost Lounge, un conglomerado de lonas, de cubos apilados como tiendas de campaña, una especie de motel improvisado en el desierto. Dentro, en diferentes cubos, había una cabina de DJ, una cocina compartida, áreas de baile y lugares sencillos donde pasar el rato y hacer lo que te viniera en gana.

Situado a las ocho en punto en el más recóndito de los doce relojes —conocido como Airstrip—, el Lost Lounge se encontraba a quince minutos a pie, o a menos en bicicleta, de por donde paseaban ahora: al otro lado de la Explanada, el vasto y polvoriento centro o cara de todos los relojes, donde el Hombre se mantenía en pie, justo en el centro, el eje que anclaba las manecillas imaginarias de este reloj de sol del desierto, conocido como Black Rock City. Por el momento, Cameron se contentaba con vagar por el borde de la Explanada y pista de aterrizaje, deteniéndose de vez en cuando para aventurarse por las calles y callejones radiales que atravesaban todos los relojes a intervalos de quince y treinta minutos, y explorar algunos de los miles de campamentos que cubrían esta pieza de relojería del desierto. Gran parte del encanto del Burning Man residía en el hecho de no tener nada que hacer, y de no estar en ninguna parte.

Mientras caminaban, pasaron junto a grupos de otros Burners que hacían lo mismo que ellos, hombres y mujeres de todas las edades, desde adolescentes hasta los setenta años, vestidos —y en algunos casos desnudos— con ropa que encajaba con el escenario: cuero, plumas, gafas, correas, cadenas, botas, guantes, sombreros, el tipo

de desfile de moda que uno esperaría ver momentos antes del fin del mundo.

Mientras Cameron continuaba paseando en dirección de las agujas del reloj alrededor de la Explanada, vio a otro grupo que venía hacia ellos. Media docena de jóvenes, la mayoría sin camisa, en pantalones cortos, cubiertos de polvo. Al pasar, uno de los Burners del grupo se detuvo de repente, y miró a Cameron y a su hermano.

—Disculpad, no quiero interrumpir —se excusó, con cierta formalidad—. Pero ¿no sois los gemelos Winklevoss?

Pregunta que habían escuchado tantas veces que casi se había convertido en ruido de fondo. El Burner tenía cara de niño, pelo oscuro y rizado, mejillas angelicales. Cameron creyó no conocer al tipo, pero parecía tener la misma edad que ellos, tal vez un poco más joven; aunque, por otro lado, con ropa para ir por el desierto y cubierto de tierra, Cameron tampoco habría reconocido a Tyler si no hubiera estado de pie junto a él.

—Eso es —respondió Cameron.

—¡Qué guay! Soy Dustin Moskovitz.

Si Cameron no conocía la cara, sin duda conocía el nombre. Moskovitz había cofundado Facebook con Mark Zuckerberg, y había sido su número dos hasta que abandonó la empresa en 2008 para iniciar su propio negocio, Asana, una compañía de servicios de software que ayudaba a los equipos a trabajar de forma más eficiente. *Forbes* había nombrado a Moskovitz el multimillonario hecho a sí mismo más joven de la historia, porque era ocho días menor que Mark Zuckerberg y poseía más del 2 por ciento de Facebook.

Habían estudiado juntos en Harvard, aunque viajado en círculos muy diferentes. Cameron no conocía a Moskovitz y no habría podido

identificarlo en una rueda de reconocimiento. Dicho esto, Moskovitz había sido nombrado personalmente como acusado en su demanda y sin duda había seguido su progreso, al igual que gran parte del mundo, mientras ésta se abría paso a través del sistema legal durante años. Cameron sabía que Moskovitz y Zuckerberg eran íntimos amigos, y que había una buena posibilidad de que los considerara sus adversarios, tal vez incluso enemigos mortales. Aunque quizá Moskovitz sólo hubiera sido un mero espectador, arrastrado por el tornado legal, y no hubiese participado en ninguna de las acciones duplicitarias de Zuckerberg. No obstante, era muy probable que compartiera la versión de Zuckerberg acerca del origen de Facebook, en lugar de la de los Winklevoss.

Cameron se quedó allí parado, mientras el polvo se arremolinaba entre él, Tyler, y el exnúmero dos de Facebook. Miró a Moskovitz, Moskovitz lo miró. Y entonces, de repente, Moskovitz dio un paso al frente y lo abrazó.

Fue un típico momento del Burning Man. Aquí reinaba la «inclusión radical». Aquel momento podría haber sido completamente diferente si hubiera ocurrido en el mundo real, fuera de ese reino desértico, en Nueva York o en Silicon Valley. ¿Acaso el mundo fuera de este mundo lo permitiría? ¿O alguna fuerza, alguien o algo, se interpondría en el camino? Nadie lo sabrá nunca, porque había sucedido aquí, y de esta manera. Y por lo menos durante el breve período de tiempo que duró el abrazo en la cuenca desértica, el pasado quedó en el pasado; el agua de la discordia aguardó bajo el puente.

Después de separarse, Moskovitz estrechó ambas manos e invitó a los gemelos a una fiesta de queso a la parrilla en su campamento al día siguiente. Al final resultó que Cameron había estado demasiado ocupado lidiando con sus sentimientos para recordar

dónde estaba ubicado el campamento. Pero tal vez fuera lo mejor; como descubrió más tarde, Zuckerberg había volado hasta el Burning Man en un helicóptero para ayudar a servir el queso a la parrilla. Si Cameron y Tyler hubieran asistido, ¿quién sabe qué habría pasado? ¿Tal vez también se hubieran dado un abrazo con Zuckerberg? En la cuenca desértica, entre el polvo de la tierra y el mar de humanidad, entre toda esa espiritualidad, amor y gratitud, ¿podrían los Winklevii y Zuckerberg haber dejado atrás el pasado junto a unos trozos de queso a la parrilla?

Bueno, era una bonita idea.

Cameron abrió los ojos para encontrarse a sí mismo sentado detrás de su escritorio en su oficina acristalada de Nueva York, muy lejos del desierto de Black Rock City, del Burning Man y de la interminable cuenca desértica. A veces era difícil saber por qué un recuerdo en concreto afloraba cuando lo hacía, ese abrazo en la Explanada parecía una historia tan lejana. Y, sin embargo, llevaba algún tiempo cociéndose a fuego lento en el fondo de su mente. Tal vez fuera porque él y Tyler habían fundado una nueva empresa, la primera desde Harvard Connection/ConnectU, hacía casi una década.

La idea se llamaba Gemini, una casa de cambio virtual totalmente regulada y conforme a las normas, con sede en Nueva York.

Una vez desaparecido Silk Road, Mt. Gox había pasado a ser el principal pasivo de Bitcoin, pero dos semanas después del arresto de Charlie y de las audiencias en torno a la moneda virtual del NYDFS, donde los gemelos habían hablado frente a Lawsky y los reguladores, Mt. Gox colapsó. Karpeles, en un esfuerzo desesperado, había abordado a los gemelos para ver si podían financiar un rescate de emergencia de Mt. Gox, pero ya era demasiado tarde.

Sofisticados hackers saquearon 800.000 bitcoins de las cuentas de los clientes, pérdida valorada en más de 450 millones de dólares en ese momento.

Tras la caída de Mt. Gox, los gemelos se habían convencido de que Bitcoin necesitaba con urgencia una nueva ola de emprendedores y de empresas que pudieran barrer las piezas rotas de esa primera ola: los Charlie y los Karpeles. Si no había un lugar seguro para que la gente comprara, vendiera y almacenara moneda virtual, la novedad no tardaría en fracasar. Incluso antes del colapso de Mt. Gox, Cameron y Tyler habían estado buscando empresarios que construyeran la siguiente generación de plataformas de intercambio, pero no habían podido encontrar a nadie que adoptase el planteamiento adecuado según ellos.

Los gemelos creían que para que una casa de cambio tuviera éxito, debía tener cuatro pilares fundamentales grabados en su ADN: licencia, cumplimiento, seguridad y tecnología. Algunos de los empresarios con los que habían hablado tenían la parte tecnológica adecuada pero no enfatizaban lo bastante el cumplimiento, mientras que otros no se centraban lo suficiente en la seguridad. Siempre faltaba algún ángulo o se llegaba a alguna propuesta peligrosa. Nadie abarcaba los cuatro rectores por igual, así que al final los gemelos decidieron que tendrían que tomar cartas en el asunto.

El 23 de enero de 2015, Cameron anunció sus planes al mundo:

> Hoy, mi hermano Tyler y yo estamos orgullosos de dar a conocer Gemini: una plataforma de intercambio de bitcoins de última generación. ¿Qué entendemos exactamente por «última generación»? Nos referimos a una plataforma de intercambio de bitcoins completamente regulada y que cumpla cabalmente con las disposiciones, con sede en Nueva York, tanto para particulares como para instituciones. ¿Por qué? Porque ya era hora...

Cameron sabía que era ambicioso, otra gran apuesta a la par con su compra original del 1 por ciento de la nueva divisa y su ETF,

todavía sin realizar. Un servicio de intercambio totalmente regulado en el corazón del ámbito financiero del viejo mundo: Nueva York. A la luz de lo ambicioso que era el emprendimiento, habían llamado a su nueva empresa igual que uno de los primeros programas espaciales de la NASA: Gemini. La comparación con el segundo proyecto de vuelos espaciales de la NASA, que pretendía ser un puente entre el programa Mercury, que había puesto en órbita a los hombres, y el Apolo, que los llevó a la luna, tenía sentido para Cameron: si tenía éxito, Gemini sería un puente hacia el futuro del dinero.

Pero no habían pensado sólo en los cohetes cuando eligieron el nombre. *Gemini* también es la palabra latina para «gemelos». Tal como lo habían explicado en su anuncio, «exploraba por definición el concepto de dualidad». El viejo mundo heredado del dinero que se funde con un futuro lleno de moneda virtual, cruzándose ambos en la plataforma Gemini.

Ocho meses después de su anuncio, el 5 de octubre de 2015, Gemini abrió sus puertas al mundo.

Cameron y Tyler no sólo eran los fundadores de Gemini, sino también sus inversores, a través de Winklevoss Capital. No sólo se estaban jugando la piel con ello, estaban metidos hasta los huesos.

Sentado en su oficina, Cameron se preguntó si el recuerdo recurrente de ese momento en el Burning Man tenía algo que ver con el hecho de que él y su hermano fueran por fin emprendedores una vez más. La primera vez desde la universidad, desde que le fueron a Mark Zuckerberg con su idea.

¿Seguía volviendo a ese momento en el que se había encontrado cara a cara con el número dos de Facebook, porque él y Tyler habían llegado por fin al punto en el que podían seguir adelante desde

donde habían empezado? ¿Acaso su segundo acto había por fin eclipsado al primero?

Cameron notó que su hermano estaba en la puerta de su oficina. Supuso que si Tyler supiese lo que estaba pensando, le habría dicho que estaba sacando conclusiones precipitadas. Cameron siempre había sido el más soñador. Para Tyler, la vida real no tenía ni primer, ni segundo, ni tercer acto. La vida era un paseo en bote río abajo.

—¿Lo has visto? —dijo Tyler, casi de improviso, como si fuera la pregunta más insignificante del mundo.

Cameron miró más allá de su hermano, a través de la puerta abierta. Winklevoss Capital, que ahora también albergaba Gemini, estaba lleno de actividad. Contrataban tan deprisa para mantenerse al día con el crecimiento de Gemini y con Bitcoin que Cameron reconocía sólo a la mitad de las personas que poblaban los escritorios en el área abierta, un mar de monitores, ingenieros de software, personal operativo, representantes de atención al cliente, y más. Aunque su ETF seguía siendo un sueño, Gemini crecía a buen ritmo; y durante el último año el precio del bitcoin había disfrutado de un incremento constante desde enero.

—¿Ver qué? —preguntó Cameron.

—Mira tu ordenador.

Cameron se movió en su asiento, y dirigió la vista a la pantalla. Sus ojos se dirigieron hacia el omnipresente teletipo de la parte inferior, y luego se detuvo. Si no supiera que era imposible, hubiera pensado que se trataba de un error, un cero donde debería haber otra cosa, un fallo de píxeles en la pantalla.

Bitcoin acababa de alcanzar los 10.000 dólares la moneda. Cameron sabía que eran muchas las razones que habían llevado a ese increíble aumento: la regulación alrededor de las criptomonedas se había aclarado, y la mayoría de la gente no creía que los

gobiernos de todo el mundo fueran a declarar ilegal las nuevas formas de dinero. Más y mejores empresarios se habían mudado al espacio, construido más infraestructura, facilitando la compra, venta y almacenamiento de bitcoins. Había un mayor nivel de educación, la gente había empezado a ver que Silk Road no era Bitcoin, que la tecnología era mucho más que eso.

En efecto, era similar al modo en que internet había empezado como un nicho. Algo difícil de usar, que había proliferado con el tiempo, a medida que fue apareciendo la infraestructura y las aplicaciones fáciles de usar, y de que más empresarios inundaran el espacio. Y así, Bitcoin había subido, y subido y subido, y ahora estaba en los 10.000 dólares.

A Cameron no le costó mucho hacer el cálculo mental. A partir de ese momento, el valor de mercado del bitcoin había superado los 200.000 millones de dólares. Desde 2011, habían adquirido el 1 por ciento de ese mercado. Y desde que comenzaron a comprar la divisa virtual, no habían vendido ni un solo bitcoin.

Cameron miró a su hermano, y luego sonrió.

—Mido 1,95 metros, peso 99 kilos y tengo 1.000 millones de dólares en Bitcoin —proclamó—. Oh, y somos dos iguales.

Su hermano estaba preparado con una frase propia:

—Un millón de dólares no mola. ¿Sabes lo que mola? Mil millones de dólares... en bitcoins.

Cameron y Tyler Winklevoss acababan de convertirse oficialmente en los primeros multimillonarios del bitcoin conocidos del mundo.

31
DE DUMAS A BALZAC

Cuatro de enero de 2018.

1, Hacker Way, Menlo Park, California.

Un campus de última generación en el corazón de Silicon Valley, sede de una de las mayores empresas del mundo.

Uno podría imaginarse un luminoso rincón de una enorme planta abierta llena de cubículos.

Un hombre con aspecto juvenil en los treinta y tantos. Un rostro inexpresivo bajo una mata de pelo castaño rojizo ligeramente rizado, atrapado en el resplandor de un ordenador portátil. Una sudadera gris con capucha, chanclas, pantalones cortos.

Una gran sala, dentro de la sede central que había construido sobre una idea que había comenzado como una revolución y se había transformado en otra cosa, algo que valía muchos miles de millones de dólares, algo enorme y omnipresente y, en los últimos tiempos, controvertido, que tal vez sólo pasaba por otro mero «bache» en su interminable búsqueda de adopción y dominación total y mundial, o puede que al final se estuviera deshilachando por los bordes.

De espaldas a la vasta habitación, el hombre, todavía de aspecto juvenil, aunque estaba casado y era padre de dos hijos, podía haber empezado a teclear.

Como cada año aproximadamente en esta época, tenía que escribir una declaración de intenciones: mirar hacia atrás y ver lo

que había hecho desde el año anterior, y decirle al mundo qué tenía planeado para el año siguiente. El por qué estaba escribiendo tal cosa no era una pregunta que alguien pudiera hacer. Como consejero delegado del gigante que había conectado el mundo y cambiado la forma en que éste interactuaba, era una de las personas más poderosas del planeta. Sus palabras importaban.

«Cada año asumo un reto personal para aprender algo nuevo —comenzaba su declaración—. He visitado todos los estados de Estados Unidos, he corrido 587 kilómetros, he construido una IA para mi casa, he leído veinticinco libros y he aprendido mandarín...»

Era una lista de deseos envidiable. Mientras continuaba escribiendo, pasó de los logros a la historia: cómo había comenzado a perseguir estas experiencias en 2009, cuando la economía se tambaleaba, antes de que su empresa fuera rentable. Porque de repente todo parecía igual hoy en día: «El mundo se siente ansioso y dividido...».

No era sólo el mundo el que se sentía desarticulado, sino que muchos creían que su compañía estaba alimentando esa ansiedad. Se habían cometido errores, se habían traspasado ciertas líneas. Noticias falsas lanzadas y dirigidas a millones de ojos inconscientes. La interferencia electoral que parecía tan perfundida podría haber alterado la historia. Cantidades atroces de datos de usuarios empaquetados, entregados, pirateados. Un modelo de negocio basado en la mercantilización de la vida privada...

«Puede que esto no parezca un desafío personal, pero creo que aprenderé más si me centro intensamente en estos temas que si hago algo completamente distinto. Estos temas abordan cuestiones de historia, civismo, filosofía política, medios de comunicación, gobierno y, por supuesto, tecnología...»

En algún lugar de esa espaciosa sala, uno de los muchos ordenadores de uno de los muchos espacios de trabajo podría haber estado abierto a una pantalla que mostrara el precio actual del bitcoin. En este momento, el precio de la divisa virtual ascendía a poco más de 16.000 dólares la moneda. Increíble desde cualquier punto de vista, si se considera que, en 2009, los comienzos a los que acababa de referirse en su carta, Bitcoin acababa de empezar su recorrido y valía mucho menos de un centavo la moneda.

Sin duda, conocía la historia, porque así era cómo lo enfocaba todo. Estudiaba, aprendía, consumía. Debía saber que el precio de una moneda bitcoin alcanzó por primera vez la paridad con el dólar estadounidense en 2011. Había seguido subiendo, aunque apenas la conocía nadie, hasta que los acontecimientos en la diminuta nación insular de Chipre en 2013 hicieron que el precio subiera por encima de los 250 dólares la moneda. A esto le siguió una mayor volatilidad, pero, a finales de 2013, el precio había alcanzado los mil dólares.

Luego cruzó los 10.000 dólares en noviembre de 2017, y se duplicó al mes siguiente alcanzando los veinte mil dólares, antes de volver a bajar hasta donde estaba en la actualidad. Era imposible saber hasta dónde llegaría su precio a partir de aquí, o incluso qué era realmente Bitcoin en ese momento. ¿Un producto en mitad de una burbuja? ¿Una nueva moneda? ¿El futuro del dinero? ¿Un nuevo sistema, un sistema que marcaría el comienzo de un nuevo mundo más descentralizado?

Fuera lo que fuera, era algo desde hacía unos años, desde 2009, y no lo había visto suceder, o no se lo había tomado lo bastante en serio, o simplemente había elegido quedarse al margen.

Pero otras personas lo habían visto suceder y se lo habían tomado en serio. Ciertas personas no sólo habían acumulado bitcoins, sino que también habían sido fundamentales en su increíble ascenso.

Empezó a escribir de nuevo.

«Una de las cuestiones más interesantes de la tecnología en este momento es la centralización frente a la descentralización. Muchos de nosotros nos metimos en la tecnología porque creemos que puede ser una fuerza descentralizadora que pone más poder en manos de las personas... Pero, hoy en día, mucha gente ha perdido la fe en esa promesa. Con el surgimiento de un pequeño número de grandes empresas tecnológicas y gobiernos que utilizan la tecnología para vigilar a sus ciudadanos, muchas personas ahora creen que la tecnología sólo centraliza el poder en lugar de descentralizarlo.»

Irónico, la rapidez con la que la tecnología podía volverse en contra, cómo una revolución podía convertirse de repente en lo que se suponía que debía combatir —el *establishment*—, un monopolio centralizado, un cártel de datos, que mantiene como rehén los datos del mundo.

«Hay contratendencias importantes para esto, como el cifrado y la criptomoneda, que toman el poder de los sistemas centralizados y lo devuelven a las manos de la gente. Pero traen consigo el riesgo de ser más difíciles de controlar. Me interesa profundizar y estudiar los aspectos positivos y negativos de estas tecnologías, y la mejor manera de utilizarlas en nuestros servicios...»

La encriptación y la criptomoneda, el tipo de contratendencias, los bárbaros digitales en la puerta que podrían desmantelar imperios.

Pero la verdad era que las revoluciones se parecían mucho a las ideas emprendedoras. Podían aparecer totalmente construidas de una fuente creativa, una mente brillante: tal vez un niño prodigio con una sudadera con capucha y sandalias. Uno se las podía apropiar, tomarlas prestadas, cambiarlas lo suficiente para que parecieran únicas. Se podían subvertir —a propósito, por razones de lucro, o de forma involuntaria—, víctimas de su propio crecimiento,

sus células se vuelven cancerosas. Las revoluciones se podían incluso robar.

No había forma de saber lo que vendría después; si estaba escribiendo una declaración de principios para tratar de apaciguar a su creciente número de detractores, reconociendo tácitamente el sonido de las carretas digitales entrando, declarando algo, o simplemente contemplando.

De cualquier manera, pulsó unas cuantas teclas más y publicó la declaración en su blog, enviando sus palabras al instante a más de 100 millones de seguidores, una fracción de los 1.500 millones de personas que se conectaban a su empresa todos los días.

Luego apagó su ordenador y observó la pantalla mientras oscurecía.

Epílogo. ¿Dónde están ahora...?

Apesar de que *Multimillonarios por accidente* y *La red social* se esforzaron por contar la historia de la fundación de Facebook —ese primer año de inicio y adopción—, *Los multimillonarios del bitcoin* es una historia de origen, tanto de los personajes dentro de estas páginas, como de la misma criptomoneda. Hemos visto crecer y cambiar a Facebook en la última década, y de forma similar, será interesante ver adónde va Bitcoin. En mi opinión, la historia de esta nueva era de criptodivisas apenas está comenzando.

Uno de los mayores ataques contra las criptomonedas siempre ha sido su volatilidad, que el año pasado no ha hecho más que poner de relieve. Desde que empecé a escribir este libro, el precio del bitcoin ha bajado más de un 70 por ciento, y, al mismo tiempo, la industria de la criptografía ha crecido a pasos agigantados, con el surgimiento diario de nuevas empresas que se dedican al servicio, aprovechamiento y desarrollo de esta novedosa tecnología. La tecnología blockchain está en todas partes, y Bitcoin no conoce fronteras: los fieles de Bitcoin en casi todos los países del mundo siguen conservando la criptomoneda como si les fuera la vida en ello (HODL), incluso mientras Wall Street lucha por entender dónde encaja la criptografía dentro de estructuras financieras que cada día parecen más anticuadas.

Yo no tengo ninguna duda: la revolución Bitcoin es real, y las criptomonedas están aquí para quedarse.

En este momento, Tyler y Cameron Winklevoss siguen siendo multimillonarios del bitcoin. Juntos son los consejeros delegados y los presidentes de Gemini, su casa de cambio de criptomonedas, que en la actualidad tiene más de doscientos empleados y que crece a diario. Gemini ha sido descrita como la plataforma de intercambio y custodio de activos digitales más regulada del mundo, y se cree que por sí sola está valorada en más de 1.000 millones de dólares. Los gemelos también son uno de los primeros inversores en Ether, Zcash, Filecoin, Tezos y muchas otras criptodivisas.

Tyler y Cameron siguen siendo los mayores defensores de Bitcoin. Consideran que, aunque Bitcoin ha recorrido un largo camino desde sus inicios, aún queda un largo trecho por recorrer. Si, como ellos piensan, Bitcoin es de verdad oro 2.0, sigue estando drásticamente infravalorado. El oro es un mercado de 7 billones de dólares, y, en la actualidad, Bitcoin está valorado en sólo una fracción de esa cantidad.

Pase lo que pase después, no hay duda de que la historia de Bitcoin dista mucho de haber terminado. Además, la tecnología detrás de Bitcoin apenas ha comenzado a infiltrarse en el mundo financiero, tecnológico y online. La tecnología que hace que Bitcoin funcione —blockchain y claves criptográficas privadas— tiene el potencial de descentralizar no sólo el dinero, sino también los datos, de tal modo que podría «devolver internet a la gente», liberando la información de los usuarios de los silenciados monopolios de Facebook, Google, Amazon, etc. La ironía es que Bitcoin y sus hashes bien podrían lograr aquello en lo que de forma tan espectacular fracasó Facebook: proteger los datos de sus usuarios de los hackers, del mal uso y de la autoridad general, y permitir una forma de comunicación online que fuera completa y verdaderamente gratuita.

Roger Ver ha renunciado oficialmente a su ciudadanía estadounidense y en la actualidad divide su tiempo entre St. Kitts, Japón y el resto del mundo. Un enorme altavoz en el mundo de la criptografía y figura controvertida online (con más de medio millón de seguidores en Twitter), en este momento Ver está involucrado en lo que se ha descrito en lo esencial como una guerra civil en la comunidad de Bitcoin. Ver y un grupo de bitcoiners de ideas afines se han separado para formar «Bitcoin Cash», que lleva la criptomoneda en una dirección diferente en términos de escala y tamaño de bloque, con el objetivo de convertirla en algo que podría suplantar al dinero en efectivo con mayor facilidad. Ver sigue invirtiendo en empresas relacionadas con la criptografía y pasa gran parte de su tiempo dirigiendo Bitcoin.com, cuyo equipo acaba de superar el centenar de personas. Bitcoin.com se esfuerza por construir las herramientas que permitan a cualquier persona interactuar financieramente y sin supervisión gubernamental con todos los demás en el mundo.

Erik Voorhees reside actualmente en Denver, Colorado, y es el consejero delegado y fundador de una compañía de intercambio de criptomoneda llamada Shapeshift, que permite a los clientes trocar una forma de criptodivisa por otra al instante. En un principio, la empresa no recopila datos personales de sus usuarios, ni tiene ninguna de las monedas en sus cuentas. Un artículo en el *Wall Street Journal* publicado el 28 de septiembre de 2018, titulado «How Dirty Money Disappears into the Black Hole of Cryptocurrency», alegaba que hasta 9 millones de dólares en fondos obtenidos de manera ilegal habían sido «blanqueados» a través de Shapeshift, como parte de los 88,6 millones de dólares de fondos fraudulentos que se movían a través de un total de 46 criptointercambios. Voorhees rebatió el informe, sosteniendo que Shapeshift utiliza

«análisis forense blockchain» para eliminar a aquellas personas que se dedican al blanqueo de dinero y que los periodistas del *Wall Street Journal* no entendían los datos.

Después de que los gemelos Winklevoss le presentaran Bitcoin, el heredero bancario Matthew Mellon se convirtió rápidamente en uno de los mayores defensores de las criptomonedas, y amasó una fortuna masiva primero en Bitcoin y luego en la criptodivisa XRP, una moneda digital desarrollada por la compañía Ripple en 2012. El 16 de abril de 2018, a la edad de cincuenta y cuatro años, Matthew Mellon falleció de manera inesperada de camino a un centro de rehabilitación en Cancún, México, donde esperaba superar una dependencia a los opiáceos. En el momento de su muerte, su fortuna criptográfica estaba valorada entre 500 y 1.000 millones de dólares.

Después de que el Tribunal de Apelaciones de Estados Unidos para el Segundo Circuito confirmara su condena y sentencia en mayo de 2017, y de que el Tribunal Supremo se negara a considerar cualquier otra apelación en junio de 2018, Ross Ulbricht, que ahora tiene treinta y cuatro años, cumple en la actualidad una doble sentencia de cadena perpetua, más cuarenta años, sin posibilidad de libertad condicional por los delitos de blanqueo de dinero y conspiración para el tráfico de estupefacientes a través de internet. Hay muchas personas en la comunidad Bitcoin y en la libertaria que ven a Ulbricht como un mártir injustamente encarcelado. Lo más probable es que Ulbricht muera en prisión.

Charlie Shrem permaneció casi un año en la Penitenciaría Federal de Lewisburg, en el condado de Union, Pensilvania, después de lo cual fue transferido a un centro de reinserción social en Harrisburg. Mientras vivía allí, lavó platos en un restaurante local. Fue puesto en libertad el 16 de septiembre de 2016. Lamentablemente, Charlie no

tiene contacto con su familia, y sigue siendo amigo de Erik Voorhees. Desde que salió de la cárcel, la relación de Charlie con los gemelos Winklevoss ha seguido siendo difícil. El 1 de noviembre de 2018 se hizo pública una demanda federal en la que se acusaba a Charlie de deber 5.000 bitcoins a los gemelos, que según ellos les robó en 2012. Charlie ha negado la acusación, su abogado Brian Klein dijo al *The New York Times* que «nada más lejos de la realidad [...]. Charlie planea defenderse con vigor y limpiar rápidamente su nombre». La demanda está en curso.

Casi un año después de su liberación, el 15 de septiembre de 2017, Charlie se casó con Courtney. Juntos se han construido una vida en Sarasota, Florida, que incluye el tiempo que pasan en el barco de Charlie. El barco se llama *El Satoshi*.

Agradecimientos

Estoy inmensamente agradecido a Noah Eaker, Lauren Bittrich, Marlena Bittner, y a todo el equipo de Flatiron Books y Macmillan, que me han ayudado a convertir esta increíble historia en una de las experiencias de escritura más satisfactorias de mi carrera. Asimismo, a Eric Simonoff y Matthew Snyder, agentes extraordinarios.

También quiero dar las gracias a mis numerosas fuentes, sin las cuales no podría haber escrito este libro, y al grupo de personajes principales, que se abrieron por completo a mí y se mostraron muy generosos con su tiempo, sus experiencias y sus conocimientos especializados.

Como siempre, agradezco a mis padres, hermanos y sus familias, y a Tonya, Asher, Arya y Bugsy, haberme soportado hablando sin parar de Bitcoin durante el último año y medio.

Bibliografía

Bertrand, Natasha, «The FBI staged a lovers' fight to catch the kingpin of the web's biggest illegal drug marketplace», *Business Insider*, 22 de enero de 2015.

Carlson, Nicholas, «"Embarrassing and Damaging" Zuckerberg IMs Confirmed By Zuckerberg, The New Yorker», *Business Insider*, 13 de septiembre de 2010.

—, «At last —the full story of how Facebook was founded», *Business Insider*, 5 de marzo de 2010.

—, «In 2004, Mark Zuckerberg Broke into a Facebook User's Private Email Account», *Business Insider*, 5 de marzo de 2010.

Chrisafis, Angelique, «Cyprus bailout: "people are panicking, they're afraid of losing their money"», *Guardian*, 17 de marzo de 2013.

Cutler, Kim-Mai, «Mt. Gox's Demise Marks the End of Bitcoin's First Wave of Entrepreneurs», *TechCrunch*, 25 de febrero de 2014.

Dabilis, Andy, «Bailout Cuts Cyprus Bank Accounts, Withdrawals Barred», *Greek Reporter*, 16 de marzo de 2013.

Eha, Brian Patrick, «Can Bitcoin's First Felon Help Make Cryptocurrency a Trillion-Dollar Market?», *Fortune*, 26 de junio de 2017.

Epstein, Jeremy, «What you may not understand about crypto's millionaires», *Venture Beat*, 10 de febrero de 2018.

Forbes, Steve, «Why a Cyprus-Like Seizure of Your Money Could Happen Here», *Forbes*, 25 de marzo de 2013.

Fox, Emily Jane, «The New York bar that takes bitcoins», *CNN Business*, 8 de abril de 2013.
Freeman, Colin, «Cyprus dreams left in tatters», *Telegraph*, 24 de marzo de 2013.
Frizell, Sam, «How the Feds Nabbed Alleged Silk Road Drug Kingpin "Dread Pirate Roberts"», *Time*, 21 de enero de 2015.
Jeffries, Adrianne, y Russell Brandom, «The coin prince: inside Bitcoin's first big money-laundering scandal», *Verge*, 4 de febrero de 2014.
Markowitz, Eric, «My Night Out with Bitcoin Millionaire and Proud Stoner Charlie Shrem», *Vocativ*, 5 de diciembre de 2013.
Matthews, Dylan, «Everything you need to know about the Cyprus bailout, in one FAQ», *Washington Post*, 18 de marzo de 2013.
McMillan, Robert, «The Inside Story of Mt. Gox, Bitcoin's $460 Million Disaster», *Wired*, 3 de marzo de 2014.
—, «Ring of Bitcoins: Why your digital wallet belongs on your finger», *Wired*, 18 de marzo de 2013.
Mibach, Emily, «Last call for The Oasis — beloved Menlo Park pizza, burger, and beer joint closes», *Daily Post*, 8 de marzo de 2018.
Osborne, Hilary, y Moulds, Josephine, «Cyprus bailout deal: at a glance», *Guardian*, 25 de marzo de 2013.
Popper, Nathaniel, *Digital Gold: Bitcoin and the Inside Story of the Misfits and Millionaires Trying to Reinvent Money*, HarperPaperbacks, Nueva York, 2016.
—, «How the Winklevoss Twins Found Vindication in a Bitcoin Fortune», *The New York Times*, 19 de diciembre de 2017. Versión castellana, «Bitcoin y el regreso de los gemelos Winklevoss».
—, «Never Mind Facebook; Winklevoss Twins Rule in Digital Money», *The New York Times*, 11 de abril de 2013.

—, «Winklevoss Twins Plan First Fund for Bitcoins», *The New York Times*, 1 de julio de 2013.
—, «Charlie Shrem and the Ups and Downs of BitInstant», *Coindesk*, 19 de mayo de 2015.
Roy, Jessica, «It's All About the Bitcoin, Baby», *Observer*, 30 de abril de 2013.
Vargas, Jose Antonio, «The Face of Facebook», *New Yorker*, 20 de septiembre de 2010.
Winklevoss, Cameron, y Tyler Winklevoss, «Bitcoin, the Internet of Money», Value Investor's Congress presentation, Nueva York, pronunciada el 17 de septiembre de 2013.
—, «Money is broken; Its future is not», presentación en la conferencia Money 20/20, Las Vegas, NV, pronunciada el 3 de noviembre de 2014.

Notas

1. En el ámbito de las criptomonedas, HODL significa *hold* («conservar»). Posteriormente, se convirtió en el retroacrónimo «hold on for dear life», que en castellano sería algo así como «conservar (la criptomoneda) como si te fuera la vida en ello». *(N. de la T.)*

1. Las llamadas «Unicornios» son aquellas *startups* que tienen un valor superior a 1.000 millones de dólares. *(N. de la T.)*

1. Son conocidos como «ballenas» aquellos individuos que poseen una cantidad de bitcoins lo bastante grande para influir de forma considerable en este mercado. Las «ballenas» son capaces de mover el mercado de Bitcoin con sus «coletazos». *(N. de la T.)*

Los multimillonarios del bitcoin
Ben Mezrich

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Kid Ethic
© de la fotografía de portada, Justin Sullivan/Getty Images

© Ben Mezrich, 2019

© de la traducción: Mercedes Vaquero, 2019

© Editorial Planeta, S.A., 2019

© de esta edición: Centro de Libros PAPF, SLU.
Alienta es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-17568-88-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!





¡Síguenos en redes sociales!

